

SARA BERENGUER

**ENTRE EL SOL
Y LA TORMENTA**



Testimonio de una vida consagrada a pelear por la libertad, *Entre el sol y la tormenta* es, a la vez un documento excepcional de la guerra civil española: la lucha de las mujeres libertarias.

En aquellos momentos decisivos de la historia europea, estas mujeres salieron a la calle junto a sus compañeros para defender la República, y la Revolución Social.

Acabada la guerra, muchas de ellas continuaron trabajando por sus ideas en el exilio.

Entre el sol y la tormenta

Revolución, guerra y exilio de una mujer libre



Sara Berenguer



Colección Roja y **Negra**

Cubierta original: MALABAR sobre un fotomontaje
perteneciente al archivo de Marina y Mariano Aguayo

SARA BERENGUER

ENTRE EL SOL Y LA TORMENTA

Revolución, Guerra y Exilio de una Mujer Libre

Edición corregida y aumentada

2ª edición (ampliada): Noviembre de 2004 (1ª de l'Eixam Edicions)

Edita: L'Eixam Edicions, S.L.

<http://www.eixamedicions.com/>

Fundación Salvador Seguí:

<http://www.fundacionssegui.org/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. Comité Revolucionario de Las Corts. Julio de 1936

CAPÍTULO II. Comité Regional de las Industrias de la Edificación

CAPÍTULO III. SIA. Solidaridad Internacional Antifascista

CAPÍTULO IV. Mujeres Libres

CAPÍTULO V. Capitulación de Barcelona y éxodo

EPÍLOGO. Testimonio de Pepita Estruch Pons

SARA BERENGUER. La sonrisa fértil, por Antonina Rodrigo

AGRADECIMIENTOS

Acerca de la autora

*A Jesús, mi compañero. A mis hijos:
Germinal, Sarita, Elíseo y Helenia,
que me han acompañado con amor,
en la segunda época de mi vida,
en la lucha por la libertad.*

PRÓLOGO

La primera versión de este libro fue escrita en 1976, cuarenta años después de aquel 19 de julio de 1936 y fue publicada con el nombre de *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*.

Ahora en 2004, a sus ochenta y cinco años, Sara ha querido revisar sus recuerdos, ampliando el tiempo y las palabras que guardaba en su memoria. Estas vivencias recorren las páginas de esta nueva edición que lleva el título de *Entre el sol y la tormenta. Revolución, Guerra y Exilio de una mujer libre*.



Después del esfuerzo y la ilusión de esta luchadora libertaria en completar sus memorias, la Fundación Salvador Seguí de Valencia se empeñó en su edición, en homenaje a esta mujer que sigue en la brecha a pesar de los años.

Como el título indica, el relato abarca en parte, su vida. Nació el 1º de enero de 1919 en Barcelona, en la barriada obrera de Poble Sec, en el seno de una familia anarquista. A los 13 años empieza a trabajar en un puesto del mercado, trabajo que abandona en protesta por el comportamiento machista de sus compañeros. Más tarde entra a trabajar en una casa de bordados de donde tuvo que irse por defender a las compañeras en un conflicto salarial. Ya en su adolescencia Sara se rebela contra la injusticia.

Pero fue realmente el 19 de julio de 1936 cuando toma conciencia de su rebeldía y humanismo, en aquel ensayo de revolución social, que dejó de ser una utopía para convertirse en realidad durante aquel corto periodo de esperanza. Ella misma lo dice en la introducción "Para la mayoría de las mujeres, sumisas e ignorantes, la revolución fue como un estallido de luz que nos vino a nosotras y nos abrió un camino, el cual hasta entonces habíamos tenido vedado". A partir de ese momento será infatigable en su lucha por la Revolución.

Su padre que había sido un pacifista, ahora se incorpora a "Los Aguiluchos de Les Corts" y se dispone a marchar al frente para luchar contra la sublevación fascista del 18 de julio 1936. Ella quiere ir a combatir al frente, pero él frena sus impulsos. La acompaña al Comité Revolucionario de su barriada y le presenta a los compañeros: "Mi hija quiere participar en la revolución; creo que en algo podrá ser útil"; "Muy bien compañera", dice Miret; "¡Qué sensación sentí! ¡Me llamaban compañera por vez primera! ¡Ya formaba parte de ellos!". A partir de ese momento participa en cuantas misiones puede, tomando responsabilidades hasta entonces reservadas a los hombres.

Cada vez se implica más en la lucha. Comienza a trabajar en el Comité Revolucionario de Les Corts (CNT-FAI), donde se ocupó de la secretaría. Colabora en el Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y

Decoración, viviendo en un mundo de hombres que a veces no entiende y se rebela contra él.

Participa en las actividades culturales de las Juventudes Libertarias y da clases de cultura general en el Ateneo Libertario de la plaza de la Concordia, donde de acuerdo con sus ideas ácratas, es alumna y maestra a la vez. Sara nos cuenta: "Sólo fui a la escuela hasta los doce años. Enseñé lo que sabía a los que tenían menos conocimientos que yo." De forma espontánea aplicó los principios de las Escuelas Racionalistas. "Percibía en mí la necesidad de una enseñanza libre, dando preferencia a las iniciativas de los alumnos... Juntos organizábamos los temas que debíamos estudiar cada noche".

El relato de Sara, dentro de la escritura memorialística, podemos incluirlo en el apartado de memorias autobiográficas. No es sólo una relación de hechos, alrededor del yo héroe y sus hazañas durante la guerra civil y el exilio, como suelen ser las memorias escritas por los hombres de su generación. Es una escritura íntima, cotidiana, que a partir de su compromiso diario va analizando su pensamiento, los hechos que se sucedían vertiginosamente y que detalla minuciosamente, "para mí fue un tiempo de enriquecimiento, a pesar de las muchas dificultades en que me encontré. Me debatía entre la conciencia y la razón, la libertad de los demás y la mía. Entre el valor de la sencillez y la obstinación..." Y sigue diciendo en el mismo párrafo, reivindicando su lucha por la emancipación de la mujer obrera: "La ignorancia en que nos sumió a tantas mujeres los siglos de dominación burguesa, el machismo, las monarquías y las dictaduras".

Escrito en primera persona, su yo individual no se esconde detrás de un pseudónimo, sino que afronta de frente sus palabras, describe sensaciones, emociones, sentimientos, hasta fundirse en un nosotros/as social y colectivo. Va de lo privado a lo público, con un lenguaje sencillo y directo, dice: "Mi combate en la revolución no fue singular ni pomposo. Fui algo así como una hormiga que va haciendo camino por entre los matorrales, en los que a cada instante pasa la hoz. Llenando vacíos aquí y allá..."

En la narración mezcla la efervescencia de la acción revolucionaria durante la guerra civil con la ternura de sus palabras cuando habla de su vida íntima, amorosa...

A través de su narración y de las diversas citas que incluye, tenemos un amplio conocimiento de los acontecimientos políticos y sociales que estaban ocurriendo en esos momentos.

A principios de 1938 se integra en la sección del combatiente de S.I.A. (Solidaridad Internacional Antifascista) y es allí bajo las bases del trabajo humano y solidario que colabora en el Consejo Nacional, visitando los hospitales de sangre, a los combatientes en el frente, etc. A veces la narración dramática de los hechos llega al lirismo encadenándose con una prosa poética: "...comprobé los regueros de sangre que corrían por las trincheras y los bosques ametrallados en los frentes de batalla, sembrados de cadáveres en una contienda sin tregua".

En el capítulo IV incluye una amplia reseña de Mujeres Libres, sus estatutos, su pensamiento, actividades en las que participó desde la Federación Local, donde llegó a ser Secretaria de Propaganda y más tarde Secretaria del Comité Regional de Cataluña. Sara compartía el principio de Mujeres Libres de que lo más importante era incrementar la cultura de las mujeres que les ayudaría en el camino hacia su emancipación.

En el libro incluye algunas biografías de personas que para ella han sido representativas en la lucha por los ideales libertarios como Ramón Acín, Mercedes Comaposada, Lola Iturbe, Amparo Poch, Lucía Sánchez Saornil, Concha Pérez, etc.

En los últimos momentos de la contienda, ella insiste en combatir hasta el final, quiere ir a luchar con la 26 División e intenta movilizar a otras mujeres. Pero la guerra está perdida, los fascistas avanzan hacia Barcelona con la fuerza de las armas y Sara tiene que seguir el camino del exilio a pie por los Pirineos. Ella nos ilustra ese dramático camino con sus bellas palabras: "Nuestro grupo se componía de veintiuna compañeras, más el pequeño Germinal que nos propusimos llevar en brazos un rato cada una de nosotras, brazos que habían de servirle de cuna. La noche era negrísima, negra como todo lo que se

presentaba ante nosotras. Decidimos andar en fila india por el borde de la carretera. De vez en cuando hacíamos un alto y nos llamábamos una a otra, para cerciorarnos de que no faltaba ninguna. Paso a paso, arrastrando el miedo como si nos impidiera caminar, íbamos acercándonos hacia la frontera. Y mientras unos morían por los caminos, consumidos por las bombas y el frío, la Naturaleza dejaba su semilla. Antes de morir, ¡gozar de la vida! Pasión por la vida, encarando la muerte como el deseo violento de escapar de ella. El crepúsculo había dejado paso a la noche que había tendido su manto sin dejar aparecer ni una sola estrella en el cielo cubierto, que nos acompañara en nuestro peregrinar".

A la llegada a Francia, a muchos les esperaban los campos de concentración. Como lecho la arena de la playa, su techo las estrellas.

En el país vecino Sara estuvo activa en las organizaciones libertarias y participó en la resistencia contra la invasión nazi, junto con su compañero Jesús Guillén, en misiones arriesgadas.

Colaboradora entusiasta en la Colonia Española de Beziers, ofrecía su ayuda y su casa a los refugiados que venían de España. Dio clases por correspondencia en los cursos que organizaba el Comité Nacional del Movimiento Libertario en Francia.

En noviembre de 1964 renace en Londres la revista de Mujeres Libres con el nombre de *Mujeres Libres*. Portavoz de la Federación de Mujeres Libres de España en el Exilio en la que colabora. En diciembre de 1973 la redacción pasa a Montad y Sara forma parte del consejo de redacción escribiendo artículos y poemas.

Escritora infatigable, ha colaborado en diversas publicaciones como: *A voz anarquista* y *A Batalha* de Portugal; *Tierra y Libertad* de México; *Boletín de la 26 División* y *Evocación de Francia*; *La Escuela Moderna* de Canadá; *Ruta* de Venezuela; *L'Enciclopedic* y *Polémica* de Barcelona y *El Noi* de la Fundació Salvador Seguí de Valencia, entre otras.

Sara plasma su mundo interior en poemas que hablan de flores, de solidaridad, de fraternidad, de libertad, de amor. Es en 1974 cuando comienza

a publicar sus poemas y relatos, en catalán, francés o español, por los que ha recibido diversos premios.

En octubre de 1998 el Gobierno Francés le concedió la Legión de Honor por sus actividades en la resistencia contra el fascismo, sus trabajos a favor de las mujeres y sus actividades desde 1947 en la Colonia Española de Beziers.

En el día de hoy sigue activa con su ideal libertario, colaborando en cuantos proyectos solicitan su ayuda. Su sonrisa a flor de piel y su cálida mirada siempre nos reciben fraternalmente en su hogar de la Plaine des Astres.*

Pilar Molina

Fundación Salvador Seguí-Valencia

[*Sara Berenguer falleció el 8 de junio de 2010. N. E. D.]

INTRODUCCIÓN

Para la mayoría de las mujeres, sumisas e ignorantes, la revolución fue como un estallido de luz que vino a nosotras y nos abrió un camino, que hasta entonces habíamos tenido vedado. Hubo un ramillete de juventud, que ignoraba todo de la vida, y entre aquél, me encontraba yo. Sólo el entusiasmo y el ejemplo que nos daban los militantes, en sus actividades sin tregua, nos ayudó a forjarnos; creando en nosotras una conciencia firme y determinada, para convertimos en luchadoras por la libertad de los pueblos de España entera, así como por los otros pueblos oprimidos.

Mi léxico será restringido y, a buen seguro, carente de estilo. Sólo fui a la escuela hasta los doce años. Enseñé lo que sabía a los que tenían menos conocimientos que yo. Adquirí una experiencia doble, por los acontecimientos que vivimos, de lo que eran la vida y los hombres. Entregándome con toda mi voluntad a una causa que creí y creo noble y humana. Ni los días ni las horas contaron para mí. Al estar tan absorbida en todo lo que emprendí y faltarme tiempo para ampliar mi acción, los días transcurrían sin que me diera cuenta, lo que va a crearme, sin duda, ciertas dificultades para recordar fechas y ubicar con precisión lugares en donde se situaron mis actividades, todas dirigidas a la evolución del pueblo trabajador y a la emancipación de la mujer.

Mi combate en la revolución no fue ni singular ni pomposo. Fui algo así como una hormiga que va haciendo camino entre los matorrales, en los que a cada instante pasa la hoz. Llenando vacíos aquí y allá, para evitar, donde me encontraba, que alguien o algo pudiera fallar. Esa predisposición hacía desdoblar mi resolución, creo que instintivamente, para cooperar en lo posible más y mejor, evitando vacíos por donde pudieran escurrirse nuestros esfuerzos, los de todos y que pudiéramos caer en un embudo, en el que fuéramos absorbidos como en un torbellino.

A medida que el tiempo pasaba, comprobé los regueros de sangre que corrían por las trincheras y los bosques ametrallados en los frentes de batalla, sembrados de cadáveres en una contienda sin tregua donde los milicianos tenían que defenderse ante el avasallamiento de las tropas de Franco, las italianas y alemanas, y la brutalidad de los moros, que segaron la vida de mi padre, en el frente de Almudévar.

Hombres y mujeres desplegaron actividades insospechadas, sin descansar, sin dormir, en particular durante las primeras horas de la revolución, para que no mermara el empuje ni el ánimo de nadie.

Me han insistido mucho para que escribiera sobre estos tres años de mi vida. Finalmente, si me he decidido, no es tanto para dar a conocer mi trayectoria, emotiva y llena de emociones, sino para reivindicar que la voluntad que lleva como soporte el humano sentir, crea una fuerza incalculable, que nos nutre de un resorte sensorial que brinca en todo instante, máxime, cuando las necesidades se presentan ante nosotros; entonces el miedo se disipa.

Amiga y amigo lector que os sentís dispuestos a leer la experiencia de tres años de lucha de una inexperta joven obrera, sorprendida por una revolución surgida a causa del alzamiento militar que quiso aplastar la savia del pueblo. Quiero deciros, que para mí fue un tiempo de enriquecimiento a pesar de las muchas dificultades que encontré. Me debatía, entre la conciencia y la razón, la libertad de los demás y la mía. Entre el valor de la sencillez y la obstinación, las insuficiencias de algunos y nuestra propia ignorancia. La ignorancia en que nos sumió a tantas mujeres los siglos de dominación burguesa, el machismo, las monarquías y las dictaduras. Afortunadamente, la clarividencia y la Idea suplieron nuestra inexperiencia.

Sara Berenguer

CAPÍTULO I

Comité Revolucionario de Las Corts. Julio de 1936

Según consta en mi acta de nacimiento, nací el primero de enero de 1919 en Barcelona, calle Aníbal, 7 y 9, de la barriada de Poble Sec, hija de Francisco Berenguer Madrid, nacido en Madrid, y de Vicenta Lahosa Amorós, hija de Gandesa (Tarragona). Mis padres me dieron el nombre de Sara, hija mayor de cinco hermanos: Emilia, Paquito, Vicenta y Magdalena, esta última tenía solamente nueve meses cuando estalló el alzamiento militar, la penúltima tres años, Paquito, el único varón, diez y Emilia, que me seguía, trece, y yo con diez y siete abriles. Nuestros padres eran jóvenes: mi madre 39 años y mi padre 42.

A los pocos meses de haber pasado a Francia en 1939, donde la mujer tiene tanta libertad, pierde su apellido para ir siempre por la vida con el del marido. Así, yo me convertí en Sara Guillén, dejando en segundo término mi apellido de Berenguer.

19 de julio de 1936... Han pasado muchos años. Atrás quedó el convulso siglo XX. Ahora, inmersos en el XXI, volvía a rememorar una vida impensada. Una época de trastornos sociales. De revolución en la vida interior, cuya existencia, ni en sueños, me hubiera imaginado, así como el gran vuelco que dio el transcurrir de mi vida. Fruto de esa evolución y reflexión, fue la publicación de mis memorias con el nombre de «Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)».

Ahora en 2004, vuelvo sobre mis recuerdos, corrigiendo y sobre todo ampliando aquella primera edición de mis memorias, con la madurez y serenidad que aflora al paso del tiempo.

Época de pasiones y exaltaciones. De entrega total para recobrar la libertad que se le había arrebatado al pueblo. De experiencias vividas, acción, actividad, intuición e iniciativa de mujeres y hombres a los que la vida rutinaria y cerrada por la miseria de cada instante no hubieran dado oportunidad alguna de conocerse a sí mismos tan intensamente. Tiempo para morir como héroes o bien aplastados inocentemente por la lucha fratricida y ciega que condujo a los hombres de los dos bandos a enfrentarse, entre familiares y amigos, al empuñar las armas. Los unos para defender la justicia social y la libertad, los otros para ejecutar órdenes de quienes defendían el mando militar, el capital y el clero.



La autora con su madre y sus hermanos

Aquel domingo de julio, por la mañana, íbamos a bañarnos a la playa del Prat mi madre, mis hermanos y mi novio. No recuerdo que mi padre nos acompañara. Bajando por la calle Tarragona, alguien que venía de la Plaza de

España nos gritó: «¡Están tirando tiros, es la revolución!» Pero nosotros continuamos calle abajo, cuando otra persona que caminaba en sentido contrario al nuestro, al vernos en plan de excursionistas, vestidos de blanco y con la mochila al hombro, exclamó: «No hay autobuses, en la Plaza de España han colocado un cañón que está tirando en dirección a la carretera de Sants». Nos miramos sin decir palabra, como si fuéramos autómatas, giramos y regresamos a nuestra casa, pasando por delante del cuartel de Alcántara, situado en la misma calle de Tarragona, donde aparentemente todo parecía en calma.

En el barrio se notaba agitación. Idas y venidas de compañeros conocidos y menos conocidos: «Van a soltar a los presos políticos», oíamos decir. Mi inquietud fue constante. Por momentos se oía un murmullo persistente, yo salía cada vez a la puerta, para ver si veía a los presos, pues vivíamos cerca de la cárcel Modelo de Barcelona. Por la tarde continuaban los clamores: «¡Es la revolución!» Y de nuevo: «¡De un momento a otro van a salir los presos!»

En "Els quatre camins" [\(1\)](#) ya empezaron a levantar una barricada. Todo era nuevo para mí. Mi padre había desaparecido sin saber donde se hallaba. Aquella noche no vino a dormir, ni tampoco lo vimos al día siguiente, lunes.



Puerta del Convento de las Carmelitas.
El padre de la autora, junto a varios militantes de las JJ LL

«En la mañana del día 20 de julio de 1936 dejaba de existir la resistencia de los sublevados en Barcelona». [\(2\)](#)

A media mañana del martes llegó mi padre con dos compañeros más. Uno de ellos tenía un sidecar, que le servía durante la semana para vender productos de perfumería por las calles de nuestro barrio y los tres iban sobre el mismo vehículo: Mi padre y otro compañero iban subidos en el sidecar. Cada uno de ellos llevaba un fusil.

Al entrar en casa, una descarga de tiros acribilló la fachada de nuestro domicilio. Los disparos iban directamente a los tres milicianos que acababan de entrar. Sin pérdida de tiempo subieron al primer piso y yo tras ellos. Apostados uno en cada ventana, dispararon hacia la dirección de donde venían los tiros, desde el otro lado de la acera. Yo no me moví del lado de mi padre, atenta a todos sus gestos. Mi madre, asustadísima, me llamaba con angustia: «¡Baja, que te mataran! ¡Sarita, baja!». Pero yo, que no comprendía los motivos de aquel incidente, no podía resignarme a bajar y dejarlos solos, por si algo pasaba. Sentí una fuerza extraordinaria y una predisposición a que si caía uno de ellos, sería yo quien empuñaría el arma. ¡No por guerrear! Nada de eso, sino por hacer justicia a los que sentía acosados. El tiroteo duró varios minutos y luego cesó. Al bajar a la parte de atrás de nuestra casa, en donde disponíamos de un gran almacén, mi padre me enseñó a cargar y descargar el fusil. Lo cogí una y otra vez hasta que aprendí la lección. Mi madre, con gran pánico, no cesaba de gritar: «¡Déjalos! ¡Déjalos, que te matarán!».

Ninguna impresión me hicieron sus lamentaciones, sino todo lo contrario. Quería ser una más en aquella lucha que empezaba.

En 1975, en mi segundo viaje a España, poco después del asesinato de los reos, para quienes Franco firmara las últimas condenas a muerte, quise indagar ciertos detalles con el fin de completar mejor esta memoria. Uno de ellos era saber el nombre de los compañeros que iban al lado de mi padre en los primeros días de la revolución. Pedí a mi madre que me acompañara a ver a la viuda del "Coloniero", así le llamábamos cuando oíamos el grito de "El colonieroo...", después de haber hecho sonar su trompeta. Este buen hombre había muerto durante el reinado de Franco. Al ir a visitar a la viuda, que por

puro azar encontramos no lejos de su casa, cuando mi madre le dijo: «Es mi Sara», me abrazó con efusión y la sentí de verdad emocionada. Al cabo de un rato de conversación, le dije que estaba escribiendo mis vivencias durante la época de la guerra y que, naturalmente, como mi padre y su marido habían salido a la calle juntos los primeros días de la revolución, quería saber su nombre.

¡Horror! Su cara se transformó, me puso la mano delante como para protegerse y desorbitada me dijo:

«¡No! ¡Mi marido no se ocupó nunca de nada! ¡Mi marido no fue nunca con tu padre! ¡Esto no es verdad!».

Y fue retrocediendo como si se encontrara frente al demonio. Ante tal panorama no creí prudente insistir.

¡Cuánto habría sufrido aquella mujer para que se expresara de tal modo! ¿Qué le había pasado? ¿Qué había visto? El miedo salía a flote. Todo era inútil.

Me marché con mi madre y pensé: ¡Pobre mujer! Mi madre estaba ofendida por su comportamiento y se irritó. Le dije que la cosa no tenía importancia alguna. Era difícil juzgar a esa persona.

Hoy, después de 41 años de la guerra, en un reportaje del diario *El País* [\(3\)](#) sobre los hombres que formaron parte de las colectividades libertarias durante la guerra civil en Bujaraloz y sus alrededores, aún se lee:

«Pues mire, nos da miedo. Nos queda aún hoy; tras tantos años transcurridos, (...) un miedo que nos cala hasta lo más hondo de las entrañas...».

Desgraciadamente, así es todavía.

«—¿Donde está la sede de la CNT? —les preguntan.

—Aquí no hay eso, la UGT, está a la vuelta y, allí, las Comisiones.

—No, no; preguntamos por la CNT

—¿CNT? No conozco».

Y así se repitió en las localidades de gran fama libertaria, como en Calanda, Alcorisa y un largo etcétera.

La lucha era excitante. Los coches pasaban con las letras CNT-FAI (Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica), que incontestablemente dominaban la situación en aquellas primeras jornadas. Recuerdo que un automóvil se paró casi delante de nuestra casa y dos milicianos sacaron telas rojas y negras con las que formaron una bandera que ataron fuertemente sobre el capó del coche.

«Que no nos confundan». Oí que decían.

Tranvías, autobuses y coches, toda clase de vehículos enarbolaban la bandera roja y negra. También el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) se unió a la CNT y se veían las iniciales UHP (Unión de Hermanos Proletarios). Los compañeros pasaron muchas horas sin descansar ni dormir absorbidos por todo cuanto les rodeaba en las exigencias de aquél momento de exaltación.

«La explosión se produjo en la madrugada del 19 de julio. Las tropas de casi todas las guarniciones de España irrumpían en la calle, declaraban el estado de guerra y ocupaban los lugares estratégicos. Para maquillar su rebelión vitoreaban a la República. Entre las tropas estaban mezclados elementos falangistas, derechistas y oficiales de reserva». [\(4\)](#)

Se oían disparos lejanos. En las barricadas, levantadas en distintos lugares, yo hubiera querido aportarles ayuda, pero aún no me situaba. ¡Cuánta inquietud pasé!

De nuevo mi padre se había esfumado. El miércoles llegó a la caída de la tarde y me preguntó si quería acompañarle. Respondí afirmativamente y fuimos a casa de una compañera que me impresionó. No la conocía. Alrededor de ella había un grupo de jóvenes a los cuales nos unimos. Les habló a todos muy serenamente y constaté que escuchaban con mucha atención. Años más tarde he podido comprobar que se trataba de Libertad Rodenas, militante

enérgica y buena oradora, de la que en una de sus últimas cartas que su cuñado José Paniagua me enviara decía:

«En los primeros momentos, tanto Libertad como Mary (su hermana) por temperamento incapaces de empuñar un arma imitando al Gavroche de Víctor Hugo, salían al descubierto para recoger las armas y municiones que los militares iban abandonando; pronto nuestro grupo no escaseó de armas».

El jueves a media mañana mi padre reaparecía por casa con sus compañeros. Me llamó aparte y me dijo:

—Nena, las cosas están mal, bien esta noche o mañana nos marcharemos hacia Zaragoza con un grupo que se ha formado. No digas nada a la madre para no asustarla. Mañana cuando ya esté lejos se lo dirás.

—Quiero ir con vosotros. Quiero ayudar en lo que sea.

Y, como insistiera:

—¡No! —contestó mi padre—. Eres demasiado joven; si quieres colaborar con la revolución vamos a ir al comité revolucionario de la barriada, allí hay muchas cosas que puedes hacer.

Así fue. Acto seguido nos desplazamos al café Los Federales, bar donde los compañeros solían reunirse, situado en el Camino Viejo de Sarria. Preguntó por uno de los responsables y nos mandaron a un local de la calle Gelabert, esquina Morales, una escuela de párvulos, cuyo maestro estaba en plena lid y en donde, en aquellos instantes, dos compañeros del comité revolucionario de la barriada, Pompeyo Rosquillas Corrons y Miret, estaban arreglando los muebles que había junto a las mesas de los alumnos. La escuela no funcionaba. Uno de ellos, al llamarles mi padre, salió fuera.

—Compañero Miret —le dijo mi padre—, dentro de unas horas me marchó al frente. Mi hija quiere participar en la revolución; creo que en algo podrá ser útil.

Miret, al instante decía:

«Molt bé, companya».

¡Qué sensación sentí! ¡Me llamaban compañera por vez primera! ¡Ya formaba parte de ellos! Seguidamente me preguntó:

—¿Tienes miedo?

—No —le contesté.

—Entonces esta misma noche vendrás al café Los Federales y reemplazarás a la compañera que está de guardia en la enfermería. Está en estado de gestación y de un momento a otro puede dar a luz y no tenemos quien la reemplace. ¿Seguro que no te impresiona ver sangre?

—¡No!

—Pues hasta las ocho de la noche.

En Zaragoza, el día señalado para el alzamiento militar, salieron las tropas de los cuarteles como solían hacer desde hacía días, en plan de maniobras. Una vez acantonadas en sitios estratégicos de la ciudad, los militares declaraban el estado de guerra a la vez que destituían a las autoridades civiles. El ejército sublevado había tomado las medidas oportunas para que los civiles no pudieran reunirse para tomar acuerdos ni poder transitar por la ciudad. Pero a pesar de ello, el pueblo se lanzó a la calle, siendo pronto vencido por aquellos adversarios bien armados y organizados.

Entretanto, en Barcelona, se había reunido el Comité de Milicias, que decidió visitar al Presidente de la Generalidad de Cataluña, Lluís Companys.

«El Presidente Companys expuso su criterio, criterio compartido por todos los reunidos, de que Zaragoza y la mayoría de los pueblos de Aragón, dominados por los sublevados representaba un peligro para Cataluña (...) y por lo tanto, debía formarse una fuerte columna compuesta por voluntarios para salir al encuentro de los enemigos de la República». [\(5\)](#)

De inmediato se hizo una llamada a los voluntarios para que se concentraran en diversos puntos de las barriadas de Barcelona. En nuestra barriada se formó el grupo de "Los Aguiluchos de Les Corts", acudiendo

armados con sus respectivos fusiles, prestos para abrir la marcha hacia el frente de Aragón, al cuartel de Pedralbes, al que le dieron el nombre de Bakunin y de allí salieron. Entre ellos estaba mi padre. La columna tomaba el nombre de Columna Ortiz.

El primer posicionamiento se estableció en Caspe para ir a continuación a La Puebla de Híjar, pasando por Escatrón para luego continuar hacia La Zaida.

«Es por aquellos días que se crearon las Patrullas de Control, en las que ingresaron afiliados de todas las organizaciones sindicales y políticas, siendo los encargados del servicio de policía de la ciudad». [\(6\)](#)

A partir de aquella noche empecé a servir la causa de la libertad. Fui absorbida por un deseo consciente de ayudar a los oprimidos, explotados y a los hombres que, por el hecho de tener un ideal, eran perseguidos y encarcelados, aunque no comprendía, en toda su plenitud, el significado de la palabra libertad y que esta lucha iba a presidir mi vida.

A las veinte horas en punto estaba en Los Federales. Nuestros compañeros habían puesto un biombo en el lado izquierdo de la entrada del café, donde se habían colocado en unos estantes algunos productos farmacéuticos de primera necesidad como gasas, alcohol, algodón, tijeras, etc., una mesa y una silla. Allí pasé varias noches esperando a los heridos que había de curar. Al menor ruido creía que llegaba un herido y me afanaba en salir a la puerta.

Como tenía las tardes libres, con otra muchacha de mi edad fuimos a curiosear por los conventos e iglesias para ver las momias de las monjas en sus ataúdes. ¡Qué sensación más rara sentíamos a la vez que intrigante! ¿Por qué a los muertos consumidos por el tiempo, los sacaban de aquellos lugares, al parecer sagrados?

«En 1933 en el bar de la calle Morales, donde teníamos el coro Cap i Cua que dirigía el compañero Maña, en el momento de la separación, los componentes del coro fuimos partidarios del traslado al nuevo domicilio que fue el café Los Federales, —el compañero Mañanet que así lo llamábamos, fue de las patrullas de control—. El primer ateneo libertario que se fundó en la

barriada se abrió en el Pasaje Sacristán bajo el nombre de Ateneo Cultural, situado entre Viladomat y Calabria». [\(7\)](#)

Luego, pues, el café Los Federales, como su nombre indica, era el refugio de los idealistas.

Como quiera que mi instancia en la enfermería no era de ninguna utilidad inmediata, al cabo de una semana fui a ver a los compañeros para decirles que no quería permanecer en aquel improvisado dispensario porque mi presencia no aportaba nada a la revolución.

—Pero, compañera —me dijeron—, necesitamos una enfermera de noche, alguien puede llegar herido.

Mi respuesta fue que durante los ocho días nadie se había acercado en el transcurso de la noche, lo que quería decir, que yo no había hecho nada por la causa. Por lo tanto no quería ir más. Deseaba realizar alguna tarea de utilidad inmediata. Los compañeros quedaron perplejos y después de reflexionar dijeron:

—Ven esta tarde, veremos lo que puedes hacer.

A media tarde volvía a estar en el local donde los encontrara por primera vez. Este local se había convertido en un taller de costura donde se confeccionaban gorros de miliciano, banderas, brazales y empezaban a preparar y cortar telas para confeccionar calzoncillos. Al mismo lado vivían unas modistas, madre e hija, llamadas "las gitanetas", las cuales se habían responsabilizado en cortar las prendas que fueran necesarias y entregarlas a las compañeras voluntarias, que pudieran participar en aquella labor. Como disponía de una máquina de coser eléctrica, por ser corsetera, me entregaron un buen paquete de banderas y gorros —rojos y negros—, marchándome contentísima dispuesta a trabajar. Durante algunos días fueron banderas y gorros, después empecé a coser calzoncillos. Me faltaba tiempo para coser más y más.

A mi novio no le agradó mi entrega total y apasionada a la causa. Un día le dijo a mi hermano, en tono de reproche, que nuestro padre era un

revolucionario. Considerando que esta palabra era una ofensa a mi padre y sus compañeros, me dije a mí misma que no le vería más.

Hacía más de tres semanas que cosía prendas para los milicianos cuando un día, uno de los compañeros de la barriada, que había marchado al frente junto a mi padre, vino a nuestra casa. En la mano llevaba un trocito de papel, que dio a mi madre, en el que decía:

«Estimada compañera, desde que me fui no he podido cambiarme de ropa; dale dos pares de calzoncillos a este compañero. Paco».

Se hallaban acantonados en La Puebla de Híjar. Por primera vez mi progenitor llamaba compañera a mi madre. ¡Cuántas cosas cambiaban! Cuando leí aquel trocito de papel dirigido a mi madre, quedé confusa. ¡Con los calzoncillos que yo había cosido! No era posible que mi padre no pudiera cambiarse. ¡Qué inocente era y qué irreflexiva...! Recogí la labor a medio hacer, até el pañuelo de hacer fardos y a toda prisa me presenté en el taller. Al llegar les dije:

—¡No quiero coser más calzoncillos!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Mi padre hace cerca de un mes que está en el frente y aún no ha podido cambiarse de ropa interior.

—Pero mujer, aún no ha podido llegar para todos.

—Digo que no coso más.

Y me marché.

Apenas había llegado a medio camino, cuando ya me arrepentía. ¿Y ahora qué haré por la revolución? —me dije a mí misma.

Después de los primeros días del alzamiento militar se incautaron locales que los facciosos habían abandonado, conventos, iglesias y otros edificios, los cuales habían sido ocupados para las instalaciones de comedores populares, ateneos, JJ LL (Juventudes Libertarias), comités de barriada, sindicatos, etc. El comité revolucionario de nuestra barriada, que estaba instalado en el café Los

Federales, cuyo propietario era el compañero Pep, afín a los ideales anarquistas, se trasladó al convento de las Carmelitas, calle Deu y Mata, y allí me presenté al siguiente día.

En el gran portal de la entrada había un miliciano de guardia; le pedí me indicara algún responsable del comité a quien pudiera dirigirme para ayudar a la causa revolucionaria y me indicó a "Peret de Cervera", que se le había dado este nombre porque procedía de dicha localidad. Cuando di con él, le conté mi corta historia y mi disgusto. Le informé que hasta el día anterior había estado trabajando, pero que no quería coser más... Con mi explicación le sorprendí, pero después de un momento de reflexión contestó:

«Lo que en este momento nos hace falta es un mecanógrafo o bien una mecanógrafa para establecer la lista de los compañeros que efectúan las guardias en los distintos puntos estratégicos de la barriada».

Atrevida e ignorante, le propuse que yo podría hacerlo porque sabía escribir a máquina. Mi saber consistía en haber ido a la escuela de noche para aprender mecanografía, durante un mes, aunque no lo completé. Los primeros días, la maestra, señorita María Muñoz Pacheco, me enseñó la manera de poner el papel en la máquina y de hacer correr el rodillo de derecha a izquierda, diciéndome que hiciera prácticas. Ya llevaba unos días, cuando una noche llegó su hermano, don Juan, maestro a su vez de la clase de niños, en la calle Vilamari, hoy calle Ecuador que, al verme escribir, se apresuró a decirme que no lo hacía bien.

«La mano derecha no debe servir más que para el teclado de la derecha y la izquierda para el izquierdo... De esta manera no aprenderás nunca».

Quise aplicarme, pero apenas se había separado un poco de donde yo estaba, volvía de nuevo a saltar como un pájaro, de derecha a izquierda y viceversa. Cuando me sorprendió le dijo a su hermana que debía vigilarme, mas como ella daba clases de corte y no podía ocuparse de mí, don Juan cogió la máquina de escribir e hizo que lo siguiera, desplazándome a la escuela de los chicos. Fui hasta terminar el mes. Las miradas del maestro me intimidaban, dominar la tentación de acudir a las letras que me saltaban a la vista, de cualquier manera, también me era difícil y, lo que más me afectaba era que

estaba sola como mujer en aquella clase de chicos mayores que, crueles, se reían de buen grado de mi lentitud y de mi timidez. De manera que mi curso terminó muy pronto.

¡Qué atrevida es la ignorancia, proponerme como mecanógrafa del comité revolucionario de la barriada de Les Corts!

Aquella misma tarde empecé a trabajar.

—Aquí tienes la mecanógrafa —le dijo a modo de presentación a Pompeyo Rosquillas, responsable de los relevos de las guardias de milicianos.

Tuve cierta satisfacción, se trataba de uno de los dos compañeros a quienes mi padre me confiara los primeros días de la revolución.

—Bien, compañera, a trabajar.

Me indicaron la tarea que tenía que realizar, se trataba de confeccionar la lista diaria de los milicianos, señalando el lugar correspondiente donde tenían que hacer la guardia, teniendo bien en cuenta que los relevos fueran organizados de manera que cada uno de ellos pudiera descansar. A ello me apliqué. Estos cambios de guardia se hacían tres veces al día. Por la mañana, a las ocho, a las dos de la tarde y a las veintiuna horas.

La pieza donde me hallaba era sobria. Una mesa de despacho y una silla a un lado; en el otro, una mesita con la máquina de escribir y una silla, todo vetusto como el propio edificio. En la habitación contigua donde me encontraba estaba el secretariado y entre las dos habitaciones había una reja —recubierta por un cartón—, que debía ser donde las monjas comunicaban con sus visitantes. El cuarto de las armas, inmediato al nuestro, durante la noche estaba custodiado por un compañero llamado Blas, al cual después de haber terminado con las permanencias de noche, no vi nunca más.

Las idas y venidas de los milicianos, ya mayores de edad, eran frecuentes, empezaba apenas a conocerles. Los más jóvenes tenían otras actividades que necesitaban mucha atención y energía y una gran parte de ellos se habían marchado al frente con el grupo "Los Aguiluchos de Les Corts".

Sabía que la habitación o despacho provisional que se encontraba al otro lado del muro estaba destinado al secretariado del comité revolucionario, pero apenas si conocía nombres.

En el fondo del largo pasillo de aquel convento, se habían instalado los comedores populares. Todos los milicianos que formaban parte del comité y de las guardias comían en ellos.

Las compañeras que estaban al cargo de esta tarea, jóvenes y activas, no regateaban sus esfuerzos. Entre ellas había dos monjas, que al entrar los milicianos en el convento de las Carmelitas no quisieron marchar. Habían abandonado sus hábitos y vestían las prendas que les ofrecieron, ayudando con calor a todos los quehaceres que aquellas circunstancias requerían.

Mi dedicación al trabajo fue completa. A las pocas semanas de estar allí como mecanógrafa, Pompeyo Rosquillas me preguntaba:

—¿Pero tú ya estas sindicada?

—No —le dije.

—Pues, ¿cómo se entiende esto, trabajando en un comité revolucionario y no tener el carné de la CNT? Tienes que ir a sindicarte.

—Mañana lo haré —le prometí.

He de decir que nunca había estado sindicada, si bien a los trece años empecé a trabajar de ayudante de carnicera en el mercado del Ninot y más tarde en una casa de bordados y calados situada en la calle Zumalacárregui, número 13, de la que me fui al poco tiempo de haberme encarado con la patrona por defender a las obreras en un conflicto salarial que llevaban entre manos. Después aprendí el oficio de corsetera y cuando estalló la revolución empezaba a trabajar por mi cuenta. Recordé que pasando por una calle unos días antes había visto un enorme cartelón que decía: sindicato del textil. Pensé que, habiendo sido corsetera, era el sindicato idóneo para mi filiación y, sin más reflexión, allí me fui. Me extendieron el carné de inmediato y cuando llegué al comité se lo enseñé a Rosquillas llena de entusiasmo:

—¡Ya tengo el carné sindical!

Cuál sería su asombro al constatar que el carné era de la UGT (Unión General de Trabajadores). Yo también estaba confusa. ¿Cómo no me había dado cuenta? Pero he de ser franca. La realidad es que no me había percatado de la importancia y significado de ambos anagramas. Un sindicato, para mí, representaba un sindicato de trabajadores. El autor de mis días no había tenido tiempo de hablarme de las diferencias que podía haber entre un sindicato y otro.

¡Qué ignorante era en cuestiones sociales y en tantas otras!

El compañero Rosquillas me miró fijamente y luego se echó a reír.

—No es —dijo— ni el sindicato de la UGT ni el sindicato textil al que debes afiliarte. Ahora eres mecanógrafa.

Aquel día aprendí la diferencia existente entre la CNT y la UGT, pero ello, salvo en aquel preciso instante, ya no me preocupó más: Además de los correspondientes estatutos, recordé muy bien que, en la primera página decía: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y, en la última, «la unión es la fuerza del obrero: El sindicato es tu aglutinante. En él se forja la unión de los proletarios que caminan con la frente alta hacia su emancipación».

Frente alta y hacia la emancipación de cada uno y de la mía propia, así emprendí toda mi tarea en pro de la revolución.

También hice mío uno de aquellos párrafos internos, «agilidad mental para ver el peligro y superarlo con rapidez, es lo que hace falta. Perder el tiempo divagando en reuniones, con disquisiciones filosóficas es antirrevolucionario». En efecto, a veces se divagaba en discusiones bizantinas y yo me escurría. ¡Había tanto que hacer! Aunque como otras personas, quedaba encantada del buen acierto, de la serenidad y lo constructivas que eran las palabras de ciertos compañeros. La vida es un contraste permanente.

Mientras, mi novio, que era maestro auxiliar de la escuela de párvulos donde aprendí a escribir a máquina, me mandaba, por mediación de mi hermano, que asistía a esta escuela, notitas escritas, comunicándome su descontento por mi alejamiento y desinterés hacia él.

Estaba entregada de cuerpo y alma a todo cuanto la barriada tenía organizado o bien organizaba y, además, muchas noches acudía al local de las Juventudes Libertarias, situado en la calle Provenza, regresando a mi domicilio alrededor de media noche.

Me había puesto en relaciones muy joven. Mi novio tenía diez años más que yo. Hacíamos preparativos para el casamiento. Yo no estaba enamorada, lo supe después. Sentía hacia aquel muchacho gran admiración. Era inteligente, instruido, podía preguntarle cualquier cosa. Escribía de maravilla, su caligrafía era linda y sus escritos me emocionaban. Me hubiese casado con él porque pidió la mano a mis padres y... todas las muchachas, en principio, se casan. Tal era mi resignación o desconocimiento de las cosas de la vida. En realidad, desconocía lo que era el amor.

Cuando me entregué a nuestro ideal, sin conocer de él gran cosa, ese fue un amor fuerte, por el que luché sin descanso por defender su justa causa porque a mi entender ayudaba al pueblo que sufría.

Mi novio había llamado a mi padre revolucionario, mi padre era altruista, ayudaba siempre a sus compañeros de trabajo y todos lo querían. Ya en su juventud estuvo preso por sus ideales. Una de las veces le hicieron un consejo de guerra y fue condenado a muerte, siendo liberado pocas horas antes por un indulto.

También aquellos hombres que frecuentaba me daban buena impresión, atentos a todo cuanto ocurría.

El resto de España bullía. El 16 de julio, Federico García Lorca había salido de Madrid hacia Granada, su ciudad natal; a finales de agosto de 1936 era asesinado vilmente junto a otros compañeros de infortunio.

El 27 de agosto, el *Boletín de Información*, editado por el Comité de Defensa de la Revolución Española Antifascista, situado en Perpignan, daba las siguientes noticias:

«El terror fascista en Granada. (...) Fusilaron al presidente de la Diputación, Virgilio Castilla, José Santacruz, ingeniero de trabajos públicos, José Alcántara,

presidente del Partido Sindicalista, a Constantino Ruiz, director de *El Defensor de Granada* y a, Damón, consejero municipal».

Una orden obligaba a los bancos a emitir suscripciones para el ejército rebelde, los cuales, obligatoriamente, tenían que contribuir. El director del Banco de España se negó a esta imposición y fue fusilado. También retuvieron prisioneros en el aeródromo de Armilla a las mujeres y niños de los aviadores leales.

Ramón Acín, artista de renombre, era fusilado en las puertas del cementerio de Huesca, «el 6 de agosto de 1936, a los 48 años de edad. Los trabajos del pintor eran admirados por el realismo de su trazo seguro y vigoroso. (...) Fue fusilado con veinte más, entre ellos, probablemente, el Gobernador Civil, Manuel Carrascosa y el alcalde de la ciudad, Mariano Carderera. Acín era un militante confederal que en 1917 fundaría con Felipe Alaiz la revista anarcosindicalista *Floreal*. El 23 del mismo mes asesinaron a su esposa, Conchita Moirás, hija de un profesor oscense». [\(8\)](#)

Estos crímenes fascistas fueron captados por el gran artista español Castelao en una de sus hermosas láminas de la *Enciclopedia Anarquista* de Sebastián Faure, traducida al castellano.

Al tiempo que las organizaciones obreras estaban absorbidas por la lucha antifascista; los especuladores, los cuervos de las ganancias, elevaban el coste de los artículos de primera necesidad vergonzosamente, por lo que se tomó la decisión de enviar delegados a los mercados y llevar a cabo pesquisas en los comercios de ultramarinos que habían sido denunciados.

Un día, en la oficina contigua a la mía, oí voces de una discusión apasionada. El comité allí reunido estaba en desacuerdo y un miembro del mismo se marchó descontento. Pude constatar más tarde que se trataba del responsable del cuarto de las armas y de las guardias diurnas. Como pasaban las horas y no aparecía, esperé el momento del relevo de la guardia. Nadie vino a reemplazar al responsable; cuando llegaron los milicianos a hacer el relevo de acuerdo con la lista, cogí las llaves del cajón de la mesa, pasé al cuarto de las armas y entregué a cada uno de ellos los fusiles correspondientes, indicándoles el lugar a donde iban destinados. Al cabo de media hora llegaban los relevados con sus

fusiles, los que recogí y llevé a su lugar. Me preguntaron dónde se encontraba el compañero Rosquillas y como les dijera que aún no había venido no encontraron nada anormal. Caída la tarde esperé al compañero Blas, el responsable de las guardias de noche. Le di la relación de los que tenían que llegar a las 21 horas. Nada para mí fue extraño; cogí aquella misión improvisada como si siempre la hubiera hecho.

En el cuarto de las armas había un armamento heterogéneo: fusiles norteamericanos, espingardas, escopetas que usaban los moros y que parecían venir de la noche de los tiempos, mosquetes, carabinas, algún máuser, etc., todo ello con sus correspondientes municiones, algunas cajas de bombas de mano, sables y otros artilugios. Todo lo que se había podido recoger los primeros días de la revolución. Algunas de estas armas las iba reparando nuestro maestro armero Santiago Burguete, el buen "chispa", que era persona seria y reservada, pequeña de talla y delgadito.

Más temprano que de costumbre, al siguiente día, acudí al comité. El compañero citado aún no había llegado. Reemplacé a Blas. No entrañaba ninguna dificultad entregar los fusiles y la correspondiente munición a los milicianos que llegaban. Los días anteriores me había fijado en la distribución, ya que me hallaba presente, para indicar, con la lista en la mano, el destino de las guardias. A las dos de la tarde, cuando volvieron a recoger las armas para el relevo, di a cada uno su fusil y después de haber cerrado la puerta, pasaron a la habitación contigua, para saber el lugar donde estaban destinados.

Estos milicianos, como ya he indicado, eran hombres bastante mayores. Volví a sentarme detrás de la máquina de escribir e iba mencionando nombres y lugares de relevo, cuando uno de ellos a quien le había entregado un Winchester me preguntó:

—Sara, ¿cómo se maneja este fusil?

No me levanté, estaba explicándole el manejo cuando se apoyó en el gatillo y salió una bala casi rozándome el pelo, derecha hacia mí, incrustándose en la pared de detrás. El pobre miliciano se puso lívido y, aturdido, me pedía excusas por su ignorancia. Continué explicándole y le dije que inclinara el fusil a tierra, a la vez que le calmaba para que se marchara tranquilo. En realidad no

le di importancia alguna al incidente, pero hoy creo que fue porque no capté en el acto las consecuencias que aquel descuido hubiera podido tener. No obstante, fue una lección. Al siguiente relevo preguntaba a cada uno si conocía el arma que le entregaba y, si tenían alguna duda, nos poníamos frente a la pared, verificando ambos si había alguna bala en la recámara.



La autora en 1937

Al tercer día apareció Rosquillas. Se fue directamente al secretariado y preguntó quien lo había reemplazado durante su ausencia. A tal pregunta se produjo un gran desconcierto. Los compañeros, absortos en sus diferentes actividades, no se habían percatado de su ausencia. Y era debido a que nada anormal les había alertado. Las cosas continuaron la marcha regular de todos los días

De pronto oí pasos precipitados por el corto corredor y, de repente, vi entrar, alterados, a unos compañeros que apenas si conocía, entre ellos Rosquillas, Paulino Sosa y Vicente Granero, el secretario; éste gritó:

—¿Sara quien ha venido estos días para ocuparse del relevo de las guardias y entregar las armas?

—Nadie —contesté.

—¿Y quién ha preparado los relevos y las listas?

—Yo misma —contesté—, como cada día y como no hubiera nadie en el momento del relevo y no sabía a quién debía llamar, esperando, continué la tarea. Disponía de las llaves. No tenía, pues, dificultad alguna para dar las armas y recoger, más tarde, los fusiles de los milicianos mientras se efectuaba el relevo de la noche.

Cogieron las llaves del cuarto de las armas y, nerviosos, verificaron todo. Repasaron la lista de los relevos que había archivado y se miraron atónitos.

—Pero ¿no has tenido miedo?

—No. ¿A qué iba a tener miedo?

—¿Todos sabían cargar las armas que les has dado?

—No —repliqué— alguno no supo —y entonces expliqué cómo mi padre me había enseñado los primeros días de la revolución—. Solamente rocé la tragedia una vez.

—¿Ya sabes la responsabilidad que has contraído?

—¿Responsabilidad? No hice más que suplir a Rosquillas. Si él no estaba alguien tenía que hacerlo.

Se miraron tranquilizados y sonrieron.

—¿Sabes que si algún fascista supiera el lugar que has desempeñado y en el que vas a continuar podría muy bien pegarte un tiro?

Les miré extrañada, no concebía que nadie pudiera hacerme daño.

—¿Quién te acompaña a casa, de noche, cuando te vas de aquí?

—Nadie.

—Pues a partir de hoy te acompañará un miliciano. No puedes ir más sola.

No veía la necesidad de que alguien tuviera que acompañarme. Pero insistieron, alegando que cualquier enemigo que supiera cual era mi responsabilidad podría atacar contra mí al pasar por aquellos campos y caminos desiertos que tenía que recorrer hasta llegar a mi casa. De modo que a la salida, ya tarde, fui acompañada por un miliciano hasta el umbral de mi puerta. Al día siguiente me entregaron un revólver pequeño, con puño de nácar y algunas balas que puse en mi bolso. Así fui continuando mi labor.

En aquellas primeras horas de la revolución, un factor muy importante fue la espontaneidad del pueblo junto a los militantes de la CNT. A ellos se unieron personas sin partido ni ideas definidas; mas, pronto captaron la situación y se sumaron a la lucha de inmediato. Engrosaban las filas hombres y mujeres, liberados en su pensamiento y en su actuación, uniéndose a los idealistas, quienes se transformaron en luchadores por la libertad con franca participación y una voluntad férrea para vencer la rebelión militar que disparaba sus cañones contra el pueblo. Estos hombres y mujeres, que no estaban sindicados ni eran de la CNT, se sentían oprimidos y reos del sistema imperante.

¿Quién levantó la primera bandera? La CNT fue una de las primeras, por lo que miles y miles de personas se unieron a ella con la esperanza de liberarse de la esclavitud y de la pobreza, anhelando poder ver la transformación de la sociedad. La magnitud de aquellos valerosos hombres de la CNT entregándose a la lid sin condición alguna, les subyugaba. Naturalmente, estaba también la UGT, Esquerra Republicana, el POUM, los comunistas, etc., quienes también reivindicaban sus ideologías.

Las responsabilidades no eran pocas, pero el entusiasmo y la tenacidad era el principal fermento de todas cuantas iniciativas del momento se ponían en práctica, llenas de solidaridad a pesar de los escasos medios de que disponían aquellos idealistas, que habían leído y estudiado a nuestros teóricos. Digo nuestros ahora, pero no lo hubiera podido decir en aquel instante cuando participé en la lucha más que imbuida por un espíritu de rebeldía contra la injusticia y un sentimiento que me impulsaba a participar en una acción, que

mi intuición me daba a entender. Debíamos liberar al pueblo, quien al sentirse comprendido se entregaba de lleno a la conquista del triunfo de la revolución social. Era una avalancha de luchas e inquietudes de todos aquellos que pensaban en la victoria inmediata. Los esfuerzos de los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo se multiplicaron, pero no era posible luchar en dos frentes. La completa reorganización social de la retaguardia, en la producción, en la administración, suministros, además del abastecimiento de la intendencia de las Divisiones, armamento, equipamiento, etc., así como los productos de primera necesidad como eran los medicamentos, era una gran responsabilidad.

En las primeras semanas de la revolución se hicieron colectas por las calles con el fin de ayudar a los distintos frentes. Las mujeres tuvieron una participación muy activa en esa tarea. En nuestro comité también se recogían prendas de vestir y otros enseres que nos eran solicitados para los primeros refugiados que llegaban del frente de Aragón. Cada vez que había una recolecta, yo sacaba un poco de mi ajuar. Hasta que un día mi madre me llamó la atención.

—Sara, ¿pero qué has hecho? ¡Apenas si has dejado ropa para cambiarte!

Por mi parte, pensaba que si aquellas gentes escapaban del campo de batalla y lo abandonaban todo, justo era que nosotros les diéramos algo de lo que poseíamos. ¿Quién hubiera dicho que dos años más tarde yo también marcharía sólo con la ropa puesta y en dirección desconocida?

Mi madre tenía una amiga enfermera, llamada Adelina, que trabajaba en el Hospital Clínico, la cual solía venir a casa y contaba los acontecimientos del hospital. Un día en que yo me encontraba con ellas, relató las llegadas diarias al Hospital Clínico de las ambulancias que recogían a los fascistas que encontraban muertos. Como no había visto nunca un muerto y, el adjetivo de fascista me intrigaba, preguntándome en la inexperiencia de mi juventud cómo podían ser, sentí curiosidad por verlos. ¿Quiénes eran? De manera que decidí ir al día siguiente a la morgue, saliendo de casa más temprano, para poder estar a la hora prevista en el comité revolucionario. Vivía en la calle París, 152, esquina Vilamarí, en una casa hoy desaparecida. Me dirigí, pues, al

depósito de cadáveres del Clínico para ver de cerca aquellos fascistas. En la morgue las mesas eran de mármol blanco, más altas que las corrientes. Pasé por delante para ver detenidamente aquellos hombres, cuyas vestimentas eran de valor. Manos finas, rostro blanquecino por la muerte. No obstante guardaban un lustre que nunca había tenido ningún obrero, quizá ni en su niñez. Los que vi en los pocos días que fui eran calvos. Unas veces vi dos y otras uno.

La estancia del depósito estaba vacía de hálito humano a no ser el mío. Yo misma me sorprendía, no sentía miedo ante su presencia. Sí, los miraba... Los miraba sin verlos, porque a través de aquellos cadáveres se me representaban imágenes de las cuales había oído hablar en mi adolescencia con amargura, recordando vagamente la tragedia de Casas Viejas, las personas que habían sido quemadas vivas en el interior de las barracas donde estaban, las mujeres que escaparon de aquellas llamas siendo herida una joven y, otra que llevaba la ropa ardiendo, abatida por las balas de aquellos malvados guardias. De los obreros a los cuales se les había aplicado la "Ley de Fugas", de las torturas a los presos... ¡y cuantas cosas más! También venían a mi memoria los comentarios de mi padre y de sus compañeros de trabajo, cuando iba a llevarle la comida a la obra, hablando de las atrocidades que se hacían diariamente. Era muy joven, pero aquellas conversaciones me calaron muy hondo.

Aquellos muertos no me impresionaban a pesar de encontrarme sola, pues detrás me parecía ver la miseria y la tiranía ejercida sobre el pueblo año tras año. Fui pocas veces porque a la salida del hospital, un compañero del comité que me vio, me preguntó si tenía alguien enfermo y al explicarle el porqué había ido quedó sorprendido y me aconsejó que no fuera más. Me pareció lógico lo que me decía y no volví más.

A iniciativa del compañero "Peret de Cervera", el comité organizó una salida para un domingo por la tarde a fin de visitar el seminario de la ciudad de Cervera.

«Durante la guerra de la Independencia, dicha ciudad, sufrió el cruel dominio de Isidoro Pérez Camino, corregidor, nombrado por los franceses al apoderarse de la población. Se cuenta de ese Pérez que hizo construir una

jaula donde encerraba a los contrarios a sus ideas y a los que no pagaban impuestos, haciéndoles sacar la cabeza, untada de miel, fuera de la jaula, para hacerles sufrir el terrible tormento de las moscas» [\(9\)](#). De manera similar a partir de la sublevación fascista en Melilla, «a los que detenían les rapaban el pelo de la cabeza y les suministraban aceite de ricino, paseándoles por lo más céntrico de la población. En unas cuevas de un acantilado, cerca del Cabo Tres Forcas, detuvieron a unos cuantos socialistas; después del esquila y el purgante, los pasearon y llevaron al parque y en unas jaulas que habían servido para exhibir monos los metieron dentro para que se mofaran de ellos.

Cuando anunciaban una ejecución, por fusilamiento, en el llano de Rostrogordo, los señoritos y las señoritas iban a presenciarlos como si se tratara de una romería». [\(10\)](#)

Participé pues en aquella expedición de Cervera y, a la vuelta, Miret, el que por primera vez me llamó compañera, que había observado mi comportamiento, me dijo:

—Sara, me he dado cuenta de que no eres miedosa. ¿Te gustaría aprender a pilotar un avión?

Le contesté afirmativamente. Seguidamente me propuso ir juntos el martes siguiente al campo de aviación y dar una vuelta por donde estaban los aviones. Pasamos por los talleres. Me pidió mi parecer y me dijo que más tarde subiría con él en algún raid: estuve de acuerdo. Nada me parecía imposible. Desde el momento que hubiera algo con que pudiera ayudar a ganar la revolución estaba dispuesta a hacer todo aquello que mis fuerzas me permitieran.

Tan pronto llegué a casa conté a mi madre lo que el compañero Miret me había propuesto. Mi madre me dijo que ni se me ocurriera tal cosa. Mas mi contestación fue categórica. «Si con ello ayudo de manera más eficaz a la revolución, allí iré». Fui algún domingo al campo de aviación, cuando mis responsabilidades me lo permitieron. Un día, el compañero Miret me anunció que el próximo domingo fuera con mono al campo de aviación y que haríamos las primeras pruebas. Se lo dije a mi madre, que al verme tan determinada no perdió tiempo en hacerme el mono.

Por mi hermano Paquito, mi novio andaba al corriente de mis actividades. Como no me encontraba en casa, decidió acudir al comité. Entraba decidido, pero la guardia le dio el alto. Al darse a conocer como novio de Sara Berenguer lo acompañaron al interior y me llamaron. Delante de la guardia nos pusimos a hablar. Allí también se encontraba el compañero Paulino Sosa, un hombre de gran conciencia militante que pertenecía al grupo de "Los Solidarios". [\(11\)](#)

Mi novio, al que ya no consideraba como tal, exclamó:

—¡Me han dicho que quieres subir en avión y pilotar! Que vengas aquí, pasa, pero... si subes en avión, ¡hemos terminado!

—Pues ya hemos terminado —contesté—, porque si soy apta para ello, iré.

Insistió en que renunciara a mi determinación, pero se fue sin haber logrado su propósito. Paulino Sosa, que había oído la conversación, con un tono muy sereno, dijo:

—Individuas como tú son las que nos hacen falta.

Al oír aquellas palabras quedé muy sorprendida. El adjetivo de individua me sonó mal. Sin embargo, creí comprender en su expresión que tenía significado de valor. ¡Qué complicado era ser mujer!

Pronto escapé de la vigilancia de mi ángel guardián para marchar libremente por aquellas calles y campos en dirección a mi casa. Pocos días consiguió acompañarme el valiente miliciano, alto y bien plantado. Mi escolta se había convertido en asiduo pretendiente, declarándome un amor profundo y dispuesto a que uniera mi vida a la suya de inmediato. Le pedí que me dejara tranquila, que no insistiera. «Tienes la felicidad en la palma de las manos y quieres dejarla escapar», solía decirme.

Por más que me escurría, a veces, no lejos de la calle Deu y Mata, oía pasos acelerados; era mi acompañante, que llegaba con su retahíla cada vez más apasionada. Hasta que un día, resuelta, entré en el secretariado del comité y les dije que no quería que nadie me acompañara.

—¡Pero Sara! ¿Y si te pasa algo?

—¿No me habéis dado un arma para defenderme? Pues si es necesario sabré servirme de ella.

Mi respuesta fue tajante y mi suspirante, que intentó encontrarme alguna vez más, quedó frustrado en sus propósitos.

Una de las primeras medidas que había tomado el comité de defensa de la barriada, fue la de organizar Abastos.

En la calle Calabria, cerca de la calle París, se incautó un local. Fue de esta manera que José Carrasquer (padre) y Carlos Sanz pasaron a la administración y contabilidad de Abastos, cuyo responsable de compras era Bartolomé Guerra.

José Carrasquer había sido maestro de la Escuela Moderna, la que había tenido que abandonar, ya que en el año 1933 fue encarcelado por sus ideales.

De manera que en la barriada, en la medida de lo posible, no faltaba comida, la cual era distribuida a la población necesitada por mediación de vales o bonos que se extendían en el comité: para pan y leche, en particular destinados a los niños enfermos.

Si había medios de compra, se compraba, pero en el caso de que se pidiera intercambio, se procuraba obtener en otras localidades lo que hacía falta para dicho trueque, facilitándonos la adquisición de productos alimenticios. A veces faltaba dinero y se pagaba con vales que el comité revolucionario establecía y, en caso de apuro, se requisaban las mercancías. En cierto momento, la Generalidad de Cataluña se responsabilizó en cancelar los vales en numerarios.

En diferentes poblaciones se emitió papel moneda por las mismas colectividades o Ayuntamientos, o bien, unos vales que tenían valor de moneda. También se hicieron algunas emisiones de sellos con sobretasa y sobretasas voluntarias, que eran adquiridos según la voluntad de cada uno.

Ya conocía a todo el secretariado. Vicente Granero, secretario del comité revolucionario, Pompeyo Rosquillas, Miret, "Peret de Cervera", Paulino Sosa, Sergio Somoza, José Carrasquer, Higinio Pujol, Áurea Cuadrado y Félix Carrasquer. A "Peret de Cervera" pronto lo perdí de vista y no lo vi hasta casi al

final de la existencia del comité. Había algunos más que no logro recordar. Para ayudar a las distintas labores, entre otros compañeros, uno de ellos era mallorquín, Tena, Francisco "el moneta", el albañil, que siempre tenía algo que hacer, Conde, Monforte, etc. Al lado del ala izquierda del edificio central, situado en el mismo jardín, estaba la armería, de la que se ocupaba Santiago Burguete, "el chispa".

Los comedores populares funcionaban en el interior del convento, al fondo del ala izquierda, con la participación de las compañeras que habían acudido a colaborar desde el primer día de la revolución, entre ellas las dos monjas que no habían querido marcharse, como ya queda señalado.

A medida que el tiempo pasaba todo se iba haciendo de la mejor manera posible. Los compañeros se habían hecho cargo de la Maternidad desde las primeras horas de la revolución. El cinco de agosto de 1936 se delegó la responsabilidad de esta tarea a Félix Carrasquer y Áurea Cuadrado, gran militante del Movimiento Libertario, inteligente, tenaz, que desde hacía muchos años llevaba una lucha sin descanso en el Sindicato del Vestido. Félix Carrasquer formaba parte de nuestra barriada junto a sus hermanos José y Francisco, quienes tenían bajo su dirección la Escuela Racionalista Eliseo Reclus, antes de la guerra. Lo que quiere decir que Félix era la persona idónea para atender y cuidar a aquellos niños que habían sido abandonados desde su nacimiento.

La Maternidad, enclavada en nuestra barriada, estaba regentada por monjas, que pronto dejaron los atuendos religiosos y bajo la dirección de nuestros compañeros colaboraron en todos los trabajos, humanizando el trato con los niños. Recién nacidos, niños y jóvenes que no habían salido jamás del Hospicio.

Se organizaron cuatro pabellones, pertenecientes a las secciones: maternal, lactancia, destetes y párvulos.

En unos de los viajes que la anarquista Emma Goldman hiciera a las unidades del frente y a las realizaciones que se llevaban a cabo en Barcelona, entre ellas una visita a la Maternidad, en un periódico de la ciudad se podía leer la siguiente nota: «La Casa de Maternidad de Barcelona:

La notable escritora Emma Goldman declara que, era en su género, lo más perfecto que había visto en Europa. Formas nuevas reveladoras de un espíritu nuevo, más racional y más humano, dan esta categoría de ejemplar a un establecimiento que el estilo monjil hacía antes odioso, correspondiendo gran mérito a Áurea Cuadrado, directora de la Casa Maternidad de Barcelona».

La Escuela Racionalista antes de julio de 1936 estaba situada en la calle Vallespir nº 48. José había estudiado magisterio, pero Félix era autodidacta. Inspirados por las lecturas de la Escuela Libre o Moderna, como Pestalozzi, Celestín Freinet y Francisco Ferrer y Guardia, quien había publicado el primer número del Boletín de la Escuela Moderna el 30 de octubre de 1901. Otros pedagogos se habían volcado hacia los métodos de una escuela racional y libre para la enseñanza de los niños. Félix estaba impregnado de este sentimiento renovador y junto a su hermano José se había hecho cargo de la escuela iniciada por los compañeros de la barriada. El grupo tenía la sede en el entrañable café Los Federales. Para sostenerla se habían impuesto voluntariamente una cuota de una peseta al mes, que abonaba cada uno de sus componentes, pecunio al que se añadía la participación de los socios del ateneo que, nominalmente, eran libertarios. Antes de empezar el curso se hizo una asamblea. «La asamblea inicial con los padres y amigos de la Escuela fue de lo más alentador, pues tras haber suscitado un diálogo interesante y vivo, nos pusimos de acuerdo con todo lo esencial, llegando a un compromiso». [\(12\)](#)

¿Cuál era la obra más meritoria? Difícil sería de decirlo. Los méritos tendrían que ser compartidos. Pues aquellos que no podían aportar su saber para la libre enseñanza de los niños, aportaban sus iniciativas y ayuda material para que los maestros tuvieran la posibilidad de poner en práctica sus anhelados deseos, es decir, llevar sus ideales a la realidad soñada. Formación de base para hombres y mujeres del mañana, con un espíritu abierto y solidario, gozar del fruto de la libertad y del saber, conscientemente.

También teníamos un taller de mecánica a cuyo cargo estaban los compañeros Homs, padre e hijo, y un compañero italiano llegado recientemente de su país con la idea de ayudar a vencer el alzamiento.

Cuando se decidió abandonar las guardias de los puntos estratégicos de la barriada se cerró el comedor popular. Algunos de los compañeros se marcharon al frente y el comité se reorganizó. El compañero Miret, retenido por las exigencias de la guerra y sus imponderables, no pudo volver al comité como estaba previsto ni con la asiduidad que solía hacerlo. Una tarde, no obstante, vino a verme y hacerme partícipe de su unión con la compañera que había sido responsable de la cocina, Lola Granero, hermana del secretario. Como debía marchar sin demora, nos invitó a un grupo del comité al sencillo y austero acto de su unión en las dependencias del Cuartel Bakunin. A partir de aquel día no supe más de Miret. Aquel hombre desbordante de vigor y de benevolencia que me había acogido por primera vez cerca del local de Los Federales, más tarde me enteré, había muerto en un accidente de aviación.

El secretariado pasó a las habitaciones contiguas, a la entrada a mano derecha. Me llamaron para decirme que a partir de aquel instante pasaba a ser la secretaria del comité y que, como a todos los milicianos, me darían un salario de 10 pesetas por día. Me pareció muy bien, pues necesitaba ayudar a mi casa. Aunque mi madre no había sufrido estrecheces, pues el dueño de la empresa donde mi padre había trabajado durante años, señor Boixadé, le pasaba el sueldo íntegro, hasta que no cobrara las diez pesetas que dieron a todos los milicianos incorporados en el frente.

Mi primera satisfacción fue que me consideraran una más, que no hubiera diferencia alguna ni en el trabajo ni en la responsabilidad frente a cualquier otro miliciano que estuviera en el comité. Por otra parte, porque mi madre hacía tiempo me exigía que recibiera al antiguo patrón, el que antes de la guerra me suministraba trabajo de corsetería para que lo hiciera en casa.

El dueño del taller era un señor mayor, que me había planteado la posibilidad de abandonar el trabajo para instalarme en una lujosa casa, en la que no tendría que hacer nada más que "esperarlo". Aquella deshonesta proposición me indignó y estaba dispuesta a dejar la confección. Desgraciadamente, era un caso frecuente en los medios obreros, donde las jóvenes sufrían la eterna persecución del patrón, tentación a la que algunas sucumbían, acorraladas por la miseria y por las duras circunstancias de la vida.

Hacía algunos meses que había empezado a trabajar por mi cuenta y continuaba la confección del taller hasta poder alcanzar una clientela por la que pudiera valerme por mí misma. En estos momentos de íntima tribulación y preocupada por lo que significaba para la casa la pérdida de mi salario, estallaba el alzamiento militar.

A partir del primer día dejé de ir al taller a buscar el trabajo de confección. El patrón no tardó en presentarse en casa obcecado por hablarme de algo interesante. No sé lo que le diría a mi madre ni jamás le pregunté. Lo cierto es que ella insistía para que me quedara y escuchara a aquel señor atentamente. Por mi parte no tenía nada que escuchar de aquél individuo, ni él nada tenía que esperar de mí. No obstante, la obstinación de mi madre se calmó cuando le contesté violenta que no me hablara más del personaje. Llevar un salario a casa como se lo había entregado desde la edad de 13 años, cada semana, calmó el nerviosismo latente entre las dos.

Desde que el secretariado decidió cerrar los comedores, era la única mujer que formaba parte del comité revolucionario. La espontaneidad y la iniciativa eran en gran parte las vértebras de la revolución. Teníamos que improvisar un sinfín de cosas en las cuales nadie pensaba. La voluntad y la lógica enfocaban cada situación para darle una solución loable y práctica. No todo el pueblo que se unió a los luchadores conocía las teorías anarquistas para ponerlas en práctica. Sin embargo, poníamos gran interés en hacer lo mejor que sabíamos las tareas. De manera que las necesidades apremiantes se unían al sentido común, dando una base a los luchadores por la libertad para organizarse libre y conscientemente, uniéndose a los que ya conocían nuestras ideas para así poder perfilar mejor la marcha emprendida.

¡Qué clarividencia, qué sentido práctico de las cosas! Era el vigor fertilizado por una sed de justicia para alcanzar en lo inmediato nuestras libertades y nuestro derecho a la vida. Los idealistas con sus palabras y acción enderezaban malos entendidos que hubieran podido desprestigiar a los propios apóstoles de nuestro ideal. El obrero, consciente de esta misión, lucha por la emancipación de sus hermanos de clase, aportando su ejemplo como antorcha en alto para que alumbrara el sendero que había que emprender. Mas ello no era todo, fiados en la victoria de los primeros días, poco a poco, los miedosos,

los cobardes, los mal pensantes y otros unidos a la Quinta Columna, fueron situándose, cogiendo puestos estratégicos para poner la gran zancadilla a la revolución. Entre tanto, los más iluminados estaban haciéndose matar en los frentes de batalla.

Querer ganar la guerra para vencer al fascismo fue la destrucción física y moral de un sinnúmero de idealistas, cuyas vidas quedaron cercenadas, segando las guías del árbol de la libertad.

Es cierto que quedaron raíces, mas el hacha sangrienta y de doble filo funcionó durante tanto tiempo que llegó a desquiciar hasta las raicillas, lo que hará que la regeneración de la esencia de nuestro ideal, cuya transmisión nos había sido legada en toda su pureza desde su inicio, sea larga, quedando durante varias décadas vapuleada y sin engranajes. Aprisionados por la muerte y el terror, el miedo y los penales míseros y horrendos, diluyendo en gran parte la sangre que corrió en los cementerios y en las plazas de los pueblos de España.

Me integré en el trabajo en la nueva secretaría y poco a poco fue aumentando mi responsabilidad. Cuando el secretario debía ausentarse, los compañeros se dirigían a mí, ya que estaba al corriente de cuantas actividades se llevaban a cabo. Estando en contacto permanente con todos los que entraban y salían por sus diversas actividades, guardando, incluso, las llaves de la caja de caudales, donde se conservaban documentos de responsabilidad que estaban a cargo del comité. Después de las horas pasadas en mi trabajo, frecuentaba las Juventudes Libertarias y el ateneo.

Un día los compañeros me propusieron que fuera unos meses a la Academia Cots para perfeccionar mi mecanografía, añadiendo que el importe del curso pasaría a cargo del comité. Con la avidez de mi juventud por ser útil, acepté.

Otra sugerencia fue que diera unas clases a los chiquillos que deambulaban por las calles, mientras las madres trabajaban y los padres estaban en el frente, en el local del ateneo libertario, situado en la Plaza de la Concordia [\(13\)](#). En una reunión de urgencia se acordó hacer un llamamiento e informar a

la juventud con el fin de propagar la cultura. Para dar a conocer el nuevo programa decidimos hacer un cartel que pegaríamos en todas las esquinas estratégicas del barrio.

Entre los adherentes del ateneo se encontraba un dibujante, Jesús Guillén Bertolín, a quien se le propuso hacer el cartel. A la siguiente reunión nos presentó el boceto. Todos los componentes del secretariado quedaron maravillados ante aquella esmerada y perfecta pintura: una pareja de jóvenes, con la mirada expresiva e inteligente, con un libro en las manos y una gráfica inscripción.

Como permanecí en silencio, ante el entusiasmo de todos, me pidieron mi parecer y les dije que aquello no era un cartel y que no estaba de acuerdo. Mi respuesta les chocó. En realidad estaba muy bien hecho pero... precisamente por ello, a mí no me gustaba.

—No vamos a hacer una exposición de arte —les dije—. Lo que interesa son unos rasgos estilizados y seguros. Un grito pegado a la pared, algo que llame la atención. Esto está demasiado bien hecho para lo que nos proponemos.

Mi opinión no se tuvo en cuenta. Estaban encantados. Unas semanas más tarde, después de medianoche, nos encontrábamos todos juntos para distribuir el trabajo e ir a pegar el cartel propagandístico del ateneo por toda la barriada.

A la salida de aquella reunión Jesús quiso que le explicara por qué había rechazado su trabajo. Fuimos discutiendo hasta llegar a la puerta de mi casa. Él vivía muy cerquita. Fue a partir de aquel momento que entré en contacto con el hombre que debía llenar por completo toda mi vida. Se unió al grupo que hacíamos camino en la misma dirección. Desde aquella primera noche de discusión, continuamos polemizando, toda una vida, hasta que Atropos, en 1999, segó su aliento.

De acuerdo con los compañeros, a los pocos días empecé a dar el curso de cultura general. Antes de que saliera de la secretaría ya tenía los chiquillos delante de la puerta del comité revolucionario. Habían tomado por costumbre venir a esperarme y desde allí nos íbamos a la clase. Por el camino hablábamos

y reíamos de todo. Junto a ellos era una chiquilla más. De manera que mi tiempo estaba bien programado. Después del comité, el curso para los jóvenes en el ateneo. De allí, sin cenar, a la Academia Cots. A la vuelta pasaba por las JJ LL (Juventudes Libertarias), situadas en la calle Provenza, 106, donde siempre había algo que hacer.

UNA VISITA AL FRENTE DE ARAGÓN

Un día mi madre recibió una nota desde La Zaida, donde estaba mi padre, el cual le pedía que fuésemos a verle.

Había sido nombrado centurión, pero con su estricto sentido de la rectitud cogió un berrinche y presentó la dimisión del cargo volviendo a ser miliciano. Pero pronto fue el abanderado, el que siempre, valeroso y atrevido, iba delante.

Mi madre decidió ir y la acompañé. En el pueblo de La Zaida encontramos militantes de nuestra barriada.

Después de La Puebla de Híjar, las fuerzas habían llegado hasta La Zaida, frente a Belchite. El pueblo era muy viejo, las casas vetustas, parecían de la prehistoria. Recuerdo que dormimos en una casucha, donde los muros eran de piedra seca y, como estantes, de vez en cuando, un agujero en la pared, donde guardaban los objetos. Las gentes de la casa donde se hospedaba mi padre y otros milicianos eran generosas y amables, hacían todo cuanto podían por ayudar en aquella tragedia, sufriendo las consecuencias de la guerra, milicianos y vecinos del pueblo.

En aquellos días hablé mucho con mi padre. Yo no era ya la adolescente que había dejado antes de marchar al frente. Ahora lo comprendía mejor. No he olvidado nunca un consejo que me dio entonces, hablándome de la solidaridad de las gentes aragonesas: «Cuando veas un soldado del frente de Aragón, — me dijo—, haz todo cuanto sea posible para ayudarlo, no sabes lo bien que se portan con nosotros por toda esta región».

No estaríamos más que tres días en La Zaida. Recuerdo que fui hasta las trincheras con mi padre, parándonos en diversos nidos de ametralladoras, que estaban situados a la altura de las cabezas, donde unos maderos dejaban descansar las matas secas para proteger al miliciano y su armamento del enemigo. Hacía un viento huracanado, que no había visto nunca. El vendaval nos azotaba el rostro con violencia, teniendo la sensación de que iba a ser derribada y arrastrada por los suelos.

Empezaba el otoño. El segundo día de nuestra estancia allí mi padre quiso que fuéramos junto a mi madre y dos compañeros más a visitar una fábrica abandonada, la que estaba situada entre La Zaida y Belchite. Nos contó que, durante la noche, unas veces iban a incautarse de los enseres almacenados, los del bando fascista y, otras, los del republicano. Llegamos a la fábrica y dimos una vuelta por ella, mas las cosas no se pararon ahí. Contiguo al caserío se encontraba un bosque de pinos y atravesándolo se salía a descubierto, o sea, a tiro del enemigo, que hacía la guardia sobre el puente del río Aguas Vivas, que iba bordeando el escaso bosque frente a Belchite. El pueblo de Belchite tenía alrededor de 3.500 habitantes [\(14\)](#). Fue el teatro de otras guerras civiles, pero la de 1936-1939 dejó de él una visión apocalíptica.

Mi padre me invitó a salir a descubierto; los compañeros de expedición se negaron. Mi madre estaba aterrorizada. ¡Tenía razón! pero, ignorante del peligro, le dije a mi padre que si él salía, yo le acompañaba, y así fue. Me entregó el fusil y él empuño la pistola y, sin tener en cuenta las exclamaciones de mi madre, salimos. A nuestra derecha corría el río y, más lejos, sobre el puente, se adivinaba el movimiento de los soldados que hacían guardia, quienes podían vernos muy bien desde donde estaban situados. Yo llevaba el fusil sujeto con ambas manos y el dedo en el gatillo. Anduvimos unos pasos por allí y volvimos a entrar en la pineda. Los compañeros de armas temblaban por él y por mí, pues, según ellos, estábamos a tiro del enemigo. Volvíamos hacia el pueblo, cuando a unos kilómetros antes de entrar, resonó el cornetín. Era una llamada para que los milicianos formaran en el centro de la plaza. Las tropas enemigas habían dado signos de preparación para atacar. Creo que, al vernos por allí, ignorando quienes podíamos ser, debieron creer que íbamos en servicio de reconocimiento con la intención de preparar un ataque.

Echamos a correr y los milicianos llegaron a tiempo a la plaza para formar. Antes de entrar en el pueblo mi padre me había dicho:

—Ve a la casa donde nos hospedamos y en el último agujero que hay en la habitación se encuentra, envuelta entre trapos, una gruesa bomba de mano; tráemela enseguida, antes que nos marchemos.

Me faltó tiempo para correr en busca de tan delicado cargamento y llevársela, cuando ya se iban. Aquella noche el cielo se iluminó y los cañonazos de una y otra parte retumbaron en el aire. A la siguiente mañana todo había entrado en orden.

Volvimos a Barcelona. A no tardar supimos que un periodista, dos días después, quiso llevar a cabo el mismo recorrido, pero con tal mala suerte que los fascistas, con la vista puesta en el bosquecillo, con aplomo y puntería, le quitaron la vida entre los matorrales.

Reanudé mi vida cotidiana, tan azarosa desde el comienzo de los conflictos bélicos. La jornada empezaba con la larga caminata campo a través, entre las casitas bajas llamadas Colonia Castells, cuyos jardincillos exhalaban el perfume de las plantas y flores que los adornaban y el olor fresco que tenía el Pasaje Piera, regado y barrido diariamente por sus vecinos.

El 13 de noviembre, cuando salía de una reunión de las Juventudes Libertarias con mis hermanos Emilia y Paquito, camino de nuestra casa, vimos a nuestro padre que venía a nuestro encuentro. El grupo de "Los Aguiluchos de Les Corts" había dejado el frente de Aragón para descansar unas horas en Barcelona antes de trasladarse a Madrid.

Al verlo quedé sorprendida. ¿Qué íbamos a decirle a nuestro padre? Hasta aquel preciso instante no se me había ocurrido pensar que, antes de la guerra, al anochecer, todos estábamos en casa y que ya nadie salía. ¡Cómo había cambiado todo! ¿Qué le diríamos? Nada. Cuando nos vio, después de abrazarnos, de la manera más normal, nos preguntó si nuestra reunión había terminado. Quedé confusa porque hasta entonces no me había percatado del vuelco de mis actividades y de la determinación de mis actos.

El caso es que, al siguiente día, la Columna Durruti marchaba a Madrid y a otros centuriones los destinaban de nuevo al frente de Aragón, entre ellos mi padre.

En Abastos se procuraba recoger comida para los vecinos de la barriada, la Maternidad y otros centros de ayuda. En el comité se extendían salvoconductos; también se presentaban parejas de jóvenes que querían legalizar su unión y necesitaban, para su tranquilidad, el testigo de gente calificada. Muchas de las uniones libres no tuvieron necesidad de ningún testigo, pero en otras, en particular por parte de la mujer, era necesario un certificado matrimonial que las reconfortara en su decisión. Era cambiar los hábitos de toda una vida, de obligaciones morales y costumbres arraigadas en lo más hondo de las familias, prescindiendo de las prácticas religiosas que tenían sumisos a padres e hijos de generación en generación, por lo que no era fácil hacer un cambio radical en lo inmediato.

¿A cuántas parejas habríamos unido? Llegaban al comité con dos testigos. Ellos alegres; ellas, entre gozosas y tímidas. El secretario me dictaba el certificado matrimonial que, después de firmado y sellado debidamente, acreditada la unión legal. Aquellas uniones o casamientos llegaron al corazón con tanta realidad que se dio el caso que al cabo de unos meses se presentara una pareja que había legalizado su unión ante el comité revolucionario, queriendo romper el compromiso contraído por incompatibilidad de caracteres. Ella, en particular, solicitaba del secretario un certificado que anulara la unión y la dejara libre de todo compromiso. Así se hizo.

Un día se presentó ante mí un compañero de suma responsabilidad, quien me pidió encarecidamente que le extendiera el certificado matrimonial, que lo firmara y lo sellara yo misma sin que nadie se enterara. Los dos jóvenes eran libres, pero tenían que salvar una situación de conveniencia que les resultaba difícil afrontar por las personas que estaban rodeados. Comprendí y consideré, que era una cosa razonable e hice el certificado avalando su unión. No dudé en imitar la firma del secretario, pues se daba el caso de que si alguna vez lo había hecho con su autorización, él mismo no reconocía cual de las dos era la suya. El

que yo tomara esta responsabilidad fue cuestión de juicio porque comprendía que siendo un militante de conciencia libre, esta determinación no hubiera sido comprendida por la mayoría de los compañeros.

Cuando había que firmar bonos o algo que urgiera y que conociera perfectamente, si el secretario estaba ausente, yo misma lo firmaba, de acuerdo con él, quien conociendo mi rectitud me tenía completa confianza.

Mi afinidad con los militantes y la acción revolucionaria fue afianzándose ante la entrega en la actividad y la abnegación que admiraba en los demás. Ello consolidaba en mí la convicción que estaba en buen camino. Mi padre me había acompañado allí, al comité revolucionario, para ayudar a defender la causa de la libertad. Él era justo y solidario. En el tajo, cuando algo no iba por buen camino, era quien llevaba la protesta a término. Si era necesario hacer un llamamiento de solidaridad para algún compañero que sufriera algún percance, él o su familia, siempre era el iniciador de la primera gestión. Trabajó durante largos años con el mismo patrón, señor Boixadé. Pero más de una vez discutió con él acaloradamente por defender la causa de algún compañero. Si no se salía con la suya cogía las herramientas y se marchaba de la obra. Como era un buen albañil y responsable en la tarea, al siguiente día solía encontrar trabajo en otro lugar. No pasaba más de ocho días sin que el contratista de obras, señor Boixadé, fuera a su encuentro allí donde estuviera, aceptando sus peticiones. Peticiones que, en principio, eran para el conjunto de los trabajadores de la empresa de construcción. La labor era respetada en su justa medida. Era justo que el obrero también lo fuera.

Las primeras asambleas a las que asistí me marcaron hondamente. Entre otros, escuché hablar al compañero "Bonafusta", cuya verdadera identidad, Juan Ramírez, no he conocido hasta 40 años más tarde. Su forma de expresarse me parecía palabra de evangelio. Coincidí con él, en particular, porque era una persona parca en palabras, pero seguro de lo que decía. Llevaba su acción serenamente y no lo oí nunca discutir con nadie inútilmente. Todos le respetaban.

Lo cierto es que yo misma me ignoraba. No sabía quién era ni exactamente lo que quería. Solamente una cosa me movía: el recuerdo de las palabras de mi padre y el anhelo de servir a la causa. Siempre había sentido en mí el deseo de llevar a cabo actos de justicia y equidad. Sin duda alguna, debía haber heredado esas inclinaciones de mis antepasados.

Como abeja laboriosa, fui aportando a nuestra colmena libertaria mi labor desinteresada y mi amor para que pudiésemos alcanzar entre todos los hombres y mujeres libres una sociedad donde fuéramos respetados.

LA MUERTE DE DURRUTI Y DE MI PADRE

Entre tanto, los antifascistas del mundo iban llegando a la España republicana para ayudar a vencer al fascismo. El 22 de octubre de 1936 se formaban las Brigadas Internacionales. Una de las primeras columnas de voluntarios italianos recibía el bautismo de fuego en las batallas del frente de Huesca, en el combate del Monte Pelado. El 24, la Generalidad de Cataluña promulgaba un decreto de movilización de las quintas 1932 a 1935. Otro decreto venía a unirse a éste con la militarización de las milicias antifascistas.

El 27 del mismo mes, *Frente Libertario*, órgano de las milicias de CNT-FAI, del sector de Madrid, en desacuerdo con la proposición de militarización, la criticaba violentamente en un artículo bajo el título «¿Milicias o Ejército Nacional? ¡Para nosotros milicias populares!» Se decía que «en las altas esferas políticas, se trabajaba con el fin de transformar las milicias populares en un Ejército Nacional» [\(15\)](#). Mi padre, que no había hecho el servicio militar por ser objetor de conciencia —en aquel entonces, decían prófugo—, ahora tendría que vestir el uniforme del soldado... Las finalidades ideológicas en busca del ideal anhelado tropezaban con el sentimiento de cada uno al tener que ver condicionada su actividad en lo puramente militar.

En el curso del mes de noviembre recibíamos la dolorosa noticia de la muerte de Buenaventura Durruti en el frente de Madrid. El entierro tendría lugar el domingo, 24. Entrada ya la tarde del sábado, en el comité de la

barriada, se decidió que figurase una bandera del mismo, en el séquito, en la que teníamos que bordar un aguilucho con la inscripción de "Los Aguiluchos de Les Corts". Mi madre y yo compramos tela roja y negra y confeccionamos la bandera. Fui en busca de un dibujante para que nos hiciera las letras y esbozara el aguilucho que teníamos que bordar. Era ya muy tarde. Tuvimos que esperar para que las letras no se pegaran y con mucho cuidado, junto con otra compañera, cuyo nombre he olvidado, la llevamos a casa y las dos pasamos la noche entera bordando a grandes puntadas aquel enorme aguilucho. A las ocho de la mañana, los jóvenes de las Juventudes Libertarias se presentaban en casa a recoger la bandera. Aún estábamos trabajando en ella. Mientras mi compañera daba las últimas puntadas fui a vestirme.

Nos unimos a los demás compañeros de la barriada, que ya nos esperaban en el local de las Juventudes Libertarias, poniéndonos en marcha hacia la Casa CNT-FAI, de la Vía Layetana —Vía Durruti a partir de aquel instante—. El recorrido fue lento. A las tres de la tarde aun estábamos andando y recuerdo que yo casi me arrastraba, sin duda a causa de una noche sin dormir y un terrible dolor de pies, producido por unos zapatos que acababa de estrenar. La comitiva parecía un gigantesco hormiguero avanzando lentamente. La multitud agolpada en las calles y balcones para verlo pasar, era impresionante. Era algo que estremecía. En aquellos instantes no se me ocurrió, pero más tarde pensé que si los fascistas hubieran querido hacer blanco, sin gran esfuerzo hubieran aniquilado media Barcelona.

Las banderas ondeaban a lo largo de aquel río humano. Pancartas con innumerables inscripciones de todas las sindicales y organismos antifascistas. La nuestra, con su inmenso aguilucho bordado, se perdía entre las demás. Eran los jóvenes quienes la alzaban. Anduvimos con el corazón compungido y sin grandes comentarios. El camino se me antojó largo, posiblemente por la estrechez de mis zapatos nuevos. No pudiendo aguantar más, decidí abandonar el cortejo antes de entrar en el cementerio. Junto a un joven de las Juventudes Libertarias, que me había invitado a comer, nos despedimos de los compañeros.

Nos presentamos en casa de su familia. Mi amigo entró el primero y yo quedé en el recibidor en la parte opuesta a la puerta del pasillo. Cuando salió

el cuñado, como no me viera de inmediato, le preguntó donde había dejado su "media naranja". ¡Qué sorpresa! No sabía que era la media naranja de nadie. Es cierto que mi compañero de trabajo era muy atento conmigo. La mayoría de los días para ir a nuestras respectivas casas, hacíamos el camino juntos; era agradable y bien parecido, de una bondad infinita, mas... nada habíamos hablado para que me considerara su "media naranja".

Después de la comida fuimos a un festival organizado por la Cooperativa Obrera de la barriada. Allí nos esperaba la madre. Me hicieron sentar junto a ella. Mi buen amigo ayudaba a la organización del festival. La madre me hablaba de las bondades de su hijo, del amor que yo le inspiraba. En realidad, no sabía dónde situarme. Yo estaba violenta. Pero, cómo decirle a aquella madre que nada me unía a su hijo sino una amistad sincera.

Lo más curioso del caso es que, dos días después, muy temprano, el cuñado venía a verme confidencialmente. Me explicó que su compañera trabajaba en una fábrica de perlas junto a la hermana de mi ex novio D. X., y que hablando de los comensales del día anterior, aquélla le había dicho que yo era la novia de su hermano.

Seguramente, su hermana, ignoraba la frialdad que había entre los dos.

Sin preámbulos, empezó diciéndome que su cuñado era una bellísima persona, cosa que yo no dudaba.

—No lo engañes —añadió—. Escribe unas líneas de tu mano prometiendo que has roto definitivamente con D. X.

—Nada de esto —respondí—. Nada me une con el que un día fuera mi novio, te doy mi palabra. Mas no creo que tenga que justificarme. En cuanto a tu cuñado, hablaré con él y pondremos las cosas en claro.

Ciertamente, hacíamos el camino juntos, unas veces solos y otras con el grupo y mientras discutíamos de cosas diversas, él forjaba su vida, su porvenir.

Fue a consecuencia de aquello o bien por una casualidad que, después de aquella entrevista, tuve carta de D. X. Carta desde el frente de Aragón. ¿Había marchado al frente voluntario? La cosa me sorprendió, pues ignoraba por

completo su trayectoria a partir de las primeras semanas de la revolución. En la carta me decía que había marchado al frente para demostrarme que era un hombre. Que sabía que en mi casa no lo querían, pero que su amor hacia mí era siempre el mismo. Que había conseguido un permiso para la retaguardia y que quería verme y volver a ser el de siempre.

¡Cuántas cosas se acumularon en aquellos días!

Después del entierro de Durruti llegó un compañero del frente de Almdévar, donde había sido destinado parte del grupo que viniera a Barcelona semanas antes. Debían ser dirigidos al frente de Madrid, mas, antes de marchar de la Ciudad Condal, recibieron nuevas órdenes y, en vez de continuar hacia Madrid, una parte de ellos fueron destinados al frente de Almdévar, pasando por Sangarrén y Tardienta. Tan pronto llegaron a destino, pasaron a primera línea donde la lucha fue cruel.

El compañero de la barriada, que había regresado, cuando le pregunté por mi padre, me miró turbado y contestó evasivamente a mis preguntas. Aquella noche soñé que mi padre había muerto en el frente. Lo veía boca arriba azotado por la lluvia.

Me desperté acongojada. Estuve toda la mañana triste, como si me rondara un cierto presentimiento. Los compañeros del comité que iban llegando parecían rehuirme. Se confirmarían mis sospechas cuando a mitad de la mañana se reunió el comité en la sala contigua. Como de costumbre, me dispuse a tomar nota de los acuerdos y, cuando cogía el bloc y la estilográfica, me dijeron:

—No, no vengas, quédate aquí.

Aquellas palabras me afectaron. ¿Qué pasaba para que de pronto no me dejaran asistir a la reunión? ¡Me negaban la entrada! ¿Por qué?

Salieron después de las doce del mediodía y nos marchamos a comer. Yo seguía preocupada e inquieta. No comprendía aquel malestar. A media tarde entraron los compañeros del comité y se situaron alrededor de la mesa de la secretaría. Yo no me atreví a moverme, quedé como absorta detrás de la máquina de escribir.

Cuando todos estuvieron acomodados me llamaron y me puse en el lugar de costumbre. Todos me miraban. Por fin alguien rompió el silencio. Me dijeron que esperaban de mí que fuera tan animosa como lo había sido hasta entonces. Y empezaron a hablarme de mi padre. La gran batalla de Almudévar. Los moros que habían atacado desde la estación. Mi padre, el abanderado, había tenido durante muchas horas en jaque a los moros, cuando se le ocurrió cambiar de lugar...

—Comprendo —susurré—. ¡Lo han matado!

Me miraron y bajaron los ojos. Me hicieron algunas recomendaciones referentes a mi madre.

—Iremos contigo a informarla. Pórtate como hasta ahora; tienes cuatro hermanos más jóvenes en casa y tienes que hacer frente a la situación.

No dije nada. Como una autómatas, me levanté, cogí mi chaqueta y emprendí el camino hacia casa. De cerca me seguían Vicente Granero y Sergio Somoza, miembros del comité.

Mi madre, al verme llegar tan pronto y en compañía, se extrañó. La informamos de lo sucedido. No se sorprendió. Sabía que él nada temía y que un día pagaría su temeridad.

Ya desde muy joven, en cierta ocasión, en las huelgas del año 1917, detuvieron a uno de sus compañeros y, cuando la guardia civil lo estaba esposando, salió corriendo del umbral donde se había refugiado y pegando un tremendo puñetazo sobre las manos del compañero que estaban maniatando hizo caer las esposas al suelo, pasó por el medio como un huracán, asombrando a la pareja de la guardia civil. El detenido aprovechó el revuelo para escapar. La guardia civil se cebó sobre el liberador. Subidos a caballo lo persiguieron sobre las estrechas calles del casco viejo de Barcelona. De vez en cuando el perseguido se agachaba y les tiraba piedras con derechura y aplomo. Era joven, ágil e intrépido y seguía corriendo como un gamo. De pronto, una señora que llevaba un paraguas en la mano lo tiró abierto, a los pies de mi padre, que cayó de bruces violentamente, por lo que pudo ser atrapado. A los civiles se les ofreció una magnífica ocasión para apresarlo, maniatarlo y

conducirlo al Matadero, donde ya había centenares de huelguistas detenidos. La cárcel estaba repleta de presos que habían participado en la huelga. Estando allí, un oficial iba buscando al "ros", al rubio, ese valiente que había hecho posible la escapatoria de su compañero. Pasando revista uno a uno, al reconocerlo exclamó:

—¡Ah! ¿De manera que tú eres el hijo de puta que te has atrevido a afrontarnos?

Mi padre estaba atado con las manos en la espalda, mas con rapidez le arreó tal puntapié que, debido a ello, le hicieron consejo de guerra, lo que le valió ser condenado a muerte por rebelión contra la autoridad.

Pasadas las primeras horas, el compañero que había traído la noticia del frente me contó con detalle la manera como mi padre había encontrado la muerte. Hacía horas que tenía en jaque a una jarca de moros. La batalla se desarrollaba en las inmediaciones de la estación de Almudévar. Mi padre llevaba mucho tiempo parapetado detrás de un montículo. Al cabo de un tiempo, como los moros localizaran de donde partían los continuos disparos, tomaron precauciones. Quiso cambiar de posición para ir a otro montículo y como hacía horas que lo observaban, al cambiar de lugar, una bala certera le atravesó el corazón.

La muerte del abanderado causó, entre sus compañeros, viva emoción y desmoralización. En efecto, quedó sin enterrar y llovió encima de su cuerpo hasta que dos días después hicieron un alto para enterrar los muertos de los dos bandos.

El mensajero me entregaba la bandera y la pistola de mi padre. La pistola se la volví a dar, diciéndole:

—Tú harás mejor uso que yo.

Y me quedé el banderín.

Algún tiempo después recibíamos el certificado de defunción firmado por Miguel García Vivancos, quien fue responsable de la 125 Brigada cuando se

reorganizó la 28 División, con las fuerzas confederales que había en el frente, bajo el mando de Gregorio Jover.

Después de la noticia de la muerte de mi padre, un miliciano entró en la secretaría para decirme que alguien preguntaba por mí. No me dejaron salir sola y tuve la gran sorpresa de encontrar a mi ex novio. La carta recibida días antes era el preludio de nuestra conversación. Nos sentamos en un banco del patio del convento —antes aseguré a mis compañeros que lo conocía—. Venía con el mejor de los propósitos, pero yo estaba lejos de ellos. Me recordó la carta, añadiendo que a partir de aquel día empezaríamos de nuevo.

—Nadie te dará la felicidad que yo puedo ofrecerte.

—Todo se rompió a partir del primer día de la revolución, —le dije—. Mi padre ha muerto en el frente. Yo debo reemplazarlo en la retaguardia. Nada me hará volver atrás.

Por más que insistió no cedí en mi actitud.

—Devuélveme, pues, las fotografías y el anillo...

—Sí, mañana vienes y te lo daré.

—El anillo puedes dármelo ahora.

—No llevo anillo ni joya alguna. Mañana te lo daré todo.

A la hora convenida venía a recoger lo que al parecer le pertenecía, a la vez que me entregaba mis fotografías. Durante la guerra jamás tuve noticias de su persona.

Hay un adagio que dice: «Las montañas no se acercan, los hombres sí».

El 7 de diciembre de 1946, la Secretaría de Cultura y Propaganda del Comité Nacional de la CNT, situado en Toulouse, publicaba una nota en nuestro periódico *CNT*, dando a conocer la organización de unos cursos gratuitos por correspondencia de cultura general y capacitación del militante, que comprendían diversas asignaturas.

A comienzos de enero del 47, el compañero Juan Puig Elías, Secretario de esta Sección de Propaganda, vino a dar un mitin a Béziers, por lo que aprovechó para venir a verme y proponerme que me hiciera cargo de un curso de taquigrafía. No era fácil, pues estaba en gestación de mi tercer hijo, cuyo alumbramiento esperaba para primeros de febrero. Además, era una asignatura que tenía necesidad de corregir mucho. Necesitaba una máquina de escribir para poder preparar las lecciones y revisar a cada alumno el trabajo por separado.

Pusieron una máquina de escribir a mi disposición y, de acuerdo con ellos y su participación, empecé a dar los cursos inmediatamente después de haber dado a luz. Preparaba la lección y el Comité Nacional de la CNT la pasaba a la multicopista para que en lo inmediato pudiera mandarla a los alumnos junto a lo corregido. Entre las innumerables cartas que recibía hubo una que, al ver el sobre, después de tantos años, reconocí de inmediato la escritura de D. X., aquella caligrafía de la cual yo estaba enamorada. No me equivoqué. En su carta daba a conocer el método que había empezado y añadía que si no era el mismo, no valía la pena empezar otro sistema. En efecto, yo había aprendido el sistema Boada en la Academia Cots. Quedé tan sorprendida que no le contesté. Me comporté incorrectamente, aunque mi respuesta tenía que ser negativa a su demanda. Había adivinado quien era yo porque en la carta me daba ciertos detalles y preguntaba si, en efecto, yo era Sara Berenguer... Mi silencio afirmó lo que él pensaba. De manera que si leía nuestra prensa es porque estaba afiliado a la CNT. No, no hice bien. Mas el hecho de que el sistema no fuera el mismo me desculpabilizó aunque fuera yo sola la que lo sabía. Ya no supe nunca nada más del que en un tiempo había sido mi prometido.

Después de la muerte de mi padre, mi madre se dio cuenta de que esperaba un hijo. Aquellas fugaces horas de permiso dieron como resultado su embarazo. Nada me había dicho. Faltaba la confianza entre madre e hija para tales intimidades. Ella aún formaba parte, de la generación donde todo era tabú. Ante tal situación, bien determinada, intentó abortar por diferentes procedimientos poco ortodoxos.

¡Cómo la comprendí cuando me enteré! El caso es que una noche oí a mi madre que gritaba de dolor. No era aquél su modo de comportarse, ya que siempre fue muy sufrida. A toda prisa fui a llamar a su hermana, que vivía en la casa de al lado. Me hicieron salir de la habitación. Se llamó de inmediato a un médico que, afortunadamente, no tardó en llegar. Por lo que oí pude enterarme de que mi madre había expulsado el feto, pero no la placenta. Estaba a punto de morir dada la infección que se había apoderado de su cuerpo. Sin poner a nadie al corriente de su estado, había decidido por sus propios medios desembarazarse de aquella gestación.

La intervención del médico fue enérgica: le hizo un raspado en la matriz y sólo se salvó por pura casualidad. No tardó mucho en estar de pie. No sé de qué sistema se serviría. En aquella época, muchas mujeres, para evitar embarazos indeseados, solían recurrir a métodos caseros y sin condiciones de higiene, lo que acarreaba la muerte. Así debió haber actuado mi madre, con algún producto que le arrancara las entrañas y que la infectó toda. ¡Cuánto debió sufrir física y moralmente con su íntimo secreto! ¿Y cuál hubiera sido nuestra actitud si le hubiera sucedido algo fatal? El Decreto de la legalización del aborto se estableció el 25 de noviembre del 1936, pero no todas las mujeres lo conocían.

Como había penuria de alimentos, no faltaban denuncias sobre gentes que los acumulaban porque podían pagarlos a precio de oro, mientras el pueblo carecía de todo. Otras denuncias eran sobre las actividades de la llamada Quinta Columna. En el comité se formó un grupo de compañeros que se ocupaban de indagar la verdad sobre aquellas denuncias y de los emboscados, a la vez que se hacía un registro en los domicilios que habían sido abandonados por los fascistas después de los primeros días de la revolución.

Cuando se encontraba una excesiva e injustificada cantidad de víveres, se recogían las tres cuartas partes de los alimentos e íbamos a entregarlos al Asilo de San Juan de Dios, para los niños enfermos, convento lindante con el comité revolucionario, cuya entrada del Asilo estaba situada en la Diagonal. Era un

edificio inmenso regentado por eclesiásticos vestidos de civil. Más de una vez me había unido al grupo para participar en la entrega de los víveres.

Los muebles recogidos en las casas abandonadas por los facciosos eran almacenados en una torre situada en la calle Numancia, 149. Actualmente es un Instituto de Neurología llamado Clínica de Nuestra Señora de la Merced. Aún quedan dos enormes palmeras, un abeto y un tilo, de aquel hermoso jardín. Si entre el material requisado, había alguna cosa de valor, se entregaba al Servicio de Investigación con el fin de convertir el valor material de la misma en divisas destinadas al pago de las facturas de guerra que los países llamados hermanos nos hacían pagar bien caras.

Se descubrieron fascistas y cómplices de la Quinta Columna y, entre ellos, varios curas. Estos últimos eran el blanco del pueblo, cuya irritación aumentaba debido a que desde lo alto del campanario de las iglesias, las ametralladoras habían disparado sobre la población.

En los registros llevados a cabo, más de una vez se dio el caso de tener que registrar a mujeres. En esas ocasiones solían solicitar mi colaboración. Aparte y sola con ellas, después de haber llevado a cabo el registro, solían preguntarme con extrañeza si aquellos hombres me forzaban a registrarlas. Ante mi negativa me decían:

—Usted no es igual que ellos, ¿verdad?

—¿Por qué me pregunta esto? Cuando me solicitan yo voy voluntaria. Ustedes deben comprender que no les gustaría ser registradas por un hombre

—Sí, sí, pero es que usted nos habla tan bien...

—¿Por qué no teníamos que hablar bien? Si había una delación, nuestra obligación era averiguar si era cierta.

—Si no tienen nada que reprocharse, nada se les hará, —les dije— y, si por el contrario, guardan alguna documentación que les comprometa, o bien comestibles en abundancia mientras los niños del pueblo están faltos de ellos, les dejaremos lo necesario y el resto nos lo llevaremos para ser distribuido.

Mi comportamiento con aquellas mujeres era correcto, como lo debía ser con todo ser humano, y si les parecía extraño es porque debían pensar que el pueblo no tenía sensibilidad, lo que daba a comprender que pocas relaciones directas habrían tenido con él. Éramos firmes, pero sin brutalidad alguna. Hacer justicia era nuestra finalidad.

En nuestra barriada vivía Sol Ferrer, hija de Francisco Ferrer y Guardia, fundador de la Escuela Moderna, quien el 31 de agosto de 1909 fue detenido en Alella por el Somatén, acusado de ser el instigador de los acontecimientos del 25 de julio, cuando la huelga general y la quema de los conventos. Aunque no tuviera ninguna inculpación directa en los disturbios, fue una ocasión única para cercenar la floración de la cultura a favor del pueblo. Todo fueron calumnias del clero y falsas acusaciones contra Ferrer y Guardia, lo que le condujo al pelotón de ejecución, para ser fusilado en los fosos de Montjuic «el 13 de octubre de 1909, en la fosa de Santa Eulalia» [\(16\)](#). El Consejo de Ministros (presidido por Segismundo Moret) había rehusado transmitir al Rey la petición de gracia presentada por Sol.

Sol Ferrer vivía con su hija y su yerno. Éste era aviador y llegó a Barcelona con la intención, en tanto que aviador, de participar en la lucha que teníamos entablada contra el fascismo. Como era francés, tenía dificultades con la lengua castellana. Apenas si comprendía el idioma.

Sol Ferrer solía acudir a menudo al comité quejándose de las dificultades materiales que padecían. El comité, de vez en cuando, les ayudaba. Sol me invitó varias veces para que fuera a su casa a aprender el francés. «Te puede ser muy útil», solía decirme. Cuánta razón le dieron los acontecimientos que habían de llegar más tarde. Sol daba lecciones de francés a dos o tres alumnas y creo que ésos eran todos los ingresos que tenían. Pasaron una temporada económicamente muy mala. Su hija estaba en estado de gestación bastante avanzado, lo que tampoco le permitía poder trabajar. Sol, cierta vez, fue a visitar al Presidente de la Generalidad para que éste tomara alguna resolución en su favor. A su vuelta nos relató, con gran amargura, que los guardias que estaban en la puerta no la dejaban entrar y como ella insistiera la empujaron de tal modo que las gafas cayeron al suelo y fueron rodando por las grandes

escalinatas. Trabajo tuvo para recuperarlas y, levantándose furiosa, les dijo: «¿Es que no sabéis quién soy? ¡Soy la hija de Francisco Ferrer y Guardia!».

Seguramente aquellos guardias ignoraban quién había sido Ferrer y Guardia. El caso es que no la dejaron entrar.

El yerno, que era alto, delgado y bastante apuesto, venía alguna vez a nuestra secretaría, donde le era difícil entrar en conversación con los compañeros.

Finalmente, decidí empezar a estudiar el francés, tras dejar a los alumnos del ateneo, dos veces por semana. Sol vivía muy cerquita, pero absorbida en tantas actividades como desempeñaba, no me fue posible continuar y pronto lo dejé. Sol vino varias veces a buscarme, reprochándome el que no continuara las clases. «Es muy útil saber un idioma —solía repetir—, ya ves las dificultades que tiene mi yerno». Nada sabía ella, ¡ni yo!, la razón que le asistía. ¡Cuánta falta me hizo la lengua francesa! Y cuán útiles fueron aquellos primeros vocablos que me enseñara al pasar la frontera.

Finalmente su hijo político pudo entrar en la aviación. Como vivían en un piso muy pequeño, buscaron un alojamiento más grande y se trasladaron.

Olga, su hija, esperaba de un momento a otro dar a luz. Pocos días después de estar en el nuevo domicilio, Sol nos telefoneaba para darnos a conocer que ya era abuela. Cuando llegué a mi casa le dije a mi madre que me preparara un paquete de ropa para llevarla al recién nacido.

Como tenía una hermanita pequeña, poco le costó recoger las prendas que ya no podía usar.

Después de mi trabajo me aventuré a buscar la dirección indicada. Cuando por fin di con ella, subí unos cuantos pisos y al abrirme la puerta, Sol Ferrer me anunció con gran emoción: «Sara, tenim un nen». Sol hablaba el catalán con un ligero acento francés. El autor de sus días, siendo hijo de Alella, provincia de Barcelona, debió hablar a sus hijos en su idioma natal. Con la ropita en la mano quedé sorprendida, pues no había pensado que podía ser un niño.

Durante años, más tarde, indagué con el fin de poderme cartear con Sol. Por fin el compañero Frank Mintz, el 24 de octubre de 1975, por carta, me facilitó la tan esperada dirección. Qué alegría sentí cuando entre las líneas de la carta de Mintz, fiel a su promesa, encontré la dirección esperada. Cuantos proyectos quedan en el aire. Pensé ir a París, verla, abrazarla y recordar las dos juntas, frente a frente, los días y las horas que habíamos fraternizado en el comité revolucionario de la barriada de Les Corts y, a la vez, darle las gracias por aquellas enseñanzas que tanto me valieron, no sólo a mí, sino a todas las compañeras que se encontraban a mi alrededor cuando entramos en Francia.

Me apresuré a mandarle mis noticias, anunciándole mi visita. No tuve contestación y creí que sería debido a su avanzada edad. De manera que fui a París y mi primera gestión fue ir a su domicilio. Todo lo encontré cerrado. En la portería tampoco hallé a nadie. Pensé que al día siguiente tendríamos más suerte y volvimos otra vez a la Rué Pegui. Puerta cerrada. Por suerte, encontramos a una vecina que nos pareció que tenía mucho interés por ella y nos puso al corriente de las peripecias de Sol. Sin recursos, la vecina tuvo que ayudarla más de una vez hasta que su hija, que vivía en América, vino a buscarla. Una vez más mis proyectos quedaban en el aire.

Uno de los días que salíamos de un piso, al llegar al coche y querer entrar, sentí una mano que me subía por las piernas. Casi al tiempo de girarme, di un enorme revés al que estaba detrás de mí. ¿Quién era? Jesús Guillén, el dibujante. Se encolerizó, diciéndome formalmente que no era él y, como nadie se manifestara para aclarar el hecho, le dije con enfado:

—Si tú no eres, te servirá para que lo tengas en cuenta por si alguna vez se te ocurre.

Verdaderamente, Jesús Guillén no era afortunado conmigo.

He de decir que su buen trato, su elegancia y su juventud no eran como para no tenerlo en cuenta. Alguna vez habíamos comido juntos en el restaurante, con todo el comité al completo, pues como mi madre se había ido a Francia, yo me encontraba sola. Una de esas noches en que Jesús vino a acompañarme a

casa, cuando se marchaba tuvo un susto a la medida de los que se solían tener en aquellos tiempos. Lindando a nuestra casa vivían mis tíos, los que tenían gran interés en que nadie se acercara a nosotros y en particular a mí, aunque lo hacían por intereses creados, ya que con la presencia de dos mujeres solas y unos niños podrían apropiarse de la casa. De manera que viendo como me acompañaba la mayoría de los días hasta el umbral de la puerta, mi tío esperó a que yo entrara y luego se acercó a Jesús y, poniéndole la pistola en el vientre le gritó:

—Que no te vea más por aquí, porque te atravieso.

Jesús le manifestó que sus intenciones al acompañarme eran sanas y que nada malo había por su parte. Al día siguiente me acompañó con más tesón que nunca.

Mi tío era el chófer del comité revolucionario. Algunas veces el alcohol se adueñaba de su persona, perdiendo el control de sus actos y el sentido común.

Uno de aquellos domingos fuimos a comer como de costumbre. Al volver al comité encontré en el portalón de entrada la guardia que habíamos dejado al marchar. Le pregunté cuándo venían a reemplazarle, pues normalmente no era él quien tenía que estar a aquellas horas.

—No sé —contestó—; se ve que me han olvidado. A estas horas ya no vendrá nadie.

Sí que había compañeros que estaban trajinando por allí; el bueno del albañil, su ayudante, Tena. Pero estos compañeros no habían tenido jamás un arma en la mano.

—No te preocupes —le dije—; dame el fusil y ve a comer tranquilo. Yo haré la guardia hasta que vuelvas.

Así lo hizo. Pronto empezaron a llegar los responsables del comité y quedaron sorprendidos de la guardia de la puerta. Siempre la misma exclamación:

—¿Pero tú de guardia, cuando hay tantos hombres por ahí?

—¿Qué quiere decir tú? ¿Acaso no soy una más entre todos? Las responsabilidades nos incumben a cada uno de nosotros en el mismo grado, si nuestro afán es el de luchar para todos.

Otras mujeres habían empuñado el fusil y aún se batían en los frentes.

Las bombas fascistas empezaron a caer sobre la capital. El primer bombardeo nos sorprendió a todos: fueron los obuses de un crucero en febrero del 37. Las primeras explosiones no me hicieron gran impresión, mas cuando me enteré de las víctimas que habían provocado, tomé conciencia de que un día las bombas podían caer sobre mi madre o mis hermanos y me estremecí. Tanto fue así que, una noche en que las sirenas empezaron a rugir, mi madre cogió un colchón y lo puso sobre la mesa para que nos metiéramos debajo. Como no había luz, me dijo que encendiera una vela. Estaba tan impresionada por aquellos preparativos que mi mano tembló todo el tiempo que aguanté la bujía, a tal punto que no quedó ningún dedo sin estar cubierto de cera. Pronto reaccioné. Pensé que la muerte podía llegar en cada momento y circunstancia. De manera que en lo sucesivo debía comportarme con más valentía. Cuando se construyeron los refugios y oíamos las sirenas de noche, acompañaba a mi madre y mis hermanos al refugio y luego me volvía a casa, sentándome al borde de la cama, esperando que pasara el peligro que teníamos sobre la cabeza, sintiendo escalofríos cuando oía las sirenas de las ambulancias. Entonces pensaba: ¡Más heridos, con los que habrá en el frente!

El Ayuntamiento de Barcelona había ordenado la construcción de refugios, en cuyos trabajos las mujeres también participaron. Asimismo, el metro era un refugio seguro. En aquella lucha fratricida quien más ganó en todas las batallas fue la muerte, diezmando a la juventud en los frentes y en la retaguardia, con los continuos bombardeos, pereciendo niños y ancianos, sin contar los destrozos de los pueblos situados en la vanguardia donde se desarrollaban los combates.

COMPLICACIONES MORALES

Antes de que acaeciera la dramática pérdida de mi padre, como ya he señalado, uno de aquellos jóvenes del grupo se había fijado en mí. Cuando me di cuenta de que los dos nos íbamos por el mismo camino, procuré evitar cuantos motivos pudieran alimentar sus ilusiones. Este compañero, tímido y vacilante, un día le habló al secretario del comité revolucionario, para que me dijera que me quería y me convenciera de todo el amor que sentía por mí. El caso es que, un día, recordando la situación de mi casa me entró una tristeza indefinida. Me levanté de detrás de la máquina de escribir y me retiré a una habitación, muy acongojada, cerrando la puerta con llave desde el interior. Quizá sentí con más intensidad la situación en que nos encontrábamos, ante el trance que recién acabábamos de pasar. Pensaba en lo que a mi madre le hubiera podido ocurrir por aquel aborto. También quizá, porque me encontraba sola en casa, pues mi madre había marchado de nuevo a Francia para estar con su hermana, su madre y los cuatro hijos, como quiera que el secretario no tenía por costumbre verme abandonar mi trabajo, fue en mi busca y ante mi sorpresa, como encontrara la puerta cerrada con llave, lo vi entrar por una puerta interior, pues en el convento la mayoría de habitaciones comunicaban unas con otras.

Me preguntó qué me pasaba, procurando darme ánimos y, a la vez, aprovechó el momento para darme un encargo que le habían encomendado. Pero el caso no terminó aquí; ya que en plan confidencial me declaró:

—Ya ves, te digo esto, pero quien está enamorado apasionadamente de ti soy yo; y no creo que su amor supere al mío.

Quedé pasmada. De sorpresa en sorpresa. No comprendía cómo podía hablarme de aquella manera ni que había podido provocarlo. A partir de aquel día, sus insinuaciones aumentaron. Los compañeros del comité se daban perfecta cuenta; todos sabían que tenía su compañera y una hija de corta edad, a la cual adoraba.

Al principio, sus palabras me reconfortaron. Tenía necesidad de calor. En poco tiempo habían pasado tantas cosas y estábamos en situaciones tan inesperadas, que no alcanzaba a situarme. Granero era un buen mozo, amable y solícito conmigo. Era un idealista, responsable y ponderado. Todo cuanto me decía me parecía un sueño. Por mi parte, tenía un vacío sentimental y la verdad es que durante algún tiempo me dejé ir hacia aquel amor naciente. Me demostraba pasión sin límites y una atención infinita en todo cuanto me concernía. Pero luego, más serena, reflexioné. Pensé en que tenía una hija, a la que quería y de la que siempre me hablaba con profundo cariño. Que si bien con su compañera no se entendía —desconociendo las razones—, idolatraba a su hija, y no debía ponerme en medio de una pareja que, quizás un día se reconciliaría. Durante bastante tiempo fue una batalla interna; días de inquietud íntima, de vacilación, entre el fuego que empieza a prender y la razón, sin tener a nadie con quien confiarme o bien, pedir un consejo. Cuando quise terminar aquel idilio al que me sentía atraída, pero no entregada, comprendí que no era fácil deshacer un nudo que había empezado a hacerse. Estando todo el día trabajando juntos y sin poder hablar de lo que nos concernía, era un sufrimiento moral y, por ambas partes, resultaba un tira y afloja preocupante. Veía el mal que le hacía con mi rechazo, por otra parte, no tenía intenciones de continuar con la zozobra en el corazón, ante el drama de su hogar.

Como no era posible poner las cosas en claro de viva voz, ante su insistencia y aquella situación que no veía transparente y que me creaba infinidad de dudas, decidí escribirle una carta, explicándole claramente lo que pensaba y mi determinación de romper el encanto de aquel amor del que, aún estando persuadida de su sincera honestidad enturbiaba mi sentimiento, añadiendo que por mucho que lo quisiera nunca me pondría entre él y su familia. Hoy creo francamente que si mi pasión hubiera estado a la altura de la suya, nada ni nadie hubiera quebrantado aquella inclinación.

De momento, se apaciguó un poco y no me contestó. Las miradas furtivas escapaban a menudo, las que yo procuraba evitar cuando podía.

La cosa es que Jesús, con quien continuaba haciendo camino, ya que vivíamos frente a frente, iba acercándose a mí, pero yo no correspondía a un

amor que nos afluoraba a los dos, por no dañar los sentimientos de Granero y de aquel joven suspirante, esperanzado esperando el resultado del mensajero y a quien no quería zaherir brutalmente por su bondad.

Había puesto una barrera voluntaria para romper aquella inquietud de un amor prohibido por mi conciencia. Por otra parte, con mis dieciocho años, no tenía experiencia alguna en la vida y no terminaba de situarme. Lo que quería decir que, en el fondo de mí misma, no estaba liberada.

¿Acaso era atractiva, vanidosa? ¡No! Quizá había una cosa instintiva en mí; era ir bien peinada. Las trenzas bien hechas o el moño bien ordenado, si llevaba el pelo recogido. Y no salir de mi casa sin antes constatar que la raya de las medias iba bien recta. Estos dos detalles eran toda mi coquetería, a los que pasaba revisión cada día antes de salir hacia el trabajo.

Por suerte escapaba a ese tormento interior, refugiándome en una actividad sin tregua.

EL ATENEO

Los muebles requisados a las gentes que huían se repartían entre las personas necesitadas y también a las jóvenes parejas que formaban nuevos hogares. Cuando la torre en la que se almacenaban, en la calle Numancia, quedó libre, decidimos abandonar el local que teníamos en la Plaza de la Iglesia o Concordia, trasladarnos, y hacer del edificio de la calle Numancia el ateneo libertario de la barriada. Todos de acuerdo, se hicieron nuevos carteles para dar a conocer nuestro nuevo local y pronto se inauguró el ateneo donde continué dando clases.

En los sótanos de este inmueble había un gimnasio con todo el material correspondiente. La primera planta, a la que se llegaba por una breve escalera de cuatro o cinco peldaños, estaba dotada de un gran salón bien amueblado y los muros realzados con pinturas de cierto valor. En su parte frontal había

dispuestas en actitud de vuelo unas golondrinas de cerámica, colgadas en el muro. Existían otras piezas que se habían dejado como salas de reunión o conferencias, según la afluencia de los participantes. En el segundo piso se instaló la escuela, en la cual continuaba dando el curso. Había distintas secretarías, una de ellas específicamente para el secretariado del ateneo. Era la secretaría que más se utilizaba, por la afluencia de visitas, evitando usar las otras dependencias si ello no era necesario. Muchachas y muchachos hacían ejercicios de gimnasia sin que existiera, por parte de ambos, distinción alguna. Cuando pude disponer de unos momentos libres, también participaba alguna vez.

Esta torre estaba rodeada de un hermoso jardín. Había muchos rosales y otras plantas. Los domingos por la mañana, antes de subir a la secretaría, procuraba dar una vuelta por el, para admirar las flores, deleitándome ante las rosas dilatadas y otras flores que eran un encanto. Me detenía un buen rato delante de aquellas plantas, cuya quietud y belleza hablaban directamente a mi sentimiento. Me impregnaba de ellas, de aquella paz que respiraban, con la sensación de marchar oxigenada y ligera al trabajo que tenía asignado.

Uno de aquellos domingos, convine con una de las compañeras que frecuentaba el ateneo, pasar a recogerla por su casa, para ir a nuestro local de las Juventudes Libertarias. Cuál no sería mi sorpresa al entrar en el vestíbulo y ver colgadas en la pared de enfrente y bien dispuestas, aquellas delicadas golondrinas que tanto admirábamos en el salón del ateneo. Sentí que se me encogía el corazón. Aquello y otras cosas no eran de nadie, sino de todos. Pensé que podía haber un error por mi parte y no dije nada. Cuando volví al ateneo, la primera cosa que hice fue ir al salón donde debían estar las golondrinas. Efectivamente, éstas habían volado a pesar de ser de cerámica. Entonces instintivamente, fui mirando las paredes y me di cuenta que faltaban algunas pinturas. ¿Quién había cogido todo aquello? Pensé que era necesario celebrar una asamblea general a primeros de semana en la que podrían ponerse las cosas en claro.

Informé de cuanto había observado al secretario del comité revolucionario, exponiéndole a la vez mis intenciones de plantear el caso en la asamblea. Quiso persuadirme para que no dijera nada, indicándome que no tenía

demasiada importancia. Pero, yo estaba decidida a poner las cosas en claro. Después de todo, siendo miembro del secretariado era tan responsable como los demás del patrimonio que los adherentes del ateneo nos habían confiado. Pensé que el placer que yo sentía en admirar aquellas rosas del jardín, también podían tenerlo otras personas y, si yo las hubiera arrancado para llevármelas hubiera privado a los demás de las mismas sensaciones que desbordaban mi espíritu.

Llegó, pues, el día de la asamblea. Se discutieron y concretaron varios asuntos. Después del último punto del orden del día y, cuando cada uno había manifestado su parecer, la mesa de discusión levantó la sesión. Yo me encontraba en el fondo de la sala; me levanté de inmediato y pedí la palabra, para dar a conocer las anomalías que había constatado. El secretario de defensa, antes que yo terminara la última frase y adivinando de lo que se trataba, tomó la palabra para informar a los asambleístas que lo que teníamos que tratar concernía exclusivamente al secretariado, y que, por lo avanzado de la hora, podían retirarse. Sin perder tiempo, me manifesté de acuerdo.

Así se hizo. El que había cambiado las golondrinas del lugar estaba presente ya que formaba parte del comité del ateneo. No era otro que el padre de la compañera de las Juventudes. Informé de mis constataciones, proponiendo que debíamos indagar de inmediato a dónde habían ido a parar los bienes artísticos, manifestando que no cejaría hasta que lo supiera.

Entonces se me informó que habiendo constatado que algunos de aquellos cuadros tenían cierto valor artístico y, pensando que podían ser útiles a nuestra causa, el Comité de Milicias Confederales, que se ocupaba de la recuperación de los bienes artísticos, con el fin de poderlos vender y adquirir armas y pertrechos de guerra, había venido a retirarlos.

—Debes comprenderlo, Sara. —me dijeron—. Sí, lo comprendí inmediatamente. Estaba en completo acuerdo de que se utilizara todo cuanto fuera necesario para ganar la guerra. Sí, sí; pero con lo que no estaba de acuerdo en absoluto era que, siendo miembro del secretariado no estuviera informada de cualquiera de las decisiones que se pudieran tomar al respecto de todo cuanto formaba parte del inmueble. ¡Incluso las golondrinas! que no

habían querido volar fuera del marco de nuestra barriada. No dije más. Al cabo de unos días comprobé que las golondrinas habían vuelto a su legítimo y habitual nido.

El compañero Granero continuó con sus propósitos durante algún tiempo. Cuando conoció mi reacción contraria a sus deseos, me hablaba de incompatibilidad de caracteres con su compañera y de que iban a separarse definitivamente. No obstante, fuera cual fuera su decisión nunca abandonaría a su hijita, que era su verdadera pasión.

Mi compañero de camino no sabía que el mensajero había aprovechado la ocasión para expresarme sus propios sentimientos.

Generalmente, los compañeros consideraban que por el hecho de formar parte del comité debía ser una mujer libre en todos los sentidos. ¡Libre, sí! Pero no en el mismo sentido que ellos querían. Mi libertad, para algunos de los que nos rodeaban debía ser, en particular, la libertad sexual. La libertad sexual con ellos, por lo que, al negarme dejaban de considerarme una mujer libre! A lo que solía contestarles:

¿Es acaso ser libre ir a dormir con el primero que me lo solicite? En este caso, ¿dónde está mi libertad? Yo también existía y podía sentir como ser humano, pero seguramente no había encontrado aún el hombre que hiciera palpar mi corazón.

Pienso que mi contestación les indujo a reflexionar, como yo misma lo hiciera. Ciertamente es que aquellos hombres me consideraban y que, con toda franqueza, me deseaban. Pero, con el tiempo, creo que sus libertades, sin darse cuenta, iban dirigidas a anular las mías. Verdaderamente, aquella revolución iba a cambiar al hombre de la noche a la mañana, después de tantos años de represión.

El hombre por el que me sentía atraída, era Jesús Guillén. Pero las repetidas insinuaciones de algunos compañeros, aunque nunca se propagaran, la insistencia del secretario y mi joven suspirante, hacía que rechazara el conjunto en bloque y que me entregara con más ahínco a nuestra lucha. Entregarme más y más a los ideales que iban encarnándose en mí. Lo que era

motivo de más interés para aquellos que me rodeaban. Un nuevo mundo me envolvía; la acción, las ideas, comprendiendo aquel aluvión de cosas nuevas. Jesús intentó hablarme en varias ocasiones, pero trataba de evitar todo lo que podía ir directo al corazón. La insistencia del secretario hacía que me sintiera poco dispuesta a un sentimiento afectivo.



La autora junto a Jesús Guillén en 1937

Entretanto, los compañeros de otras barriadas venían constantemente a informarse y tomar contacto con nosotros. El que más recuerdo es el compañero Ángel Carballeira. También a los de las Patrullas de Control, Mañanet, Climent y otros militantes que llegaban hasta el comité con el fin de dar a conocer sus actividades y, a la vez, informarse de la trayectoria de la barriada.

El secretario tenía relación constante con Vallejo, a quien no conocí personalmente, pero con el que tuve ocasión de hablar infinidad de veces por teléfono. Eugenio Vallejo tenía bajo su responsabilidad el control de las fábricas de armamento de guerra. Por mediación suya se facilitó una caja de

pistolas parabellum a los responsables del comité, con el fin de que estuvieran armados con material nuevo.

En el secretariado se abrió la caja y cada uno de los miembros cogió un arma. Sergio Somoza puso el cargador en la suya, pasó una bala en la recámara sin poner el seguro y, distraído por otra cosa, dejó la parabellum al borde de la mesa donde yo tenía la máquina de escribir, con tan poco acierto que, al dejar el arma se disparó y la bala pasó rozando mis riñones. Sergio palideció. ¿Cuántos muertos o heridos debieron producirse por desconocimiento o simplemente por falta de precaución en utilizar cosas que no se tenía la costumbre de manejar?

En mis frecuentes desplazamientos con el secretario a la Casa CNT-FAI, conocí a muchos compañeros, que más de una vez me habían propuesto que fuera a trabajar con ellos, pero yo me encontraba bien y muy entregada a la labor que realizaba en mi barriada.

Entre tanto, en el frente y en la retaguardia la guerra iba diezmando vidas. Por mi parte, a medida que el tiempo pasaba me alejaba más del miedo a la muerte.

Desde los primeros días de la revolución, para los militantes no había ni domingos ni fiestas, como tampoco los había para los combatientes de primera línea de fuego. Un domingo, a la salida del comité encontré a un miliciano que llegaba del frente y se dirigía al comité con el fin de que le indicásemos un lugar donde comer. Hacía tiempo que los comedores populares del comité se habían cerrado. Este miliciano llegaba del frente de Aragón. Quise acompañarle a diferentes restaurantes de la barriada, pero no encontré ninguno abierto. Recordando lo que mi padre nos dijera, le invité para que viniera a comer a nuestra casa. Mi madre, como siempre, le puso el plato en la mesa.

Desde entonces aquel compañero, cuyo nombre lamento no recordar, me escribió desde el frente con bastante regularidad. En cierta ocasión vino con permiso y pasó a vernos. Me invitó a comer a casa de sus tíos que vivían en una barriada extrema de Barcelona, a los cuales quería presentarme. Accedí,

pues consideraba que en buena camaradería y llegando del frente para tan sólo unos pocos días, bien podía darle satisfacción y aceptar su invitación.

Cuando moría la mañana vino a recogerme. Subimos en un taxi para ir a casa de los tíos, donde también me presentó a su hermano. Todos me parecieron gratas personas. Me recibieron con mucho cariño y después de comer se empeñaron en que fuéramos a una velada teatral. Lejos estaba en mi intención ir al teatro. Pero finalmente acepté, a condición de advertir a mi madre, pues no podía dejarla sin saber dónde me encontraba hasta media noche. Muy atentos, me sugirieron que fuera a buscarla para cenar y desde allí salir juntos al teatro. Siendo las distancias tan largas, propuse a mi amigo que los tíos fueran directamente al teatro y nosotros, después de haber cenado con mi madre, acudiríamos allí.

En un recién viaje a Francia, mi madre había dejado a mis cuatro hermanos con su hermana Margarita y la abuelita, radicadas en Béziers, de manera que se encontraba sola en casa. Cuando llegamos, charlando con ella, estaba Jesús, que al parecer, había esperado toda la tarde mi regreso.

—Madre —le dije—, venimos a cenar y luego iremos los tres al teatro, donde su familia nos ha invitado. Han ido a recoger las entradas y nos esperan allí.

—De acuerdo —contestó—, pero Jesús también cenará con nosotros.

No vi ningún inconveniente, tras hacer las presentaciones. Después de la cena, cuando íbamos a marchar, mi madre insistió para que Jesús también viniera al teatro. Le dije que no era posible, ya que los tíos habían adquirido solamente entradas para tres personas más. Mi madre volvió a insistir, pareciéndome incorrecto querer imponer otra persona cuando solamente me habían invitado a mí y, para que yo aceptara, también a ella.

Finalmente, ante tal insistencia, Jesús propuso acompañarnos y después irse. El caso es que al llegar al teatro, después de que la familia conocieran a mi madre, cuando Jesús quiso despedirse, cosa que me parecía completamente normal, mi madre, como una niña, dijo que si no entraba él, ella tampoco. Lo que quería decir que debía marcharme. Pero aquellas buenas

personas que habían salido de casa para complacer al sobrino que venía del frente con unas horas de descanso, fueron a cambiar las entradas por unas de gallinero, con el objeto de que pudiéramos estar juntos. Creo que la familia vio el plan, e hicieron de manera que al sentarnos yo me encontrara entre los dos hermanos. Mi madre también se dio prisa para ponerse detrás de mí y, a su lado, Jesús, como si estuvieran a la expectativa de algún acontecimiento.

Aquella situación me era violenta. Ningún compromiso tenía con nadie. Había aceptado la invitación por camaradería, aunque más tarde comprendí que el interés de invitarme era para que sus tíos me conocieran.

Continué escribiéndole al frente como hacía con otros milicianos. Recuerdo uno de ellos, que conocí en una cola, en la que pasamos toda la mañana para recoger los pasaportes de nuestras respectivas familias con el fin de que pudieran salir hacia Francia. Este compañero se llamaba España, cuyo nombre recuerdo con facilidad, después de haber dialogado durante muchas horas, me dijo que al día siguiente tenía que regresar al frente.

—Te escribiré —le dije—. Y así fue durante largo tiempo, hasta que un día me escribió diciendo que pensaba venir a Barcelona con permiso y que podíamos unirnos. Le contesté que yo estaba muy lejos de ello, y que nuestra correspondencia era fraternal... Como insistiera en sus propósitos, pensé no escribirle más.

Jesús conocía la mucha correspondencia que yo mantenía con los combatientes y alguna vez comentábamos las cartas y la situación en que se encontraban.

—Escríbele —me dijo—, tú no sabes lo que es estar en primera línea.

Considerando que una carta en el frente era reconfortante para aquellos luchadores que lo merecían todo, continué, pero como mi buen amigo insistiera en su idea inicial, pensé cortar, para reducir sus ilusiones. Cuando Jesús me vio tan decidida, dijo que él lo haría por mí, y así lo hizo. ¿Comprendió el artificio? El caso es que no recibí más cartas del compañero España, como tampoco recibiría de otros. Poco a poco la guerra iba tragándose a los hombres como un monstruo que engullera la selección de la juventud

hispana. La esencia del pueblo. La vitalidad misma fue crujiendo, aplastada bajo los enormes colmillos de fuego y de horror, que escupían los cañones y las bombas incendiarias.

El 27 de julio de 1936 se había creado, en Cataluña, el Consejo de la Escuela Nueva Unificada. «Lo más importante para ganar la revolución es la cultura», había dicho Juan Puig Elías. En efecto, la cultura es una vía de luz que se abre ante el hombre y clarifica las situaciones y el pensamiento.

CREACION DEL CONSEJO DE LA ESCUELA NUEVA UNIFICADA

Decreto

La voluntad revolucionaria del pueblo ha suprimido la escuela de tendencia confesional. Es la hora de una nueva escuela, inspirada en los principios racionalistas de trabajo y de fraternidad humana. Hace falta estructurar esta nueva escuela unificada, que no substituya solamente el régimen escolar que el pueblo acaba de derrumbar sino que cree una vida escolar inspirada en el sentimiento universal de solidaridad y de acuerdo con todas las inquietudes de la sociedad humana y a base de la supresión de toda clase de privilegios.

A proposición, pues, del Consejo de Cultura, y de acuerdo con el Consejo Ejecutivo,

Decreto:

Art. 1º. Se constituye el Comité de la Escuela Nueva Unificada que tendrá como finalidad:

a) Organizar en los edificios apropiados por la Generalidad, el nuevo régimen docente de la escuela unificada que substituirá la escuela de tendencia confesional.

b) *Intervenir y regir este nuevo régimen docente, asegurando que responda, en todos los aspectos, al nuevo orden impuesto por la voluntad del pueblo, es decir, que esté inspirado en los principios racionalistas del trabajo, que todo obrero con aptitudes pueda alcanzar, sin obstáculos y prescindiendo de todo privilegio, desde la escuela más primaria a los estudios más superiores: a la Universidad Obrera y a la Universidad Autónoma de Barcelona.*

c) *Este Comité intervendrá en la coordinación de los servicios de Enseñanza del Estado, del Ayuntamiento de Barcelona y de la Generalidad de Cataluña.*

Art. 2º. Este Comité será presidido por el Consejo de Cultura de la Generalidad o la persona en quien delegue, por dos de los siguientes organismos sindicales de Cataluña: por la UGT (Federación de los Trabajadores de Enseñanza): Gaietà Delhóm y Burgués, Josefa Uriz y Pi, Joan Hervás y Soler, Francesc Albert y Marrugat; por la CNT (Sindicato de Profesiones Liberales): Miquel Escorihuela y Guitarte, Joan Puig Elías, Joan P. Fábregas y Llauro y Albert Carsi; por el Consejo de Cultura y por la Normal de la Generalidad de Cataluña: Cassià Costa y Marinell; por la Universidad Autónoma de Barcelona: Doctor Serra Hunter; por el Comité de la Universidad Industrial: Joan Aleu Botxaca, y por Bellas Artes: Francesc A. Gali.

Art. 3º. Este Comité, para su mejor funcionamiento, estará dividido en las siguientes Ponencias:

a) Ponencia de Enseñanza Primaria, b) Ponencia de Enseñanza Secundaria, c) Ponencia de Enseñanza Profesional, d) Ponencia de Enseñanza Superior, e) Ponencia de Enseñanza Técnica y f) Ponencia de Enseñanza Artística.

Art. 4º. Todas las propuestas de las Ponencias serán discutidas en el Pleno del Comité y, para su realización, será constituido un Comité Ejecutivo, integrado por los Presidentes de cada Ponencia

Artículo transitorio. Como primera medida de urgencia el Comité de la Escuela Nueva Unificada, estudiará el destino que dará a los edificios de los cuales se ha apropiado la Generalidad y los objetos que pudiera haber y que han pasado a ser patrimonio del pueblo. Organizará también, inmediatamente, la defensa de todos los edificios y de todos los objetos que contengan y, para el cumplimiento de ésta misión, solicitará todo el concurso que haga falta de las milicias ciudadanas, el cual será prestado en todo momento.

Barcelona 27 de juliol del 1936.

Lluís Company

El Consejero de Cultura Ventura Gassol

Los niños intuitivamente, sienten el deseo de saber y aprender, por ello se consideraba tan importante la creación de las Escuelas Racionalistas. Este era mi sentimiento. En nuestro ateneo yo enseñaba y aprendía a la vez. Percibía en mí la necesidad de una enseñanza libre, dando preferencia a las iniciativas de los alumnos con sus propias preguntas que, al desarrollarlas, eran de gran interés, por lo que el resultado era magnífico. Juntos organizábamos los temas que debíamos estudiar cada noche. Juntos encauzábamos las lecciones. Por mi parte, daba cuanto sabía, mas alguna vez no podía dar respuestas exactas a ciertas preguntas, de las que no tenía la menor idea. Mis alumnos iban más lejos que yo, de manera que a medianoche, cuando llegaba a mi casa, me aplicaba a estudiar con el fin de responder al día siguiente. En algunos casos, mi escapatoria era sencilla. Cuando me veía con apuro, con toda naturalidad les decía: «Esto lo dejaremos para mañana». Lo que me permitía indagar en los libros que me había procurado, o bien, informarme durante el día por aquellos que sabían más que yo, a fin de poder llenar los vacíos de mi ignorancia en la materia.

¡Qué placer sentía en la comunicación con aquellos niños! Aprendían de maravilla, de sus mentes, brotaban ideas puras y cristalinas. Algún que otro domingo, si las actividades orgánicas me lo permitían, solíamos salir al campo. Uno de aquellos domingos, fuimos con los muchachos al parque, para dar una lección de Ciencias Naturales. Digo fuimos, porque Jesús se propuso acompañarme en mi tarea. Lo que dio ocasión para vernos por la tarde y hablar de nuestra vida.

Arcana en mi sentimiento, declinaba el diálogo cuando iba derecho a mi vida íntima. Pero, poco a poco una afinidad intelectual y de conceptos sociales hizo que fuéramos acercándonos más cada día, hasta que una de aquellas tardes en que íbamos hacia nuestra casa y, por casualidad, bajábamos solos, le dije:

—El día que yo sienta algo por ti y que esté segura de mi amor, te lo haré saber.

A mediados de la primavera, en aquella aurora de la vida, parecía que las cosas iban normalizándose. Espejo mágico tras un mundo inimaginado. El aire tonificante de la mañana hacía que me sintiera ligera, predispuesta a vivir y a entregarme al trabajo con ardor. Al llegar al comité, antes de entrar en la secretaría, seguía el caminito que daba la vuelta al jardín del convento, saboreando con la vista y el olfato los perfumes de aquellos rosales recién regados, a pesar que los trabajos y dedicación a la revolución estaban presentes, nadie desdeñaba el amor a la Naturaleza y a la fragancia de las flores bien cuidadas. Entre los voluntarios que formaban parte del comité, había un compañero que se ocupaba del cultivo del jardín. Un día que me arriesgué a ir más lejos, quedé extasiada ante un magnífico magnolio con sus flores gigantes y aterciopeladas, la mayoría de ellas, recubrían con sus inmaculados pétalos gran parte de las lucientes hojas que no eran menos bellas. Era la primera vez que contemplaba aquel árbol de ensueño, procedente del Asia Oriental y América [\(17\)](#). Nave de pétalos que se movían al ritmo de un suave viento, el que a la vez hacía volar mis cabellos rubios.

En el corto paseo matinal fue cuando conocí al maestro armero, Santiago Burguete. Poco a poco, mis paseos, en tan agradable lugar fueron

espaciándose hasta que, dejé de ir... Cada día que pasaba las exigencias del trabajo eran más apremiantes.

Los primeros meses de abril, mi madre había vuelto a marchar a Francia, quedándome de nuevo sola.

Un día, "Peret de Cervera", inesperadamente, apareció por el comité revolucionario. Nunca supe como viniendo de Cervera, se había encontrado enrolado en las actividades de nuestra barriada. Al parecer, al principio participó con una actividad desbordante, hasta que de nuevo regresó a Cervera. Se presentó pues a la secretaría y después de saludarnos, merodeó por allí, hasta que observó que me había quedado sola. Entonces entró de nuevo en el despacho y me presentó unos papeles de ferrocarriles para que los firmara y sellara, con el fin de retirar unos vagones de cereales, alegando que iban destinados a Cervera.

—Sin la firma y el sello del comité no me los entregarán —dijo. Al preguntarle por qué no lo había solicitado al secretario, que acababa de salir, contestó que no quería que se enterase nadie, que lo firmara y que no lo dijera. Me negué. Me negué a ello, primero porque si llegaba de Cervera a buscar la mercancía para el pueblo, los responsables de Abastos tenían que haberle dado las facilidades que se imponían para tal gestión. Segundo, porque si la cosa era limpia, ¿por qué tenía que firmar y sellar unos documentos, en secreto? Intuitivamente, aquello no me pareció ni noble ni claro. "Peret de Cervera" marchó descontento y furioso ante mi radical negativa, y yo me quedé tan tranquila, por considerar que era traicionar la confianza que me daban, en algo que no era normal ni lógico. No lo vi nunca más. El caso es, que después de terminada la guerra, me enteré que fue desleal hacia los compañeros, denunciándolos y, a pesar de ello, fue fusilado por los facciosos.

En aquel entonces, mi idea no tuvo más alcance que la de negarme a lo que me parecía un chantaje. Pero ¿quién le había dicho a él que yo disponía del sello del comité y que podía firmar en nombre del secretario, si hacía tantos meses que no se había acercado por allí?

El tiempo nos revela cosas muy curiosas, que salen a la superficie de nuestro entendimiento con claridad, pero, demasiado tarde. Todos los afanes de ciertos hombres ¿eran sinceros? La Quinta Columna la llevábamos pegada sobre las espaldas, como la misma sombra.

En aquellos días, me vino a la memoria el fracaso de Abastos. Aquel trabajo que durante tanto tiempo había funcionado a la perfección, dio motivo para que el contable, compañero José Carrasquer (padre), se presentara al comité, diciéndonos que no era posible continuar con la contabilidad, que hasta hacía poco había sido nítida como el agua de manantial. Manifestó que desde algún tiempo el delegado responsable de las compras se negaba a presentar las facturas correspondientes a las mercancías adquiridas y otros gastos, alegando que no tenía por qué dar cuenta a nadie de su gestión.

¿Qué significaba esta actitud?

Se nombró una comisión revisora de cuentas. Esta comisión encontró un déficit muy importante en el balance de la contabilidad.

Cuando se llamó la atención al delegado, éste adujo que el contable no llevaba bien las cuentas. Se nombró otra comisión en la que, entre otros, formábamos parte Jesús y yo. Verificamos las escrituras de los libros de contabilidad y las facturas que el contable tenía en su poder. Todo estaba correcto, pero el resultado era que arrojaba el mismo déficit.

El comité reunido convocó varias veces al delegado de Abastos, el cual no se presentó a la cita. Nuestro local de Abastos cerró las puertas, Carrasquer marchó como contable al Consejo Nacional de SIA (Solidaridad Internacional Antifascista) y, el leal y abnegado Carlos Sanz, que ayudaba a la contabilidad quedó sin empleo.

Algún tiempo después, supe que dicho delegado se había encontrado atravesado por una bala, en una de las calles de nuestra barriada. ¿Fue un acto de justicia? ¿Fue un accidente? No lo supe jamás.

¡Cuántos enigmas se presentaban ante mí! Pero, a pesar de todo, tenía inmensa confianza, si no en todos los hombres, sí en el ideal.

MAYO DE 1937

El primero de mayo de 1937, en Barcelona, no tuvo esplendor ni hubo ninguna manifestación de relieve, siendo considerado como un día de trabajo. Fue solamente en Valencia donde se hizo un acto conjunto CNT-UGT «Tuvo lugar en el Teatro Principal de aquella ciudad, bajo la presidencia del Subsecretario de Guerra, Carlos Baraibar y del Ministro Juan Peiró. Hicieron uso de la palabra, por la CNT, Mariano R. Vázquez y Federica Montseny, y por la UGT, Guillén y Rubiera». [\(18\)](#)

Aquellas manifestaciones de unión entre la CNT y la UGT, en aquel mitin de pacto social, duraron pocas horas. Aquella unidad que parecía dilatar las conciencias, se quebrantó, ahogando en parte, en las horas que iban a venir, la finalidad de una revolución que se creía bien encaminada.

Se abrieron brechas ante la incomprensión del Partido Comunista y otros satélites, o bien estos últimos ponían en práctica planes establecidos de antemano. La fuerza policíaca debió recibir consignas extremas, «pues durante aquellos días extremaron su labor de provocación dedicándose a cacheos en la vía pública barcelonesa. Los confederales a quienes se les ocupaban armas eran desarmados y detenidos. Si lo encontrado en el registro era un simple carné confederal, éste era destruido en presencia del interesado, quien además, era objeto de groseros insultos. *Solidaridad Obrera* del día 2 salía al paso de esta serie de provocaciones». [\(19\)](#)

También en nuestra barriada los guardias de asalto situados en el Ven y Ven [\(20\)](#) habían detenido a dos de nuestros militantes, Vicente Cruz Prats y Aurelio Guillén Bertolín y su compañera, siendo puestos de cara a la pared durante toda la noche. Alguien que también estaba detenido, pudo escapar y dar la alerta al comité, quien intervino para que fueran liberados.

El 2 de mayo, alrededor de las tres de la tarde, era atacada la Central Telefónica de la Plaza de Cataluña por policías y guardias de asalto, al mando del Comisario de Orden Público, Rodríguez Salas [\(21\)](#). Lo que quería decir manifiestamente que se atacaba directamente la labor revolucionaria, ya que la Telefónica era una empresa colectivizada de común acuerdo por CNT-UGT y un delegado de la Generalidad de Cataluña.

Aparecieron barricadas en diferentes puntos estratégicos de la ciudad y lugares donde estaban situados locales del Partido Comunista y del PSUC pues, sus adherentes recorrían las calles de Barcelona con el fusil en la mano.

¿Qué querían estos partidos, con esta acción antirrevolucionaria? Lo cierto es que yo no comprendía en absoluto lo que ocurría. Al grito de alarma de aquel desvergonzado ataque a la Telefónica, los Comités Confederados de las barriadas tuvieron una enérgica intervención. Lo que siguió aquellos días fue una lucha sangrienta. Los autocares y tranvías que salieron el jueves fueron agredidos a tiros. Militantes de la CNT y de las Juventudes Libertarias, detenidos aisladamente, fueron maltratados y asesinados por la represión comunista. Durante cuatro días volvió a correr la sangre por la capital y, la lucha tomó un giro insensato.

Aquel 2 de mayo, de repente se transformaba en un nuevo estado de guerra. Los compañeros reunidos aquella noche, nos quedamos en el comité, tomando ciertas disposiciones con las armas en la mano. Me parecía volver a la efervescencia de los primeros días. El compañero Rosquillas y yo pasamos una buena parte de la noche sacando bombas de piña que estaban dentro de cajones, envueltas en serrín, para montarlas, o sea ponerles el detonador.

Los militantes de las barriadas telefoneaban a cada instante interesándose por nuestra situación y dándonos cuenta de sus propias iniciativas. Todos estábamos en pie de guerra. El día fue agitado, telefoneando al Comité Nacional de la CNT, para tomar decisiones firmes. Fueron momentos de gran inquietud por lo que ocurría en Barcelona, inquietud por los compañeros del frente que, enterados de tal desconcierto, amenazaban con abandonar la primera línea de fuego para personarse en Barcelona.

El viernes arremetieron a tiros contra el coche en el que iban Federica Montseny, Ministra de Sanidad y Mariano R. Vázquez, Secretario del Comité Nacional de la CNT.

A la siguiente noche se decidió atacar la barricada que los guardias de asalto habían levantado en el Ven y Ven. Se formaron varios grupos, entre ellos, el comité delegó a Jesús Guillén como responsable del grupo "Los Maños". Caída la tarde, armados y con bombas de mano, salieron del comité en dirección a la barricada con el firme propósito de desalojar a los guardias de asalto. Otro grupo bajaba por la carretera de Sarria. También se habían unido a estas operaciones, compañeros de esta barriada que habían tenido la iniciativa de bajar por la calle Urgel. Nuestros compañeros fueron avanzando con cautela por la calle París. Como les disparaban desde los terrados, con el fin de progresar sin ser vistos, las balas hicieron volar las farolas del alumbrado y Guillen Jesús, decidió subir a su vez a otro terrado. El grupo estaba compuesto de varios compañeros al que se unía el grupo de investigación, formado por: Pascual Pastor, Ginés Zafra, Vicente Cruz, Ramón Granero, Aurelio Guillén, y entre ellos Sergio Zomoza, Higinio Pujol y Pompeyo Rosquillas. Se entabló un nutrido tiroteo. Cuando cesó, se tiró una bomba de mano que cayó muy cerca de la barricada y los guardias de asalto huyeron hacia el edificio que tenían entre la carretera de Sarria y Urgel, en el que días antes habían estado detenidos nuestros militantes. Cogidos entre dos fuegos, enmudecieron. Cuando Jesús bajó, encontró herido gravemente, de un balazo, uno de los compañeros que había venido de la barriada de Sarria.

Entretanto, en el comité, desde donde seguíamos de cerca los movimientos de la calle, por compañeros que iban y venían, decidimos descansar, turnándonos a cada hora, ya que habíamos pasado la noche anterior sin dormir.

En el fondo del pasillo, donde estaba la secretaría, había una habitación con dos camas. Cuando me tocó el turno a mí, fui a descansar. No podía dormirme, con la inquietud de que otros compañeros se encontraban en las calles de la barriada con el arma en la mano y, entre ellos, Jesús.

Cuando al cabo de unos instantes, alguien vino a relevar al que descansaba en la otra cama, oí como le decía al recién llegado:

—No te la mires más. ¡Échate encima!

Aquella voz retumbó en mis oídos como una explosión. No me moví, esperando el gesto para defenderme con las uñas y los dientes si era necesario. Nada me daba miedo. Y tampoco nada pasó. Estaba bien dispuesta a defender mi libertad de mujer y no estar a merced del capricho de un hombre, fuera quien fuese. Cuando el que había venido a descansar se quedó dormido, me levanté quedamente y me deslicé sin ruido para integrarme a mi puesto. Ya no descansé más. La persona que había entrado era el secretario quien, a pesar de su pasión, siempre me respetó.

Se oían tiros, los militantes entraban y salían durante todo el tiempo que duró el enfrentamiento con los guardias de asalto.

La tercera noche yo no quería ir a descansar; Rosquillas me comprendió y puso una camita de hierro en una habitación contigua, que parecía una celda de castigo, por su estrechez, en la que no cabía más que la cama y una silla. Allí descansé un poquito en la alta madrugada. Oía todos los pasos y a penas si me amodorré unos instantes.

En una alocución radiofónica se oyeron las voces de García Oliver y de Federica Montseny, recomendando el alto el fuego. El día 4 se intentó restablecer la normalidad. La emisora de la CNT, instalada en el Comité Nacional, radiaba a cortos intervalos llamamientos:

«Obreros de la CNT y de la UGT: recordad bien el camino recorrido, ¡los caídos envueltos en sangre, en plena calle en las barricadas! ¡Deponed las armas, abrazaos como hermanos! ¡Tendremos la victoria si nos unimos; hallaremos la derrota si luchamos entre nosotros! Pensadlo bien, os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. ¡Que haya concordia entre nosotros! ¡Guerra a muerte contra el fascismo!» [\(22\)](#)

Este y otros llamamientos iban destinados a la fuerza uniformada gubernamental y a los que a ellos se habían unido. La noche que siguió al alto el fuego aún quisimos quedarnos a la expectativa. Nadie quiso ir a descansar.

Nadie estaba satisfecho con lo ocurrido. El secretariado en pleno y algunos militantes más, se encontraban en la secretaría. Ya de madrugada nos habíamos adormecido. Todos muertos de cansancio, máxime cuando había mucha gente mayor. Yo me había quedado recostada sobre la máquina de escribir, dejándome ir a un sueño ligero. De pronto, el compañero Paulino Sosa dio un salto y dijo:

«¡Compañeros, a las armas! ¡Nos atacan!»

Medio somnolientos nos levantamos precipitadamente; cada uno cogió su pistola o fusil y salimos rápidamente al patio del convento. La guardia de la puerta estaba serena. Nada nuevo ocurría. Seguramente nuestro compañero Paulino se quedó profundamente dormido y, en alguna pesadilla, soñó que nos atacaban.

La checa había asesinado a jóvenes de las JJ LL, deteniendo a compañeros del POUM. Aquellos luchadores por la libertad, que en los primeros días empuñaron las armas junto a los hombres de la CNT.

El día 5, el profesor Camilo Berneri, militante anarquista italiano, de una inteligencia poco común, era asesinado por la represión comunista, «Había sido detenido en su casa, por los supuestos agentes, al servicio de Rodríguez Salas». [\(23\)](#)

Berneri era poseedor de una abundante documentación, demostrando que Italia preparaba, desde tiempo, un alzamiento fascista en España.

Los rusos, por su parte, habían movilizado sus peones desde hacía tiempo; tanto es así que en el periódico *Pravda*, de Moscú, se podía leer: «En Cataluña la liquidación de los trotskistas y de los anarquistas ha empezado. Se lleva a cabo con la misma energía que en la Unión Soviética».

Fue una confrontación ideológica entre comunistas y anarquistas, que dio como resultado, a no tardar, la disolución de los comités revolucionarios de barriada y de las Patrullas de Control y, a mi entender el freno de la revolución.

Las armas que el comité disponía se pusieron en sacos, llevando dos de ellos a mi casa. Como me encontraba sola, pudimos ordenarlos con tranquilidad,

depositándolos sobre un pequeño techo que cubría el wc situado en la parte de atrás de la casa, donde disponíamos de un gran garaje que tenía salida a la Travessera de les Corts, hoy Marqués de Sentmenat.

Algo esencial había cambiado. No sabíamos hasta que punto podían conducirnos los recientes acontecimientos. Se hicieron reuniones y se acordó, por lo que pudiera suceder posteriormente, hacer un plano de las galerías internas de las cloacas de Barcelona. El encargado de estos planos fue Jesús, en tanto que dibujante y entendido en la materia. Para realizar su trabajo, como era una cosa delicada se instaló en un lugar del que solamente el secretario y yo estábamos al corriente.

Un día sentí en mí una fuerza nueva, sentí... un amor intenso hacia aquel compañero que tantas veces me había demostrado sus sentimientos. De manera que entré donde trabajaba y sin decirle nada, como estuviera absorto en su trabajo, antes de que pudiera levantar la cabeza para mirarme, le di un beso y me fui. Jesús quedó sorprendido; quiso decir algo, pero yo ya me había ido a la secretaría.

Al mediodía, a la salida del comité, cuando me disponía a irme en dirección a mi casa, sin pensar más en lo ocurrido por la mañana, Jesús que me esperaba, corrió tras de mí y, cogiéndome del brazo, exclamó:

—¡Ya sé, es el mensaje!

Después de la primera quincena de mayo, el secretario dimitió para ir a trabajar al Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, ofreciéndome la plaza de secretaria en dicho comité, la que no acepté por evitar de este modo el contacto diario entre los dos.

Cuando mi madre regresó de Francia, pocos días después, los compañeros vinieron a recoger las armas que habíamos guardado en casa, con la idea de llevarlas a otro lugar. Cuando mi madre se enteró de lo que se trataba, le entraron escalofríos.

El 21 de mayo de 1937 pasaba mi examen de mecanografía con un sobresaliente.

CAPÍTULO II

Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración de Catalunya CNT

Reunido el comité de la barriada, al presentar la dimisión el secretario, se nombró por unanimidad, a Jesús Guillén. La estancia del tercer secretario fue tan efímera como la del primero Antonio Blas, del Sindicato de la Madera, en los primeros días del alzamiento. Apenas había transcurrido un mes cuando por orden de la Generalidad de Cataluña se cerraron los comités revolucionarios creados en las primeras horas de la revolución de 1936.

En la barriada se organizó un Comité de Defensa, con sede en las JJ LL Cada uno de nosotros nos entregamos a otras actividades.

Los pocos jóvenes que quedaban se incorporaron a los frentes de batalla. Los demás cada uno por su cuenta, determinamos tomar parte en los comités de industria, sindicatos o bien participar en otros trabajos según nuestras aptitudes.

Jesús se había enrolado en la 26 División. El día antes de marchar al frente, ya caída la noche, después de salir del ateneo, estuvimos en el Jardín de las Infantas, prometiéndole que lo esperaría el tiempo que hiciera falta hasta su retorno, con todo el amor que sentíamos el uno hacia el otro.

Lejos estábamos de creer muchos de nosotros que, el Convento de las Carmelitas, donde habíamos tenido el comité, fuera ocupado de inmediato por la guardia de asalto.

Granero había ido a ocupar el cargo de tesorero del Comité Regional de las Industrias de Edificación, Madera y Decoración. A la disolución del comité revolucionario, Rosquillas y Cruz se responsabilizaron de la sección de la madera.

Los militantes mayores de edad, que se ocupaban de la conservación del edificio, quedaron sin trabajo, así como yo, al no haber querido aceptar la proposición hecha por Granero. Fui, pues, a encontrar a algunos de aquellos compañeros, con el fin de ver si podíamos organizar en aquellos inmensos locales, talleres de aprendizaje para los jóvenes y algún sindicato. Mi sorpresa fue cuando me dijeron que inmediatamente había sido ocupado por los guardias de asalto y que no se podía entrar.

No es posible —exclamé—. Esta misma tarde iré.

Me aseguraron que encontraría la puerta cerrada. Con la idea fija, a la caída de la tarde me dirigí al lugar donde habíamos tenido el comité. En efecto, todo estaba cerrado. Empujé la puerta pequeña e hice ademán de entrar. No pude ir más allá del umbral. Detrás del gran portalón, y en círculo, varios guardias de asalto estaban sentados con el fusil en la mano. Intenté pasar entre ellos, pero me cerraron el paso haciendo barrera con sus fusiles, mientras uno de ellos me preguntaba:

—¿Adónde vas?

—A mi sindicato.

—Aquí no hay sindicato que valga. Solamente había anarquistas borrachos. Hemos encontrado muchas botellas de vino.

—Si borrachos hubieran sido, seguro que no hubiesen quedado botellas de vino. Tened en cuenta lo que decís pues todos ellos eran personas respetuosas y solidarias

Las palabras se enredaron; empezamos a discutir. Les dije que mi padre con cinco hijos, no había dudado en marchar al frente para luchar por las libertades del pueblo, dejando su vida en la lid contra el fascismo, y que a

ellos, jóvenes como eran, les correspondía estar en primera línea con las armas en la mano y no detrás de aquella puerta.

—¿Qué es lo que guardáis? ¿Fantasmas?

No había terminado la frase cuando uno de ellos se levantó airado, me encaró el fusil y puso una bala en la recámara.

—Retira lo que acabas de decir ¡o tiro! —profirió con violencia.

Sin impresionarme, contesté que le sería más fácil matar a una mujer a oscuras que a los fascistas de frente.

También los otros guardias se levantaron de inmediato, pero fue para frenar el impulso de aquel exaltado, diciéndole que se calmara, que si habían matado a mi padre en el frente de batalla, tenía mis razones. Se cortó la discusión y me marché.

Al siguiente día fui a ver a uno de los compañeros y me dijo que había escapado de una y buena. Los vecinos de la casa de enfrente, al oír los gritos, salieron cuando yo ya me iba y, a pesar de que había anochecido, me reconocieron. Conversaron con los guardias que habían salido a la puerta, a los que dijeron que yo había sido la secretaria del comité revolucionario; y que el mismo guardia, enfurecido, saltó:

—Si lo llego a saber ¡ésta no sale viva de aquí!

La mayoría de nosotros ignorábamos que Granero, ex secretario, había entregado las llaves del convento al capitán de la guardia de asalto. Motivo por el cual el edificio estaba bajo la custodia de este cuerpo. Mas esta decisión fue ignorada por muchos de nosotros y yo no me enteré hasta después de cuarenta años de exilio.

Ya no volví más por allí; en tales condiciones me parecía inútil. Iba camino del sindicato para buscar trabajo cuando encontré al compañero Rosquillas, a quien le conté lo ocurrido el día anterior. Ya estaba al corriente. Las noticias iban de prisa. Cuando le dije que iba al sindicato a buscar un empleo, me propuso que fuera a trabajar con ellos en el Comité Regional del Sindicato de la Edificación, Madera y Decoración, en la sección de la madera les hacía falta

una secretaria para la correspondencia y la facturación. Como ya les conocía acepté y al siguiente día me presentaba en el Paseo Pi y Margall, nº 25, 2º piso, dispuesta a ocuparme de los trabajos correspondientes a la sección de la madera, en aquellas realizaciones encauzadas por nuestros ideales.

El Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, ocupaba un inmueble de cuatro pisos: En el primero se encontraba el secretariado, con José Sanmartí como secretario general, persona excelente, con su secretaria, Carmeta, Lluna, vicesecretario, Vicente Granero, tesorero, y José Pujol, contador. En la parte de atrás del mismo piso estaba la sección de ladrilleros, con su delegado, Antonio Niubó y dos contables, Carlos y el tenedor de libros, José Hostench. El segundo piso, estaba ocupado por la sección de la madera, donde yo estaba, junto a Vicente Cruz y Pompeyo Rosquillas. Y el tercero por la sección piedra y mármol, cuyo responsable era Miguel Pons, con un empleado para las escrituras, llamado José Pugdellivol. El cuarto piso estaba dedicado a la propaganda y redacción de una revista titulada *HOY*, que apareció en diciembre de 1937. Los textos estaban relacionados con los trabajos de organización del Comité Regional de Cataluña de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, CNT-FAI, revista bien presentada, impresa a dos colores y las primera páginas en papel satinado. Tenía que salir a la luz pública el primer día de cada mes, bajo la dirección del escritor y compañero, Felipe Alaiz, con la colaboración de su secretaria. Felipe Alaiz era un periodista sagaz y autor de varios e interesantes folletos, entre ellos una serie de 20 libros, titulados *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*.

Así compuesto el comité, yo me encontraba en el segundo piso, la mayor parte del tiempo sola, atendiendo al teléfono, aparte de mi trabajo. Los delegados se desplazaban frecuentemente a los bosques de la región, en particular del lado de Girona, donde se efectuaban más talas. Las primeras carreteras que se construyeron en la Vall d'Aran, a falta de teleférico, para llegar a la cima del bosque y bajar la madera, fueron a iniciativa del Comité Regional de la Industria Maderera, el 27 de mayo de 1937. Una vez cortados los árboles, pasaban a los aserraderos —antes se habían tomado las dimensiones de los troncos abatidos—, para una vez serrados poderlos transportar a Barcelona con el fin de abastecer los talleres socializados de la

Madera, destinados a la construcción de muebles, obras, etc. Mi trabajo consistía en establecer los metros cúbicos con las medidas que me eran entregadas, teniendo en cuenta no mezclar las diferentes calidades de madera, para luego extender las facturas correspondientes a los talleres que las habían solicitado.

El ramaje de la arboleda se entregaba a la Colectividad Panadera de Barcelona, lo que nos daba la oportunidad de obtener, de vez en cuando, pan. El que a mí me correspondía, pocas veces llegaba entero a casa. En el transcurso del camino, lo que ahora es Avenida Infanta Carlota y buena parte de las calles de Entenga, Rocafort y casi Calabria, eran campos, traviesas, donde había unas masías con grandes huertas, la fábrica del sebo y algunas casas baratas y barracas, desde donde salían los chiquillos de todos los rincones. A los que repartía en gran parte el pan porque pasaban hambre. Muchos ya me esperaban.

Los compañeros aprovechando sus desplazamientos a los bosques de la región, tenían la posibilidad de encontrar, alguna que otra vez, una masía perdida entre la floresta, donde adquirirían algún saco de patatas o unos kilos de habichuelas, que eran repartidos equitativamente entre los componentes del comité, delegados, empleados y el bueno de Brualla, que con su compañera se ocupaban de la limpieza y de la consejería del inmueble.

El ramo de panaderos, a quienes suministrábamos la leña para cocer el pan, tenía alrededor de trescientas panaderías colectivizadas. La Industria de la Madera Socializada, también era muy importante. Se cerraron muchos talleres mal acondicionados para el trabajo y se crearon otros más espaciosos con mejoras en las condiciones de higiene, muy deficientes hasta entonces. Poco a poco, los pequeños talleres que habían quedado en pie, fueron integrándose al conjunto de la Industria de la Madera Socializada. El trabajo fue organizándose espontáneamente, eligiendo como técnicos a los que consideraban más capaces para tal responsabilidad

El ramo de la madera, al integrarse en el Sindicato de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, refundió sus diversos oficios y los agrupó en tres secciones. Cada una de estas secciones reunía los oficios que, por su

relación, contribuían a la rama productora y concretaban sus objetivos de la siguiente manera:

1º. Incrementar las plantaciones y la explotación forestal, señalando las zonas aptas para bosques y las aptas para la agricultura

2º. Organizar la producción con bases técnicas, consiguiendo que los beneficios fueran al conjunto social, no a una parte de éste.

3º. Dar nuevas formas artísticas a la producción de la industria, a tono con el carácter fundamental y renovador del movimiento en que se vive y con la aportación de los viejos artífices, a la vez que de la juventud audaz, para que nuestra obra sea ampliamente educadora y moral. [\(24\)](#)

Como la distancia era muy grande entre el trabajo y el ateneo, había alternado mis cursos de taquigrafía y los cursos de cultura general que daba a nuestro ateneo y por lo regular, desde allí, volvía de nuevo a bajar en dirección a las JJ LL donde solíamos celebrar reuniones del Comité de Defensa Confederal. Reuniones que, según quien convocaba, omitía conscientemente avisarme. ¡Claro, yo era una mujer! Sin embargo en las Juventudes, siendo todos aproximadamente de la misma edad, no sentía discriminación alguna. Entre todos organizábamos charlas, conferencias y otros trabajos culturales en los que podíamos participar en conjunto. También asistía de vez en cuando a las reuniones de Mujeres Libres, que tenían un grupo formado en el mismo local.

A los pocos días de estar en el Comité Regional, conociendo la penuria de sangre que había en los hospitales para practicar las transfusiones sanguíneas a los soldados que llegaban heridos de los frentes, formé parte de los donantes al ser mi grupo sanguíneo O RH+. Me entregaron un brazal con la siguiente inscripción: «Donadors de sang. Ajut al combatent», que aún guardo, lo que nos daba ciertos privilegios, que no usé más que cuando fui convocada para la transfusión.

En los frentes, las batallas cada día eran más violentas. En la retaguardia se habían organizado talleres confederales, colectividades de industrias y campesinas. Las mujeres participaron en la confección de prendas de vestir para los soldados, conducían tranvías, cargaban carbón, araban, etc. Estas iban reemplazando a los hombres en una infinidad de labores; cuando éstos tenían que incorporarse a los frentes. Era una obligación que nos imponíamos con voluntad y que, de seguir la vida de antaño, nunca habiéramos pensado poder asumir tales responsabilidades. Además tampoco los hombres hubieran cedido sus puestos. Desconocedores unas y otros de nuestro propio valor a causa de vivir una vida mediocre y sin conciencia de nuestras propias aptitudes.

Una vida nueva se ofrecía a las mujeres Una determinación firme y decisiva, sin complejos de ninguna clase. Se habían organizado movimientos femeninos en los diferentes partidos, para preparar a la mujer políticamente. Mujeres Libres, se organizaba para ayudarlas a su afirmación libertaria, como obrera, como mujer y como madre. Este movimiento tomó gran incremento. Se organizaron Agrupaciones en todos los barrios de Barcelona donde había compañeras.

Entre esta concepción de la vida tan diferente como improvisada, muchas de las veces los estruendos de los bombardeos y las bombas incendiarias continuaban sembrando la muerte.

En primera línea de fuego, el silbido de las balas rompía el encanto de nuevas proyecciones constructivas para los pueblos, cuando los vecinos de los mismos debían abandonar sus hogares y refugiarse en cualquier pueblecito de la retaguardia.

Las mujeres respondieron plenamente a las necesidades imperativas de la guerra. Los hombres que quedaron en la retaguardia procuraban estar donde más urgencia había. Abastos, talleres confederales, material de guerra. Las labores eran repartidas entre ambos sexos sin diferencia alguna. La necesidad de hacer, la de realizar, ante los problemas planteados no daba tiempo a pensar si el hombre o la mujer podían hacerlo más o menos bien. ¡Había que hacerlo! Eso era lo esencial.

«La colectivización tomó en algunas industrias proporciones amplias, (...) se extendieron por la región y abarcaron algunas veces desde las fuentes de materias primas a la manufacturación. A este género de colectivización se llamaba industria socializada» [\(25\)](#). Este era el Sindicato de la Madera, cuya colectividad abarcaba desde la explotación de los bosques madereros a las fábricas, construcción y tiendas de venta.

Al poco tiempo de estar en el Sindicato de la Madera, se presentó un técnico contable enviado por el Comité Nacional de la CNT, para estructurar con un nuevo procedimiento la contabilidad de las secciones del Comité Regional de Cataluña.

Este perito, llamado Simón, era italiano y hablaba a la perfección el castellano y el catalán. Nos hizo unos tests a los empleados de cada una de las secciones. Después de haber pasado por las secretarías y, conocida la capacidad de cada uno de nosotros, distribuyó el trabajo en función de nuestros conocimientos, tal como él lo entendía. De manera que concentró toda la contabilidad en el primer piso. Allí se efectuaba la facturación de las diferentes secciones, o sea cada delegación aportaba los bonos que había extendido previamente a las colectividades o clientes varios y, una vez entregado el material, hacíamos la facturación. Controlando entradas y salidas, así como los cobros y las liquidaciones a las colectividades correspondientes de cada ramo.

Los delegados responsables quedaron en el mismo lugar donde estaban, solo fuimos desplazados contables y mecanógrafa. Como el personal fue ampliado y el despacho de contabilidad no era bastante amplio, tomamos una parte de la habitación reservada a la sección de ladrilleros.

La sección de contabilidad quedaba compuesta por un tenedor de libros, llamado José Hostench, hombre astuto y de mucho saber, quien llevaba el libro centralizador; Carlos Bertrand, contable y mecanógrafo, que decía haber llegado de Argentina, interesado por la Revolución Española y que manejaba la máquina de calcular eléctrica, era algo excepcional. José Puigdemívol, escribiente, muy autómat, quien no salía de sus costumbres y gestos habituales, metódico y apocado a la vez. Puigdemívol y Hostench, no tenían

ninguna afinidad con nuestros ideales, pero necesitaban ganarse la vida y cumplían con el trabajo. A mí me dejaron al pie de la máquina de escribir para pasar toda la facturación de las diferentes secciones. Carlos Sanz, de nuestra barriada, para quien había solicitado al secretariado que lo empleara, ayudaba a las distintas secciones haciendo de cobrador y realizando alguna que otra gestión. Cuando era necesario también ayudaba a la contabilidad.

Mi trabajo fue ampliándose. Cada día surgían tareas nuevas, que acogía con gran interés, como por ejemplo, traducir al catalán los textos que debían ser insertados en el *Diari Oficial*. Se trataba de peticiones para las talas de los bosques. Esta labor me propuse hacerla sin conocer la gramática catalana. A pesar de haber nacido en la falda de Montjuic y de hablar diariamente el catalán, no sabía escribirlo correctamente. De manera que una vez realizada su traducción, consciente de mis faltas gramaticales, me quedaba después del trabajo para corregir con el diccionario y poner en limpio con mayor calma; no sin antes advertir al compañero Brualla, conserje del inmueble y miembro del Sindicato de la Madera, para no quedar encerrada en la secretaría. Como ya conocía mi método, una vez que había cerrado todas las puertas de las distintas secretarías, subía alguna que otra vez para verme y, cuando al oír sus pasos yo levantaba la vista, me regalaba una sonrisa y, sin decir una palabra, se marchaba. Al terminar mi tarea le advertía para que pudiera cerrar.

El delegado de los ladrilleros, Niubó, se ausentaba a menudo para llevar a cabo las diligencias de su sección. El mismo se ocupaba de hacer los cobros. De común acuerdo con él, en su ausencia, establecía los bonos a los clientes. Como dicha sección tenía un gran volumen de trabajo, se autorizó al delegado para que pasara las cuentas al contador al final de la semana, en vez de hacerlo diariamente, así como entregar los fondos a la tesorería. Niubó al regreso de las recaudaciones, apuntaba en una libreta, de manera somera, las facturas cobradas en el curso de la semana y el sábado hacía la liquidación al tesorero general.

Como algunas de las veces los ladrilleros venían a traernos los bonos de las mercancías entregadas y, éstos quedaban sobre el despacho por no hallarse presente el delegado, a la vez que la facturación se retrasaba, les propuse abrir una libreta en la que quedaría consignado el movimiento contable de la

sección, llevando a cabo un mejor control sin demorar la facturación. Preparé un encasillado, donde anotaba la fecha del albarán, nombre de la tejería a la que iba destinado y nombre del cliente. Una vez entregadas las mercancías nos devolvían el resguardo para la facturación, que también quedaba anotado, así como la fecha en que se extendía la factura, número e importe de la misma y, por último, cuando se hacía efectivo el pago. De manera que en cualquier momento podíamos dar cuenta de lo que se disponía en las diferentes colectividades tejeras, si es que lo solicitaban.

Aunque esto no parezca importante, lo será para el relato que sigue más adelante.

Aquellos instantes que dedicara a la traducción del castellano al catalán para el Comité Regional, después de terminada mi jornada, era para mí como una entrega total a nuestro ideal. El tiempo no contaba, era el resultado de la labor revolucionaria que nos proponíamos llevar a cabo, la que debía aportar en el futuro, el bienestar y el trabajo para todos.

Yo no me consideraba una empleada, sino parte integral de aquellos compañeros responsables, con quienes compartía el trabajo y la responsabilidad, con el fin de realizar una obra social y revolucionaria. Con el acuerdo del delegado de sección, cuando él se ausentaba, extendía y firmaba los bonos de los ladrilleros; siempre teniendo en cuenta el reparto de los materiales, tejas, ladrillos, baldosas, etc., según el volumen de trabajadores que cada tejería colectivizada tenía.

Entre este ajetreo se produjo la llegada de Jesús herido del frente de batalla. Eran las auroras otoñales, en el ataque de Monteoscuro, sector de Farlete, frente a Zaragoza, cuando Jesús fue herido, en el ataque de la posición "las dos tetas" y, seguidamente evacuado a Barcelona, al hospital de sangre situado en uno de los pabellones de la Exposición.

Por este motivo Jesús estuvo unas semanas en la Ciudad Condal y pasaba algunas horas en el Comité Regional. La mayoría de sus componentes ya lo conocían. Pintaba o dibujaba con la mano hábil, pues le habían lisiado una mano y malherido las piernas. También pasaba algunos ratos en el último piso en compañía de Felipe Alaiz. No por ello mi actividad cambió; continuaba con

las lecciones de los chiquillos y mis actividades en las JJ LL, a las que él me acompañaba.

Para ir hasta nuestra barriada, algunos de los días hacíamos camino junto a Carlos Sanz, en particular al mediodía, pues al anochecer, cuando tenía clase, me quedaba para continuar mi curso de taquigrafía en la Academia Cots, situada en la Puerta del Ángel. Había cambiado de Academia por encontrarse ésta más cerca de mi trabajo.

Tan pronto como Jesús se repuso de sus heridas se integró en la 28 División.

Continué pues, mi itinerario con Carlos. Alguna vez nos quedábamos en las JJ LL, él vivía en la misma calle Provenza, no lejos de nuestra sede. Carlos debía tener, aproximadamente, unos veinte años más que yo. Nuestra amistad era noble y fraternal y, por lo regular, en nuestras conversaciones siempre salía Jesús, al que tenía en gran estima. También hacíamos un curso de astronomía, pues a la caída de la noche observábamos las estrellas, y comentábamos que posiblemente a la misma hora Jesús también estuviera contemplándolas. Algunas veces nos interrogábamos sobre el misterio de la Tierra, las galaxias y otros planetas, de manera que, sin darnos cuenta, llegábamos a nuestro destino. Solíamos hablar de nuestro trabajo, pero no muy a menudo; procurando olvidarnos durante unos momentos y mirando las estrellas —eso cuando no teníamos que acelerar el paso a causa de los bombardeos fascistas—, se nos ocurría pensar que algún día, de alguna de esas estrellas lejanas surgiría una nueva civilización que podría alcanzar nuestro planeta. Inconscientemente ¿pensábamos ya en los OVNIS? También se nos ocurría suponer —¡qué atrevidos!— que esos seres imaginados, fueran como fuesen físicamente, habitantes de ese planeta desconocido, serían, por lo menos, más inteligentes y menos egoístas que los moradores de la Tierra. Ya conocíamos nuestro camino estelar. No sé qué idea nos inducía a entrar siempre en esta conversación.

Carlos era un compañero de trabajo excelente. Por las mañanas, frecuentemente nos repartíamos el desayuno. El no quería aceptarlo, pero yo sabía que marchaba de su casa sin probar bocado, con tal que a su compañera le quedara un trozo de pan para el hijo que tenían.

Recuerdo de aquellas mañanas, cuando iba al trabajo, que de las calles y paseos emergía un olor a limpieza. Muy temprano, el servicio de barrenderos empezaba en las principales arterias de la ciudad, con sus riegos y rodillos que echaban las basuras hacia los bordes de los paseos, avenidas y calles. Los suelos recién regados, exhalaban frescor, matizando el polvo que quedaba tras el trabajo de los barrenderos, con su descomunal escoba de retama negra y su buena disposición en el aseo de la ciudad, destinada a la colectividad. Nada tiene que ver con la atmósfera en la actualidad, impregnada del gas de los tubos de escape, de un polvo mugriento y asfixiante formando un ambiente espeso, como si se atravesara una nube tóxica.

La fresca matutina de entonces parecía abrir mis poros, dándome energías para continuar nuestra tarea diaria que, mentalmente, no había cesado, pues durante las pocas horas de descanso de la noche, en mis sueños, aún llevaba una desbordante actividad. Era la inquietud. La inquietud de acudir a todo cuanto teníamos en marcha, faltándome brazos para el cúmulo de las actividades emprendidas, apurando hasta el fondo todas mis fuerzas, en nuestra esperanzadora lucha.

Desgraciadamente, al final, calles y bulevares también fueron llenándose de polvo... El polvo de la destrucción de cuantos edificios se derrumbaban a causa de los bombardeos. De olor a sangre y carne quemada, de gritos y horrores.

Uno de aquellos días, casi a punto de salir del trabajo, una vez más sonaron las sirenas. Eran las doce del mediodía. Nos habíamos puesto la chaqueta para ir a comer, y entre el silbido de las tétricas sirenas nos disponíamos a bajar la escalera cuando oímos el estruendo de las descargas de la aviación, las que hicieron latir con fuerza mi corazón. De pronto, dije a mis compañeros de trabajo:

—Ya han descargado; me marchó a casa, vivo muy lejos y si espero a que se levante la alarma, no me dará tiempo para volver a la hora.

Los demás hicieron lo propio. Pero lo que no sabíamos era que al primer vuelo seguía otro. Apenas habíamos llegado a la esquina de la calle Aragón, cuando otro nuevo estruendo de bombas llegaba a nuestros oídos estremeciendo todas nuestras fibras.

Junto a Carlos, continuamos el camino. A nuestro regreso, a las dos de la tarde, tuvimos la gran sorpresa al saber que las bombas habían caído en la espaciosa galería de nuestro inmueble.

Brualla, que estaba en la puerta de entrada, vino a mi encuentro con cierta palidez, diciéndome:

—Sara, las bombas han caído en las galerías. Hemos creído que no saldríamos vivos de los sótanos, —donde se alojaban los conserjes.

Por la boca del ascensor se habían desplomado ladrillos, polvo y maderas. A consecuencia de la explosión se habían derrumbado los tabiques del último piso y había alguna puerta rota.

—En tu despacho —me dijo—, no tienes ni un cristal. En el último piso, no queda ni un tabique, debido al vacío provocado por las bombas. Nosotros que nos encontrábamos en los sótanos, hemos creído que la casa nos caía encima.

En efecto, en el despacho donde trabajábamos había una enorme cristalera que nos proporcionaba una luz magnífica; el cristal que daba a las galerías había quedado hecho trizas y los trozos y el aire había arrebatado mi máquina de escribir y toda cuanta documentación teníamos sobre las mesas de los despachos de nuestra secretaría y de la de contabilidad; lo que quería decir que, de habernos quedado, mi cabeza hubiera volado igual que la máquina de escribir. Mejor dicho, aquellos cristales dobles nos hubieran cercenado el cuerpo con una furia inaudita, al esparcirse como bólidos por las secretarías.

—Buena idea has tenido, Sara, al decir que te marchabas, de no haberlo hecho, todos estaríamos por lo menos heridos.

El 2 de diciembre de 1937 moría el director del Observatorio Astronómico, José Comas y Solá, altamente considerado como eminente astrónomo y humanista. En una gran mayoría de centros de trabajo dieron unas horas a los obreros y empleados para que pudiesen asistir al entierro. El Comité Regional nos informó que podíamos dejar las secretarías con el mismo fin.

En efecto, desde el secretario general José Sanmartí, pasando por las diferentes delegaciones, todos rindieron merecido homenaje al difunto.

Cuando el secretario, que siempre era el último en dejar el trabajo, salió de la secretaría y me vio pegada a los cristales, mirando hacia el Paseo, inquirió:

—¿Qué haces aquí Sara? Todos los compañeros ya se han ido.

—Sí, es cierto —contesté— pero cuando mataron a mi padre en el frente de Almodévar, nadie asistió a su entierro. Allí quedó en el "no man's land", hasta que dos días después lo enterraron junto a otros combatientes.

El compañero Sanmartí nada contestó, bajó la cabeza y se marchó.

Sin embargo, yo había sentido gran simpatía hacia el hombre de ciencia. Mensualmente escribía en la revista *Tiempos Nuevos*, «poniendo su inteligencia y sus averiguaciones al servicio de la causa de la liberación humana, principal objetivo de la revolución». [\(26\)](#)



Demostración pública de astronomía de Comas y Solá

Nacido en Barcelona, un 19 de diciembre de 1868, Comas y Solá, estudió física y fue fundador y primer director del Observatorio Astronómico Fabra, desde su inauguración en 1904, por Alfonso XIII, hasta 1937. Este Observatorio tomó su nombre del apellido del marqués de Alella, quien contribuyó económicamente a su fundación. Comas y Solá descubrió dos cometas, uno de ellos lleva su nombre y, además, once planetas o asteroides más pequeños,

uno de los cuales en 1921, excepcional por la gran inclinación de su órbita, bautizándolo con el nombre de Barcelona. Comas y Solá, llevó a cabo extraordinarios estudios sobre Marte, Saturno, Júpiter y las estrellas.

Se le debe un procedimiento estereoscópico que revela los movimientos propios de los sistemas estelares. Así como el primer estudio cinematográfico de los eclipses de sol. Hizo a su vez, estudios de geofísica y física técnica. En 1911 fundó la Sociedad Astronómica de España y América, de la cual el geólogo Alberto Carsi era bibliotecario, y se editaba una revista de la misma sociedad. A partir de 1901, Comas y Solá había publicado en *La Vanguardia* más de 1.200 artículos de divulgación científica.

El científico Joaquín Febrer, astrónomo especializado en el cálculo, compañero y colaborador constante del astrónomo, escribió:

«El maestro deja escritos un singular número de obras como: *El Cielo, Astronomía, El Cometa Halley, El espiritismo ante la Ciencia, Teoría elemental de sustentación de los aeroplanos, Ensayos de filosofía científica*, etc., y un cúmulo de artículos periodísticos, así como colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras». [\(27\)](#)

Dio innumerables conferencias en ateneos y sociedades. Así, atraída por lo desconocido e interesada por los movimientos estelares, que siempre me llamaron la atención, me uní a un grupo de jóvenes libertarios, del cual formaba parte el compañero Antonio Turón, y pedimos cita al astrónomo para que nos dejara observar el firmamento desde su telescopio, situado en la cumbre del Tibidabo.

Él, afable y sencillo, nos dio toda clase de informaciones, predispuesto a dar a conocer a las clases inquietas la cultura que poseía. Docto, con llaneza y humanidad, comparable a Elíseo Reclus y Gonzalo de Reparaz, nos enseñó, como caso curioso, un pequeño telescopio, idéntico al que en su tiempo usara el gran Galileo realizado por él en Venecia en el año 1609 y que lleva su nombre.

Después de su muerte Alberto Carsi, a quien tuve la suerte de conocer y tratar durante nuestro exilio, junto a su esposa Pilar Blasco Ibáñez, hacía la

siguiente referencia: «Quien esto escribe conoció personalmente por primera vez a José Comas y Solá por el año 1904, es decir hace unos 33 años, con motivo de asistir a una conferencia que el célebre astrónomo daba en el Ateneo Barcelonés y, relato el caso porque su desarrollo demuestra la entereza de carácter y la constancia en instruir a nuestro pueblo, del muerto ilustre, así como el estado de apatía que dominaba en aquel entonces, tan próximo históricamente de nosotros, como tan lejano del punto de vista cultural, sucedió así: Al dar la hora anunciada, en el salón de actos, y dispuesto a oír al conferenciante, tan sólo había un oyente, el que estas líneas escribe. Comas y Solá entró en el salón y, sonriente y amable, se sentó en su sitio y pronunció éstas o parecidas palabras: "Lleno de emoción me dirijo a usted, desconocido ciudadano y, siento emoción y optimismo, porque compruebo que para un maestro todavía hay un discípulo, y, esto me llena de fe en nuestro porvenir cultural, ya que lo interesante para sembrar es tener semilla y creo adivinar que estoy ante una de estas semillas que nuestra generación científica precisa para triunfar de la indiferencia y salir esplendorosa a la palestra del mundo investigador, sin miedo a los punzantes rayos de la luz meridiana de la realidad. Estoy dispuesto a desarrollar toda mi conferencia para usted solo, pues, para mí, su persona significa todo mi público; pero le ofrezco más, y si acepta, podemos salir juntos y deambular, o sentarnos en la terraza de un café y hablar uno y otro, ya ambos con el apreciado título de amigos y por tanto nivelados sentimentalmente en nuestras apreciaciones y juicios"» [\(28\)](#). ¡Qué maravilla de hombre y qué sensibilidad!

Durante la guerra civil, la CNT le montó un laboratorio de experimentaciones en Masnou, dotado de buenos medios. En aquella época, también al padre Rodés, de la Compañía de Jesús, director del Observatorio Astronómico del Ebro, se le dieron toda clase de facilidades y un salvoconducto para desplazarse al extranjero, donde se celebraba un Congreso. Fue y volvió a su lugar de trabajo, lo que quiere decir que se le respetó, como a tantos otros, en tanto que hombre.

Comas y Solá, antes de su muerte, legó al Ayuntamiento de Barcelona sus valiosos aparatos astronómicos, sus terrenos y su casa, situada en la Vía Augusta, con entrada por la calle Zaragoza, nº 28, para que fueran destinados a

los estudios que él había hecho durante toda su vida. El Ayuntamiento de Barcelona aún no ha hecho ningún uso que corresponda a su ideal. Actualmente, su casa de Vía Augusta, —donde ha sido colocada una placa—, la han convertido en un colegio.

A pesar de la admiración que sentía por este sabio, como me había prometido a mí misma no ir a ningún entierro, vi pasar el féretro y su comitiva por el Paseo Pi y Margall, desde detrás de los cristales del primer piso del comité. Determinación que correspondía a una especie de reproche hacia mí misma.

Sin embargo la experiencia nos demuestra que no se puede decir: de esta agua no beberé.

En el verano de 1939, exiliada en Francia, se dio el caso de que un grupo de refugiados muy enfermos fue trasladado desde el campo de concentración de Agde a Béziers —donde me encontraba casualmente— en las dependencias del cuartel de Riols. Mi cuñada Conchita se hallaba en un refugio del Norte de Francia, junto con la mujer de uno de los enfermos. Al saber que le habían advertido que su marido tenía pocas horas de vida, le dio mi dirección para que viniera a verme. Como me defendiera un poco con la lengua francesa, junto con mi tía Margarita hicimos cuantas diligencias fueron necesarias para el entierro de su marido, que falleció cuando ella llegaba con su hijo. De manera que la esposa ya no pudo verlo en vida. Entre los vecinos donde vivían mis tíos recogimos un poco de dinero con el que le compramos unas flores, y el resto se le entregó a la viuda. No quise abandonarla en su soledad y, junto a su hijo adolescente, formé parte de la comitiva, que acompañó al cementerio a pie hasta que fue sepultado.

Mi tía y una vecina, compadecidas por la tristeza de la viuda, también acompañaron a la comitiva.

Durante mi estancia en el Comité Regional, a menudo venía a verme el hermano del compañero que estaba en el frente de Aragón, que en cierta ocasión me invitara a casa de sus tíos, dándome constantes noticias de su hermano que se hallaba en primera línea de fuego.

Agradecía su visita y era grato saber que se interesaba por mi salud, ofreciéndome siempre que, si necesitaba descansar, sus familiares me acogerían con mucho cariño, cosa que apreciaba infinitamente, en particular en aquellos tiempos en que me encontraba sola en Barcelona. Una vez más, mi madre se encontraba en Francia y Jesús continuaba en el frente. Efectivamente mi salud no era muy brillante, por la falta de descanso y alimentos.

Como mi actividad era desbordante y vivíamos lejos del centro de la ciudad, acabé por ir a los comedores populares para poder aprovechar más el tiempo.

En el local de las JJ LL se había organizado hacía algún tiempo, la Agrupación de Mujeres Libres, que disponía de una secretaría. Al principio no participé bajo ningún concepto en sus labores culturales y propagandísticas. Las compañeras pertenecientes a la Agrupación eran adherentes a las JJ LL y al ateneo. Éstas me habían invitado a la reunión de la constitución del grupo, a la que vino como delegada de la Federación Local de Barcelona la compañera Soledad Estorach. No me interesé demasiado por considerar, y considero a pesar de todo, que si queremos liberarnos e ir a la conquista de los derechos humanos, debemos ir juntos hombres y mujeres.

Las compañeras de la sección cultural preparaban un periódico mural, en el que daban a conocer sus actividades y las visitas hechas a los hospitales de sangre. A esa labor me había unido más de una vez. Acudía a las conferencias que organizaban, siempre que el tiempo me lo permitía.

En cada uno de los laterales de la entrada del local, había dispuestos dos tableros o pizarras, uno para las Juventudes Libertarias y otro para Mujeres Libres, donde cada sección daba a conocer sus actividades. Cuando entré en el recinto, unos jóvenes estaban leyendo una llamada a la juventud, para una charla que tenía lugar aquella mañana, a cargo de Conchita Guillén, delegada de la Federación Local de Mujeres Libres. Al leer que la oradora era una mujer se mofaron, ridiculizando la labor de la mujer —como si no tuviéramos otro deber que limpiar el culo a los niños y cocinar—. Me indigné; en el instante que escuché aquellos comentarios sin control alguno de aquellos jóvenes, pasaron mil pensamientos por mi mente. El corazón me bullía, recordé el

machismo sin freno. ¿Cómo podíamos tener las mujeres la pretensión de organizar una conferencia o charla sin haberles consultado?

Se despertó un sentimiento dormido en mí. La cólera y la rabia alteraron mi pasividad. Si hasta aquel instante nada nos separaba, ¿por qué aquella postura despertó el recuerdo de acciones machistas que había dejado en el olvido? ¿No teníamos que luchar juntos para ganar la revolución que debía aportarnos la libertad a ambos?

Aquellas muecas sarcásticas, aumentadas sobre todo por el parecido de uno de los jóvenes con un carnicero del mercado, rememoraron en mis años pasados, cuando a los 13 años empecé a trabajar de aprendiz de carnicera en el mercado del Ninot.

Antes de que llegaran los dueños, teníamos que abrir la parada y preparar la mercancía sobre el mostrador, balanzas, cuchillos, etc., para que cuando llegara la patrona estuviera todo dispuesto, con el fin de atender a la primera clienta que llegara. Empezábamos cogiendo las llaves de la cámara frigorífica que estaba situada al exterior del mercado —calle Mallorca, esquina Villarroel—, para ir a recoger en grandes cestas de mimbre los trozos de carne de cordero y lechal que habían quedado sin vender el día anterior y, por lo menos, cargar con la mitad de un carnero o un lechal pequeño. Como no era posible cargar todo el peso de una vez, solía hacer varios viajes. En el interior de la cámara, cada dueño tenía una especie de armario de madera con un enrejado de hierro, que todos cerrábamos con llave. Después de recogidas las mercancías, teníamos que obrar con diligencia, pues dentro el frío era intenso. Una vez fuera de la cámara frigorífica, se pasaba por un pasillo largo y estrecho, también frío con objeto de que el continuo abrir y cerrar de las puertas no alterara la temperatura.

Había un carnicero joven que siempre me importunaba. Me sorprendió varias veces cuando salía, y me encontraba en el estrecho pasillo, con un cesto en cada brazo. Con la brutalidad de una bestia salvaje venía hacia mí y me ponía las manos sobre los pechos. Era difícil batirse contra aquella fuerza bruta, cargada como iba con las cestas. Intenté alguna vez defenderme mordiéndole los brazos, con una furia tan salvaje como la de él.

Afortunadamente, eran las horas en las que todos los carniceros iban apresurados a recoger la mercancía, y él aprovechaba para eclipsarse a toda prisa.

Cuando me di cuenta de que aquel macho vigilaba mi llegada, procuraba esperar a que alguien entrara con el fin de salir al mismo tiempo y escapar del acoso de aquella acémila. Eso fue motivo para que le dijera a la patrona que no volvería más, sin darle a conocer las causas de mi despido.

De manera que el comportamiento de aquellos jóvenes hizo revivir en mí la imagen del machismo avasallador y repugnante, que quería ganar la batalla por la fuerza, rompiendo el espejo mágico de la indulgencia de un tiempo pasado.

La charla tuvo lugar; bastantes compañeros y compañeras estaban presentes. Al final de la misma hubo debate y, como el tema se prestaba, algunos jóvenes compañeros rebatían a la oradora con cierto desdén.

Yo, que no había estado de acuerdo en separar al hombre de la mujer en la lucha común, cuando escuché aquellos comentarios desagradables y despectivos contra el sexo femenino, me desencadené y lo defendí apasionadamente. De tal modo que, al concluir el debate, como debían nombrar una delegada para asistir a la reunión de la Federación Local, las compañeras me delegaron a mí.

—No puedo aceptar vuestra proposición compañeras, —les dije—. Ya sabéis que no pertenezco a Mujeres Libres

—No importa —contestaron— nos has defendido como ninguna de nosotras lo hubiera hecho y creemos que eres la más indicada para representarnos en la próxima reunión.

Como insistieran, acepté y por vez primera, acudí a la Federación Local de Mujeres Libres como delegada de Les Corts.

La cosa no terminó ahí, fui nombrada en otras ocasiones, hasta que les dije que me extendieran el carné, ya que no iba a defender los puntos de vistas de Mujeres Libres sin estar afiliada a la Agrupación.

Esta nueva actividad todavía me hizo más esclava del tiempo. A menudo abandonaba mis clases de taquigrafía, lo que me dolía en el alma.

Consideraba que teníamos que prepararnos y aprender mucho, para enriquecer al máximo nuestros escasos conocimientos, a fin de poder ayudar a las colectividades, comités de empresa y otros lugares en los que teníamos que hacer frente para llevar a cabo una labor que diera sus frutos.

Mi responsabilidad llegó a tal extremo que yo misma me sorprendía. Cuando rugían las sirenas durante la comida del mediodía, mientras toda la gente se marchaba de los comedores populares, yo continuaba comiendo tan tranquila, porque pensaba que no podía perder tiempo y que las bombas caerían igual si me iba como si me quedaba. Ya no me temblaban las manos ni el tenedor tampoco. A veces, al ver a los demás dominados por el pánico, me reprochaba mi pasividad. ¿Por qué no huía como los demás? Y, al mismo tiempo, pensaba: ¿para qué? Si las bombas tienen que caerme encima, será igual que corra que permanezca sentada y si estoy sentada con el plato en la mesa, mejor es que termine de comer. Desde luego, hay estados en la vida que estamos lejos de prever en un tiempo normal.

En uno de aquellos atardeceres, al llegar al ateneo libertario a dar el curso, encontré en la puerta, al buen compañero de Aragón que me esperaba. Al verlo me sentí contenta y, casi sin darme tiempo a saludarle, dijo tajante:

—Hace casi dos horas que espero. Los jóvenes del ateneo me han dicho que ibas a llegar pronto a dar la clase y me han preguntado si esperaba a la novia de Jesús. Sara, ¿qué hay de cierto en eso?

—Hay de cierto que nos queremos.

—¡Ah!

Vi transformarse su semblante. Luego pensé que venía dispuesto a decirme algo, algo que, al escuchar mis palabras retuvo. Pienso que le hice daño en lo más profundo de su corazón. Pero yo no podía adivinar sus sentimientos ni tampoco podía partirme. Lo que yo repartía entre todos aquellos compañeros que se encontraban en primera línea de fuego era mi afecto, mis continuas cartas, para alentarlos, para darles confianza en nuestra victoria final. Ellas

podían romper la monotonía de la soledad, en las trincheras, donde silbaban las balas y los obuses segaban el aire. De manera que estaba convencida de que les aportaba un poco de esperanza bajo el cielo estrellado y la luz — muchas veces— opaca del sol, provocada por las bombas explosivas y mortíferas de la aviación italo-germana. Frente a aquella crueldad de la guerra, cuando no tenían más que el fuego del cañón, la lava de la muerte y el desespero al ver caer muertos o reventados a sus compañeros de lucha delante o al lado de ellos mismos.

Mi amigo y compañero aragonés no tardó en marchar. No tuve más noticias suyas ni su hermano volvió a visitarme. Quise creer que fue por agravio y no porque la muerte le arrebatara la vida. Sentí darle tal decepción, aunque sospechaba que lo que latía en él, era algo más profundo que una amistad. No porque se hubiera exteriorizado en su asidua correspondencia, sino por aquella visita casi semanal de su hermano, dándome noticias y preocupándose de mi salud y mis ajetreos.

Nuestro ateneo era frecuentado por una maestra que en tiempo de paz, había dado clases en la Escuela Moderna de nuestra barriada. Solía venir a hacernos alguna visita, porque sus hermanos eran de la CNT y participaban en una acción franca y revolucionaria. Ella había estado presente durante el curso y, una vez terminada la clase, como hacía una noche apacible, decidimos dar un paseo por la Diagonal. Fuimos discutiendo la forma en que cada una de nosotras entendía de la educación del niño.

Estábamos en completo desacuerdo. A la altura del Palacio de Pedralbes nos sentamos al borde de un estanque que hay cerca de la entrada, donde un soldado montaba la guardia.

Esta compañera me explicaba el procedimiento de enseñanza que daba a sus alumnos, sistema que no compartía por considerar que cortaba la iniciativa del niño. Entendía yo, que debíamos dar la posibilidad de pensar y expresarse, manifestando sus inquietudes, las que podíamos orientar de la mejor manera posible. Me había dado cuenta de que la curiosidad y el interés que emanaba de ellos espontáneamente por saber, aumentaba cuando ellos mismos proponían el trabajo a seguir. Siempre, naturalmente, encauzándolo con tacto

hacia lo que más podía interesarles. Es cierto que exigía más atención por mi parte, pero los resultados eran positivos y ello era lo que contaba. A mi entender, era desde la atalaya de la comprensión y la tolerancia que podía obtener lo mejor de ellos mismos. Mis alumnos, que a la vez eran mis maestros, tenían absoluta confianza para preguntar en todo momento lo que ignoraban, sin que por ello se alterara el curso. Al contrario, procurábamos enriquecerlo. Lo cierto es que el resultado era esperanzador.

Con vehemencia, me dijo que así no se llegaba a nada, que a los niños se les debía dar todo preparado y no perder tiempo, que...

Estábamos discutiendo las dos apasionadamente, cada una defendiendo su tesis, cuando de pronto, llegó el soldado que estaba de centinela en la puerta del Palacio —que por lo visto, había seguido nuestra conversación— y encarándome el fusil, exclamó con rudeza:

—¡Retira lo que dices o disparo! —Al punto le contesté:

—¿De manera que he de aceptar lo que dice mi compañera sin objeción?

Ella se levantó de un salto y apartó el fusil.

—¡No hay para tanto camarada! Somos amigas, tenemos criterios distintos en cuanto a la educación del niño, pero por eso no hay que amenazar.

—¡Estos anarquistas...!

—Y esos marxistas —exclamé—. O dices amén a los que piensan o aniquilan el pensamiento y, en el peor de los casos, eliminan al individuo y asunto concluido.

Desde luego, aunque parezca mentira, no fueron los fascistas los que amenazaron mi existencia. Por dos veces consecutivas, fueron otros que, como yo se reclamaban defensores del pueblo, los que me ponían el fusil en el pecho.

La cosa parecía increíble, pero era así. Seguramente, mi pasión y mi vehemencia juvenil les importunaba.

CAMBIO DE RUMBO

Posteriormente también se abandonó el local del ateneo, pudiendo, entonces, dedicar más tiempo a la Agrupación Mujeres Libres, cuyas actividades iban absorbiéndome.

Los continuos bombardeos herían Barcelona y sus barriadas. Su frecuencia nos había acostumbrado al constante alarido de las sirenas, que hacía que ninguna amenaza me causara miedo. Eso quiere decir que el ser humano cuando ve la muerte encima quiere vivir y se torna intrépido, atrevido, como también puede ocurrir lo contrario, que se vuelva cobarde ante el temor de afrontar la realidad, tomando decisiones incongruentes que en nada dignifican su moral. Yo no tenía miedo a la muerte, lo que hizo que viviera durante 30 meses de revolución al lado de los hombres, con sus deseos, sus pasiones y sus ideales, que comprendí perfectamente pero, al final todos eran correctos conmigo. Por lo tanto, bien sabía que no era de piedra, que tenía sentimientos y por eso precisamente comprendía a cada uno de ellos encuadrado en su contexto. Mis argumentos, cuando eran precisos, desmoronaban cualquier pasión irreflexiva. Pero la guerra era tan cruel que, en realidad, todos queríamos vivir intensamente cualquier impulso que aflorara de nuestra naturaleza, fuera cual fuera.

Mi madre que estaba en Francia con mi hermana Vicenta, había dejado tres de mis hermanos, con su hermana y madre como en otros viajes precedentes. A su vuelta traspasamos el local donde vivíamos y hasta que no encontramos otra casa, fuimos a vivir provisionalmente, a la calle Deu y Mata, al nº 24, en casa de una compañera, a la que también le habían matado en el frente al padre de sus hijos. Recuerdo bien una de mis acciones que me sonrojó a mí misma. Una noche oímos el silbido de las bombas muy cercano. El estruendo de la explosión venía de la fábrica del vidrio, muy próxima a nuestro domicilio. Me puse el vestido precipitadamente y salí a la calle dirigiéndome hacia donde salía el humo. La noche estaba avanzada, todo estaba oscuro, no había luces en las calles y pensaba en la posibilidad de poder socorrer a alguien, en el caso de que hubiera algún herido. ¡Nadie en la calle!, no encontré ninguna persona

que fuera en dirección hacia donde cayeron las bombas. La fábrica era grande y solamente se percibía el humo que subía hacia el cielo y el crujido de lo que se quemaba, irritándome los ojos y los oídos. Ante la dificultad de hacer nada e impotente en aquella oscuridad y quizá muerte, regresé a casa. Todos habían vuelto a la cama. Inexplicablemente me senté, saqué pan del aparador y algo más que tenía guardado mi madre y, me puse a comer con avidez. ¿Tenía hambre? ¡No! Era el instinto de vivir ante el vacío. O quizá inconscientemente, en aquel instante, la naturaleza tomaba el desquite de las privaciones que todos los días hacía voluntariamente. En casa comía poco para que mi madre y hermana dispusieran de una parte de mi ración. Me abstenía en la mesa todo cuanto me era posible. Lo cierto es que, en aquel momento todo lo vi tan negro como la misma noche. Creí que los aviones volverían, como solían hacer y, entonces, las bombas caerían sobre nuestras cabezas...

No dormí. A la mañana siguiente, con la claridad del día, sentí vergüenza de haberme dejado llevar por aquel impulso. A mi memoria vinieron muchas cosas. Confesé a mi madre que me había comido el pan, mientras ellos dormían, mi madre no me dijo nada.

No sólo en España pasamos hambre y vicisitudes, sino que en nuestro exilio en Francia, en el año 1941, recién llegados a Bram, departamento del Aude, donde no podíamos adquirir más que lo estricto que marcaba el racionamiento, el hambre iba a aumentar. Una de aquellas mañanas tan tristes en las que tenía el estómago vacío, entró un perro vagabundo en el gran portalón de la casa donde vivíamos y cuando lo vi, mentalmente, lo despellejé con los ojos a la vez que imaginaba poner sus magras carnes sobre la parrilla. El perro callejero se fue al instante y mi visión también. Comprendo que el hambre debilita y trastorna los sentidos. El escritor Ramón J. Sender, en uno de sus magníficos libros, relata:

«En los campos de concentración nazis, se dieron casos de hombres cultos —profesores de universidad por ejemplo— que, habiendo descendido a la áspera pendiente de la degradación a través de toda clase de humillaciones, iban de noche a los depósitos de cadáveres del campo y robaban vísceras u otras partes del cuerpo humano para comerlas amparados por las sombras»

[\(29\)](#). Escenas macabras que los humanos llevamos a cabo inducidos por el hambre que desequilibra y anula la sensibilidad.

En aquel pueblo de Bram, fue donde más sufrí, moral y físicamente, porque si otras veces padecimos y tuvimos la muerte cercana, a causas de las diversas actividades de nuestra lid en favor de España, el ideal, la convicción en la finalidad que llevábamos a cabo, era tan fuerte que éramos capaces de resistir y superar todas las eventualidades. Allí en Bram, la luz del mañana estaba entre las tinieblas.

Cada día que pasaba era una etapa nueva y una afirmación. ¡Cuánto aprendí, a costa de mi propia persona! ¡Y cuánto tenía que pasar!

El martes 7 de marzo del 38, el periódico *Il Popolo d'Italia* había publicado, con jactancia una noticia que me estremeció: «La aviación legionaria ha bombardeado seis veces Barcelona en un solo día». Esto que me pareció tan brutal, después se convirtió en normal, pues dada la frecuencia de los bombardeos las veces ya ni se contaban.

En una reunión de la Federación Local de Mujeres Libres, se informó que habían sido solicitadas por el Consejo Nacional de SIA (Solidaridad Internacional Antifascista), algunas compañeras para hacer una visita al frente. Acepté tomar parte de la expedición y el domingo, a la hora señalada, nos encontrábamos en el Paseo Pi y Margall, nº 20, delante del inmueble del Consejo Nacional. Dos camiones estaban esperándonos. Subimos en ellos y nos sentamos en el interior sobre unos bancos que habían colocado en los laterales. Detrás de nosotras cerraba la marcha un coche en el que iban Mateo Baruta Vila, secretario del Consejo, su compañera Cristina Kong, Lucía Sánchez Saornil y América Barroso "Mery".



Grupo de Mujeres libres desplazadas al frente para lavar ropa a los combatientes

En marcha hacia el frente, después de algunos kilómetros de carretera, no pude resistir el ajetreo y las vueltas inesperadas que el camión daba por caminos tortuosos, haciéndome devolver lo que tenía en el estómago. Como me encontraba cerca del toldo que cerraba la parte de atrás, las compañeras lo levantaron y fui sacando la bilis que, con el aire, se pegaba a mis largas trenzas, que se habían deshecho y flotaban al viento como pajas secas. Como quiera que los ocupantes del coche se dieron cuenta de mi estado, se adelantaron al camión e hicieron signos para que el chófer parara el vehículo. Viendo que había perdido el color, me invitaron a subir en el coche con ellos hasta terminar el viaje.

Cuando llegamos a la retaguardia del frente, nos dirigimos a la Brigada de la Marina, donde ya nos esperaban..., la acogida fue afectuosa. Tenían preparada una gran sala, con mesas alrededor, a fin que los soldados de la Marina, mandos y nosotros pudiéramos comer juntos.

Tuvimos tiempo de hablar con los combatientes de la libertad y preguntarles si necesitaban algo, o bien, podíamos hacerles algún encargo en Barcelona.

Al mediodía nos sentamos en las mesas dispuestas. Uno de los responsables se disponía a tomar la palabra, cuando Baruta vino a mi encuentro para que fuera a entregarle un mensaje en nombre de SIA, y otro en nombre de Mujeres Libres.

En su discurso agradeció la intervención del Consejo Nacional por la excelente iniciativa de pasar un día junto a los combatientes de la República Española. Por la tarde, en el mismo local, se celebró un animado baile. Como no había suficientes chicas para formar pareja con cada soldado, las compañeras cambiaban dos o tres veces de bailarín. En este agradable ambiente fue pasando la tarde. Como yo no sabía bailar, preferí salir al exterior.

Con gran asombro, al abrir la puerta vi a varias decenas de soldados de otra Unidad, que estaban allí manifestando su descontento y malhumor por no poder participar en la fiesta organizada por la Brigada de Marina a la que no se les dejaba entrar, por el hecho de no pertenecer a la misma. Los componentes de las fuerzas que habíamos ido a visitar pertenecientes a la Marina de guerra, se habían desplazado a aquel sector para ayudar a las demás Unidades.

Quise hablarles para decirles que no nos era posible estar presentes en dos lugares, pero que, otro domingo, les dedicaríamos el día a ellos. Cuando Baruta se dio cuenta que había salido, vino a mi encuentro y al verme discutir con los soldados, me dijo:

—Háblales, háblales, que puedan oírte todos.

Me subí sobre una gran piedra que había en la esquina de una casa y empecé a dirigirles la palabra, diciéndoles que nuestras intenciones no eran de hacer diferencia alguna entre los combatientes de la libertad, como ellos insinuaban y que, si aquel día lo habíamos dedicado a la Brigada de Marina, próximamente sería a ellos a quienes dedicaríamos nuestra atención. Todos escuchaban atentos y, mientras el bullicio desaparecía sentí penetrar en mí aquel gran silencio. Cuando me apercibí que era solamente mi voz la que resonaba, me quedé sin habla. Baruta, que había seguido mi improvisada oratoria, subió en uno de los camiones que nos habían servido para el trayecto

y continuó dirigiéndose a los soldados. Estos parecieron convencidos, pero no contentos al no haber podido participar junto a los demás en la fiesta.

De vuelta a Barcelona, el secretario de SIA me invitó a que subiera de nuevo en el coche para que no me mareara, de manera que me senté entre Lucía Sánchez y Mery Barroso. Durante el trayecto me informaron que para el próximo domingo habían organizado un partido de fútbol a beneficio de las guarderías de los niños, patrocinadas por el Consejo Nacional de SIA.

Se trataba de los hijos de los combatientes que se hallaban en los frentes de guerra. El encuentro era entre dos compañías de carabineros. Me pidieron si quería ir a ayudarles y les contesté afirmativamente. El citado domingo, al llegar al campo de fútbol, Baruta me pidió que apadrinara el partido. Ignorando en qué consistía apadrinar un partido de fútbol, dije que no sabía qué había de hacer.

—Se trata —dijo Baruta— de un kick-off.

—¿Qué es eso de kick-off?

—Nada especial, es empezar el partido dando el primer puntapié al balón en el centro del campo.

El citado domingo me presenté en el campo de Europa, Club Esportiu situado en Guinardó, calle Secretario Coloma y, como nunca me quedaba en un lugar sin hacer nada, me di cuenta de que los compañeros estaban apurados, el público, después de recoger las entradas en la taquilla, al llegar a la entrada no había nadie para controlar los billetes y allí me puse. Baruta no tardó en verme y alzó el tono, diciéndome que donde tenía que estar presente era en el palco, con la delegación del Consejo y los jefes militares. No me hacía ninguna gracia estar entre los jefes militares, pero se trataba de un partido cuyos beneficios estaban destinados a las guarderías infantiles, en el que tomaban parte los soldados de la República.

Sentada en el lugar que me indicaron, a no tardar llegaron los jugadores de cada equipo a buscarme. Salí con ellos al centro del campo. Di el kick-off, o sea el puntapié al balón, con muy poca gracia. Nunca me había dado la idea de darle al balón. Al final del partido me ofrecieron un hermoso ramo de flores,

gesto que me agradó. Las flores son algo que forma parte de mi sentimiento y les mostré mi gratitud.

A partir de entonces, la mayoría de los domingos los dedicaba a las visitas de los Hospitales de Sangre, en nombre del Comité Nacional de SIA, y también en nombre de la Agrupación de Mujeres Libres.

El secretario general, Baruta, me solicitó varias veces para que fuera a trabajar con ellos. Aquel esfuerzo de solidaridad con los combatientes no me parecía mal, pero también donde trabajaba me sentía útil, me encontraba bien y hacía mi tarea con ilusión.

TRASTORNO INESPERADO

En el curso del mes de agosto de 1938, Granero dimitió del cargo de tesorero para incorporarse al frente, en el 20 Batallón de Ingenieros. Para suplirlo, el Comité Regional solicitó a Miguel Pons, delegado de la sección de piedra y mármol, que se responsabilizara de la tesorería. Se hizo una nueva estructuración de las secciones.

Al quedar el tercer piso libre, al cabo de pocos días fue ocupado por el Consejo Económico de la Industria de la Madera Socializada, a cuyo frente estaba Manuel Hernández, siendo secretaria Joaquina Dorado Pita, y secretario de dicha sección el compañero Antonio Blas, que fue primer secretario del Comité revolucionario de nuestra barriada. De manera que íbamos encontrándonos de nuevo.

Joaquina Dorado, tapicera de oficio, pertenecía al Sindicato de la Madera y Decoración, uno de los sindicatos más importantes de Barcelona.

Las exigencias de la guerra trajeron como resultado la movilización de muchos más hombres válidos que aún estaban en la retaguardia. Manuel Hernández y Antonio Blas no dudaron en empuñar las armas, marchando al frente al igual que otros compañeros lo habían hecho anteriormente.

Para ocupar los puestos vacantes se acordó nombrar al compañero Visa como sustituto de Manuel Hernández en la Presidencia, mientras que la compañera Joaquina Dorado reemplazaba al secretario del Consejo Económico de la Industria de la Madera Socializada. Ambos competentes en el trabajo y dinámicos en la acción, llevaron a cabo una importante labor dentro de la industria de la madera.

Joaquina, consciente de la labor que le había sido confiada, hizo frente a su trabajo con responsabilidad y competencia. En nada mermaron las actividades desarrolladas en el seno del organismo, administrado ahora por una compañera cuya inteligencia y voluntad fueron puestas al servicio de la comunidad, dentro de unas estructuras que entraban en el marco del comunismo libertario.

No volvimos a tener noticias de Granero hasta el exilio francés, después de 1943, en Bram. La lucha contra el régimen franquista y nuestros comunes ideales, nos habían reunido de nuevo. Durante el tiempo de la ocupación alemana y después, mientras apoyábamos a los compañeros que llevaban a cabo una acción clandestina en el interior de la península ibérica, siempre estuvimos esperanzados en un pronto regreso a nuestra tierra.

Este compañero sufrió una larga enfermedad, contaminado por el mal del cemento y la terrible afección del asma. A causa de su deficiente salud, se sentía deprimido moralmente por su situación física. En los últimos años de su vida, su yerno lo acompañaba a nuestro hogar, en el pueblo de Montady, — distante unos 30 km. de su pueblo— a fin de que pasara unos días en nuestra compañía.

—Esto me hace revivir —nos decía. Allí estoy solo, sin contacto alguno con los compañeros. Sin intercambio de ideas. Allí me ahogo. Cuando vengo a vuestro lado, me voy con un poco de vida y pensando en la próxima venida, el tiempo se me hace más corto.

Vicente apenas si podía andar, cada paso que daba era motivo para faltarle la respiración. Pasaba la mañana sentado en un sillón, casi sin moverse, hojeando lecturas que teníamos. Como quiera que siempre nos llegaban visitas de compañeros de pasaje, cuando Jesús regresaba del trabajo discutían y él

saboreaba las informaciones de la lucha social que en tiempos de clandestinidad nos llegaban de España.

La última vez que vino a vernos, yo leía la correspondencia en voz alta, para hacerle saber nuestros contactos con los compañeros que nos escribían. Como uno de ellos mostraba cariño en su misiva, me dijo:

—¡Cómo no ha de ser así! Si yo aún te quiero como el primer día.

Quedé turbada; creí que todo había quedado en el olvido más completo, por lo que, con firmeza, pero sin reproche, le dije:

—¡Pero Granero!

—¡Sí! —contestó con fuerza—. Nada ni nadie puede privarme ni quitarme lo que yo siempre he sentido por ti en mi corazón.

Oí aquellas palabras pronunciadas con tanta convicción, que no contesté. Tampoco terminé de leer la correspondencia como era mi intención. Me fui a la cocina a terminar mis quehaceres, pensando silenciosamente: ¡Después de tantos años...!

Aquello debió ser como un último soplo. Su adiós. Ya no pudo volver más a nuestro hogar. En el invierno del 77 dejó la vida para siempre. Su familia nos llamó de inmediato. Acudimos a su lado el día de la inhumación. En el cementerio de Agde, ante su tumba, el 14 de enero de 1977, le dediqué el siguiente recuerdo:

«No queremos dejar apagar su espíritu sin antes decir unas palabras postreras en su memoria. Ni tampoco cortar las alas del sentimiento que hoy nos anima, con el recuerdo de toda una vida de amistad y de compañerismo.

Su vida de militante activo y ponderado, dejó huellas, antes, durante y después de la revolución de nuestro pueblo hispano. Participando a partir de los primeros días de julio de 1936 como secretario del comité revolucionario de nuestra barriada, en la Ciudad Condal. Después de mayo del 37, pasó a ocupar el cargo de tesorero general del Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración de Cataluña. Integrándose, por último, al

frente de batalla, consciente de que tenía que batirse al lado de los combatientes por la libertad frente a la bestia fascista.

Presente siempre en las duras horas de la clandestinidad y durante nuestro largo exilio, Vicente Granero militó al lado de sus compañeros por el ideal que nos unió y nos une a su memoria, hasta que la terrible enfermedad que nos lo ha arrebatado, lo retuvo durante estos últimos años en una inactividad que le era difícil soportar, al lado de su esposa Trini, quien le apoyó cuanto le fue posible.

Tu voz, compañero Granero, ha quedado extinguida entre las cenizas de un día de invierno. Recto en tus convicciones, fuiste modelo de honestidad y de altruismo.

Con la misma sencillez y probidad, tal cual fue tu conducta, mantendremos intacto tu recuerdo perenne en nuestra memoria».

Guardaba en mi imagen el telón de fondo de la revolución y la guerra, que queríamos ganar para proteger las conquistas sociales que habíamos realizado después del levantamiento fascista: colectividades campesinas, de industria., autogestión en los talleres, fábricas, la Escuela Nueva Unificada, etc., en fin, todo aquello creado con la voluntad y la acción de los hombres a beneficio del pueblo, que había sufrido hambre, cárceles y privaciones de todo género. Mi imparcialidad, hacía que me entregara plenamente a cuanto podía dar valor y veracidad al progreso y a la libertad, sin contar las horas que pasara ni el sueño que perdiera. ¿No velaban nuestros compañeros en las trincheras? ¿Acaso dormían todas las horas que les eran necesarias, más o menos en blanda cama? ¡No! Ellos estaban presentes en la lid en todo instante. Luego, en la retaguardia debíamos colaborar en el trabajo, en la reconversión de ciertos centros productivos por necesidades apremiantes de la guerra. Debíamos entregarnos con convicción y con una moral confiada en la victoria, para que ésta repercutiera en quienes combatían en los frentes, con las armas en la mano. ¿Las armas? ¿Acaso era partidaria de las armas? Ciertamente, ¡no! Por lo contrario, sentía un creciente deseo de amor hacia todos. Más tampoco podíamos dejarnos aplastar por el fascismo. Por los insurrectos que se habían lanzado a la calle con tanques y fusiles, al falso grito de: ¡Viva la República!,

para engañar de la mejor manera a la población indefensa. ¡No! No éramos cucarachas. Habíamos adquirido un sentimiento y un sentido racional de lo que éramos, de lo que representábamos y de lo que teníamos que hacer, uniendo nuestros esfuerzos para vencer a los sublevados.

Los insurrectos querían destruir la preparación ideológica, que buena parte de la juventud estudiosa, había adquirido a fuerza de sacrificios personales, leyendo a los sociólogos y filósofos del anarquismo, estudiando después de las horas del trabajo, participando en las obras culturales de los ateneos libertarios, donde se daban conferencias de variados temas, sociales, sexuales, literarios, científicos o artísticos. Organizando excursiones y veladas teatrales, en las que los jóvenes ateneístas y los simpatizantes participaban, ampliando a la vez sus conocimientos artísticos y poéticos.

Se idealizaba la vida del futuro. Belleza del espíritu de hombres y mujeres, de aquella juventud llena de vitalidad mental, que preparaba como las hormigas, un camino que debía irradiar su luz hacia todos los que luchaban por el bienestar de los pueblos.

Pero junto a esta selecta minoría, había un pueblo ignorante, analfabeto y explotado. Hombres y mujeres que llegaban de diferentes puntos míseros de España, que vivían apiñados en pisos, para así poder repartirse los gastos de alquiler, o bien se guarecían en barracas a base de latas y de cartoncuero.

Estos hombres y mujeres fueron gran parte del alud que ayudó a aplastar el fascismo en los primeros días de la revolución en Cataluña. ¡Sí! eran analfabetos, pero tenían sentimientos y sabían razonar, a la vez que se integraron en la contienda para defender su trabajo, su libertad y el pan cotidiano de su prole.

También estaban los detractores de la Quinta Columna y aquellos que vencidos por la pasión se dejaban llevar contra su propia voluntad, de distintas maneras. Unos por egoísmo, otros por pasiones sin freno, lo que repercutía en mi sentir hondamente y en mi abnegación en pos de un ideal que creía y creo justo.

En la secretaría general, el vicesecretario Lluna, de temperamento un tanto disperso, se ocupaba de la distribución de los comestibles que llegaban alguna vez, por mediación de los delegados de la sección de la madera. Mercancía que estos podían adquirir en las masías situadas en el interior de los bosques, y al llegar era contabilizada para su pago. Los contables se dieron cuenta que las notas no correspondían exactamente a la cantidad que nos era distribuida a cada uno de nosotros. De manera que si sobraba algún kilo de patatas o unos gramos de alubias, quedaban en la secretaría. Ello, hacía pensar que recibían unos gramos menos que los demás. Entendían que todo debía ser repartido equitativamente. En efecto, así debía ser. Pero esos gramos más o menos no llenaban la olla de nadie. Los empleados de contabilidad me pusieron al corriente de esta "anomalía". Descontentos, reprochaban dicho reparto, sin atreverse a llevar sus quejas más allá.

—Ustedes, que hablan de colectividad y de solidaridad —decían—, se llevan la mayor parte.

Más de una vez les respondí que yo me llevaba la misma parte que ellos. Y que si quedaban algunos gramos en la secretaría, tampoco tenía mayor importancia. Máxime cuando la delegación cargaba con el peso hasta trasladar las mercancías a la secretaría y no contaba ni el tiempo ni la molestia. Por lo que sus reflexiones, eran razonamientos un tanto mezquinos.

En efecto si para mí no tenía importancia, para ellos sí, al controlarlo cuando llegaba. Esta pequeña historia armó un poco de revuelo, llegando, finalmente, a oídos del secretario, compañero Sanmartí, quien, cuando lo supo vino directamente a la sección de contabilidad, instándonos a que le informáramos de lo que ocurría.

Nadie abrió la boca. Aquellos empleados, que se quejaban a cada instante, quedaron sin voz. Como me parecía absurdo callar una cosa que iba tanto de boca en boca, hablé:

—Se trata —le dije— que los comestibles que se reciben debieran ser repartidos de manera equitativa entre los que estamos en el Comité Regional y, esto no se hace. "Los fondos de saco" siempre se los llevan los mismos y esto no es justo.

Carlos Sanz corroboró lo que yo había dicho, no tanto por decirlo, porque se hubiera muerto de hambre antes de protestar, sino para sostenerme, ya que los interesados, hasta aquel momento callaban. Aquellos hombres que criticaban tanto, en aquel instante no tenían nada que decir.

Sanmartí dijo que él ignoraba que estuviesen ocurriendo cosas por el estilo. Estaba convencido de que todo se repartía equitativamente y que, a partir de aquel instante, Carlos Sanz quedaba despedido y que... yo, podía quedarme, porque mi padre había muerto en el frente de lucha.

Aquel razonamiento no tenía sentido común ni era propio de una persona tan sensata como Sanmartí. ¿Es que le habían informado mal? Le repliqué de inmediato, diciéndole que su determinación con el despido de Carlos no era razonada y que, siendo así, yo también me consideraba despedida. Discutimos un buen rato, mientras aquellos empleados ratoneros no abrieron la boca, siendo ellos quienes habían provocado el incidente.

El delegado de ladrilleros, ahora, también abogaba en mi favor, diciendo que no había motivos para tomar tales decisiones. La cosa quedó zanjada y cada uno de nosotros en su sitio. Cuando se marchó Sanmartí, les reproché que era delante y no detrás cuando había que decir las cosas; en particular, cuando eran ellos los que habían levantado la liebre y que disponían de miséras pruebas de lo que decían.

Poco tiempo después que el nuevo tesorero tomara posesión de su cargo, la colectividad de ladrilleros de l'Hospitalet, había entregado una importante cantidad de material para que los trabajos del campo de aviación del Prat, se llevaran a cabo. Como de costumbre entregaron los bonos con las cantidades de material expedido, para su facturación.

Niubó que era el responsable de la sección, se desplazó para cobrar distintas facturas. Cuando regresó, dejó las no cobradas encima del despacho, dándome la nota de lo que le habían abonado. Sin mirar las facturas que devolvía, ya que no era de mi competencia controlarlo, anoté las cobradas y las otras las dejé archivadas, con el fin de que, al final de la semana, pudiera entregar la lista al contador y lo recaudado a tesorería, para el reparto de las diferentes colectividades.

Al finalizar la semana extrañó la ausencia del delegado Niubó, sin habernos dado ninguna explicación. Mas la sección no se resintió en absoluto. Conocía a los clientes y a los diferentes delegados de la Regional catalana. Estos solían venir temprano una vez por semana a recoger el importe de su trabajo para distribuirlo entre los ladrilleros.

Ocho días más tarde, como la Tesorería no les abonara el importe de la suma que esperaban, se dirigieron a su respectiva sección. Al no estar el delegado y preguntarme si la factura se había cobrado, cogí de inmediato la libreta y constaté que no. Por lo tanto, la factura había sido hecha y, les di fecha y número de la misma. Preguntamos a Carlos si se la habían entregado a él entre las de las otras secciones para que fuera a cobrarla y Carlos respondió negativamente, afirmando no haber tenido jamás en la mano una factura de la suma que se le indicaba.

—Una suma tan importante, la hubiera recordado, —nos dijo.

Pensamos en que Niubó podía tenerla, pero Niubó se encontraba enfermo, sin duda alguna no había podido hacer la gestión, por lo que se pensó esperar su vuelta.

Entretanto, mis actividades no menguaban. Solía pasar por el Consejo Nacional de SIA, cuyo secretario insistía para que fuera a trabajar con ellos.

Pero, ¿qué había pasado con la factura del campo de aviación? Como el delegado no se presentara, se decidió hacer un duplicado de la misma e ir a cobrar, ya que era apremiante pagar a los obreros.

Carlos, como lo había hecho otras veces, se desplazó a la oficina pagadora y cuando presentó la factura se la devolvieron, diciéndole que ya había sido pagada.

A su regreso informó al contador. Éste, de acuerdo con el secretario, pensó ir personalmente a verificar lo dicho por Carlos. Efectivamente, le presentaron la factura firmada y sellada con el sello del Comité Regional —la firme era ilegible—. El compañero Pujol quedó perplejo. ¿Quién había cobrado tal cantidad?

Después de haberse reunido el comité en pleno, me convocaron para que, una vez terminado mi trabajo, me presentara a la secretaría general. Cuando los empleados se habían marchado a sus casas, me dirigí al secretariado. Lejos estaba de intuir lo que me esperaba. Quedé petrificada. El comité al completo estaba sentado detrás de la larga mesa del despacho y yo quedé de pie, ante aquel inesperado tribunal.

Llovieron las preguntas. Contesté a todo aquel interrogatorio con aplomo. Nada tenía que reprocharme. El más insidioso fue Pons, el tesorero. Según él, nadie más que yo podía tener la culpa de que aquella factura hubiera desaparecido.

¿Quién la había cobrado? Pero, ¿acaso era yo la responsable de la sección? En primer lugar, estaba Niubó, quien tenía a su cargo la delegación, pero él había «enfermado». No obstante, también había cuatro empleados que transitaban por la misma secretaría y yo, naturalmente. Yo era la que suplía al responsable y controlaba las demandas y los cobros, voluntariamente; sin embargo, no controlaba al delegado de la sección. ¡Qué fácil era atacar a una mujer, a una compañera de buena fe!

Recordaba que unas semanas antes ya había habido un enfrentamiento, pero en aquel instante la desaparición de la factura, y lo más sustancial, su importe, era un problema gravísimo.

Sanmartí tomó la palabra y me dijo:

—De ahora en adelante no te quedarás más sola para hacer las correcciones en catalán después del trabajo. Lo que tengas que hacer lo harás durante la jornada, y mañana entregarás la libreta y las facturas al contador.

—Entonces ¿dudáis de mí? —les dije.

—No, solamente queremos quitarte trabajo.

—Nada de eso —repliqué—. Como dudáis de mí, termino la semana para que busquéis quien me reemplace.

Me dijeron que podía quedarme, ocupándome simplemente de la facturación detrás de la máquina de escribir. Les contesté con firmeza que

solamente me quedaría una semana más, en caso de que no encontraran quien me reemplazara de inmediato.

Brualla, el bueno de Brualla, fue al primero a quien informé de mi despido y los motivos. Cuando en la sección de contabilidad me preguntaron por qué me habían convocado en la secretaría y les expliqué los motivos, encontraron muy mal aquel interrogatorio, aconsejándome que no me marchara, ya que ellos sabían que me entregaba de todo corazón a la tarea, la mía y la de los demás.

Cuando salí del Comité Regional fui directamente a ver al secretario del Consejo de SIA, contándole lo ocurrido.

—Si a pesar de lo que te he contado, tienes confianza en mí, terminaré la próxima semana y vendré a trabajar con vosotros.

Sin titubeo alguno, el secretario Baruta dijo estar de acuerdo. Sentía dejar aquella labor, porque era una creación constructiva y revolucionaria que daba excelentes resultados. También sentía alejarme de aquellos compañeros que hasta entonces habían sido parte integrante de aquel trabajo útil para la colectividad, con nuevos y eficaces métodos, con quien había tejido lazos de afinidad y simpatía.

Apasionada y abnegada en el trabajo, los imperativos de éste hacían que dejara dormido, por el momento, aquel episodio que tanto daño me hacía. Para mí, sentir, trabajar, aportar lo mejor de nosotros mismos para la realización de nuestros objetivos era primordial. Inhibirme de aquella labor, de la que me había responsabilizado voluntariamente, era cortarme las alas. ¡Dudar de mi lealtad!

El doctor Pedro Vallina, en sus Memorias, citaba la labor del hombre libre en su acción solidaria, diciendo: «No olviden los jóvenes que me lean; que la propaganda por la conducta, amoldándose a la moral anarquista, constituye una fuerza formidable para el que la emplea, pudiendo anonadar a los más insolentes enemigos. Y luego, la acción, porque las palabras se las lleva el viento, mientras que los hechos siempre quedan, con las consecuencias que acarrearán. (...) Por eso decía el doctor Fermín Salvochea, con mucha frecuencia, que "el brazo alcanzará más lejos que la lengua"». [\(30\)](#)

Así pensaba yo, trabajar en la acción libertaria, era lo más bello que podíamos aportar cada uno de nosotros.

Llegado el domingo fui a la Federación Local de Mujeres Libres. Cuando salí, después de un gran bombardeo que había dejado el aire sin transparencias, continué andando por las calles desiertas, los árboles estaban tristes, los balcones sin flores y los comercios cerrados. Como quiera que tenía la costumbre de ir a pie a todas partes, subiendo por una de aquellas calles en dirección a Les Corts, de pronto me sentí sola, muy sola. Sola en un mundo aislado de todo contacto humano; anduve un buen rato completamente ausente. Veía a los transeúntes, pero entre ellos y yo sentía levantarse un muro de cristal muy fino, con la virtud de ondularse ante mis ojos, a medida que avanzaba, desconectándome por completo de todo ser viviente. Sentí vértigo. Quedé asombrada de tal imagen, seguí andando detrás de aquel cristal como una autómatas, en otro mundo. De pronto alguien me tocó el hombro y me dijo:

—Señorita, ¿le ocurre algo? ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias; estoy muy bien.

Me di cuenta de que aquella persona me miraba extrañada, pero no insistió ¡Ya no estaba sola! El cristal había desaparecido. Volvía a estar entre los mortales. Aquel domingo no pasé por las JJ LL como tenía por costumbre, seguí camino hasta casa y como me sentía muy cansada, me acosté sin cenar.

La inquietud por los constantes bombardeos y la preocupación que tenía se había apoderado de mí, inconscientemente, después de lo ocurrido en el Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, y la necesidad de descanso, que era mucha, por un momento me había alejado del mundo penoso en que transitaba.

Qué cosas más raras ocurrían. En momentos de más inquietud y de inseguridad física, no me había encontrado tan desamparada como en aquellos instantes. Jesús estaba en primera línea. El Comité Regional por entero desconfiaba de mi honestidad, los empleados de la contabilidad aparte del buen Carlos, eran impermeables, a pesar de que consideraban que lo que

había ocurrido era injusto. No puedo decir que se portaran mal conmigo y que, además, me confiaran ciertas anomalías que constataban, porque les incumbían personalmente. Estaban sindicados en la CNT, pero no la llevaban en el corazón.

La mayoría de los compañeros con quienes había confraternizado a partir de las primeras semanas de la revolución, se hallaban incorporados en los frentes de batalla. Es verdad que mantenía una correspondencia asidua con los combatientes, pero, por primera vez, me parecía que el ánimo menguaba. Los demás estábamos dispersos en diferentes trabajos. Había quedado sin el contacto de aquellos chiquillos, a quienes me entregaba gozosa durante unas horas de mi existencia.

Mi colaboración con Mujeres Libres, no era una entrega total. Hasta entonces no había compartido en su conjunto todas sus finalidades, a pesar de que llevaban a cabo una labor cultural importante y una acción social de cara a la mujer.

El Consejo Nacional de SIA, me ofrecía la posibilidad de dedicarme a un trabajo plenamente humano, de cara a los combatientes y de todos aquellos que sufrían, pero aún no me había integrado en él. No obstante, continuaba el curso de taquigrafía.

Las inquietudes del dolor y la muerte cercana, las sentíamos de otra manera, era el pan de cada día en nuestro suelo ibérico. Pero conservábamos la fe y, en particular, vivíamos en una acción constante. Colaborando y apoyándonos recíprocamente, participando a cada hora en todo cuanto podía acercarnos a la victoria... Plasmar en realidades nuestros ideales de libertad y de ayuda mutua.

A pesar de aquel estado transitorio, provocado por aquel incidente inesperado, ¡quería vivir! Vivir y colaborar. La noche que siguió al despido, soñé en voz alta —dijo mi madre—. Recuerdo que soñé con todo el Comité Regional sentado detrás de la mesa interrogándome. ¿Cómo podía ser que me hablaran de aquella manera?

Al siguiente día absorta en el trabajo, ya me había olvidado del mal que me habían hecho mis compañeros, inconscientemente.

Al final de la semana, cuando pisaba el umbral del inmueble, el bueno de Brualla, vino a mi encuentro, diciéndome:

—Sara ayer tarde, cuando todos os habíais ido, vino a verme Niubó; se ha enterado de que quieres abandonar el trabajo, y me rogó te dijera que, mañana, antes de entrar en la oficina, te espera en la esquina de la calle. Quiere hablarte.

—De acuerdo —le contesté.

—En efecto, temprano me personé en el lugar indicado. Allí estaba Niubó esperándome. Al verlo estuve contenta. Le pregunté por su salud y entramos de inmediato a relatar lo ocurrido en el Comité Regional. Me dijo haberse enterado que me quería ir e insistió repetidas veces para que no abandonara el puesto.

—A los ladrilleros les haces falta. No te vayas. Quédate.

—¡No! Me marchó porque han perdido la confianza en mí. En estas condiciones no puedo continuar. Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado. Siempre tuve cuidado en hacer las cosas lo mejor posible.

—¿Adonde piensas ir?

—Al Consejo Nacional de SIA

Como me viera tan decidida, se despidió de mí.

Aquella misma tarde, un delegado de los ladrilleros vino a decirme que no abandonara mi labor. Mi contestación fue la misma. Que no podía estar en un trabajo donde se desconfiaba de mí. Entonces me encareció que me quedara una semana más, con el fin que pudieran nombrar un nuevo delegado.

—De acuerdo. Iré a ver al secretario para que me permita quedarme unos días más, hasta que nombréis el nuevo delegado.

El compañero quería evitarme la gestión, pero insistí en hacerla yo misma, nada tenía que esconder.

Al pedir la prolongación de mi estancia, Sanmartí me dijo:

—Quédate, no te vayas, Sara.

—Me quedaré el tiempo justo que alguien venga a reemplazarme -le contesté.

Insistió de nuevo. Pero estaba decidida en abandonar aquel trabajo al que tanto me había entregado.

Le conté a Brualla la conversación mantenida con Niubó, la cual sin que yo supiera había dado sus frutos. ¿Cómo era posible que las cosas hubieran tomado aquel giro?

Al siguiente día, como tantos otros, Brualla al que le tenía el afecto de un padre y que me había mostrado compañerismo y confianza, me esperaba, como de costumbre delante de la entrada del inmueble.

—¡Sara, no te vayas! ¡La factura la ha cobrado Niubó! Ayer, al verte tan resuelta y afectada a la vez, tomó una resolución inmediata y dio cita al secretario para informarle que era él quien había cobrado y gastado el dinero correspondiente a la factura de los ladrilleros.

Hacía algún tiempo —según le contó a Brualla—, que pasaba delante de un gran almacén de muebles donde estaba expuesto un suntuoso dormitorio. Como la compañera con quien vivía lo incitara constantemente para su adquisición, ese día, que llevaba dinero en el bolsillo, decidió comprarlo.

«Si no se hubiera tratado de Sara, nunca habría dicho nada, pero a ella, no le puedo hacer eso».

Durante el día, Sanmartí me llamó de nuevo, insistiendo que no me marchara. Pero se guardó muy bien decirme que Niubó había confiado su debilidad. ¡Yo era una mujer y no merecía explicaciones!

Como terminara la semana y aún no habían previsto a nadie para reemplazarme, pedí a los ladrilleros que solucionaran el problema y me

dijeron: «Dentro de unos días tenemos una Plenaria regional y se nombrará al delegado. Espera hasta entonces».

Entre tanto el secretario del Comité Regional había sostenido una correspondencia con el secretario del Consejo Nacional de SIA, —sabedores que era allí donde tenía la intención de ir—, para que me dejaran libre del compromiso que había adquirido con ellos. Dos veces fui a decirle a Baruta que tenía que prolongar mi estancia en el Comité Regional hasta que nombraran un delegado, a mi demanda siempre me había dado su acuerdo. En mi última visita, cuando le dije que ya estaba libre, Baruta me leyó las cartas cruzadas entre ambos comités, diciéndome que si me quería quedar en mi trabajo me comprendería perfectamente. Más mi negativa fue rotunda.

—Si no te interesa que venga aquí, iré a otro lugar.

—Nada de eso, nosotros también te queremos. Solamente eres tú quien ha de decidir.

Mi resolución estaba tomada. Antes de terminar el mes, vino un compañero representando al conjunto de las colectividades y me dijo:

—¡Sara, ya hemos nombrado la delegación!

—Ah, muy bien. ¿Cuándo vendrá el compañero para ponerlo al corriente?

Con franca sonrisa apuntó:

—Unánimemente, te hemos nombrado delegada de la colectividad de ladrilleros.

Aquello me complacía y entristecía a la vez. Primero, porque conservaban la fe en mí como en el pasado. Segundo, porque tenía que contestarles negativamente. Le di las gracias de todo corazón por haberme ofrecido tal confianza. Había dado mi palabra y además, mis compañeros me habían hecho demasiado daño.

—Nombrad otro responsable. Pediré que me dejen unos días más, o sea hasta el final de mes, pero después estar seguros que no estaré ni un día más.

Un año después las cosas habían cambiado desastrosamente. Nuestros anhelos y nuestras convicciones se encontraban resquebrajados, cuando miles de hombres y de mujeres nos hallábamos en los refugios y campos de concentración, o sobre las playas mediterráneas en el sur de Francia. Fue en estas circunstancias que Jesús encontró en el campo de concentración de Saint Cyprien, en octubre de 1939, al compañero José Sanmartí. Como Jesús ignoraba lo ocurrido, fue a abrazarlo con afecto y efusión y Sanmartí, emocionado, exclamó:

—¡Dile a Sara que me perdone! Dile que me perdone, que me perdone!

Jesús, desconocedor de mis vicisitudes durante los largos meses que estuvo en el frente, no dio gran importancia al hecho. Aquellos momentos presentes eran más angustiosos que aquellas palabras, sin duda alguna, dichas sinceramente.

Todo estaba perdonado. Olvidado. En particular, cuando en nuestras «residencias» en refugios míseros y campos de concentración no se disponía ni de un miserable franco para mandar una carta y, poder contar nuestras cuitas, nuestras penas, en la constante zozobra, pensando volver a España de mejor manera que habíamos salido. No fue hasta años más tarde, cuando pudimos reunirnos, que un día, comentando mi estancia en el Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, Jesús recordó el encuentro con Sanmartí.

Aquellos meses pasados en los campos de concentración y en los refugios, donde el hambre era atenazadora, recogiendo las peladuras de patata en medio de las inmundicias, para una vez lavadas, poderlas hervir dentro de un bote de conserva vacío, dejaban muchas cosas atrás.

Cuánto se sufrió con las terribles diarreas y disenterías que se llevaban mujeres y hombres por delante. Muchas mujeres cogieron frío en la matriz cuando iban a hacer sus necesidades en lo alto de las «tinetas» donde pasaba un aire glacial por debajo de las planchas de madera y, cuando no se disponía de paños higiénicos ni de un simple trapo para cuando se tenía la menstruación, se esperaba que los gendarmes salieran de las letrinas cuando iban a hacer sus necesidades para recoger el papel con el que se habían

limpiado el trasero, sacarle los excrementos, dejarlos secar y utilizarlo como papel higiénico.

¡No se disponía ni de un triste papel! ¡Cuánto tuvimos que dejar en el olvido después de febrero de 1939!

Otros capítulos se llenarán un día para escribir las vejaciones, los abusos, desprecios y vacíos que sentíamos en nuestros corazones, durante nuestro éxodo y nuestra primera estancia en el exilio.

A mis manos ha llegado una octavilla redactada durante la guerra por la Federación Anarquista Ibérica, de la que transcribo una parte por su significado, donde los compañeros ya avizoraban en aquella época, las perspectivas de la guerra y sus consecuencias para el resto del mundo si ésta se perdía y, la confianza que aún se mantenía con el pueblo, con los valerosos soldados y la participación de los obreros militantes. De aquéllos en los que sentía reflejarse mi espíritu y mi sentir.

TRASCENDENCIA DE NUESTRA GUERRA

A partir del momento en que nuestras armas tienen ya una significación europea y diremos hasta universal, como tantas otras veces en el decurso de los tiempos, la batalla que libramos en nuestra misma casa, alcanza la resonancia de un acontecimiento inconmensurable para la civilización, para el progreso y para la paz de los pueblos del Universo.

No luchamos contra unos generales, unos burgueses, curas y señoritos, que nos quieren imponer una norma cualquiera de gobierno, sino que estamos peleando contra una gente que ha vendido nuestras libertades y nuestro tesoro a ciertos gobiernos, dejando que estos mismos gobiernos se aposenten en nuestros territorios, nos roben nuestro trabajo, estipendien nuestra dignidad y hagan de la tierra hispánica un campo erizado de bayonetas, hollado por sus cañones, desgarrado por las trincheras y pisoteado por las legiones de cafres, que son los fascistas italianos y los nazis alemanes.

¡Ah! Pero es que estos nacionales traidores han hecho algo más: abrir a España en canal para que desde nuestras fronteras se perturbe la tranquilidad de otros países, se les provoque a la guerra y se les haga, con todas las agravantes de la maldad más refinada y cruel, sufrir los horrores de la misma.

Ya no luchamos sólo por nuestra independencia interior, luchamos por la soberanía de otras naciones, por la tranquilidad de los pueblos semejantes al nuestro y porque la libertad común, el bienestar humano, la cultura general y el trabajo creador y regenerador imperen sobre la faz de la Tierra, a la luz del día, cara al sol de la fraternidad de todos los pueblos que forman Europa, que forman África, que constituyen América y que viven al amparo del Globo.

Conclusión:

No miremos la lucha por kilómetros, por muy largos que sean. Mirémosla por su envergadura, por su alcance e importancia. Nosotros podemos exclamar muy altivos con nuestro romancero: "Que hasta el final nadie es dichoso".

En efecto. Tenemos un gran pueblo que lucha con bravura. Tenemos nuestro Ejército, que escribe epopeyas con su sangre... Jamás el pueblo tuvo Ejército. Hoy lo tenemos. Nada le falta en cuanto a organización. Tiene disciplina. Tiene táctica. Tiene preparación y le sobra coraje. Lo que le falta: material mecánico. Y si no lo tiene, le sobra fuerza con que suplirlo.

Nuestro pueblo es nuestro mejor sostén de retaguardia y de vanguardia. El Ejército tiene en él sus puntales para hacerse fuerte e invencible. Pueblo y Ejército se confían a sí mismo sus victorias. Nuestros soldados velarán en el frente por la victoria del pueblo y, como éste, no duerme, trabaja y se agota para asegurar las victorias de nuestros combatientes en los frentes de combate.

¡Singular combate el de España en los destinos del mundo! Pueblo y Ejército vayamos siempre unidos para garantizar la liberación de la

amada patria, al mismo tiempo que liberarnos del mundo y con ello conquistar el porvenir feliz de los hombres».

Esta era mi divisa, sin conocer este documento. Pero el hombre piensa y los acontecimientos nos conducen donde menos hemos pensado.

CAPÍTULO III

SIA. Solidaridad Internacional Antifascista

El Consejo Nacional de SIA disponía de unos estatutos elaborados en Valencia, el 27 de mayo de 1937, por una comisión organizadora. Estos estatutos fueron presentados a los efectos de la Ley de Asociaciones del 30 de junio de 1887. Con el título de Sección Española de SOLIDARIDAD INTERNACIONAL ANTIFASCISTA, se constituía en España, con sede en Valencia, una organización adherida a SIA. Se proponía socorrer a los individuos y entidades antifascistas de acuerdo con las posibilidades existentes, y en todos los terrenos que pudiera abarcar la solidaridad. Atender a los necesitados en cualquier forma, fueran luchadores antifascistas o víctimas del fascio. La ayuda mutua entre las organizaciones y entidades afines, tanto en los casos de guerra contra el fascismo como en los demás de defensa contra los enemigos de la libertad.

Estos estatutos fueron provisionales en espera de poder celebrar un Congreso Nacional de SIA, para ampliarlos o mejorarlos si era necesario.

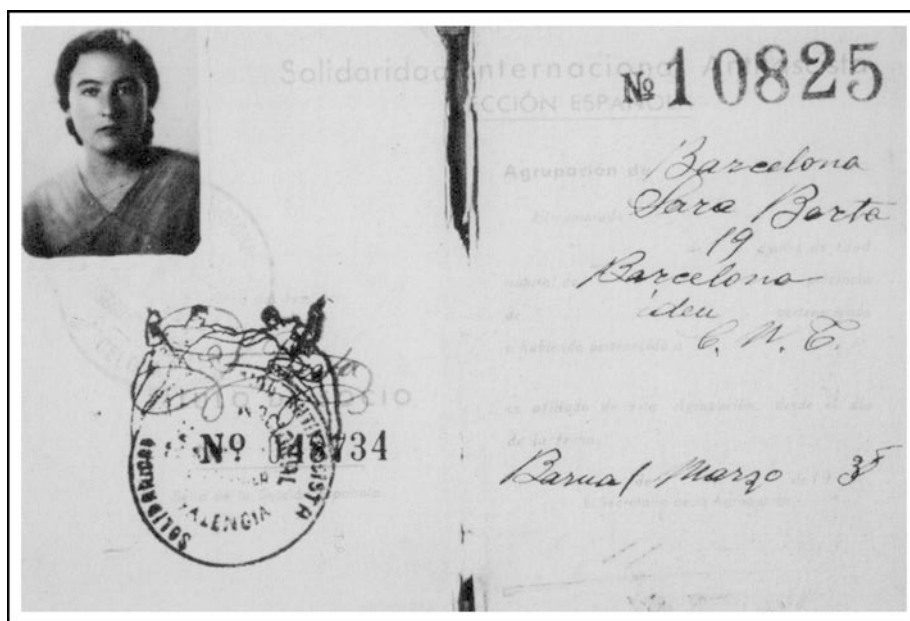
Para la legalización de los mencionados objetivos, la Sección Española de SIA, desarrollaría su actividad en el más puro terreno de solidaridad humana, despojándose de toda injerencia política y religiosa.

En abril de 1937, en Valencia, se había acordado ir a la creación de SIA. El 3 de junio se enviaba una circular a todas las regionales de CNT-FAI, para informarles de esta constitución.

En un largo informe, el Consejo Nacional de SIA se expresaba de la manera siguiente: «SIA debe ser, a nuestro entender, una gran institución de

Asistencia Social dirigida y controlada por nuestro Movimiento Libertario. Con una organización sencilla y una ejemplaridad administrativa honrada, sin politiquería, sin parcialidad, con un desarrollo digno, que viva por sus actos y que no se alimente solamente de propaganda.

Nosotros estamos dispuestos a llevar esto a cabo. No queremos la responsabilidad de orientar un Movimiento costoso y descoordinado sujeto a variaciones de interpretación. Queremos una obra sólida, un ejemplo que los anarquistas den al mundo. Para esto pedimos confianza en todo. Nos responsabilizamos en el sentido de asegurar que el Consejo Nacional de SIA, de la misma manera que ha sabido trazar unas directrices sabrá llevar a la práctica esta obra eficiente hasta los últimos rincones de España, como realización de la Sección Española de SIA, la que aglutina a todos los españoles, a todos los pueblos y a todos los individuos».



Carnet de SIA de la autora

El 12 de julio de 1937, el compañero Pedro Herrera, secretario del Consejo Nacional de SIA, escribía a Valerio Más, secretario del Comité Regional de la CNT, para acelerar la organización de SIA en Barcelona. Entre ambos secretariados hubo una nutrida correspondencia, con el fin de poner en pie SIA

en Cataluña, extrañados que la Sección de Asistencia Social no hubiera tenido la atención merecida.

No fue hasta el mes de octubre del 37, cuando fue autorizado Baruta Vila, delegado del Consejo Nacional —que más tarde había de ser el secretario del Consejo Nacional— para que, en nombre del mismo, realizara las gestiones pertinentes, al objeto de dar cumplimiento al convenio establecido, de vincular el Comité Províctimas del Fascismo a SIA.

La estructuración del nuevo Consejo Nacional se componía de un secretario y cuatro secretarías que se distribuían los cargos de Tesorero y Contador, más un Consejo General para la organización de las Agrupaciones Internacionales. Pudiendo acoplar cuantos elementos se consideraran precisos.

El secretario lo designarían de común acuerdo: El Comité Nacional de la CNT, el de las Juventudes Libertarias, el Peninsular de la FAI y el de Mujeres Libres, con el referéndum de las Federaciones Locales y el Consejo Regional de SIA de Cataluña.

Este Consejo Regional de Cataluña había organizado 82 Agrupaciones Locales en distintas localidades de la región, contando con una crecida organización en los frentes de batalla. A instancias del mismo, habían sido instaladas dos Guarderías, que pasaron al control del Consejo Nacional por no disponer de abastecimiento ni obtener facilidades para ello; también se instalaron dos casas donde pudieran pernoctar los evacuados antifascistas abandonados por los elementos oficiales, así como los compañeros de nuestro Movimiento Libertario que, por misión especial pudieran llegar a Barcelona; haciendo llegar la voz de SIA a los sitios más recónditos y rincones más apartados. Organizando festivales para levantar el espíritu antifascista, divulgando y propagando a todo viento el nombre de SIA. En mayo del 38, ya se habían realizado actos de asistencia por un valor de 140.000 ptas. en la región catalana, cuyo Consejo Regional, tenía el proyecto de la organización de un Sanatorio para el reposo de nuestra militancia y alguna escuela, donde recibieran instrucción los hijos de los evacuados de probado antifascismo.

El Comité Regional de Cataluña del Movimiento Libertario presentaba un informe a los Comités Nacionales, Confederal y Específico como sigue:

«La Sección Española de SIA, es una organización nacida en el seno del Movimiento Libertario; henchida de humanismo y pletórica de sentimientos delicados y como tal ha de desarrollarse y robustecerse alimentada por la insuperable savia de las organizaciones que la engendraron».

Era, pues, bajo estas bases de trabajo humano y solidario que iba a empezar mi trabajo en el Consejo Nacional de SIA.

Mi primer contacto fue la presentación de Ángel Aransáez Cacicedo, responsable de la Sección del Combatiente. Este compañero había sido delegado en representación del Comité Peninsular de las Juventudes Libertarias, que más tarde pasaría a denominarse Comité Nacional de la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias). Era en esta sección, donde iba a formar parte, en la que también estaba otra compañera, llamada Enriqueta Calcina.

Aransáez era joven y dinámico; había llegado a Barcelona, con sus padres, hermanos y su compañera Julia Hermosilla, refugiados del Norte. Julia que se encontraba en estado de gestación, el 10 de octubre de 1937 daba a luz una niña, a quien dieron el nombre de Vida. Anteriormente, habían formado parte del Consejo, Gallurralde Aniceto de Guipúzcoa y Francisco Aumatell.

Las secretarías estaban compuestas por el secretario general, Mateo Baruta Vila y su secretaria, enfermera de profesión. Las compañeras Cristina Kong, secretaria de relaciones extranjeras, Lucía Sánchez Saornil, prensa y propaganda y su secretaria Mery Barroso, eran las que representaban el secretariado internacional. A Lucía y Mery ya las conocía, porque a su vez eran militantes activas de Mujeres Libres. Cristina Kong era de origen polaco, dominaba varios idiomas. Estudiante de medicina, cuando se enteró de la revolución española, se trasladó a Barcelona. Poco tiempo después se unía con Mateo Baruta. La secretaria de contabilidad estaba a cargo del compañero José Carrasquer (padre). En la secretaria de asistencia social estaba Áurea Cuadrado, que más tarde ocupó un cargo de responsabilidad en la Maternidad Luisa Michel, situada en el Paseo de Gracia. Áurea dejó la Maternidad de nuestra barriada, para hacerse cargo de dicha secretaria, siendo reemplazada por la maestra racionalista Pilar Grangel, quien antes de la guerra había tenido

una escuela junto a su compañero Ferrer. Por aquel entonces tenía a su cargo la Academia Pestalozzi [\(31\)](#) en la barriada de Sants.

Había en el Consejo de SIA una secretaría de paquetería que consistía en confeccionar paquetes para los diferentes frentes. De ello se ocupaban las hermanas Carmen y Araceli y la ex compañera de Toryho, de la que no recuerdo el nombre. Estos paquetes eran solicitados por las Brigadas o Secciones del frente y su contenido era repartido entre los combatientes. Otras veces eran entregados directamente por una Delegación del propio Consejo acompañado por un grupo de muchachas, en particular de la Agrupación de Mujeres Libres, pasando el día en compañía de los soldados, en la lucha por la Libertad.

Se disponía de dos vehículos para trasladarse a los frentes, en caso de necesidad y, para las guarderías que estaban bajo la protección de SIA. La sede del Consejo era constantemente visitada por muchos compañeros, entre los que recuerdo Riquer Palau y Floreal Ocaña, maestros racionalistas, así como el excelente tribuno Paulino Diez, con los que salí más tarde de propaganda.

En el Consejo se había recibido como donativo de los compañeros de Suiza, una ambulancia equipada con todo lo necesario. A los pocos días de haber tomado posesión en mi nuevo empleo, el secretario nos reunía para darnos a conocer que disponíamos de una ambulancia y debíamos ponerla en servicio en caso de necesidad. Había chófer, pero faltaban camilleros o camilleras para recoger a los heridos, cuando el rugir de las sirenas, rompiendo el silencio del aire, advertían de los constantes bombardeos.

La secretaria de Baruta, que era enfermera, de inmediato se ofreció voluntaria. Aunque yo no lo era, pensé que también podría aportar ayuda solidaria a los heridos y me dispuse a colaborar con ella. Nadie más se manifestó.

Los primeros días estuve un poco desorientada. La labor a realizar era sencilla, mucho menos complicada de la que yo había desempeñado hasta entonces. Sin embargo, era una labor de urgencia, en la que pronto me puse al corriente.

Llevábamos una correspondencia bastante nutrida con los frentes. Moralmente, era como un alimento espiritual que no debía faltarles. A veces, los soldados llegaban en el preciso momento en que nos marchábamos y, debíamos indicarles un lugar para comer; alguna vez si alguno llegaba después del mediodía y todo estaba cerrado, había dado mi bono para que pudiera ir a los comedores populares, donde debía entregar el ticket para la comida o la cena. De manera que aquella comida me la saltaba.

Ellos, los combatientes, también debían quedarse más de una vez a dieta — pensaba yo— cuando los combates no cejaban y como postre, en plena lid, no tenían más que la visión sangrante de las trincheras.

Las compañeras de la Federación Local de Mujeres Libres de Barcelona me pidieron que dedicara unas horas más a la misma, o sea que a la salida del trabajo acudiera de inmediato a la Agrupación, con el fin de ayudarlas.

—No puedo —les dije— tengo una hora convenida para terminar la asignatura de taquigrafía.

—Lo dejas —me contestó una de ellas—, si cada una de nosotrasuviéramos que dedicarnos a estudiar, no haríamos nada por la revolución. Primero hay que acudir al inmenso trabajo que nos ocupa.

Me sentí profundamente zaherida, al pensar que sólo una hora que dedicaba para mí —y no todos los días— robándola al descanso y al sueño, me lo reprochaba. Y como lo hacía con tanta vehemencia, casi creí que tenía razón. Pero al llegar a casa, pensé serenamente que debía continuar estudiando y terminar el curso, que teníamos pocas personas preparadas culturalmente para afrontar muchas necesidades en todos los órdenes. La prueba de ello la teníamos en el Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, donde habían tenido que recurrir a emplear personas competentes en contabilidad, pero que no compartían en nada la labor a la que nos entregábamos.

Con SIA se hicieron varias visitas a los frentes, a Unidades cuyos soldados estaban de descanso en la retaguardia, a los hospitales de Barcelona y sus alrededores. Era escalofriante ver las salas repletas de enfermos y heridos en

las camas de campaña, casi pegadas unas a otras, siendo muy difícil pasar entre ellas, lo que nos hacía ver a los heridos apresuradamente y a la vez percibir sus miradas resignadas o vacuas. Otros parecían suplicarnos en silencio. A muchos de ellos, seguramente, en el curso de la noche, la luz se les apagaría por completo.

En los hospitales de sangre improvisados, donde los heridos convalecían, SIA organizaba festivales. En un hotel de Sitges se preparó uno de ellos. Esta tarea nos era más grata, pues para aportarles un poco de tranquilidad y distracción, debíamos buscar la colaboración de músicos, artistas y rapsodas, que venían de buen agrado a participar en esa labor solidaria y artística.

La Abadía de Montserrat también se convirtió en un hospital de sangre. En ella se organizó una velada para los heridos. La visita se hizo en domingo como era costumbre. Además del grupo de compañeras que venían con nosotras, en particular de Mujeres Libres, íbamos acompañadas de un periodista y un cineasta que filmó un cortometraje, que más tarde se proyectó en las *Actualidades* [\(32\)](#) de los cines de Barcelona, dando a conocer con amplitud las actividades de SIA, presente en estas visitas, así como el Consejo Internacional.

También en la prensa se publicaban noticias frecuentes de estas visitas [\(33\)](#):

SIA VISITA A NUESTROS HERIDOS

El pasado domingo, SIA efectuó unas visitas a nuestros compañeros hospitalizados, a los cuales, además de hacerles entrega de gran cantidad de propaganda de esta Institución, se les obsequió con un excelente festival, en que tomaron parte la tiple Mercedes Casas, la bailarina Maruja Gil y el rapsoda Manolo Gómez, que recitó varios poemas en la forma en que nos tiene acostumbrados, prodigando el fraternal auditorio verdaderas ovaciones a todos los artistas.

Tuvimos ocasión de saludar al gran recitador, quien nos rogó trasladásemos un saludo a todos los combatientes, dedicándonos un autógrafo que dice:

¡ADELANTE, MUCHACHOS! ¡LA VICTORIA ES NUESTRA!

También el secretario de SIA española, Mateo Baruta, leyó un corto mensaje.

"A los compañeros de la 26 División que tanto quieren nuestra SIA, les mandamos saludos fraternales en la confianza de la victoria final".

Agradecemos en nombre de todos los combatientes, sus palabras, asegurándoles continuar siendo acreedores de ellas.

Derroche de energías, esperanzas frustradas, vidas cercenadas, sacrificios inútiles que se hundían en el vacío. Y sin embargo, creíamos en la victoria.

Entre los diferentes hospitales y centros donde había heridos y enfermos que llegaban de los frentes, recuerdo el hospital de la Bonanova, el de Rumania, la Clínica Platón, el Orfelinato Ribas, el Hospital de San Pablo, etc.

Algunos de los hospitalizados tenían a los familiares, madres o esposas en el sector de Levante o Madrid, después del corte que se produjo por el sector de Agua viva y Nules, hasta llegar al mar Mediterráneo, el trabajo específico de entrar en contacto con los familiares le incumbía a la compañera Áurea Cuadrado. Algunos de los refugiados de los frentes de Aragón estaban repartidos en varios refugios de Cataluña. También se ocupaba de visitar a las madres o esposas de los desaparecidos o muertos, interesándose por las situaciones morales o pecuniarias de cada caso, de manera que SIA pudiera ayudarles en sus más apremiantes necesidades o problemas.

Cuando nos desplazábamos a los pueblos de Cataluña para la constitución de algún local de SIA, aprovechábamos la ocasión para visitar algunas de las admirables colectividades, cuyos responsables eran compañeros idealistas que se entregaban con abnegación a las tareas agrícolas o industriales, en las que ponían todo su empeño y capacidad. Aunque, no todas las colectividades ni todos sus componentes tenían la misma predisposición ni concepto de la ayuda mutua.

En el secretariado del Consejo se celebraron frecuentes reuniones de todas las secretarías para fijar objetivos y examinar asuntos que se presentaban a cada instante, y a los que era necesario dar solución con el acuerdo de todos. Cada una de las secretarías tenía responsabilidades directas y específicas, no obstante, se concertaban y apoyaban mutuamente en todas las decisiones.

Como las sirenas rugían a menudo, la enfermera y yo hicimos varias salidas con la ambulancia; el chófer era un compañero de origen ruso. En realidad, trabajábamos, andábamos y dormíamos en donde quiera que nos hallásemos, con la espada de Damocles amenazando nuestras vidas.

De las veces que salimos como camilleras, en dos de ellas rocé la muerte de cerca, y me quedaron grabadas en la memoria durante mucho tiempo. Las salidas que hicimos con la ambulancia fueron casi siempre al puerto de Barcelona, en el que las escuadrillas fascistas dejaban caer sus cargas mortíferas sin contemplación alguna.

Una de ellas fue en los almacenes del puerto, que alcanzó a la vez un barco inglés que estaba amarrado en el mismo. Las bombas se desplomaron sobre el barco, incendiando la popa. A nuestra llegada, los bomberos empezaban a desplegar sus mangueras para apagar el fuego. En uno de los grandes almacenes cercanos a la embarcación también las bombas incendiarias habían atravesado el tejado; una de ellas quedó empotrada en el centro del suelo del almacén, sin explotar. Era alargada, ardía y dejaba escapar unas llamas no muy altas, de un verde azulado y rojo en su base. Nadie había entrado en dicho depósito, en el que se hallaba acumulada gran cantidad de hierros de todas clases, pero yo, preocupada por si podía haber algún herido, atravesé el cobertizo de un lado a otro, mirando con atención para poder cerciorarme que no había nadie. Cuando llegaba cerca de la puerta de salida opuesta, oí correr detrás de mí, y, antes de que tuviera tiempo de volverme, una mano vigorosa me agarró por el brazo izquierdo para arrastrarme con violencia fuera del almacén. Apenas llegábamos a las puertas que se abrían indistintamente hacia los dos lados, una estruendosa deflagración nos arrojó al suelo. Aquella bomba que ardía empotrada en el pavimento acababa de explotar. Alguien se dio cuenta de mi atrevimiento y cuando advirtió el peligro que podía correr atravesó corriendo para sacarme al exterior.

Otra vez, en el mismo puerto, encontramos a una mujer vestida de negro al borde del malecón. Tenía la mirada extraviada y estaba inmóvil, con gran precaución la pusimos en la camilla. Como se oyeran gritos más lejos, nos dimos cuenta que ascendía una espesa nube de humo y, decidimos ir hacia allí. Nos necesitarán, pensé. Apresuradamente fuimos hacia la humareda. Entramos en el espesor de la nube de humo, que ya se desplazaba hacia el exterior. Mezclado entre el humo y el polvo vi a un hombre que corría hacia nosotros, sucio de sangre, los cabellos en alto, gesticulando. Se adivinaba que quería gritar pero la voz no le salía de la garganta. Parecía un demente escapado de algún infierno. Cayó desplomado. El humo era cada vez más denso, impidiendo se pudiera ver a más de un metro. Me volví para consultar a mis compañeros y me di cuenta que no estaban. No podía cargar con aquel cuerpo corpulento ni tampoco tenía a mi alcance nada para prestarle socorro inmediato, pues nuestra misión era la de recoger a los heridos con el mayor cuidado y diligencia y conducirlos al Hospital Clínico con toda celeridad.

Al encontrarme sola, me desorienté, en aquella especie de tiniebla igual podía irme derecha a las aguas del puerto. Pronto me situé. Todo sucedía en fracciones de segundos. Detrás de mí se abría un túnel con una luz opaca en el fondo. Impotente ante tanto horror, volví hacia atrás, hacia aquella luz. Cuando mis compañeros me vieron llegar me dijeron que no podíamos hacer nada. Llegaban ya varias ambulancias. Con la mujer herida que habíamos recogido y colocado en la ambulancia, nos dirigimos al Clínico. Antes de cruzar el umbral ya había dado el último suspiro. La deflagración de la bomba, a pesar de estar lejos, le había reventado todos los vasos sanguíneos y la sangre fluía por todos sus poros como gotas de rubí.

Las personas que fueron llegando al muelle se vieron inmovilizadas siendo imposible acercarse en aquellos momentos. Las bombas incendiarias habían caído en la misma boca del refugio situado cerca de la plataforma del muelle.

POR LOS CAMINOS DE LA SOLIDARIDAD

Para abrir nuevos locales de SIA y para actos de afirmación de nuestros postulados, continuamos nuestras salidas por la región catalana. Mencionaré dos de ellas, por motivos bien distintos, pero que creo conveniente evocar.

La primera fue en una de esas visitas que solíamos hacer, conjuntamente con la Sección del Combatiente y el secretariado del Consejo. La delegación estaba compuesta por el secretario Barata, Cristina Kong y alguna otra compañera que se había unido a nosotros y de la que no recuerdo el nombre.

Nuestro desplazamiento fue a un pueblecito de la provincia de Tarragona, cuyo delegado de SIA, después de haber reunido a sus adherentes en el local y celebrar una reunión de información seguida de un corto debate, nos hizo visitar la colectividad del pueblo que había organizado junto con otros compañeros y compañeras. Este militante cenetista era padre de una familia numerosa y sus hijos iban a su alrededor como las abejas a la flor del romero.

Nos contó el proceso de la colectividad, la labor realizada en ella y la aportación e interés de todos los colectivistas.

De su semblante transcendía una especie de paz y de serenidad, y se adivinaba en él, al humanista dispuesto a colaborar en todo cuanto fuera necesario para mejorar las condiciones de trabajo y el bienestar de sus compañeros. Su presencia y sus palabras eran como un bálsamo en aquellos días de tanta inquietud y nerviosismo. ¡Me fui maravillada!

El primero de julio de 1938, el Comité del Socorro Rojo hacía una proposición, dirigida a los representantes del Frente Popular, Comité de Enlace CNT-UGT, Comité Regional de SIA, Comités Nacionales de la Unió de Dones de Catalunya y Mujeres Libres, Comisariado del Ejército, etc., para que el día cuatro del mes en curso pudiéramos reunirnos e iniciar la constitución de un organismo de coordinación a fin de encauzar la conmemoración del 19 de julio.

Se me delegó para asistir a tal reunión en representación del Consejo de SIA. En dicho encuentro no vi temario de discusión establecido por sus iniciadores, a fin de poder recoger opiniones distintas y enfocarlas hacia la finalidad

perseguida. Siempre se oían las mismas voces. No pude saber a quienes representaban las delegaciones presentes. Expresé someramente el sentir del Consejo, tomé algunas notas y, sin poder tomar parte en el debate, por su desconcertante desarrollo, me marché disgustada. Sus organizadores, tenían una inmensa obsesión y prisas en imponer sus criterios, cuando lo que precisaba era aunar ideas y sugerencias para organizar, en nombre de todos, dicha conmemoración.

El mes anterior, el Consejo había abierto una suscripción, cuyo importe debía ser invertido en objetos y cosas útiles para ser entregados a los combatientes del frente de lucha. A la misma contribuyeron el Comité Nacional de la CNT, con un donativo de 7.500 ptas., el Comité Nacional de la Federación Anarquista Ibérica, con 2.000 ptas., el Peninsular de Juventudes con 2.000 ptas. y el Comité Nacional de Mujeres Libres con 1.000 ptas.

Los hombres de la Confederación siempre manifestaban una solidaridad permanente. Más tarde, la 118 Brigada aportaba la suma de 10.000 pesetas para contribuir a los gastos del Pleno Regional que había de celebrarse los días 20 y 21 de julio.

El 3 de julio organizamos un festival en el Liceo de Barcelona a beneficio de las guarderías que SIA tenía bajo su tutela. En esta ocasión, la 38 Brigada hizo una donación sustanciosa para aumentar dichos fondos.

Para dar a conocer más ampliamente la labor realizada, el día 10 de julio, el Consejo organizaba un importante mitin en el teatro Romea, presidido por el responsable de la Sección del Combatiente, Ángel Aransáez, en el que tomaron parte la compañera Natividad Mulet, Manuel Pérez y Serafín Aliaga.

El 19 de julio, la Asociación Protectora de L'Ensenyança Catalana, para destacar un día tan significativo, ofrecía un importante lote de libros para que fueran distribuidos entre los combatientes.

Para todos era una época de solidaridad. Los soldados de la 26 División recaudaron fondos destinados a los refugiados que habían tenido que abandonar sus hogares en el frente de Aragón, aquellas personas que tanto les habían ayudado, gesto que me hacía recordar las palabras de mi padre.

Los Grupos de Cultura de la 26 División confiaron al Consejo las siguientes cantidades:

Primer Batallón de la 119 Brigada Mixta, 4.574 ptas.; Segundo Batallón; 8.000 ptas.; 121 Brigada Mixta, 158 ptas.; Tercer Batallón de la 119 Brigada Mixta, 1.750 ptas. Estas cantidades se ingresaron en una cuenta ya abierta con 44.380 ptas., con un total de 58.860 ptas. Ello daba prueba de la atención y preocupación de los combatientes de primera línea para los refugiados de Aragón repartidos por la región catalana, llegando a la cantidad de 137.132 pesetas, a primeros de agosto. Esta suscripción quedó cerrada a mediados del mismo mes con nuevas aportaciones.

El 31 de julio se había inaugurado la exposición "Dos años de actividades", organizada por Mujeres Libres, en el salón de la Pinacoteca, calle Pí y Margall, 34. Esta exposición se vio muy concurrida. Entre otras personalidades se recibió la visita del Ministro de Instrucción Pública, Segundo Blanco, del Secretario de dicho Ministerio, Puig Elías y de la Directora de Enseñanza, quienes mostraron gran interés por la misma.

Entretanto los periódicos anunciaban las raciones de alimentos a los que la población tenía derecho: 100 gramos de habichuelas por persona, al precio de 2,20 ptas. el kilo, así como el pescado que se distribuía en días laborables y festivos. A la vez las multas a los acaparadores de la Quinta Columna iban acumulándose.

Las actividades del campo se intensificaban en toda España republicana, tomando parte activa las mujeres.

Los raids de la aviación fascista se multiplicaban y en la primera quincena de agosto diez trimotores procedentes de Mallorca, a las 12 del mediodía, arrojaban en el puerto más de medio centenar de bombas.

Poco tiempo quedaba para pensar en el pasado, pero alguna vez recordaba los primeros días de la revolución, con las charlas y debates organizados en el comité revolucionario de la barriada, del que formaba parte. Guardaba aquella imagen de comprensión y tolerancia entre los hombres, junto a una rectitud moral sin tacha. Tenía fe y admiración por todos aquellos colectivistas y estaba

persuadida que todos trabajaban por un impulso humanitario. Su aportación a la labor revolucionaria era un bello ejemplo.

Antes de la guerra jamás había oído hablar o exponer ideas tan claras y que penetraran tan hondamente en mí, por lo que veía un mundo idealizado al que quería fundirme y olvidar los malos ratos pasados.

Así pienso yo —me decía a mí misma—. Esa es la abnegación que todos debemos a la revolución si queremos que triunfe.

Entre las muchas anécdotas que me quedaron grabadas, destaca una por lo trágico del hecho. Fue en el curso de un desplazamiento a la provincia de Barcelona.

Se había convocado una Federación Local de SIA y se había solicitado al Consejo la presencia de unos oradores para el día de la inauguración, con el fin de que diesen a conocer a sus adherentes las finalidades y objetivos de la sección.

El citado domingo nos reunimos los compañeros Floreal Ocaña y Riquer Palau, ambos maestros racionalistas y excelentes oradores. Riquer Palau, aportaba su experiencia personal sobre el problema de la enseñanza y había publicado un buen trabajo en *Estudios*, núm. 126, de febrero de 1934.

Temprano, subimos al tren en la Plaza de Cataluña, para trasladarnos a una localidad donde nos tenían que recoger en la estación, unos compañeros que debían conducirnos a la Local, y allí esperar que una delegación del pueblo viniera a recogernos en un camión.

A la salida de Barcelona, una vez más se dejaron oír las sirenas. Cuando estábamos cerquita de donde debíamos apearnos, oímos terribles explosiones. No sabíamos si en realidad íbamos a llegar a nuestro destino en tren o a pie. Llegados a la estación, ya nos esperaban y nos informaron que la aviación había hecho mucho daño en los alrededores, pero que el pueblo no había sufrido ningún contratiempo.

Nos acompañaron a la Local. Esperamos largo tiempo, se intentó comunicar por teléfono, pero no hubo manera de conseguirlo. Ya cerca del mediodía nos

informaron que la carretera por la que teníamos que pasar había sido labrada por las bombas pocos minutos antes de nuestra llegada.

En el pueblo donde nos hallábamos también debían inaugurar un Centro Cultural y esperaban una delegación de la Generalidad de Cataluña, la que debía llegar de un momento a otro.

Nadie acudió. La atmósfera estaba triste. El bombardeo había tenido eco hasta Barcelona, haciendo desistir a los delegados de la Generalidad, por lo que a la hora de comer, ocupamos la plaza de las vacantes en el pequeño banquete que en el hotel se había preparado para ellos.

Después de la comida, regresamos a la estación. Al llegar, pasaba un tren inesperado. Subimos al vuelo sin billete. Pensábamos pagar al revisor pero no pasó. Al llegar a Barcelona la noche había caído. La parsimonia que llevaba el tren, debido a los bombardeos, hizo que el viaje se alargara mucho más de lo previsto. Como había un gran gentío y no teníamos ganas de aguardar más, Palau incitó a Ocaña a que pasara el primero, después él y luego yo. Advirtiéndome que si me decían algo él indicaría que, yo era su secretaria.

—Yo llevo el carné de periodista y paso por todas partes — explicó.

En efecto, el bueno de Ocaña pasó entre la multitud de viajeros, pero el empleado, ojo avizor, corrió tras él para pedirle el billete, lo que nos permitió pasar sin que nadie nos pidiera nada. Fue una picardía por nuestra parte, pero, ¿cómo iba a creernos que solamente habíamos hecho un recorrido de 50 kilómetros?

En realidad, el valor material era lo menos importante; además, los gastos de desplazamiento corrían a cargo del Consejo, pero teníamos grandes deseos de terminar nuestro desquiciado viaje y salir pronto al aire libre, si bien, tampoco sabíamos la sorpresa que nos esperaba.

En la secretaría de asistencia social, cada día se acumulaba más trabajo. Los desaparecidos en los frentes, los muertos, los refugiados que llegaban sin cesar, la preocupación constante de aquellas familias que iban a consultar a Áurea, con la esperanza de encontrar solución a cada uno de los problemas que le presentaban, eran incesantes.

En la secretaría de contabilidad, sin ser un trabajo abrumador, Carrasquer, competente en su trabajo y con una excelente organización, no cesaba en su tarea. Carlos Sanz, quien después que yo me marchara del Comité Regional, indignado por lo ocurrido abandonó la plaza, le ayudaba cuanto podía. En la secretaría de paquetería, el trabajo era penoso. Los soldados que llegaban de los frentes, como no tenían horas, a veces se presentaban cuando nos íbamos a comer y había que servirles de inmediato, o sea, prepararles los paquetes que solicitaban.

Esa acumulación de problemas determinó una protesta. De solución difícil, a no ser que organizara la Secretaría de paquetería por turnos, o bien dejar una permanencia a las horas del mediodía y prolongarla por lo menos una hora más tarde después del cierre de las secretarías, pero faltaba personal. Las empleadas en esta sección querían marchar a sus hogares a la hora establecida. Las unas solteras, las otras casadas y con familia, era lógico que reivindicaran su horario, pues tenían el ansia de llegar a sus domicilios para estar con los suyos.

Se presentaba un engorroso problema al que había que dar solución y, ello no podía ser más que con la voluntad de todos. A esta situación venían a añadirse los bombardeos diarios alrededor de las doce del mediodía. Cuando las sirenas rugían, los transportes quedaban paralizados, agregando a ello las grandes distancias de la mayor parte de delegaciones o empleados, para alcanzar el domicilio y poder regresar a nuestro trabajo. Este era otro de los dilemas, en particular cuando las personas habían entrado en la rutina diaria, olvidando en ciertos momentos que estábamos en guerra, a no ser por los bombardeos.

Todas las cosas tienen anverso y reverso y hay que analizarlas objetivamente para poder situarlas en el lugar más apropiado, sin choques. Se solicitaron firmas de las diferentes secciones para hacer una petición al Consejo. Fui de las primeras en firmar, convencida de que los motivos que alegaban eran validos... Se presentó al secretariado y nos reunieron para que expusiéramos las quejas. En principio, para apoyar la gestión que creíamos justa, solamente pedimos la palabra dos personas. El secretario nos habló de

lo que también era una realidad que, al parecer, no habíamos tenido en cuenta: los soldados de los frentes de guerra no tenían horarios fijos.

Es verdad que habían transcurrido ya muchos meses desde el 19 de julio del 36 y, que el vocablo revolución, para una gran mayoría, se había desvanecido. Eso hacía que por momentos se olvidaran de los hombres que estaban en primera línea de fuego, sometidos al continuo e infernal fragor de los cañonazos y bombardeos. Esa exigencia ya no se producía solamente en nuestras secciones, sino también en fábricas y talleres donde se fabricaban productos de primera necesidad para la guerra y que, frecuentemente, se hacía necesario acelerar la producción para poder abastecer los frentes.

¿La guerra? La guerra también era para muchos la inquietud del presente en los momentos de los bombardeos y la penuria de alimentos. Algunos se habían volcado al sálvese quien pueda, con el mercado negro y las exigencias cotidianas personales.

El entusiasmo revolucionario entre los que habían gritado ¡Viva la República!, en los primeros tiempos del alzamiento fascista, se había ido matizando por las condiciones excepcionales en que todos nos encontrábamos, sin tener en cuenta la fuerza del enemigo y dejando en el olvido, consciente o inconscientemente, el sacrificio que tenía que unirnos con los combatientes que luchaban en las trincheras. Algunos se escabullían, o presentaban problemas. Es verdad que muchos de aquellos compañeros que hubieran mantenido la moral en pie, se hallaban en primera línea de fuego o, tal vez, ya no formaban parte de los mortales.

También estaban aquellos que no podían ocultar que deseaban la victoria del fascismo. El miedo a la muerte y las personas sin escrúpulos, también incitaban a que se tirase todo por la borda.

La tenacidad y el desinterés no eran dotes de la mayoría, no importa en la clase social que se encontrara.

De manera que se reconsideró la situación y, por último, la Sección del Combatiente asumió la responsabilidad de hacer frente a las eventuales visitas de los soldados de la libertad que pudieran llegar al Consejo a deshora.

Como es natural, el humanismo y la ideología es perenne en el pensar y en el sentir del ser humano que lleva en sí la llama del idealismo. Lo que creó un vacío, fueron aquellos que, rebeldes de primera hora con la esperanza inmediata de un cambio favorable a sus aspiraciones, se despreocuparon después cuando debían continuar con abnegación hasta la victoria final. Y mientras unos redoblábamos de altruismo, para que nuestras finalidades y convicciones llegaran a dilatarse y, la participación de cada uno fuera el núcleo de la inmensa corola que desparramara el perfume embriagador de la Paz y la Libertad por nuestro pueblo ibérico, los demás trababan nuestra labor.

Cuán difícil era encauzar por buen camino este final de verano del 38, no ya por el trabajo, que exigía cada vez más de nosotros, sino por los bombardeos constantes que paralizaban toda Barcelona y sus alrededores. Uno de aquellos días las bombas cayeron frente al Consejo, al otro lado del paseo Pí y Margall. Después del susto, cuando salimos se percibía un fuerte olor de carne quemada y pudimos comprobar, con horror, que trozos de cuerpo humano se habían quedado colgados en los cables eléctricos del tranvía.

Cuando las sirenas rugían en aquellas noches negras y la aviación fascista sobrevolaba la capital, potentes reflectores iluminaban el cielo para descubrirla. Allí donde descargaban su arremetida de metralla, la noche se hacía más negra y el cielo escondía todas las estrellas, mientras el humo extendía su negro manto, entre polvo, crujidos y llantos. ¿Quién de nosotros faltaría al siguiente día al trabajo? Era una permanente y angustiosa interrogante. Entretanto, los bombarderos fascistas regresaban a sus bases.

Para aprovechar mi tiempo al máximo, algunas noches no cenaba. Al salir del Consejo seguía el curso de taquigrafía, el día que tenía clase, si es que en el momento del curso no había bombardeo y, desde allí, hasta la Federación Local de Mujeres Libres para ayudar a las compañeras. Las actividades de las Juventudes Libertarias habían mermado mucho, por falta de juventud. Una mayoría de compañeros muy jóvenes habían decidido tomar las armas voluntariamente e integrarse en la 26 División y otras unidades confederales. De manera que cuando llegaba a casa tenía más ganas de dormir que de comer, a pesar de las privaciones que teníamos a causa de la escasez de alimentos de toda clase.

En una de nuestras visitas al frente, organizadas por el Consejo, antes de que llegáramos a la Unidad donde nos dirigíamos, por el camino tuvimos varios tropiezos, sin gravedad alguna, pero con cierto trastorno moral.

El militante Saturnino Aransáez, padre del compañero Ángel Aransáez, era responsable de una fábrica de hebillas para los cinturones destinados a la indumentaria de guerra, que estaba situada entre Muntaner y Pí y Margall. Un grupo de obreras tuvo la iniciativa de recoger fondos entre todas, para adquirir mercancías que pudieran ser útiles a los combatientes y entregarlas ellas mismas a una Brigada de la 26 División, pasando el día al lado de los soldados.

Para organizar esta expedición, el encargado de la fábrica vino a entrevistarse con los responsables del Consejo Nacional de SIA, que debían responsabilizarse de la adquisición de las mercancías y organizar las salidas de los autocares.

La Sección del Combatiente adquirió, con los fondos recogidos, el material necesario para que fuera repartido.

De acuerdo con el Jefe de la Brigada, se dio cita para un domingo determinado. Los autocares iban repletos de juventud femenina, entre ellas Julia Hermosilla Sagredo, compañera del delegado de la Sección del Combatiente, la que también trabajaba en dicha fábrica. Valerosa mujer, quien durante nuestro éxodo ayudó con valentía a los resistentes de España por el paso de Hendaya, trasladando propaganda hacia el interior durante la estancia de Franco en el poder.

Contentas todas de pasar un día en el frente, cerca de la primera línea de fuego, en compañía de los combatientes y poderles entregar el producto de lo que ellas habían recogido con tanto amor, con la ilusión que ese día fuera una jornada de paz y de fraternidad entre todos.

Formaban parte de esta expedición dos compañeros, el responsable de la fábrica, Aransáez y el compañero Juan Expósito, maestro racionalista, que debían tomar la palabra ante los soldados y yo, que llevaba la delegación del Consejo Nacional. Aunque la distancia era larga, hubiéramos podido llegar al frente a una hora razonable, pero cerca del lugar al que íbamos uno de los

autocares sufrió una importante avería, siendo imposible continuar el viaje en tales condiciones.

Habíamos llegado a la entrada de un pueblecito de retaguardia, donde la 26 División tenía el Cuerpo de Tren y tropas en descanso. Nos dirigimos a uno de los responsables y le informamos de nuestra situación requiriendo un mecánico que pudiera reparar la avería. Vino con diligencia y después de haber visto de qué se trataba nos dijo que la reparación no era posible. Faltaba una de las piezas que había de cambiarse y no la tenían a su disposición, informándonos que tendríamos que esperar hasta el día siguiente para seguir nuestro viaje. Comprendimos que al no llegar a destino el mismo día y, esperar la reparación al día siguiente domingo, no era posible llegar a tiempo, pues las obreras debían estar presentes el lunes en la fábrica, más cuando ya habían abandonado el trabajo el sábado por la tarde.

Nos dirigimos al puesto de mando, Expósito, Aransáez y yo, y hablamos con Fabián Moro Esteban, responsable de aquel sector, para darle a conocer nuestras preocupaciones y la necesidad que teníamos de llegar, aunque fuera tarde, a nuestro destino. Si debíamos pasar la noche allí, nuestra expedición había fracasado. El compañero Fabián Moro, con gran rapidez encargó a los mecánicos del Cuerpo de Tren que pusieran todo en marcha para arreglar el motor y que no lo dejaran hasta terminar, aunque fuera a altas horas de la noche.

Estábamos en una pequeña población ocupada por el Cuerpo de Tren y las tropas de la 26 División, cuyos vecinos habían tenido que exiliarse. Teníamos el problema del tiempo, que nos había caído encima y las muchachas no podían estar toda la noche sentadas en el autocar, esperando a que la avería pudiera estar reparada. Pedimos si había medios para descansar en algún lugar, pero no había ninguna casa amueblada ni con simples camastros.

—¿No podrían dormir en algún local, aunque fuera en la paja? —inquirimos.

Fabián Moro reflexionó, hizo que esperáramos en su secretaría y se marchó a consultar con alguien.

Una vez aparcados los dos autocares, los mecánicos y nuestros dos chóferes se pusieron de lleno al trabajo.

Al cabo de unos minutos, Fabián Moro regresó, informándonos que había dado órdenes para transportar unas balas de paja a la sala de la Alcaldía, para que se pudiera descansar durante la noche.

Allí fuimos todos. Una vez esparcida la paja por los suelos y, las compañeras acomodadas, con Saturnino y Expósito nos volvimos para ver cómo iba el curso del trabajo. Nos preguntaron si íbamos a dormir; mis compañeros contestaron que querían estar alerta en el avance de la reparación y me quedé con ellos. Llevaba la responsabilidad del Consejo y debía velar, siguiendo de cerca el momento en que pudiéramos reemprender el viaje. Después de cerciorarnos de que todo seguía su curso con diligencia, para llegar lo más pronto posible a destino, nos fuimos al secretariado. Todo muy sencillo, una habitación con una mesa de despacho no muy grande y unas sillas, las justas para sentarnos. El compañero Fabián Moro nos hizo servir un café muy caliente. Le preguntamos si no se retiraba a descansar y nos dijo que nos haría compañía hasta que pudiéramos marchar tranquilos. Cosa que agradecemos sinceramente. Los cuatro en plan de espera entablamos un diálogo sobre el amor libre. Cada uno de nosotros se manifestó según su forma de ser, no sin rozar un tanto nuestra sensibilidad, pues a pesar de que la finalidad era la misma, en la forma en que se enfocaba el amor libre, según mi criterio, me parecía que le faltaba espiritualidad. Ese sentimiento que nace del amor puro y que tiene tanta importancia en el cariño de cada uno. Entendía yo, que nada debía ser forzado ni logrado por coacción, en particular, si en realidad nos sentíamos ser tan libres como para determinar cada uno por sí mismo, sin inhibirnos de esa atracción natural entre el hombre y la mujer, para ofrecernos de común acuerdo y en cualquier momento, al acto sexual sin ninguna presión o avasallamiento del hombre sobre la mujer. La libertad concierne a ambos, en todos los aspectos.

El diálogo fue animado, discutíamos con pasión especialmente, cuando defendí con calor mi manera de apreciar el amor libre. ¿Sería porque estaba apasionadamente enamorada?

Cuando el alba apuntaba, después de haber hecho varias veces el trayecto hasta el autobús, vinieron a anunciarnos que la reparación había terminado.

Fuimos a despertar a las compañeras, que en un momento estuvieron sentadas en los autocares. Al despedirnos de los compañeros y darles las gracias por su diligencia, Moro me pidió que continuáramos el diálogo por correspondencia, a lo que accedí.

Aquel día tenía que procurarnos otros desencantos. Los autocares ya en marcha, a no tardar alcanzábamos el puesto de mando de la 26 División, en Artesa de Segre, no lejos de la primera línea de fuego.

A nuestra llegada, el día aún no había amanecido del todo. Nos esperaban y nos hicieron pasar a los comedores de campaña, mientras los cocineros se levantaban y preparaban el desayuno. Al no haber descansado en buenas condiciones, todas sentíamos frío y una taza de café recién hecho nos iba a sentar de maravilla. Algunas compañeras se dejaron caer sobre los bancos, adormiladas otras, con los codos sobre las mesas se sostenían la cabeza, con los ojos cerrados.

Junto a Juan Expósito y Saturnino Aransáez, salimos en busca de los responsables para organizar el empleo del tiempo durante el día y enfocar de la mejor manera la misión que nos habían encomendado.

Cuando regresábamos a los comedores, las jóvenes salían corriendo. Algunas lloraban. Preguntamos qué estaba pasando y pronto nos pusieron al corriente. Los soldados que iban levantándose al pasar por los comedores para tomar el desayuno, intentaron manosearlas. A la reacción de ellas, las insultaron diciéndoles que, naturalmente a ellos no los aceptaban porque eran soldados, si hubieran sido jefes...

Ante tales despropósitos me indigné y entramos de nuevo a los comedores, pero aquellos soldados atrevidos e incorrectos habían desaparecido.

—¡No lloréis! —les dije—. Hemos venido a pasar el día con los combatientes y si se han mostrado tan descomedidos, ignoramos si, quizá tienen sus razones. Somos nosotras las que hemos de evidenciar quiénes somos y cuáles son nuestras intenciones y finalidades, dando el ejemplo con nuestro

comportamiento y demostrando que no nos interesan ni los jefes ni las estrellas. Probaremos que no hemos venido a disfrutar de privilegios, comiendo en las mesas del mando. Para ello nos procuraremos todas un utensilio, con el fin de recoger la comida a la hora del rancho, al igual que los soldados. Conseguir un plato, un bote, lo que se pueda, y haciendo caso omiso de la desatención que han tenido esta mañana, mantendremos nuestro propósito, pasar el día con los combatientes y no formar parte de los comensales del Estado Mayor. Cuando toquen a rancho, en grupos de tres, nos pondremos en la cola de los soldados e iremos a comer con ellos, en las chabolas disimuladas en la vertiente del verde carrascal.

Todas estuvieron de acuerdo. Una vez acabado el incidente, nos sirvieron el desayuno por etapas, pues no disponían de utensilios para todos. Fuimos por turnos. El último grupo era el de nuestra delegación. Recuerdo que en un lado de la larga mesa estaban desayunando los oficiales y, entre ellos, el Jefe de la 26 División, Ricardo Sanz.

El día había amanecido claro y el sol nos calentó un poco el corazón. La mañana pasó pronto y, siempre agrupadas, dialogábamos con los soldados que transitaban por aquella explanada, sin hacer mención alguna a lo ocurrido al amanecer aquel día. Cuando el corneta tocó a rancho, esperamos que se formara la cola y luego nos pusimos entre los soldados, como habíamos convenido.

Cada una de nosotros nos habíamos procurado plato o cacharro de lata para recibir el rancho. Tanto los soldados como el propio ranchero quedaron sorprendidos de nuestra acción, más sin chistar, nos llenaron la vasija que presentábamos. Las muchachas se distribuyeron por las chabolas, charlando con ellos sin otro objetivo que distraerlos de las horas amargas de los bombardeos y cañonazos del enemigo que no les dejaba vivir.

Nuestros delegados a quienes habíamos avisado de nuestras intenciones, no dijeron nada y comieron con los oficiales.

Martínez, un compañero de nuestra barriada, al verme, solicitó que fuéramos a su chabola. Sintiéndolo mucho le dije que no era posible, pues tenía la intención de unirme a un grupo de internacionales, que se habían

mostrado muy desdeñosos con nosotras, para dejar bien sentado quiénes éramos, y lo que representábamos en nuestro profundo sentir. Éramos mujeres, humanas y solidarias y, sólo nos animaba el deseo de aportar un poco de bienestar moral con nuestra presencia. Al ser las últimas, tanto mi compañera como yo no perdimos de vista al grupo con el que queríamos unimos, con el fin de saber en qué chabola se recogían.

El lugar donde nos hallábamos era un gran espacio de alta montaña, creo que era La Naja. Había aparcados algunos camiones y entre ellos el altavoz de la 26 División. Ricardo Sanz, después de medio siglo, aún me reprochaba que los mandos también tenían derecho a participar en una fiesta que era dedicada a los combatientes del frente.

El grupo de internacionales quedó sorprendido al ver que dos de las compañeras entrábamos en la chabola con el plato en las manos.

—No esperábamos a nadie —nos dijeron con desdén—, a la vez que nos hacían sitio para sentarnos en el mismo corro en el suelo.

—Todas no hemos podido ser las primeras para que nos llenaran el plato de rancho —contestamos.

Con la elocuencia de la juventud, no nos faltaron palabras para explicarles nuestros objetivos y, que si ellos luchaban en primera línea, nosotras, las mujeres, en la retaguardia colaborábamos y participábamos en todos los trabajos que el hombre, nuestro compañero de lucha, tenía que abandonar para incorporarse a filas, donde había que defender nuestra libertad y la República burlada y, en lo que a nosotras concernía, la Revolución.

Pronto se entabló discusión. Hablamos de lo que nos había guiado a pasar un día con los combatientes y lo que representaba para nosotras, poder aportarles nuestra fraternidad. El diálogo se amenizó y después de rebañar el bote o plato y dejarlo donde lo habíamos encontrado, volvimos a reunirnos con los combatientes que fluían por todas partes sobre la explanada situada en la ladera del bosque.

Con la Brigada formada en aquel gran espacio, los compañeros Saturnino y Expósito tomaron la palabra desde el altavoz de la División. Cuando

terminaron su alocución, cargadas con sendos paquetes empezamos la distribución de cuanto llevábamos. La tarde terminó en plena armonía. Los soldados, contentos de nuestra presencia y las jóvenes obreras, cuyas intenciones habían sido puramente benévolas y solidarias con ellos, aliviadas del mal rato de la mañana. Les comenté que, posiblemente, no toda la culpa era de los soldados en su atrevimiento e insolencia, sino de la situación en que se encontraban y de posibles visitas anteriores sin delicadeza alguna hacia ellos.

En la madrugada del lunes, después de viajar toda la noche en los autocares, llegamos a la ciudad sin incidente alguno.

En la secretaría del Consejo, días más tarde, se recibían cartas de congratulación, cartas afectivas y llenas de cariño de los soldados por nuestro comportamiento con ellos. Dando las gracias a aquellas jóvenes que habían estado presentes ese día, en una de las Brigadas de la 26 División.

Otra de nuestras visitas, me quedó gravada durante tiempo. No puedo recordar el lugar, sino que nuestro viaje se hizo por áridos caminos de montaña para ir a parar a una gran llanura donde los soldados formaron en presencia del Consejo de SIA. Estuve observando a dos de ellos que estaban situados hacia el centro y cada vez que se oía la voz "¡Firmes!", pegaban un zapatazo en el suelo, con tal furia, que era difícil esconder la rabia contenida. Sus gestos eran violentos y de despecho. Aquellos hombres, debieron aprovechar los tupidos bosques y, con la ayuda de alguna noche sin luna, cambiar de rumbo. El comportamiento era tal que me llamó la atención, pero ¿cómo adivinar si aquel nerviosismo, aquel furor mal contenido, era porque odiaban a la República y con ella su Ejército, o bien estaban en desacuerdo con el encuadramiento militar? No obstante, creo sinceramente que se trataba de lo primero.

UN VIAJE POR CATALUÑA

En agosto del 38, los combatientes de las brigadas de la 26 División, agradecidos por la acogida que les habían dado los habitantes de los pueblos de Aragón, donde se habían establecido los frentes de batalla, habiendo sido evacuados a diferentes pueblos de Cataluña, decidieron tener un gesto de solidaridad hacia ellos. Sugirieron recoger fondos y entregarlos al Consejo de SIA para que éste los convirtiera en víveres y les fueran repartidos allí donde se encontraran.

Los secretarios del Consejo Nacional e Internacional, en las personas de Baruta y Lucía Sánchez, se desplazaron a la Zona Franca de Marsella, donde pudieron adquirir los productos que los soldados de la 26 División habían solicitado. Barata y Lucía aprovecharon el viaje para procurarse otros artículos destinados a nuestras guarderías.

Una vez en posesión de las mercancías, se nombró a dos personas para proceder a su reparto: La comisión estaba compuesta por un delegado de la 26 División, Juan Agustín Aparici y una delegada por el Consejo, misión que me fue confiada y para la cual me extendieron una credencial que me acreditaba ante los responsables de los refugios que teníamos que visitar.

Con el furgón cargado, el día 7 de septiembre salíamos de Barcelona para recorrer las localidades donde se encontraban las familias refugiadas, siguiendo el itinerario de la lista que nos habían entregado.

En Tarragona, poco antes de llegar, hubo un tremendo bombardeo con numerosos heridos entre la población civil. Hacia las dos de la tarde, en Reus, mientras hablábamos con los responsables de SIA, empezaron a oírse las penetrantes sirenas de alarma y las explosiones de las bombas de la aviación fascista. Como se produjo gran confusión, les dejamos las correspondientes mercancías y la lista para que ellos mismos las distribuyeran.

El Consejo había escrito con anterioridad a los lugares donde teníamos que personarnos, de manera que ya nos esperaban.

Entre los siniestros ruidos de las bombas y las sirenas de las ambulancias, salimos de Reus, para marchar hacia Montblanc. Teníamos que alcanzar un

pueblecito, donde se hallaba un grupo de refugiados, en el que debíamos hacer la misma operación.

La carretera estaba desierta y polvorienta. Desde ella se oía la artillería, lo que indicaba que la línea de fuego no estaba lejana. Durante el penoso trayecto, cuando nos acercábamos a destino, a la vuelta de una curva, vimos en el fondo de la carretera una tanqueta que avanzaba hacia nuestra dirección. Nos quedamos helados. ¿Era un tanque fascista? Los compañeros de Reus nos habían informado que en el sector hacia donde nos dirigíamos, durante la noche, se habían producido violentos combates. Ya nos veíamos prisioneros. Entre la noche que caía y nuestra inquietud, no vislumbrábamos o, mejor dicho, no distinguíamos si el tanque era nuestro o del enemigo. Yo no entendía nada. ¿Qué hacer? El tanque seguía avanzando. Con la mirada nos interrogamos los tres.

—No pares —le dijimos al chófer—, sea quien sea, ¡adelante!

Estábamos dispuestos a todo. Si nos detenían, poco podíamos hacer, puesto que no llevábamos arma alguna, aunque sí llevábamos las credenciales que acreditaban quiénes éramos y cuál era nuestra misión. Fueron unos minutos de suspense. Cuando el tanque llegaba a nuestra altura, el delegado de la 26 División gritó: «¡es nuestro!». Los tres a la vez, respiramos profundamente. Ya nos veíamos prisioneros de los fascistas y, sin armas, no hubiera sido fácil defendernos en caso de caer en alguna ratonera, cosa que era muy posible.

Al llegar al pueblo y presentarnos en la Alcaldía, nos dimos cuenta que la mitad del mismo estaba derruido. Mucha gente lo había abandonado y la poca que quedaba deambulaba por las calles cabizbaja y triste.

Trabajo nos costó dar con el alcalde para que nos indicara dónde estaban albergados los refugiados de Aragón.

Estaba previsto hacer noche en aquel pueblo, en el que habían reservado unas habitaciones en un antiguo hotel situado en la plaza del pueblo.

El alcalde nos comunicó que había sido evacuada gran parte de la población y, con ellos, las familias de Aragón, aconsejándonos que no pasáramos la noche allí, como teníamos intención.

En la batalla librada antes de nuestra llegada, los obuses del enemigo habían derrumbado, entre otras casas, parte del inmueble en el que íbamos a hospedarnos. Una de las habitaciones que nos estaba destinada, dejaba ver desde la calle, el armario y parte de la cama, completamente destrozados.

Era desolador ver tal destrucción. Pero aquello no era nuevo. Dándonos cuenta de la imposibilidad de quedarnos, proseguimos el viaje tras informarnos del pueblo donde habían sido evacuados los refugiados de Aragón, por segunda vez. Y, desgraciadamente, tampoco sería la última.

Todavía teníamos humor para comentar nuestra buena suerte, ya que de haber llegado el día anterior, como era nuestra intención, yo no hubiera tenido ocasión de evocar estos recuerdos.

En Vich nos personamos en el local de SIA. Nos recibió el secretario, quién pidió información a una compañera bastante mayor, que era la que se ocupaba del contacto con los refugiados, a la que llamaban "Montseny", no sin razón. En efecto, cuando la vi, me di cuenta del gran parecido. Al presentarnos, ella nos dijo que ya nos esperaban y que nosotros mismos podríamos repartirles lo que les correspondía.

Nos acompañaron a una de las iglesias que hay en Vich. En el interior de la nave, a un lado y otro, habían extendido balas de paja, sobre la que descansaban, en gran mayoría mujeres y niños. Faltos de higiene, todos estaban llenos de sarna. Era lastimoso, en particular, oír los llantos de los niños, mientras se rascaban continuamente.

Les entregamos leche condensada, jabón para lavar y para el aseo personal, ropas, etc. Lo que más apreciaron aquellas madres, fue el jabón, por la penuria que había para poder adquirirlo y por la imperiosa necesidad de tener un poco de higiene y aliviar, en parte, la infección que les afectaba a todos.

Después pasamos por las últimas Agrupaciones de SIA en Olot, Figueres y Girona, donde dejamos los paquetes para que ellos los entregaran. Antes de que saliéramos de Figueres nos cogió otro bombardeo. A la vez, el mismo día, era bombardeado el aeródromo del Prat de Llobregat y las fábricas de guerra de Viladecans y Sant Baudilio... La aviación fascista no perdía tiempo.

Después de nuestra salida de Girona, pusimos punto final a nuestro recorrido, que duró alrededor de una semana. Todo cuanto el Consejo nos confiara había sido distribuido donde estaban radicados los refugiados de Aragón o, por lo menos, aquellos a quienes nos habían facilitado sus direcciones.

Entretanto, dos días después de nuestra salida, o sea el 9 de septiembre, había tanteos de paz en Suiza, entre un representante del Gobierno Negrín y el Duque de Alba.

Estábamos bastante extenuados de aquel largo periplo, en el que anduvimos buscando grupos que habían sido trasladados de un sitio a otro y, sentíamos un vivo deseo de llegar a Barcelona lo más pronto posible.

Cansados, nos paramos unos minutos en el pueblo de Calella, donde el paseo marítimo linda con la carretera. Era alrededor del mediodía y pensábamos comer en algún lugar cercano y luego dirigirnos al Consejo. Nos sentamos unos momentos en un banco del paseo, situado frente al mar.

Estando allí vimos a un militar muy engalonado, al que se le paró el motor del coche que conducía e intentaba ponerlo en marcha. Con altivez, bajó del vehículo que no conseguía hacer arrancar e intentó empujarlo. Ordenó al soldado que estaba a su lado que le ayudara. Al darnos cuenta del orgullo con que había dado su orden y constatar que ni aún empujando los dos nada conseguían, mi compañero de delegación estalló en carcajadas.

Enfurecido, el militar soltó el coche violentamente, dejando de empujar y se dirigió a nuestro grupo pidiendo la documentación a Aparici. Este se excusó y le dijo que no era para tanto. Intervine en la conversación y entonces nos ordenó a los dos que lo siguiéramos a la Comandancia Militar del sector.

Nuestro chófer, al verlo llegar, se puso un poco de lado como si no formara parte de la expedición.

Cuando llegamos a los despachos, nuestras explicaciones no fueron válidas; dos veces le expliqué cuál era nuestra misión, enseñándole el documento extendido por el Consejo Nacional de SIA, que decía:

«CERTIFICAMOS:

Que la compañera SARA BERENGUER, en representación de este CONSEJO NACIONAL, se dirige en compañía del resto de compañeros presentes, a distintas localidades de la Región Catalana, al objeto de distribuir entre los refugiados, el material que transporta en este camión.

Lo que hacemos constar a los efectos de que tanto las autoridades civiles como MILITARES no le pongan impedimento alguno en el desempeño de tan humanitaria misión.

Barcelona a 7 de septiembre de 1938 - POR EL CONSEJO NACIONAL DE SIA

El Secretario. - P.D. La Consejera, Lucía Sánchez Saornil

(Sello de SIA)»

El altivo militar lo rechazó despectivamente. El compañero Aparici estaba inquieto porque había sido delegado por los compañeros de su Brigada, pero no llevaba ninguna autorización especial del alto mando. De manera, que quedamos detenidos.

Varias veces le preguntó por qué un soldado de la 26 División se encontraba en aquel lugar en vez de estar en el frente. Nuestras explicaciones no servían de nada, su soberbia no le permitía escucharnos. Le dije que no tenía motivo alguno para detenernos en nuestra misión solidaria y humana por el simple hecho de que un hombre no pudiera evitar reírse de aquella situación, a lo que contestó, con altivez, dirigiéndose a Aparici: —Normalmente, usted debiera encontrarse en el frente para defender la República y, no sentado en un banco del paseo burlándose.

—Ya sabemos que no son cosas para reírse —le dije—, pero usted sabe muy bien que, incluso cuando una persona tropieza o se cae, aunque nuestro afán sea ir corriendo a recogerla, la risa escapa. Además tampoco perjudica a nadie el reír, ya pasamos bastantes penas con la guerra.

—¡Sí! ¡Pero, es que ustedes se han reído de un superior!

— Nosotros no hemos reído de un superior, sino de la manera en que usted salió del coche para empujarlo, como si el coche se riera de usted.

Mi amigo estaba intranquilo y no decía nada.

—¡Usted también queda detenida! —concluyó el militar a grandes gritos.

Mis réplicas no le agradaban y el comportamiento del personaje nos dio a pensar que estábamos, bien frente a un comunista que desdeñaba la labor solidaria de SIA, o a un enchufado hinchado por los galones y que no comprendía nada.

Al ver que no lo convencíamos, recogí mi credencial y le dije que hiciera el favor de telefonar al Consejo Nacional de SIA, donde nos estaban esperando, para que se cerciorara de quiénes éramos y cuál era nuestra misión. Teníamos que llegar lo más pronto posible a la ciudad, ya que nuestro compañero de delegación debía incorporarse sin más demora a su Cuerpo de Ejército.

Insistí, diciéndole que si él estaba cumpliendo una misión, nosotros teníamos otra. Resoplaba y paseaba a grandes zancadas por la habitación. Debía ser un verdadero machista, al que pocas mujeres le habían rebatido sus órdenes. Al final, consultó su reloj y nos dijo:

—¡Quédense aquí! El responsable tomará decisiones.

Cuando marchó, miramos la manera de poder salir, pero comprobamos que había guardia delante de la puerta. Esperamos confiando en que el que nos recibiría no sería tan obtuso como aquel engreído galoneado. Ya estábamos nerviosos e impacientes de esperar, cuando llegó otro militar, que nos preguntó los motivos de nuestra estancia allí. Le explicamos el caso y le entregué de nuevo la credencial de nuestra misión. La leyó y nos dijo:

—Pueden ustedes marchar, pero no se les ocurra más reírse en las narices de un oficial.

Aguantamos de nuevo el estallido de risa. Aparici aparentaba más inquietud que yo; quizá porque tenía otras experiencias anteriores y distintas a las mías.

Cuando acudimos al paseo, el chófer no se había alejado del sitio donde lo dejáramos. Estaba pálido y nervioso, ya que al darse cuenta del engreimiento del militar, temió lo peor para nosotros dos. Allí acabó nuestro pretendido descanso, mientras, pensábamos que después de nuestro viaje y a pocas horas de haber terminado nuestra misión, a causa de un pretencioso militar y una inocente carcajada, lo íbamos a echar todo a rodar.

A nuestra llegada, Baruta se mostró descontento con nosotros, por no haber enviado un informe diario, dando cuenta de nuestro recorrido humanitario a fin de dar publicidad en la prensa.

Ninguno de los tres pensó en la propaganda, sino en la finalidad de llevar a cabo lo que se nos había encomendado y allanar muchas de las dificultades que entrañaban la buena marcha de nuestra labor.

En concreto, habíamos repartido: 2.759 m. de tela, 1.500 pastillas de jabón de aseo, 200 trozos de jabón común, 2.000 paquetes de galletas y 240 botes de leche condensada.

SIA fue felicitada por la Delegación de la 26 División, por la rectitud en que todo había sido repartido.

Poco después, Aparici, delegado de la división con quien había llevado a cabo la distribución de víveres, se confiaba al compañero Aransáez, dándole a conocer sus sentimientos hacia mí, esperanzado de que mi compañero de sección me hiciera llegar el mensaje amoroso.

El compañero Aransáez, para quien no tenía secretos, conocía mi vida íntima y le dijo que había llegado tarde. Hacía poco tiempo que Aransáez me había acompañado a ver a Cipriano Mera, Jefe del XIV Cuerpo de Ejército, en una de las visitas que hiciera a Barcelona, para solicitarle viese la manera de conseguir el traslado a la Zona de Cataluña, de Jesús, el hombre con quien había decidido unir mi vida para siempre y, que hacía muchos meses se hallaba destacado en el frente de Guadalajara.

Cipriano Mera, le dijo a Aransáez:

—Puedes contar que cuando llegue a Madrid, haré lo necesario para lo que pide Sara.

Quiero dejar constancia que, a pesar de que con frecuencia me refiera a la 26 División, milicianos de otras unidades, también frecuentaban el Consejo; en particular delegaciones de la 25 División. Ante el riesgo de evitar lo que podría entenderse como mayor o menor consideración y estima personal de algunos delegados, y por las inevitables lagunas de la memoria, debo renunciar a mencionar nombres, lo que no significa que su personalidad fuera menos relevante que la de quienes aquí se citan. También quiero señalar un detalle, por la magnificencia de aquellos combatientes, siempre con una moral excepcional y dispuestos a ayudar al próximo en las circunstancias que se presentaran.

Durante los cortos descansos en los pueblos de retaguardia los compañeros aprovechaban el tiempo al máximo; escribían o recitaban poesías. Maestros entre dos batallas, periodistas, con sus periódicos murales y, cuando era preciso, agricultores. Si los campesinos tenían necesidad de ayuda, cooperaban para recoger la cosecha.

Un trabajo adicional venía añadirse a los milicianos de primera línea. Cuando los combates lo permitían, antes de acostarse, se cambiaban la ropa interior, tras sacudirla con fuerza, la colgaban en las ramas de los árboles para ponérsela a la mañana siguiente, cambiándola por la que se quitaban. ¿Por qué? No es que la hubieran lavado, pero ello les permitía sacudir los piojos que no alcanzaban a eliminar y, con el frescor de la noche algunos se iban. Los parásitos les quitaban el poco sosiego que tenían en aquellas circunstancias.

Los sentimientos nobles y solidarios dejan una huella imborrable en la historia. El gran virtuoso del violonchelo, Pau Casals, venía dando numerosos conciertos en el extranjero para recoger fondos destinados a la infancia republicana. A principios de septiembre fueron enviados a la Dirección General de Abastecimiento, mil botes de leche condensada, destinados al

Ayuntamiento de El Vendrell, pueblo natal del ilustre maestro. Ciudad que acababa de ser bombardeada bárbaramente por la aviación facciosa extranjera al servicio del franquismo. El domingo 11, el Alcalde de Tarragona mostraba, gozoso, una carta de Pau Casals, que les anunciaba el envío de 30 cajas de leche condensada, destinada a los niños enfermos del hospital. No fueron éstos los únicos envíos a la España republicana que el gran violinista hiciera.

Por otra parte este gran artista se negó a dar un concierto ante la anunciada presencia de Hitler en el mismo, lo que demostraba que era un hombre valiente y temía poco a la muerte.

El 27 de abril de 1946, el maestro publicaba en el semanario londinense *Leader*, un artículo que causó sensación en los medios políticos, artísticos y literarios de la City, del que a continuación se reproducen algunos párrafos, insertos en una colaboración del doctor Juan Paulis en la revista *Universo*:

«Desde luego, me hallo decidido a no actuar en ningún país cuyo Gobierno tenga el poder suficiente para poner fin a los sufrimientos de España, para liberar a los miles de presos políticos que llenan las cárceles de Franco, y que, a pesar de todo, no hagan nada para poner remedio. España ha perdido un millón de hombres a causa de Franco. Esto es mucho más importante que la música. Un músico -un artista de cualquier clase— es, ante todo, un hombre, con una conciencia y con las mismas responsabilidades personales que cualquier otro ser. No cabe excusas diciendo "Yo soy un músico no un político y actúo donde y cuando puedo". Mi conciencia me exige protestar, y protesto en la única forma que yo puedo hacerlo: no actuando». [\(35\)](#)

Pau Casals, cuyos orígenes eran obreristas y ello lo afirma su comportamiento y su delicada espiritualidad: «en 1924 fundó en Barcelona la "Sociedad Obrera de Conciertos" en la que, dos veces por año, en primavera y en otoño, se ofrecía una temporada de conciertos de orquesta y de música de

cámara, con destacados solistas que desfilaban por la sala para satisfacer los anhelos culturales del selecto auditorio proletario.

En los últimos años —la SOC dejó virtualmente de existir a mediados del 36—, los asociados tenían su Escuela de Música y habían formado una orquesta y un cuarteto de cuerda.

Contaban además, los trabajadores afiliados a la SOC, con una bien poblada biblioteca Musical y publicaban una interesante revista titulada *Fruicions*.

Espléndida obra apolítica de formación cultural obrera, inspirada por el propio Pau Casals, hoy calificado y ejemplar apóstol de la acción directa». [\(36\)](#)

El país galo también quiso colaborar en favor de los refugiados, poniendo en circulación una serie de sellos de correo con sobretasa.

Mientras, la aviación fascista, con la ambición de llevar a cabo sus designios mortíferos, volvía a sobrevolar el territorio francés, donde tuvieron que escapar porque los franceses abrieron fuego desde sus puestos de vigilancia.

Como Portbou fuera bombardeado periódicamente, los franceses decidieron que los trenes que llegaban al "términus" de la estación internacional no pasaran de Cerbère, aunque los trenes españoles entraran en Francia.

En efecto, los ferrocarriles franceses no salieron del territorio francés. A pesar de todo, como la aviación fascista había dejado caer alguna bomba al otro lado de los Pirineos, tuvieron que pintar sobre el tejado de la estación una escarapela tricolor para señalar a la aviación fascista, que se encontraban en el país galo.

Había infiltrados por todas partes, y en el mes de mayo de 1937, uno de los seis controladores de la estación de Cerbère había rechazado la entrada de 76 camiones que iban destinados para misiones sanitarias, alegando que, como tenían la carrocería bien reforzada, podrían ser utilizados para otras cargas que no fueran heridos y, no los dejaron pasar.

Sin embargo, debido a las penurias alimenticias de los pueblos fronterizos de la región catalana, todas las mañanas el tren de Perpignan llegaba a

Cerbère a las 8 h. 24 m, con una carga de cuatro y cinco toneladas de pan, dentro de sacos, siendo transportados en camionetas en dirección a Cataluña.

Por otra parte, sería largo enumerar las constantes ayudas que el Consejo Nacional de SIA, recibía de todos los organismos sociales y de las Agrupaciones Antifascistas de Europa y América, así como de las Unidades del frente, la Federación Nacional de Petróleos, sindicatos, etc., al conocer la actividad solidaria hacia los necesitados y víctimas del fascismo, que no eran pocas.

UNA VISITA INTERESADA AL FRENTE

Entre las actividades que se llevaban a cabo, estaban las de asegurar, además de la organización, el avituallamiento de las guarderías infantiles. Se estaba esperando la llegada de un barco con víveres para atender a los niños. El día 16 hubo un terrorífico bombardeo cerca del puerto de Barcelona, en el que uno de los barcos que traía mercancías destinadas a SIA fue a pique, lo que hizo que nos quedásemos sin saber qué poner en las mesas de las guarderías.

Entre otras, estaba la guardería infantil de Euzkadi, en Sarria, Av. de la Bonanova, con Pironé como director; otra situada en la Beguda, cuya responsable era Pilar Vivancos. Estas Colonias estaban destinadas a niños hasta la edad de 15 años. Huérfanos de guerra algunos de ellos, otros tenían el padre en el frente y la madre ocupada de lleno en las necesidades de producción que los momentos exigían.

Se nos planteó el dilema de la comida para los días futuros.

Reunido el secretariado con el fin de encontrar una solución, a iniciativa de uno de los miembros, se acordó que una delegación se desplazara a alguna de las Brigadas del frente y pidiera a los soldados nos cedieran media ración de lo que les correspondía al día siguiente.

Para realizar tan delicada gestión, nos delegaron al compañero Paulino Díez y a mí.

Paulino Díez, solía pasar por el Consejo para visitar a Áurea Cuadrado y, a la vez, la Sección del Combatiente.

Paulino era un gran orador. Había nacido en 1892. Desde muy joven se enroló en las filas del anarquismo, asumiendo importantes responsabilidades. Presente en las trincheras de la Confederación Nacional del Trabajo, «conoció penales y cárceles de todas las regiones españolas, marroquíes y del Nuevo Mundo, siendo presa permanente, buscado por la monarquía alfonsina y la república abrileña». [\(37\)](#)

En 1933, se encontraba en el famoso Penal del Puerto de Santa María, donde tantos militantes fueron huéspedes durante infinidad de años. Su acción en favor de la lucha libertaria en el transcurso de su vida, lo llevó a continuos procesos y detenciones. «Fui procesado por diez delitos... por los que el juez militar pedía 100 años de cárcel». [\(38\)](#)

Díez tenía tras de sí una importante actuación social. Fue seis veces deportado a Marruecos. Deportado por las carreteras de España.

El alzamiento fascista lo cogió en Sevilla, donde llevó a cabo una resistencia desesperada, junto a otros militantes confederales. Ante la superioridad del enemigo decidieron abandonar la lucha. Perseguidos y acorralados, después de varios meses de estar escondidos, pudieron escapar y el 4 de abril de 1937, se fugaba con otros compañeros de lucha en un barco de pesca de la zona facciosa, no sin antes dominar la tripulación, que se componía de 15 soldados, a quienes cogieron por sorpresa. Fueron a parar al Marruecos francés. Embarcados de Orán a Port-Vendres, un puerto del sur de Francia, y desde allí Paulino siguió por Portbou para llegar a Barcelona y, más tarde, trasladarse a Madrid y Valencia, donde fue operado de una hernia, provocada cuando saltaba una tapia al ser perseguido en Melilla.

Radicado en Baza, reorganizó la regional de Andalucía y Extremadura, de la cual fue secretario.

«En 1938, los sindicatos y colectividades buscaban una solución al problema del aceite y decidieron que se trasladara a Barcelona con el fin de interesar al Comité Regional y al Sindicato de Alimentación, en la compra del aceite de la cosecha del 37. La falta de transporte hacía que no se alcanzara a repartir el aceite como se debía y, mientras en un lugar ya no se sabía cómo envasar la cosecha del 38, en otros estábamos carentes de tan preciosa mercancía». [\(39\)](#)

Estando enfermo, fue en una de sus frecuentes visitas al Consejo, cuando se nos encomendó la gestión para que nos desplazáramos a un pueblo de la retaguardia del frente.

Acudimos al lugar de descanso de una Brigada, —creo que era la 121, pero no quiero afirmarlo—. Hablamos con el Mando y, al exponerle nuestras necesidades, nos dijeron que harían un llamamiento a los soldados, sugiriendo que fuéramos nosotros quienes les dirigiéramos la palabra y los pusiéramos al corriente de lo solicitado.

Después del toque de corneta, los soldados acudieron a la plaza del pueblo y, desde el balcón donde estaba situado el Mando, les explicamos los motivos de nuestra visita.

Sensibilizados por aquellas palabras, dieron su asentimiento para desprenderse de media ración. De manera que volvimos a Barcelona con unos sacos de chuscos y varios kilos de lentejas, que permitieron abastecer, de momento, a nuestras guarderías.

Poco tiempo después Paulino Diez, era de nuevo operado de una úlcera duodenal, contraída durante la deportación del año 1921.

Más tarde, para reponerse de la operación se trasladó a Perpignan acompañado de Baruta, que se desplazaba al Puerto Libre de Marsella, a realizar compras, siempre con el mismo fin, nuestros niños. Baruta regresó a Perpignan con dos camiones cargados de alimentos, principalmente leche condensada. Pero estos víveres no pudieron entrar a España y se quedaron en el Comité de Ayuda a España, o sea la delegación de SIA de Perpignan. Durante la retirada, estos alimentos fueron utilizados para atender a las familias que habían logrado refugio en algunas casas de Perpignan y para los compañeros

enfermos, internados en los campos de concentración. Labor que llevó a cabo Paulino Diez, secundado por Áurea Cuadrado. Paulino Diez se había quedado en Perpignan por su precaria salud.

«Allí —escribe—, existía un grupo de compañeros españoles y franceses que tenían organizado el Comité de Defensa de la Revolución y la Sección de SIA, coordinado, con la Sección de Barcelona, para el envío de paquetes y ayuda económica. A ella pertenecían, que yo recuerde, los siguientes compañeros; Lola; Frederic Garret; José González y su compañera; Florencio Granell, Dalmau Rambau y A. Barbe; en cuya labor les ayudé mientras permanecí allí, ya que no pude regresar a Barcelona, porque se produjo el derrumbe del frente de Cataluña». [\(40\)](#)

De este grupo de Perpignan, formaba parte José Torres (Domingo Rojas), quien se había cambiado el nombre por aquel entonces. Rojas llevó a cabo una importante actividad en el Comité de SIA. En sus constantes viajes a Barcelona, con el transporte de víveres y diferentes mercancías, procuraba incluir material bélico para poder ayudar a los compañeros que combatían en los frentes.

Hace unos años, en una de sus visitas a nuestra casa, nos contaba Rojas, que en cierta ocasión, de acuerdo con los compañeros ferroviarios franceses que trabajaban en la estación de Perpignan, cambiaron las iniciales de unos vagones con armamento que iban destinados a la España fascista, poniéndolas en otros vagones cargados de patatas, por lo que los fascistas, cuando recibieron el envío en el depósito de municiones, se encontraron con la sorpresa de descubrir las patatas, lo que produjo un gran escándalo, sin que jamás llegaran a saber de dónde había salido tal manipulación.

En casi todos los departamentos de Francia se habían organizado Comités de ayuda a España, Comités Antifascistas y Secciones de Solidaridad Internacional Antifascista. Estos comités fueron de gran ayuda, tanto económica como propagandística y solidaria. Los días 24 y 25 de abril de 1937, se celebró en Marsella un Congreso de Federaciones Locales y Comarcales de ayuda a España, en el que se nombró un Comité Nacional con facultades de agrupar a las Federaciones y Comités que venían realizando una ayuda

estimable pero dispersa. Este Comité Nacional acordó establecer un carné de identidad y, cuando en agosto del mismo año se celebró el Congreso de Nimes, se alcanzaba la cifra de 76.583 afiliados, estando representados 61 delegados de 269 comités.

La compañera Emma Goldman, internacionalmente desarrolló una gran actividad a favor de nuestro organismo. Interesada por la labor de solidaridad, el 19 de octubre de 1938 se le extendió una credencial, para representar a SIA en Londres y llevar a cabo su organización en Canadá, ocupándose activamente de su propaganda con la intención de recaudar fondos y otros objetos para los combatientes, así como para los niños evacuados de los frentes y huérfanos de guerra.



Emma Goldman, defendiendo la Revolución Española

A primeros de noviembre, el Consejo asistía a una reunión internacional en París, donde se encontraba la secretaria nacional inglesa, Emma Goldman, la que planteó con pasión las necesidades imperiosas de la Sección de SIA española en su obra humanitaria.

SIA no se organizó solamente en Francia, sino también en distintos puntos de Europa y América, en especial en Gary Indiana y California (EUA). Todas sus acciones fueron de un gran apoyo para los combatientes de la España Republicana.

Después de nuestra derrota, Emma Goldman continuó realizando una inmensa labor de solidaridad en SIA, a través del periódico *Cultura Proletaria* de Nueva York, en favor de los refugiados españoles exiliados en Francia y América Latina.

El 21 de septiembre, el gobierno de la República anunciaba a la Sociedad de Naciones Unidas estar dispuesto a retirar voluntariamente los miembros de las Brigadas Internacionales.

El 6 de octubre, la prensa francesa anunciaba que la República retiraba de los frentes, a los voluntarios extranjeros y el día 31, en el castillo de Vich, tenía lugar un homenaje de despedida a los internacionales.

Muchos de estos voluntarios habían frecuentado la Sección del Combatiente. Uno de ellos me invitaba con insistencia para que me fuera a su país, el Brasil, con su imponente "Pan de Azúcar", para que no sufriera más el tormento de los bombardeos.

Aquellos días, la Sección del Combatiente fue muy frecuentada por los compañeros internacionales, que sentían gran tristeza al tener que abandonar la lucha. Muchos de ellos se nos hubieran llevado en los bolsillos con tal de evitarnos nuevos sufrimientos. De tal manera veían el final, el horror de la guerra y sus consecuencias: España chorreando de sangre del pueblo. ¡Cuánta razón tenían!

NUEVAS ORIENTACIONES

Desde el 15 al 18 de octubre, se celebró un Pleno Regional de la Federación de Mujeres Libres, en el Salón Rojo de la Casa CNT-FAI, Vía Durruti, 32 y 34, al que fuimos delegadas

Conchita Guillén, por la Federación Local de Barcelona y yo, por mi barriada. Como las organizadoras de dicho comicio reservaron habitaciones en el hotel para albergar las delegaciones de la regional catalana, junto a Conchita, decidimos quedarnos en el mismo hotel y compartir la habitación.

La limpieza del Hotel dejaba bastante que desear, y a los pocos días amanecimos las dos llenas de sarna. Faltas de jabón, trabajo tuvimos para sacárnosla de encima.

Mujeres Libres se definía como organización femenina independiente. Sus fundadoras eran mujeres con amplios ideales. Gran parte de ellas, antes de la guerra, formaban parte de grupos femeninos anarquistas. Después de la organización de la Federación Nacional de Mujeres Libres, en Barcelona, a ella vinieron multitud de muchachas y compañeras llenas de buena fe y sincera vocación para ayudar en tantas tareas como el movimiento femenino se proponía llevar a cabo. Era el afán de superación, el esfuerzo continuo de situarse a nivel del hombre, social e ideológicamente.

Mujeres Libres era una organización que no estaba al servicio de nadie; sabiendo lo que quería y con qué fuerzas contaba, afirmaba resueltamente que su organización tenía un contenido anarquista, por cuanto era una doctrina que se aproximaba al humanismo que perseguía. Como decía Lucía Sánchez Saornil: «Su contenido anarquista no se mantiene en el concepto vago de las abstracciones filosóficas, sino que baja a la calle a impregnarse de popularidad, y por esto se considera revolucionaria. Fija su criterio ante cada uno de los problemas cotidianos y procura, como corresponde a toda situación política, en la medida de sus fuerzas, influir en el ambiente, ejercer la crítica, crear situaciones; en una palabra, como componente de un conglomerado social. ¿Se nos negará esta condición?» [\(41\)](#)

En este Pleno, tanto en los informes de las delegaciones como en las discusiones y acuerdos, se ponía de relieve una vez más la sinceridad revolucionaria y el afán constructivo de nuestra organización femenina, destacando la labor que llevaba a cabo en los diferentes aspectos de su actuación. En lo cultural, mediante escuelas, cursos y clases diversas, etc., para ofrecer la posibilidad de que todas tomáramos parte y acostumbrarnos a las discusiones públicas organizadas por las Agrupaciones. Organizando brigadas de compañeras para los trabajos del campo, etc. En el de la solidaridad hacia los combatientes, practicándola de modo peculiar, sin ser limitada a pequeños obsequios materiales, sino que radicaba sobre todo, en un profundo sentido de comprensión ante el sacrificio de nuestros luchadores, ayuda a los familiares, a los hijos, interesándose por las familias desconectadas por las situaciones en los frentes de batalla.

Asistieron, entre otras delegaciones: Pineda de Mar, Seo d'Urgel, Bellver, Puigcerdá, Falset, Terrassa, Granollers, Igualada, L'Hospitalet, Vilanova i la Geltrú, Martorell, Castellar del Vallés, Reus, Pobla de Lillet, Esparraguera, Sadurni d'Anoia, Federación Local de Barcelona y diversas Agrupaciones de las barriadas, con la intervención de 60 representaciones.

Las conclusiones del Pleno fueron tendentes a la ratificación e intensificación de la línea seguida por nuestra Agrupación, teniendo como objetivo, además de los trabajos presentados para su discusión, el nombramiento del Comité Regional.

El Pleno fue bastante agitado. Se quería nombrar el secretariado y no era cosa fácil. Cada una de nosotras asumía cargos de responsabilidad y no pensábamos abandonarlos, por estar compenetradas en nuestra labor.

Ninguna de las delegaciones presentes quería aceptar cargo alguno. Finalmente, después de mucho discutir fue nombrada como secretaria María Claramunt, representando a la delegación de Igualada y Felicita Díaz como vicesecretaria, delegada de Terrassa. Para el nombramiento de la secretaria de propaganda, se insistió reiteradamente para que la compañera Teresina Torrelles Espina, también de Terrassa, aceptara el cargo. Por más que se perseveró no hubo manera de que Teresina aceptara, alegando que había

adquirido diferentes responsabilidades en su pueblo, a las que no podía sustraerse. En efecto, Teresina Torrelles, veterana militante, tenía un cargo importante, era responsable de la Maternidad de Terrassa, miembro de la Alcaldía y asumía otras obligaciones orgánicas y sindicales. Seguidamente, las compañeras pensaron que yo podía aceptar. Rechacé la proposición, explicando que el trabajo que venía realizando lo consideraba importante, por su labor solidaria y humana y porque correspondía a mis sentimientos.

Tampoco me parecía estar suficientemente compenetrada con la Agrupación como para aceptar un cargo de propaganda regional, a pesar de las condiciones que las compañeras creían ver en mí.

Tras un largo debate, finalmente acepté con cierta vacilación y no por el trabajo que ello podía acarrear, pues el trabajo nunca me había dado miedo. ¿Pero, sería capaz de llevar a buen término esta nueva actividad? Fueron también nombradas la compañera Pepita Carpena, de Barcelona, Amparo Escarceller, de Terrassa y Juanita Colaborans, de Granollers.

Después de tantos años, me es difícil recordar exactamente los nombres de las compañeras que formamos parte del Comité Regional de Cataluña de Mujeres Libres.

Abandoné el Consejo Nacional de SIA, para integrarme en la Sección de Propaganda. Pero cuando Mery, que trabajaba en el Consejo junto a Lucía, me dijo que mi puesto estaba en SIA, y que no debía abandonarlo para marchar al secretariado de Mujeres Libres, dudé unos instantes, pero, como siempre, una vez en la tarea, me entregué por completo a la labor que las compañeras me habían confiado.

Una de las últimas actividades que aún pude realizar en nombre del Consejo, fue llevar la representación del mismo en la despedida de las Brigadas Internacionales. Estos idealistas habían llegado a la Ciudad Condal los primeros días de diciembre del 36, con la firme decisión de ayudar a sus compañeros españoles, a defender España de las garras del fascismo.

Con este propósito, se hizo un desfile en la Diagonal el 30 de octubre, donde junto al secretario, representé a SIA en la gran tribuna donde estaban los

mandos. Lugar donde no me encontraba muy bien, pues prefería andar por senderos de barro para aportar un poco de calor a los milicianos del frente. El 15 de noviembre tuvo lugar el último desfile y despedida de las Brigadas con un cortejo interminable en la Exposición de Barcelona. Al llegar, me uní a ellos con la intención de ir hasta donde se encontraban los representantes de la prensa. A poco de mi llegada, un militar de grado elevado, que por su porte y habla pareció ruso, me confió su abultada cartera. Caminábamos lentamente hacia el interior de la Exposición y estaba preocupada, porque en su afán de organizar las tropas adecuadamente, a cada instante lo perdía de vista. En diferentes ocasiones intenté entregarle su cartera, pero cada vez me reiteraba la misma confianza, rogándome que la conservara.

Estábamos cerca de donde cada uno de nosotros debía dar a conocer el organismo que representaba, ante la prensa de Cataluña y otras. De repente, de un movimiento brusco, el militar, me quitó la cartera, sin más explicaciones. Quedé sorprendida; posiblemente alguien debió reconocerme y decirle cuál era mi representación. Quizá el citado personaje, al haber sido informado, hubiera preferido verme en las jefaturas secretas de la checa, donde ya tenían amordazados a otros compañeros.

Mas todo no quedó ahí. Cuando llegó mi turno y hube de proclamar mi identidad, en nombre del Consejo Nacional de Solidaridad Internacional Antifascista, el locutor, pronunció Socorro Rojo. De nuevo di el nombre de mi delegación con más fuerza, pero fue en vano, porque el resultado fue, que al día siguiente, el secretario me hizo llamar preguntándome por qué no había representado a SIA en la despedida a los internacionales. En la reseña de la prensa, figuraba, entre otros organismos, el Socorro Rojo, pero no SIA.

En la noche de aquel mismo día había hecho acto de presencia, —siempre en nombre de SIA—, en el teatro del Liceo, donde habían organizado un gran festival en honor a las Brigadas. En tanto que organismo de solidaridad, al presentar mi credencial, me acompañaron al mismo palco donde estaba instalada Dolores Ibarruri (La Pasionaria), que representaba al Socorro Rojo, junto a delegaciones que ahora no sabría citar. En la platea había infinidad de representaciones militares; entre ellas recuerdo la presencia de Ricardo Sanz, así como delegaciones de sindicatos, asociaciones de mujeres, etc.

En *La Vanguardia* del día 25, se podía leer:

«Hubiéramos querido los españoles, que nuestros amigos, los combatientes que llegaron del extranjero, regresaran a sus tierras con el sonido claro de clarines y cada uno con su ramo de victoria en la guerra. Pero no ha podido ser. El amor a la paz los trajo y, el amor a la paz, se los lleva. Entre ellos hay hombres que por sentirse ante todo, hijos de la gran patria de la Humanidad, no pueden volver a sus lares nativos, donde serían víctimas del odio político. Para estos nobles proscritos, nuestra gratitud es doble. Así lo comprende el pueblo español que desea expresar, y —expresará en un acto simbólico— el precio que sus sentimientos ponen a tan abnegada solidaridad».

Los libertarios que vinieron de todos los países del mundo para combatir por un ideal de libertad y de justicia, antes de que dejaran el suelo ibérico, habían redactado unas inscripciones en carteles y banderas, donde se podía leer:

«Al volver a nuestros países, nosotros, internacionales, repetiremos en todas partes vuestras lecciones:

NUESTRO ENEMIGO COMÚN: EL FASCISMO;

NUESTRA ARMA COMÚN: LA UNIDAD»

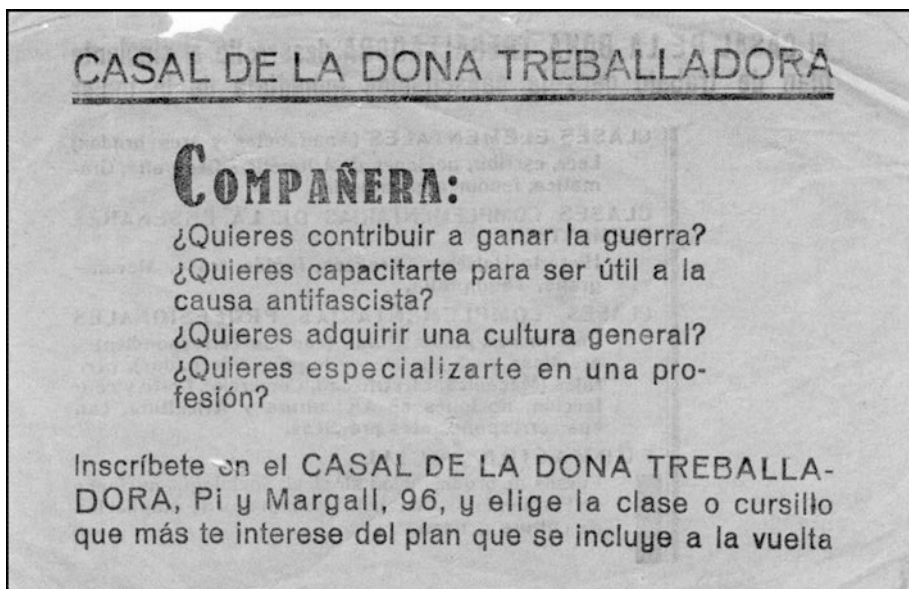
CAPÍTULO IV

Mujeres Libres

Me incorporé al secretariado de propaganda del Comité Regional de la Federación de Mujeres Libres, situado en la plaza de Cataluña, nº 4, donde a su vez, se hallaba la secretaría de propaganda de la Federación de Barcelona. Además de Conchita Guillén, la secretaria, participaban otras jóvenes llenas de voluntad y ganas de hacer.

Emancipar a la mujer, como los estatutos lo indicaban, era uno de los objetivos esenciales de Mujeres Libres. Combatir la ignorancia, freno de toda evolución. Preparar a las jóvenes compañeras que aún no lo estuvieran, para ponerse al frente de las guarderías infantiles, así como puericultoras, enfermeras para el frente y la retaguardia, llevar a cabo una capacitación, en sus pocos momentos libres, en los cursos del Instituto de Mujeres Libres y en el Casal de la Dona Treballadora.

En este Casal se desarrollaba un trabajo de capacitación inmediata de cara a la mujer, con sus clases elementales: aprender a leer, escribir, nociones de aritmética, gramática y ciencias naturales. Con clases complementarias de historia universal, francés, ruso, inglés, mecanografía, taquigrafía y clases complementarias profesionales, a cuyo frente estaba la doctora Amparo Poch y Gascón.



Se habían confeccionado diferentes octavillas para repartirlas entre las obreras:

«SI ERES UNA OBRERA, NO SEAS UNA COMPAÑERA OCIOSA. APROVECHA EL TIEMPO CAPACITÁNDOTE EN LAS CLASES GRATUITAS DEL "Casal de la Dona Treballadora", Pi y Margall, 96».

Eslóganes de Mujeres Libres como:

«¡ESTUDIANTES!

«¡Cuando no empuñéis el fusil, combatid en la cruzada contra el analfabetismo!»

«LA PEDAGOGÍA CONSIDERADA COMO CIENCIA, DEBE SENTIRSE COMO ARTE; DEBE APOYARSE EN ESA DISPOSICIÓN ÍNTIMA Y CREADORA QUE SE LLAMA INSPIRACIÓN» [\(42\)](#)

En las calles se podían leer carteles con la siguiente inscripción:

«ML-CNT ¡¡24 horas son pocas!! TRABAJAD TODOS PARA EL FRENTE» [\(43\)](#)

Esta era la consigna confederal desde el principio de la lucha.

No voy a extenderme en particularidades en lo que a este capítulo se refiere. Daré a conocer, solamente, uno de los apartados de nuestros estatutos, para que las lectoras y lectores, tengan una pequeña noción de cómo estaban enfocados y el porqué de la creación de los mismos, dado que se ha publicado un libro sobre la Federación de Mujeres Libres, donde se incluyen las realizaciones y trayectoria que las compañeras de la Federación llevaron a cabo. [\(44\)](#)

Objetivos:

ARTÍCULO 1º.- Con el título de Federación Nacional de Mujeres Libres, se constituye en España, con residencia en Valencia, calle de la Paz n° 20, 1º, una organización cuyos objetivos son los siguientes:

- 1. Crear una fuerza femenina consciente y responsable que actúe como vanguardia del progreso.*
- 2. Establecer a este efecto Institutos, ciclos de conferencias, cursillos especiales, etc., tendentes a capacitar a la mujer y emanciparla de la triple esclavitud a que ha estado y sigue siendo sometida: esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer y esclavitud de productora.*

ARTICULO 2º.- Para el logro de estos objetivos actuarán como una organización política identificada con las finalidades de la CNT y de la FAI, ya que su aspiración de emancipación femenina tiene como objetivo supremo que la mujer pueda intervenir en la emancipación humana coadyuvando, con los conocimientos adquiridos enriquecidos con sus características propias, a la estructura del nuevo orden social, etc.

Este corto extracto da a conocer, en principio, el motivo bien fundado de la Federación de Mujeres Libres.

Se trataba de incorporar, de pleno, en la lucha antifascista, a este conglomerado que integra a la mujer y que siempre suele verse marginada en los momentos cumbres y determinantes de la Humanidad y ello para que esa intención penetrara en el ánimo y la decisión de todo el pueblo antifascista.

«MUJERES LIBRES NO HA ESCATIMADO EL ESFUERZO. EL RELOJ, HACE MUCHO SE PARÓ EN EL 19 DE JULIO. No hay horas, no hay jornadas, no hay fiestas. No hay más que una prisa febril por vencer, una obligación incesante de luchar, con el fusil, con la herramienta, con el espíritu en tensión. Mientras nuestros hermanos de las trincheras pueden estar en el combate, uno, dos, cuatro días, sin apenas descanso, no debemos los de la retaguardia, escatimar minutos de tarea. Eso sí, hace falta que unos y otros sepan, sin confusión posible, por qué y para qué luchan, por qué y para qué trabajan».

En la Sección de Servicios Públicos de Barcelona se habían hecho las prácticas necesarias para que el elemento femenino pudiera suplir a los hombres, como conductoras de tranvías, cobradoras, participación en las fábricas de guerra, etc. O aún, movilización de las mujeres en el aprendizaje técnico, en las propias fábricas, junto a la labor sindical y formación social.

Mujeres Libres, disponía de un kiosco de prensa en la calle Caspe, esquina Paseo de Gracia, a cuyo frente estaba la compañera Amada de Nó. Se vendía toda clase de prensa, además de la libertaria: *La Soli*, *Noticias*, *La Vanguardia*, y *Mañana*. Los semanarios: *Umbral*, *Tierra y Libertad*, y *Alianza*. La hermosa revista *Mujeres Libres*, el álbum, *Comas y Letras*, *Vivienda* y una extensa selección de libros sociales, literatura, ciencias, etc., a continuación cito algunos libros que escribieron nuestras compañeras, como:

Enseñanza nueva, de Carmen Conde, 1936.

Esquemas, de Mercedes Comaposada, 1937.

Horas de la Revolución, de Lucía Sánchez Saornil, 1937.

Mujeres de las revoluciones, de Etta Fedem.

La Ciencia en la Mochila, tomo I y II, escrito el primero por la doctora Amparo Poch y Gascón y el segundo por Mercedes Comaposada, 1938-39.

La Revista *Mujeres Libres*, que ya se editaba mucho antes de la guerra como periódico, era digna de elogios, por su presentación y su contenido. Fue en Asamblea del 30 de agosto y días sucesivos de 1936 en Valencia, donde fue acordado un nuevo formato.

Aparte de las magníficas colaboraciones de las compañeras en los temas sociales, humanos y de emancipación de la mujer, hubo otras aportaciones literarias que valorizaban su conjunto. En las ilustraciones destacaba el dibujante Baltasar Lobo, que daba fuerza y calor con sus vigorosos dibujos, figuras masculinas, retorcidas y nudosas, deformadas por el trabajo, que parecían sobrepasar la naturaleza del hombre que trabaja sin tasa; hombres y mujeres que luchaban por una conciencia social. Sus iniciadoras y principales colaboradoras fueron Lucía Sánchez Saornil, Amparo Poch y Gascón y Mercedes Comaposada Guillén, también colaboraron asiduamente, Lola Iturbe "Kiralina", Etta Federn, Pilar Grangel, Áurea Cuadrado Alberola, Libertad Rodenas, Nita Nahuel, mujer de carácter, Ada Martín idealista inteligente y generosa, Janette Hardy, etc.

Otra de las obras que también se disponía, era el libro *La mujer en la Paz y la Guerra*, de Federica Montseny. Este tema había sido tratado por la autora en una conferencia que dio en el local de Mujeres Libres el 4 de agosto de 1938. Se tenía además a disposición de los lectores varias obras más, incluidos los cuadernos:

Cuatro utopías, cuatro realizaciones.

Actividades de la Federación Nacional de Mujeres Libres, folletos, etc.

Una de nuestras compañeras que frecuentaba con asiduidad la Embajada de México, daba a conocer las constantes realizaciones de la Federación Nacional de Mujeres Libres, al embajador, con quien tenía buena amistad. La Embajada

adquirió gran cantidad de ejemplares del cuaderno *Niño*, de la doctora Amparo Poch, para mandarlos a México, con el fin de que fueran distribuidos en las escuelas aztecas.

Los textos de nuestras publicaciones estaban impregnados de cultura, sentimiento y orientación social de las compañeras de nuestra Federación.

Un proyecto muy prometedor fue la inauguración del Instituto de Mujeres Libres, situado en la calle Cortes, 622, donde se preparaban las compañeras mediante un programa de enseñanza acelerado.

En Sant Gervasi se había organizado la primera Granja Escuela, denominada las Tortugas, situada en un lugar espacioso, con un espléndido bosque y jardín. Era un espacio en que los niños podían correr y respirar al aire libre sin condicionamiento alguno.

Hubo una extensa campaña radiofónica a cargo de Nita Nahuel, Concepción Liaño, Rosa Baesa, Pilar Grangel y, en la que Soledad Estorach nos pidió a Conchita Guillén y a mí, que participáramos. Conchita Guillén leyó un texto de Mujeres Libres y yo unas poesías que, aunque no recuerdo, a no dudar debían ser de la poetisa Lucía Sánchez. Nada en aquel entonces dejaba prever que un día, años más tarde, empezaría a escribir poemas, hasta el punto de ser una constante en mi vida.

Cuando llegué al Comité Regional lo esencial estaba en marcha desde hacía largo tiempo. Fui a suplir una plaza, para que las compañeras que hasta entonces llevaban todo el peso de la propaganda pudieran ampliar sus actividades en otras realizaciones que necesitaban tanto o más atención.

Los desplazamientos eran frecuentes: charlas, reuniones y conferencias se organizaban a diario. A León Felipe le pedimos que viniera a hablarnos y, el poeta vino a la Casa CNT-FAI, Vía Durruti, a darnos una conferencia. Soledad Estorach, junto a otras militantes, multiplicó sus actividades propagandísticas para lograr la mayor asistencia de mujeres y el Salón Rojo se vio repleto de jóvenes entusiastas.

Las actividades de la Agrupación durante la guerra civil fueron múltiples, variando, según las características de cada localidad y habida cuenta de la

mayor o menor proximidad de los frentes de combate. Pero las finalidades comunes fundamentales a todas las Agrupaciones fueron esencialmente dos: Una, inmediata y circunstancial: la incorporación de la mujer a los trabajos más urgentes y su capacitación simultánea para los mismos. Otra, permanente: la de conseguir la independencia de la mujer, liberándola de la esclavitud a que estaba sometida desde siglos.

Me desplacé a los pueblos de la región catalana para organizar alguna agrupación local o bien activar alguna otra, y orientar o exaltar la labor de aquellas jóvenes compañeras, cuando el caso lo requería. De aquellas mujeres que hasta el 36, no habían tenido ocasión de expresar sus sentimientos de manera tan directa. La acción era constante y la propaganda un medio importante para encauzar la labor de autodeterminación de la mujer así como para ampliar sus conocimientos culturales. Esto comportaba también una estrecha colaboración con otras actividades orgánicas y sindicales.

Mas la guerra y las circunstancias excepcionales que atravesábamos exigía de nosotras ser diligentes. Todo tenía la premura de la inmediatez, como la convocatoria que el 10 de noviembre del 38 enviara a nuestra compañera Suceso Portales, secretaria del Subcomité Nacional de Mujeres Libres, residente en Valencia.

Después de nuestro pleno, las delegaciones reclamaban las actas para informar a sus agrupaciones más ampliamente. Pocos días después de tomar posesión del cargo, la secretaria nos comunicó que marchaba al frente a ver a su compañero. Mientras en la secretaría llegaban cartas reclamando dichas actas y el tiempo pasaba, dando la impresión de que era una falta de responsabilidad por parte del Comité Regional. De acuerdo con las demás compañeras y dado que la secretaria no llegaba, me puse a la máquina de escribir y hasta que no terminé de pasar las actas en limpio no salí de la secretaría.

Al querer concluir lo que me había propuesto, estuve tecleando hasta altas horas de la noche. La secretaría estaba en un lugar apartado del edificio y, nadie se dio cuenta que estaba allí escribiendo y las compañeras marcharon a sus domicilios respectivos.

Después de cenar, un grupo de ellas volvió al local, con la intención de celebrar una pequeña fiesta para la despedida de unos compañeros de las Brigadas Internacionales.

Para llegar a la puerta de salida tenía que pasar a través de una salita donde se había organizado la fiesta, por lo que al abrir la puerta para salir, se sorprendieron, así como yo misma. Me invitaron a formar parte de la diversión, pero me negué con cierta brusquedad. No me pareció oportuno. Pensé en los compañeros que estaban en el frente de batalla. Mi actitud al declinar aquellos instantes de distracción no tenía ningún mérito. Pero, en aquel instante lo rechacé por pensar que era sacrilegio, puesto que había hombres que morían en las trincheras o simplemente en las calles de la ciudad por los continuos bombardeos.

No tenía razón. Aquellas compañeras habían querido compartir un rato de esparcimiento amistoso con los ex combatientes de las Brigadas Internacionales, antes de que dejaran España, por la que habían venido a combatir, y era natural que rieran, que bebieran y tomaran unos dulces en franca camaradería para olvidar los horrores de la guerra, aunque fuera a altas horas de la noche. Visto a través del tiempo, pienso que fui demasiado radical.

Pero, reacia, desdeñé la invitación, cruce la sala con cierta rudeza, pues no tenía otro camino por donde salir y marché hacia mi casa a pie, desde la calle Cortes (Gran Vía), cerca de Las Glorias Catalanas, hasta Calabria, 282, o sea unos tres cuartos de hora de camino. El aire de la noche me despejó. En los días que siguieron a aquel encuentro me había ganado el calificativo de "La Puritana". ¿Por qué no me quedé, aceptando de buena gana lo que me ofrecían? Por mi parte era un exceso de escrúpulo mal entendido, pensando en los que estaban en primera línea.

¿Estaría presa de un caparazón de misticismo al pensar en el drama en que vivíamos? Es muy posible, pero no me paré a pensarlo. Mi actitud fue espontánea.

Sé que la inseguridad del mañana también empuja a vivir intensamente el presente y, a veces, con cierta violencia. La prueba de ello, era que en más de

una ocasión algún compañero no titubeaba en proponerme abiertamente y sin preámbulos una relación sexual inmediata.

—¿Por qué no gozar hoy, si mañana posiblemente ya no estaremos?

Por mi parte siempre lo objeté. En mi interior no era ni vital ni convincente ir a dormir con el primer hombre que me lo pidiera, máxime cuando se trataba del deseo del otro y no del mío.

—Tienes demasiados reparos —había oído más de una vez—. A lo mejor dentro de una hora una bomba nos ha aplastado.

Pensaba que mi libertad sexual era la seguridad de mi libertad y no la del deseo de los demás.

Además, no pensaba en la muerte, y de haberlo pensado, creo que no me hubiera entregado con tanto afán para el triunfo de nuestros ideales. ¿La muerte? Repito, no la temía. Me era indiferente. Cuando oía las sirenas anunciando el peligro del bombardeo, o incluso las explosiones, continuaba andando o trabajando, según donde me encontrara. Había dominado el miedo a la muerte. Sin embargo, no podía divertirme pensando que otros sufrían, y morían a cada instante, por las libertades de los que estábamos en la retaguardia.

Visto con la perspectiva de los años, pienso que lo que creía frigidez, era sencillamente el recuerdo de Jesús. Su evocación constante. Mi Jesús, que en mi imaginación estaba siempre a mi lado, aún en la lejanía. ¡Qué confianza me daba aquel amor! ¡Qué bello era pensar, en los momentos de mayor soledad, que alguien, allá lejos, muy lejos, me llevaba en su corazón como yo lo llevaba en el mío!

En las primeras semanas de noviembre se presentó la compañera Soledad Estorach en la secretaría de propaganda, para informarnos que el Movimiento Libertario organizaba una serie de mítines por la región catalana, para celebrar el segundo aniversario de la muerte de Buenaventura Durruti. Actos a los cuales la Federación de Mujeres Libres no había sido invitada. Y ello a pesar de estar adheridas al Movimiento Libertario, lo que irritó a nuestra compañera Soledad Estorach.

—Tenemos que prepararnos para que la organización Mujeres Libres esté presente en cada una de estas manifestaciones —nos dijo.

Viendo el panorama, le dije que las oradoras con las que podíamos contar, estaban comprometidas y no teníamos suficientes compañeras disponibles para representarnos en todos los actos, por lo que no podíamos arriesgarnos a dar nombres.

Soledad objetó convencida:

—¡Pues hay que buscarlas! ¡Donde hay un hombre hay una mujer, las JJ LL, la FAI y la CNT hablarán y nosotras tenemos que estar presentes!

Me daba cuenta de sus propósitos y lo que más comprendía era su condición de ofendida, al darse cuenta que el Movimiento Libertario, no hubiese tenido la delicadeza de invitar a nuestra Federación. Pero no podíamos inventar oradoras y le manifesté mi escepticismo.

Al mismo tiempo y con motivo de dicho aniversario, la 26 División organizaba en el Casal de la Cultura, situado en la Plaza de Cataluña, una exposición biográfica, del 15 al 30 de noviembre. En el centro de la plaza habían levantado un gran estrado, con un cartel donde se anunciaba la exposición. Para la organización de dicha exposición, había sido solicitada la colaboración de la Federación Local de Mujeres Libres. Para ello se delegó a la compañera Conchita Guillén, secretaria de propaganda de dicha Federación

Paralelamente, la 26 División había hecho arreglar la tumba de Buenaventura Durruti, que había sido sepultado en el cementerio de Can Tunis, entre las tumbas de Francisco Ferrer y Guardia y Francisco Ascaso.

Días más tarde, Soledad había movilizado un grupo de jóvenes compañeras, las cuales acudieron a la sección de propaganda. Habló con ellas, preparó un guión para que lo estudiaran y las convocó para los días siguientes. Las jóvenes vinieron haciendo acopio de buena voluntad, pero, aprenderse de memoria un tema que hay que exponer en público no es cosa fácil, en particular cuando no se tiene costumbre de actuar ante él.

No se tardó en llevar la lista de las participantes para que fueran incluidas en los carteles de propaganda.

Yo debía hablar en un mitin que se había organizado en L'Hospitalet. No estaba muy convencida, no de hablar porque sabía lo que podía decir y además lo sentía, pero el temor al público me frenaba.

La noche del viernes al sábado hubo un bombardeo criminal de los muchos que sufría Barcelona, que arrasó una fábrica de L'Hospitalet, provocando bastantes daños, personales y materiales. Por lo que se suspendió el mitin. No obstante, como secretaria de propaganda, había acudido al secretariado para cerciorarme de la buena marcha de la organización y la predisposición de las participantes. Muchas de aquellas jóvenes no se presentaron. Cosa que no era de extrañar. El último grupo de compañeros que vino en busca de la oradora, eran los que tenían que hablar en Granollers y, como la compañera indicada no se había presentado me sumé a ellos, más por amor propio que por convicción.

Los oradores del Movimiento Libertario eran: José Xena, en representación de la FAI, un joven que debía hablar en nombre de las JJ LL, de quien no recuerdo el nombre y, Valerio Más, en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo. Valerio era conocido por los compañeros de Granollers, donde había sido, allá por los años 26-27, presidente del Círculo Liberal, convertido más tarde en Centro Cultural y Recreativo, gracias a la participación activa de los compañeros.

La cosa fue mejor de lo que me esperaba. Recuerdo de aquel mitin, además de la buena acogida por parte de los compañeros y compañeras de Mujeres Libres, la comida que nos prepararon; un arroz que hacía meses no había probado y que recordé durante muchos días. Era tanta la escasez de comida que, cuando se presentaba la ocasión —pocas veces— de comer un plato bien condimentado, ésta adquiría condición de acontecimiento.

NUEVA ETAPA

Algunas compañeras se ausentaban por cuestiones personales, creyendo poder volver de inmediato. A veces, sin embargo, el tiempo se alargaba y sus puestos estaban desatendidos, sin saber dónde podíamos acudir para darles a conocer la necesidad de su presencia en el lugar que se les había responsabilizado.

Por segunda vez nuestra secretaria dejó la secretaría. Como la ausencia se prolongara, el secretariado se reunió para dar una solución. Ya anteriormente se había tomado el acuerdo de que la compañera que se ausentara y estuviera más de los días previstos sin dar señales de vida, sería reemplazada. De manera que se puso el acuerdo en práctica. Normalmente quien debía reemplazar a la secretaria era Felicita Díaz, la subsecretaría. Esta excelente compañerita no quiso aceptar y fui propuesta para el cargo. El viento empuja y sitúa las cosas y los casos. Asumir aquella responsabilidad me parecía superior a mis posibilidades y rehusé. Creyeron mis compañeras que era la más indicada para responder a las necesidades de un secretariado, ya que tenía la práctica por las labores realizadas en otras secretarías, por lo que acabé aceptando.

Pepita Carpena me suplió en la secretaría de propaganda y ella fue reemplazada en su cargo de organización, por otra compañera del secretariado.

Efectuada la nueva estructura, una semana más tarde, estando en propaganda se presentó nuestra secretaria. Nos dijo haber acudido al Comité Regional donde le habían informado que había sido sustituida y venía a pedirme si podía continuar. Por mi parte no había obstáculo alguno, más estando sujeta a un acuerdo, debíamos reunirnos primero y obtener la conformidad de todas las que integrábamos el comité. Yo sola no era quien para tomar una decisión. Me insistió para que fuera yo solamente quien accediera a su voluntad. Como le reiterara que debíamos reunirnos de nuevo, ya que el acuerdo era de todas y no el mío, se marchó y no la vimos más ¿Sería yo una vez más, demasiado estricta con los acuerdos? Pero si se tomaban, eran para que fuesen aceptados. De no ser así ¿por qué teníamos que tomarlos?

ORIGEN Y CONSTITUCIÓN DE MUJERES LIBRES EN BARCELONA

En el año 1934, en Barcelona existía un Grupo Cultural Femenino. Este grupo surgió del seno de las militantes sindicalistas y compañeras de los ateneos libertarios, al plantear como tema principal en sus reuniones, el problema femenino en general. «Eran compañeras que se habían adherido a una causa, no contra el padre o el hermano, sino con ellos contra la Sociedad».

[\(45\)](#)

Con frecuencia se reunían en el Sindicato de la Construcción, donde Apolonia de Castro y su compañero eran conserjes.

María Cerdán, muy amiga de ellos, y Soledad Estorach, además de frecuentar a estos compañeros, solían acudir a casa de Felisa de Castro, que trabajaba junto a su compañero, zapatero remendón. Centro permanente donde se reunía la crema del barrio, en particular los jóvenes: Alfredo Martínez, Mella, Mayo, Rodríguez, Casas, Arquímedes y su hermano Arístides, Berbegal, etc. Muchos de estos compañeros frecuentaban L'Escola del Treball. Felisa y su compañero eran algo así, como el alma de aquella juventud inquieta.

En estos lugares, como en los ateneos o sindicatos, se discutía de libertad, del trabajo y de la revolución social. Alguna que otra vez, estos diálogos terminaban con el inevitable tema de la sexualidad. De allí se pasaba a la dificultad de la mujer que, una vez casada quedaba marginada su actividad social, debido entre otras cosas, al trabajo agotador que la fábrica y la familia representaban.

Fue en una de aquellas reuniones del sindicato, donde un compañero, viéndolas repetidas veces discutir entre ellas, les dijo: "Més fets i menys parlar", (más hechos y menos hablar). Al poco tiempo pasaban a los hechos.

La idea hizo mella entre aquellas mujeres que llevaban en sí otro fermento más que el ser simples máquinas de trabajo al servicio de la patronal catalana.

Inician el grupo, entre otras: Nicolasa Gutiérrez, (llamada "Nic"); Apolonia de Castro; Felisa de Castro; María Cerdán; Maruja Boadas, peluquera; Soledad Estorach, obrera de industrias químicas; Elodia Pou y varias más. Las compañeras Áurea Cuadrado, Pilar Grangel y Libertad Rodenas, destacadas anarquistas, se integran al grupo más tarde.

Áurea Cuadrado, acogió la iniciativa con cierto interés y terminó asistiendo asiduamente a las reuniones. Con ella se eleva el nivel de los debates. Estas militantes temían que la formación del Grupo Femenino, terminara con un planteo de la presencia de una organización feminista. Fue a partir de los contactos repetidos con ellas que nace la idea de Grupo Cultural Femenino. Con esta designación, la iniciativa quedaba limitada a una función de tipo cultural.

Las primeras reuniones tuvieron lugar en la calle Riera Alta. Ya en aquellos tiempos, la compañera "Nic" empezaba a conducir, lo que sirvió para ciertas diligencias sociales. Soledad era la coordinadora de las gestiones que podían presentarse.

Cuando se celebró el Congreso de Zaragoza en mayo de 1936, algunas de las compañeras del Grupo Cultural Femenino acuden a él individualmente. Entre otras asisten Pilar Grangel, quien regresaría con sus ideas fortalecidas, María Cerdán y una de las hermanas Castro.

Estas compañeras, en sus reuniones discutían sobre organización y comunismo libertario, lo que era muy importante, en un tiempo donde había tanta ignorancia social y analfabetismo, en general, entre las mujeres. No obstante, éstas sabían sumar sus fuerzas a las de los compañeros, cuando se trataba de una huelga y, si era preciso, también sabían propinar palizas a los rompeshuegas en Barcelona y sus alrededores.

Era en la lucha constante donde las compañeras se forjaban. En el Grupo Cultural Femenino se discutía con miras a concienciar a las mujeres de los problemas del trabajo. El derecho a la lucha de la mujer trabajadora y ama de casa, que también sufría las consecuencias de la situación social y había que convencerla. Todo estaba basado en una voluntad de lucha entre las militantes, que se habían elevado a pulso contra viento y marea.

Se acordó que las mujeres fueran solidarias entre ellas. Y, mientras asistían a las reuniones de los sindicatos, de común acuerdo, una de ellas por turno riguroso, cuidaba a los hijos de las demás para que las madres pudieran ausentarse, lo que les proporcionaba cierta libertad de acción.

Los planteamientos y discusiones del Congreso de Zaragoza cimentaron más sus ideales y pensaron organizar un mitin. Como no tenían fondos pidieron ayuda al Sindicato, pero no consiguieron nada. Algunas de ellas se asustaban con la idea de organizar un mitin, en particular, por no disponer de medios. Pero firmes en su empeño, tomaron la resolución de ir a ver al director del teatro Olimpia, una de las salas más conocidas de Barcelona, prometiéndole que le pagarían el alquiler con lo que recogieran de las entradas. Llegando a un acuerdo.

Acudieron a Federica Montseny para que interviniera en el acto, pero no aceptó. El objetivo de las compañeras era hacer un llamamiento lo más amplio posible, a favor de la constitución del grupo, y en particular dar a conocer sus finalidades. Para que tomaran la palabra, también fueron consultadas, Libertad Ródenas, Áurea Cuadrado y Pilar Grangel. La actitud determinante de "Nic" tuvo gran importancia en la organización del acto. El impacto del grupo, la tribuna sólo ocupada por mujeres, da confianza a los asistentes al acto y es bueno añadir que las compañeras que tomaron la palabra, fueron mujeres anarquistas. De hecho, dijeron lo mismo que hubieran podido decir si hubieran pertenecido al grupo. En el fondo de aquellas mujeres latía el mismo espíritu.

La llamada fue general para hombres y para mujeres, con el fin de que entraran en contacto con el Grupo Cultural Femenino, dando a conocer la trayectoria que se habían trazado. Un grupo donde podrían tratar las dudas y problemas específicos que como mujeres tenían planteadas.

El mitin fue muy nutrido. La platea y palcos se llenaron. El atrevimiento de aquellas militantes se vio recompensado por el éxito en cuanto a la asistencia. ¡El local pudo ser pagado!

El primer hecho social de envergadura fue la huelga general de Zaragoza en 1934. Los hijos de los huelguistas fueron confiados a la solidaridad confederal catalana y una multitud de mujeres acudió a recibirlos. Elodia se plantó

delante de aquellas mujeres que esperaban a los niños, con el fin de recogerlos y se expresó con tal convicción, que se solidarizaron con la representante del grupo, llevando a cabo una eficaz actuación en favor de los huelguistas.

Con "Nic" que disponía de coche, se lanzaron a los pueblos cercanos, donde también se esperaba a los niños, influyendo positivamente en la campaña solidaria. Con ello se dio a conocer el Grupo Cultural Femenino.

En Igualada y otras localidades fueron a visitar a las mujeres que habían adoptado un chico, para ponerlas en contacto con las madres zaragozanas.

Pilar Grangel, madre de dos niñas de corta edad, recoge al niño Manuel García, hijo de uno de los huelguistas.

A partir del mitin del Olimpia los contactos y diálogos con los compañeros de las Juventudes Libertarias se consolidaron. Libertad Ródenas asiste a algunas de las reuniones, donde se debaten múltiples cuestiones.

Es en medio de esta desbordante actividad social que las compañeras llegaron a las jornadas del 19 de julio de 1936. Aquella semana el grupo se presentó al Sindicato de la Construcción para hacer guardias, relevándose todos los días para no perder la ocasión de entrar en contacto con otras mujeres, Apolonia, Felisa, María Cerdán y Soledad Estorach, duermen sobre los bancos del Sindicato, para estar presentes en todo momento.

El 19 de julio a las cinco de la mañana, un grupo de ellas se encontraban en la plaza de la Generalidad, junto a la muchedumbre que pedía armas. Un compañero de la CNT gritaba: «¡Todos a los cuarteles!»

Soledad, Apolonia y Felisa, vuelven al sindicato. Las compañeras se encuentran en la calle donde hay tiroteos por todas partes. Cerca de la Casa Cambó, piensan que se puede entrar, «al menos el edificio es un fortín de peso». El enlace, compañero de Apolonia y Conchita Liaño, trata de tomarlo por detrás, llaman al portero para que les abra, pero éste prefiere dialogar antes de que estropeen la puerta. Les indica que se dirijan también al otro portero del mismo inmueble para obtener el acuerdo de ambos. Así se hace, con resultados positivos. Mientras unos suben a la azotea, otros levantan

barricadas, una en cada extremo del edificio. De manera que, entre los primeros luchadores que entraron en la Casa Cambó, había compañeras del Grupo Cultural Femenino anarquista de Barcelona.

En carta personal, una de ellas me escribía:

«En, efecto, sin representación en los Comités, nos habíamos turnado allí, toda aquella mañana, para estar más cerca de toda información y, ahora nos habíamos quedado sin ella y sin los que suelen tomar decisiones.

Yo había estado en la plaza de la Generalidad que se había vaciado en un soplo con la última consigna. Por el camino había perdido parte de mi vestido. Había visto en poco tiempo, mucho, muchísimo. Aquello era muy serio. Estaba excitadísima. En la calle habían empezado las barricadas, con tenedores, cuchillos y todo lo que se pillaba. Me junté a los que hacían barricadas. El "paqueo" desde la Catedral se hizo más intenso. No digo el tiroteo en el puerto y en Urquinaona. La Jefatura nos daba miedo. También el Banco. No se sabe nunca.

Entre un rediós que... y otros más verdes... vemos retroceder a los del puerto. Es, pues, a partir de esta situación que nos alzamos sobre la Casa Cambó. Es así, en todo caso, que yo veo la operación. Los detalles de ésta ya los conoces. Poco importa quién se encontraba en primera fila». [\(46\)](#)

Realmente poco importaba primeros o segundos, lo esencial era sugerir, realizar, para el bien de todos aquellos hombres que se encontraban en la calle con las armas en la mano.

En esta ocasión, la mujer manifestó con su fuerza de voluntad todas las posibilidades que podían emanar de ella. La iniciativa, en muchos casos, fue determinante. No era cuestión de esperar consejos ni directivas, sino avizar y forjar, donde se hallara cada una de nosotras, bajo su libre arbitrio y su propia conciencia, tomando resoluciones capaces de beneficiar a nuestros compañeros de lucha y a nuestros ideales. Estas militantes, en los primeros

días de lucha, fueron milicianas que no dudaron en empuñar el fusil, uniéndose a los combatientes que formaban las primeras columnas para desplazarse al frente de Aragón, entre otras mujeres del pueblo.

Muchas de ellas regresaron a la retaguardia, donde los trabajos a realizar era tan importantes para el éxito de la revolución, como el estar en los frentes.

Fue a la militancia de este Grupo Cultural Femenino, a quien en las primeras semanas de la revolución, los compañeros de la Federación Anarquista Ibérica —con Xena a la cabeza— cedieron el piso de la calle Cortes, al fundirse el Grupo Cultural Femenino con la Agrupación de Mujeres Libres de Madrid en noviembre de 1936. Este piso de la calle Cortes fue la sede de la nueva Federación de Mujeres Libres.

En aquellos primeros meses, las mujeres tuvieron la oportunidad de tomar responsabilidades directas a la par que los hombres, sin discriminación alguna por parte de estos últimos y ello debido al contexto en que estábamos situados. Esto quiere decir que nosotras, nosotras solas, somos las que debemos superarnos en nuestra acción, manifestando nuestros criterios en cualquier lugar donde estemos presentes.

En todas las épocas hubo mujeres singulares por su acción social, artística o sólo por amor. Cuando una compañera destacó en la lucha social, fue aceptada como un ser pensante, dispuesta a no mermar sus esfuerzos para conseguir, al lado de los compañeros, las finalidades que se había propuesto. Podemos citar a Ramona Berni, del sindicato textil, que formó parte del grupo "Los Solidarios" y que subió a la tribuna más de una vez, una de ellas en compañía del escritor José Peirats; María Luisa Tejedor, modista; Julia López Mainar; Pepita Not, cocinera; junto a Ascaso; Durruti; Ricardo Sanz; Aurelio Fernández, etc. Y tantas otras, cuyos nombres desconocemos por su acción anónima.

«Fueron varias las mujeres de temple, de una entereza espartana, que colaboraron directa o indirectamente en el grupo "Los Solidarios" desinteresadamente, algunas de las cuales, como por ejemplo Julia López Mainar, fueron a presidio a purgar largas condenas». [\(47\)](#)

Pero las luchadoras anónimas fueron las más.

La obrera, la mujer del pueblo, siempre estuvo sometida a un contexto social y familiar dominante. Siendo difícil que lograra poner de relieve su personalidad, acostumbrada a la inconsideración del hombre y sumergida al oscurantismo emanante de la religión. Fue por estos motivos que infinidad de mujeres aceptaron la sumisión por miedo a no poder enfrentar, por sus propios medios, su subsistencia. Lo que en una sociedad organizada social y económicamente donde se apreciaran los valores humanos, esta situación no tendría razón de ser.

En realidad, los militantes luchaban por su libertad, olvidando que en su casa tenían una compañera que también debía conquistar la suya, ignorándola bajo este aspecto.

En París, Luís XIV en 1656, incorporó diversos edificios al Hospital de la Salpêtrière para ser destinados a los indigentes y a las privadas de libertad. Allí se hacieron centenares de recluidas, infinidad de ellas por ser consideradas incorregibles o alienadas. Estas mujeres pasaban como locas por el mero hecho de rebelarse ante la sociedad, diciendo lo que pensaban en voz alta, afirmando su personalidad, manifestando su desacuerdo con lo instituido.

Hubo infinidad de casos aberrantes, tanto era el avasallamiento ejercido sobre el sexo femenino, privándolas de las luces del saber y del pensar. Una joven cocinera de talento, enamorada de las bellas artes, cuando el tiempo se lo permitía, se pasaba horas leyendo. Su patrón, al darse cuenta de su pasión por la lectura, la hizo encerrar por considerarla alienada. El caso es que en el hospital de psiquiatría de la Salpêtrière, en aquel ambiente carcelario, entre las consideradas dementes, continuó haciendo de cocinera y a interesarse por la lectura como en el pasado. Por lo que el psiquiatra dijo en síntesis:

«Esta mujer está considerada loca por su pasión a la lectura y al saber. Si fuera de casa rica, estaría rodeada de cojines y de admiradores, pero... es una mujer del pueblo».

A pesar de ello, continuó encerrada. Lo que quería decir que al no tener ningún recurso para hacer prevalecer sus inquietudes y su sensibilidad, la

mujer todo lo tenía contra ella. Y lo tiene en infinitud de pueblos, todavía, donde solamente es considerada como hembra al servicio de alguien y para algo.

En nuestro suelo ibérico, hace poco más de medio siglo tan sólo, cuando una joven reclamaba aprender, frecuentar la escuela donde iban los chicos, el padre solía decir:

—¿Para qué quieres ir a la escuela? ¡No has de ser maestra!, —o bien:

—Para hacer la faena de casa no se necesita saber leer.

Esta contestación era destinada a las hijas del pueblo, aquellas que demostraban inquietud y deseos de instruirse. Los hombres, los padres, consideraban superfluo e inadecuado que una joven pudiera interesarse por la ciencia del saber.

Ser mujer cautivada por la cultura y adquirir una conciencia libre, no es ni renunciar a la maternidad ni despojarse de su feminidad, ni mucho menos ir contra los intereses morales del hombre, sino tener contacto con la vida en todos sus aspectos y ser responsable de sus propias decisiones, sin tener que humillarse o ir a remolque del hombre. Las resoluciones pueden muy bien tomarse de común acuerdo. Los idealistas cuya finalidad es elevar el pensamiento a la máxima expresión, necesitamos unos principios morales con el fin de preservar la espiritualidad, sin olvidar que vivimos y respiramos en medio de una multitud cuya diversidad entorpece la imagen pura de la ideología y de su acción solidaria.

«Una suave y dulce ánfora donde duerme la alegría».

Esta frase la leí en un libro y me llamó la atención. Se refería a la fecundidad. Esta hermosa frase tendría todo su sentido poético y amoroso, si esta maternidad fuera en todas circunstancias consciente. Poético, porque todo cuanto lleva el calor y la expresión humana lleva un átomo de poesía y amoroso, porque la vida en sí no debe ser otra cosa más que amor.

La madre que predispone su cuerpo a la concepción, se entrega a una obra de arte que va moldeando sensiblemente al ser que lleva en sus entrañas.

La evolución biológica que arrastra el trauma del ser, en el momento de ser fecundado contra su voluntad, sufre por su estado fisiológico y por su situación moral.

Es precisamente por ello que el ser humano, hombre o mujer, debe conocer el funcionamiento de su cuerpo y todas las consecuencias que de sus actos puedan dimanar.

La mayoría de los seres viven una vida de sociedad de la que ignoran casi todo. Pero lo que es más triste es el desconocimiento de sí mismo. Sólo dominado por las necesidades imperiosas, se manifiesta en él la bestia humana, descubriendo la convivencia y el respeto, en el umbral de la muerte, en el mejor de los casos.

La libertad individual no se llega a conseguir si uno no trata de conocer sus reacciones e instintos, controlándose a sí mismo.

Es por estos motivos que no siendo bestias salvajes, pudiendo obtener el control de los nacimientos, las madres podrían inculcar a sus hijos la savia del amor y limar de forma comprensiva las violencias y exigencias que todo niño lleva consigo. Al nacer los instintos que se desarrollan en el niño pueden transformarse en intolerancia y agresividad y una madre consciente debe saber evitarlo. Una de las primeras cosas que hay que saber hacerle sentir al niño es que no está solo, que junto a él hay otros niños, muchos, ¡muchos niños! Principio de convivencia.

El hombre y la mujer deben completarse. Para el amor, la procreación. El apoyo recíproco, el cariño, la solidaridad y para comprenderse en la intensidad de la aventura humana. Pero no para estar sometido el uno al otro. Somos diferentes, por eso precisamente debemos completarnos. Coronando en broche de ideas, múltiples sentimientos e ideales que nos protejan y a la vez nos ayuden a cooperar con los demás.

Mientras el agua del río corre y alimenta las tierras fértiles, la tierra es próspera. Si el nivel intelectual de las mujeres y de los hombres tiene valía y el

altruismo forma parte de la vida afectiva y de la convivencia en todos los aspectos, todo toma otras proporciones, influyendo enormemente en la educación de los hijos.

Ese amor que predispone al niño a recibir un todo de la madre y del padre, debe servir no para modelarlo ni encasillarlo en sectas, religiones o políticas dogmáticas y engañosas, sino para orientarlo, enseñándole a comprender y compartir las cosas deseadas por uno mismo. Hay madres apasionadas que sienten tal ambición con sus hijos, que destruyen la esencia misma del amor y del entendimiento, desarrollando en ellos pasiones que destruyen los lazos de la sociedad, abriendo divergencias de clase debido a los caracteres ambiciosos y soberanos.

La educación de un hijo es el principio mismo de la sociedad.

El amor que recibe, repercute, en gran parte, en su carácter y debe ser protegido por una amplia ética humana y solidaria que frene el instinto negativo.

Entre las mujeres siempre hubo minorías que llevaron una lucha permanente contra la sociedad instituida. «En 1776, en el país galo, las mujeres no tenían derecho a ser comerciantes de modas ni otras profesiones afines, si no estaban casadas, o si un hombre no les prestaba o vendía su nombre, para poder adquirir un privilegio, convencidos de que las mujeres eran incapaces de responsabilizarse de toda función pública». [\(48\)](#)

Sin embargo algunas de las mujeres han influenciado a ciertos hombres en los destinos del país. En más de una ocasión fueron la sombra que no abandona al sujeto, para que fuera unidad, pero solamente la sombra que, lentamente, según de donde llega la luz, desaparece completamente bajo los pies del cuerpo que la origina.

La mujer arrastró comportamientos atávicos, impregnados a menudo, por la propia madre, ignorante a su vez, induciéndola hacia la coquetería, anulando la personalidad femenina, para trocirla en vanidad, es decir, inculcando en ella el arte de agradar. Como si la vocación de la mujer no fuera más que la de

consagrarse como esposa y madre o bien hacerse monja. En el tiempo presente, en muchos países este tabú ha desaparecido, pero desgraciadamente los hay, en que las mujeres aún están en peores condiciones.

En marzo de 1848, en París se encuentra en primera fila la revuelta femenina, un buen número de estas mujeres «sansimonianas» de 1830. Es a través de *La Voix de Femmes* (La Voz de las Mujeres) fundada en el mismo año por Eugénie Niboyet, que expresan el gran prejuicio que sufren, proclamando con insistencia la igualdad absoluta de sus derechos.

«Eugénie Niboyet, se dedicó particularmente, al problema de la instrucción reclamando una institución de enseñanza primaria y secundaria femenina y, el acceso de las mujeres a la Biblioteca Nacional. Es de este modo que reivindica a su vez el ingreso a las profesiones liberales y en particular el derecho a ejercer la medicina». [\(49\)](#)

La publicación de *La Voix des Femmes* fue un aporte considerable para las mujeres, denunciando la escandalosa concurrencia del trabajo en las cárceles y conventos.

Para suprimir el costo de los intermediarios, las mujeres organizaban las cooperativas de producción autogestionadas.

Conscientes de asumir su trabajo y la responsabilidad de madres, las obreras, ya en aquel tiempo, se dirigían al Presidente de la Asamblea Nacional, expresándose como sigue:

«Ciudadano: Nosotras, las abajo firmantes, obreras costureras, tenemos el honor de someter a los ciudadanos miembros de la Comisión de Trabajo un proyecto de asociación voluntaria que tenga como objeto asegurar la existencia de las mujeres de manera honorable y digna, de garantizarles un retiro de vejez, de socorro en caso de enfermedad o accidente y una ayuda para la educación de los hijos». [\(50\)](#)

Eran reivindicaciones fundamentales las que las mujeres reclamaban, y que en España quedaban ahogadas en una explotación sin consideración de la

mano de obra femenina. La orfandad de las mujeres obreras en cuanto a la cultura era corriente. La ignorancia fue la barrera que les cortó el paso, reforzada por un trabajo agotador y un desconocimiento total de la acción social y revolucionaria.

Aquellas mujeres anónimas, gracias a su valor, su comprensión y su amor, aguantaron con estoicismo todos los penosos momentos que la vida de un hombre militante les impuso. Fue lastimoso que no hubieran compartido todo ese sacrificio en su inicio, en su eclosión, de manera clara, captando la finalidad de los conflictos que les movía, para que se hubieran entregado de manera más inteligente, defendiendo a la vez sus propias libertades y su trabajo, cooperando con todas sus consecuencias y no ciegamente, participando en esa intensa emoción que siente el ser humano cuando lucha y sabe por qué lucha.

La Generalidad de Cataluña, nos reclamaba el local donde teníamos el Casal de la Dona Treballadora. Nos negamos a dejarlo, dando a conocer la inmensa labor cultural que en él se realizaba.

Haciendo caso omiso de las explicaciones dadas, nos instaron para que lo dejáramos lo más pronto posible, ofreciéndonos otro más pequeño, lo que significaba tener que abandonar parte de las clases por falta de espacio vital. No nos amedrentaron ni nos movimos. Nos volvieron a exigir su desalojo sin demora de tiempo, con la amenaza de que en caso de no cumplir nos echarían por la fuerza. Estábamos bien decididas a salvaguardar lo que se había conseguido durante los primeros días de la revolución. Firmes, nos quedamos en el edificio ojo avizor. Como esperábamos alguna reacción poco amistosa, vigilábamos todo el movimiento exterior. Cuando vimos llegar los guardias de asalto, en aquel instante nuestras compañeras se precipitaron a correr el cerrojo de la puerta de entrada del inmueble y nos quedamos encerradas en el interior.

Los guardias trastearon la puerta con fuerza pero no cedió. Montaron la guardia esperando la ocasión de que alguien saliera, para poder entrar.

Yo salí por el terrado de la casa vecina, pudiendo abastecer de comida a las compañeras de la misma manera. Viendo que los guardias no abandonaban la

puerta, en los días siguientes al encierro se decidió comunicar con Federica Montseny y de acuerdo con ella, fui a buscarla en un taxi, para personarnos en nuestro Casal.

Por fin, después de un largo diálogo con los guardias, éstos abandonaron la entrada. Federica Montseny, seguramente habría parlamentado con algún alto cargo de la Generalidad. El caso es que logró convencerlos pero, como he de ser sincera, no sé lo que habló con ellos.

El tiempo es tan lejano que no puedo recordar si el Casal de la Dona Treballadora continuó sus funciones hasta que tuvimos que abandonar Barcelona. Para seguir los trámites se había nombrado unas compañeras para ocuparse de ello. Esto era a finales del 38.

Los acontecimientos se precipitaron. Teníamos inmensas inquietudes con el desmoronamiento de los frentes, a los que estábamos atadas moralmente. Por otro lado, los bombardeos de la aviación fascista, ensañándose sobre Barcelona y sus alrededores no cesaban, de manera que cuando una escuadrilla escapaba después de haber dejado caer su carga mortífera, otra entraba por el lado opuesto.

Es en estas condiciones que desarrollábamos nuestra actividad de militantes, dispuestas a todo para sostener a cuantos se batían y trabajaban por la victoria.

MUJERES MILITANTES

Entre las muchas mujeres que participaron en la revolución y la guerra civil, quiero dejar constancias de aquellas que en mi juventud me causaron verdadero impacto por la convivencia que con ellas tuve.

No podré decir mucho, porque no eran momentos para dedicarnos a profundizar la actividad de cada una de ellas y, además, la memoria es muy infiel. Nuestra abnegada compañera Lola Iturbe, en su libro, *La mujer en la lucha social* [\(51\)](#), con un trabajo de perseverancia y de búsqueda, cita en

cortas semblanzas a algunas de aquellas valientes mujeres. Mas por mucho que nos aplicáramos y pusiéramos lo mejor de nuestra voluntad, no podríamos recordar a la inmensidad de mujeres. Jóvenes unas y menos jóvenes otras, anónimas la mayoría, que lucharon y perdieron la vida. No obstante, en nuestro silencio, quiero dejar patente que en el fondo de mi corazón reivindicó el valor humano y altruista de todas ellas.

Como ya queda dicho en las primeras páginas del libro, mis primeros contactos con Áurea Cuadrado fueron en los albores de la revolución en el comité revolucionario de nuestra barriada.

Áurea Cuadrado Alberola, nació con el siglo, en Ontiñena (Huesca). Siendo una adolescente se trasladó a Barcelona.

Cuando la vi por primera vez, aún era joven, de talla mediana, seria, meditativa y a la vez enérgica. Al estallar la revolución, Áurea era madre de una niña de 15 años, con el nombre de Ofelia. Ya con anterioridad queda dicho su desbordante actividad. Áurea pertenecía al Sindicato del Vestir desde el año 1916.

Participó en las actividades de Mujeres Libres, el tiempo que robaba a su descanso, como solía hacerlo. Colaboró en la revista de la Agrupación. Durante su estancia en la Maternidad de Barcelona, sus nuevas formas de organización interna, hicieron que la Maternidad mejorara su funcionamiento.

Se persuadía a las madres de amamantar a sus hijos, cosa muy importante contra la mortalidad infantil, procurando rodearlas de un bienestar moral y material durante un tiempo, para que no abandonaran a sus hijos. Dejándolas salir dos tardes por semana, reduciendo sus horas de trabajo y asignándoles 35 pesetas mensuales como retribución por las faenas de limpieza, cocina, lavado, etc., que, entre todas realizaban en la casa, con el fin de retenerlas algún tiempo al lado del hijo.

Antes de que Áurea se integrara en SIA, había sido nombrada por la Generalidad de Cataluña Directora de la Maternidad, pero ella, prefirió colaborar en la Sección de Asistencia Social, a fin de tener un contacto directo con los familiares de los combatientes y los compañeros afines a sus ideales.

En octubre de 1936, había sido aprobado, por el entonces Consejero de Asistencia, Puig Ferrater, un proyecto de Escuela Maternidad Consciente, lo que hubiera sido una ayuda moral y segura para las madres jóvenes pero esta escuela no pudo terminarse por falta de medios económicos.

Cuando pasamos la frontera, debido a su constante preocupación de ayudar al más débil y en particular a los niños, Áurea creó "La Gota de Leche" en el Campo de concentración de Argelés-sur-Mer.

En carta del 26 de febrero de 1978, cuando había empezado a recopilar documentación para escribir estas memorias, Domingo Rojas me escribía desde México:

«A esta compañera, si mal no recuerdo la conocí por primera vez en 1925. El compañero Piera, del ramo de la construcción de Barcelona, acababa de llegar para refugiarse en París. En los tiempos trágicos donde en la Ciudad Condal, se mataba a los compañeros; uno de los más responsables era el general Martínez Anido.

Nuestro compañero había recibido una carta en la cual le anunciaban que la compañera María Rascón, junto a otra compañera, llegarían a París y que fuéramos a esperarlas a la estación del ferrocarril, ya que ninguna de ellas hablaba el francés. El día convenido fuimos a la estación y al rato, llegaron dos simpáticas muchachas lindamente vestidas. Yo conocía a María Rascón, ésta me presentó a Áurea Cuadrado, diciéndome: "Aquí te presento esta compañera, una gran militante y una de mis mejores amigas". Las dos, iban elegantemente vestidas, sin ningún equipaje. Áurea llevaba un bonito sombrero de alas anchas, lo que le daba un toque de gran distinción a pesar de su figura algo deformada, ya que estaba encinta de su hija. No quiso quedarse en París. Aquella misma noche quiso coger el tren hacia el norte de Francia, donde estaba instalado su compañero, al cual conocí más tarde. Un tipo un poco raro, muy bohemio, creo que de nacionalidad albanesa. Hablaba varios idiomas y pretendía ser periodista. Recuerdo que antes de su salida, al lado de la estación del Norte, de París, esperando que saliera el tren, estuvimos cenando y

hablando unas horas de lo que habían visto en Barcelona y del viaje bastante accidentado que habían tenido desde allí hasta París. Iban sin equipaje pero también sin papeles y pudieron burlar a la policía española y a la francesa, pasando por el túnel que va de Portbou a Cerbère y de esta manera, como si fuera una película, llegaron a París. Ella se fue hacia el norte.

Desde aquella fecha, durante muchos años no tuve noticias de Áurea hasta los últimos días trágicos de la guerra de España, donde me encontré de nuevo con ella.

El compañero Mariano Vázquez, secretario nacional de la CNT, después de haberle ayudado a pasar la frontera clandestinamente, me encargó ir al encuentro de un camión que salía de Barcelona con cajas que contenían la famosa documentación de la CNT, y que les ayudara a pasar la frontera francesa. Al llegar a Girona, de pronto me encontré con Valerio Más, el cual me presentó a Áurea, que llegaba con unos camiones para evacuar a los niños de las guarderías infantiles de SIA. Era la responsable de dicha expedición. Al reconocernos nos abrazamos fuertemente y recordamos nuestro primer encuentro en la estación del ferrocarril de París.

Pasamos sin dificultad la frontera, los niños se quedaron en Perpignan y las cajas de documentación de la CNT siguieron viaje hacia Holanda, donde todavía se encuentran.

Con Áurea regresamos inmediatamente con los camiones, hacia España y durante cuatro días hicimos viajes de Girona a Perpignan, evacuando niños y compañeros de la tragedia más grande de las que me ha tocado vivir. El tráfico duró hasta el último día, al salir de Figueres con tres camiones cargados de niños, a un kilómetro de la capital de l'Ampurdá hubo un bombardeo y los aviones empezaron a ametrallar nuestros camiones. Todos corrimos y nos echamos al suelo; sólo la compañera Áurea se quedó allí tratando de tranquilizar a los niños, diciéndoles: "No se espanten, no pasa nada, bajen y que cada

uno se ponga acostadito debajo de una cepa". ¡Todos quedamos avergonzados de la valentía y entereza que tuvo siempre Áurea!

Terminada la evacuación, el Consejo del Movimiento Libertario, la nombró para que se quedara en Perpignan junto con el compañero Paulino Diez, y los tres juntos, durante los primeros meses, repartíamos medicinas y algunas veces hasta paquetes de víveres a los compañeros necesitados, en los diferentes campos de concentración.

Desde el primer día nos hicimos muy amigos. Aquella terrible prueba nos unía para la lucha que nos habíamos impuesto, para ayudar hasta el último momento a los que tanto lo necesitaban, sobre todo a los niños. Vivíamos juntos en un apartamento que yo tenía desde hacía mucho tiempo, ya que yo vivía en Perpignan con mi compañera y mis dos hijos.

En estos últimos días de la tragedia española, yo estaba bastante agotado y, apenas podía comprender que Áurea, tan menudita, fuese tan valiente para soportar tan duros trances.

Abandoné Perpignan con la policía tras mis pasos. La policía fue a buscarme al piso y, encontraron a Áurea y a Paulino Diez. A ella la torturaron de mala manera para que diera la pista de dónde me encontraba, pero valiente, no pudieron sacarle nunca nada. Después la llevaron al campo de concentración, y yo perdí todo contacto con ella.

Al llegar a Cuba me enteré que estaba con su hija Ofelia en Santo Domingo, donde los pocos refugiados que estaban allí vivían en condiciones lamentables. Por medio de las Sociedades Hispanas Confederadas, hice lo posible para sacarla de Santo Domingo y vino a Cuba, acompañada de su hija de 17 años. Llegaron bastante desmejoradas, pero encontraron de nuevo la tranquilidad. Vivimos cerca de un año haciendo vida nómada. Vivíamos en una casa abandonada en medio de un verdadero bosque de mangos, aguacates y guayabas, con cuyos frutos nos quitábamos el hambre. Recuerdo que dormimos en el suelo en colchones de aire que mi hijo Floreal hinchaba soplando. Pero, poco a poco, la situación mejoró y seguramente es la

experiencia más agradable de convivencia social que hayamos vivido. También estaba con nosotros el compañero Paulino Diez. Los domingos eran varios los compañeros que se juntaban con nosotros: Iñigo, Inestal, Iglesias y varios compañeros cubanos, incluido Marcelino Salinas. Fueron unos días de campo donde nos enzarzábamos en grandes discusiones y una fraternal camaradería. En 1943, al salir yo con mi compañera y mis dos hijos hacia México, Áurea con su hija quedaron en La Habana; ella trabajaba de modista; al poco tiempo salió de Cuba hacia Nueva York. En el año 45 tuve la oportunidad de visitarla en su casa. Se había unido a uno de los mejores compañeros, de los más activos, sobre todo, del Grupo de Cultura Proletaria, que se llamaba José Torres, un excelente militante con el cual Áurea vivió hasta los últimos días de su vida en Nueva York. Vinieron a México, donde volvimos de nuevo a vivir juntos en mi casa. El compañero Torres tuvo que regresar una temporada a EUA para cumplir un contrato que tenía con una compañía y Áurea se quedó a vivir con nosotros. Más tarde, el compañero Torres volvió a México donde vivieron varios años en contacto con el grupo "Tierra y Libertad", ya que formaban parte del mismo y colaboraban con nosotros.

En 1953, Áurea enfermó, tuvo algunas complicaciones y al final perdió completamente la memoria. Torres, su compañero que tanto la quería, hizo lo posible para que se curara. La llevó de nuevo a Estados Unidos, pensando que allí la medicina estaba en mejores condiciones para atenderla, pero todo fue inútil. Regresaron de nuevo a México, donde vivieron todavía una temporada, hasta que decidieron regresar a España, es decir, a las Islas Baleares, donde Torres tenía familia y le parecía que era el lugar donde podía pasar sus últimos días. Allí murió Áurea, que había perdido la memoria y no recordaba ni reconocía a nadie, ni siquiera a su propio compañero al que tanto había querido».



La autora con su compañero y sus hijos en Las Arenas de Nimes en 1953.
En el centro su hermana Emilia

Fue en carta del 7 de julio de 1978, cuando el compañero Paulino Diez; a quien había solicitado ciertas precisiones, me escribía:

«Conocí a Áurea a mi llegada a Barcelona, en 1918, en una excursión al Tibidabo de las Juventudes y, así seguimos en Vallvidrera, hasta que fui detenido y los cinco meses que estuve preso, Áurea acudía a la comunicación a charlar y ahuyentar la monotonía de la prisión. Al lograr la libertad y por salir de propaganda y organización en Andalucía, no volvimos a vernos hasta la guerra en SIA de Barcelona.

En nuestro nuevo encuentro me contó la tragedia de su vida. Se unió a un compañero serbio, que duró escaso tiempo, pues debido a los celos tuvo que separarse de él, conservando la única hija que tuvieron. Nuestro encuentro en Perpignan y detención en el campo de concentración así como nuestro arribo a Santo Domingo y La Habana, queda descrito en las *Memorias*. Para que saliera del campo de concentración, tanto ella como su hija, que estaba en una Colonia Infantil, las inscribí como familia y mientras estuve en La Habana repartía el salario en tres. [\(52\)](#)

Cuando vine a Panamá la seguí ayudando en lo posible y al poco tiempo su hija se unió a un comunista y, Áurea, disgustada por tal unión, decidió marchar a los Estados Unidos, contratada por una empresa de películas, para hacer el doblaje en español. Allí conoció a un compañero y vivió con él y, enferma mentalmente, fue a morir en Palma de Mallorca.

La hija, heredó del padre los celos y con ello mortificaba a su madre. Yo no volví a saber de ella desde que salí de la Habana»

En efecto, el 18 de diciembre de 1969, Áurea Cuadrado quedó falta de luz. Esa luz que había alumbrado su vida de luchadora, quedaba extinguida por un derrame cerebral».

Estando en el cuadro de la barriada, quiero recordar a dos de las compañeras que participaron en ella con tesón, los primeros días de la revolución, y, por ser militantes que ya estaban bregadas en la lucha social desde su juventud. Estas compañeras participaron directamente en la lucha a partir del primer día, cada una de ellas a su manera y necesidad del momento.

Lola Granero era de familia anarquista, que había sufrido mucho en las luchas sindicales, con humillaciones y persecuciones. Lola a partir del instante, en que el comité revolucionario toma el acuerdo de hacer la comida para los milicianos, que hacían las guardias en los puntos estratégicos de la barriada, se responsabiliza de tal tarea y se rodea de compañeras voluntarias y la colaboración de las dos monjas que quedaron por propia voluntad, en aquel convento, transformado en comité revolucionario. Labor que realizó mientras se mantuvieron los controles de los edificios de la barriada.

Concha Pérez Collado, nacida en Barcelona el 17-10-1915, sindicada en la CNT, desde muy joven y perteneciente al Ateneo Libertario Faros, fue otra de las compañeras que quedó grabada en mi mente. Durante los primeros días de

la revolución hallándose en la barriada de Les Corts, se une a la acción de los compañeros a fin de ayudar a vencer el alzamiento militar fascista.

La conocí desde que empecé a trabajar en el comité revolucionario y, pude darme cuenta de su seriedad, valía y el respeto y deferencia que los compañeros le tenían.

A no tardar tomó la decisión de enrolarse en la Columna Ortíz, marchó al frente y participó en los ataques a Belchite y Almudévar, allí donde fue muerto mi padre.

Concha, seis meses después regresaría a Barcelona, para entrar a trabajar en una fábrica de material de guerra, donde fue nombrada miembro del Consejo de Empresa, cargo que ocupó hasta la entrada de los fascistas en Barcelona.

Nuestras ocupaciones nos llevaron a trabajos distintos y no nos vimos más, hasta el año 1975, que coincidimos las dos en una conferencia que se daba en Barcelona, en las Cocheras de Sants. La emoción fue grande, nuestras mentes rememoraron aquellos momentos pasados de intensa e inquieta lucha, en los primeros días de la revolución.

Concha se había exiliado en 1939, como tantas otras compañeras. En 1941 regresaba de nuevo a Barcelona con su hijito y entró en contacto con compañeros y compañeras, pero es a partir de terminada la dictadura franquista que empieza de nuevo sus actividades en la CNT y asociaciones del distrito. Una de sus actividades será la creación del Centro Cívico Josep Trueta, donde durante un año formó parte de la Junta. Sus actividades no cesan, su voluntad y amor a nuestra causa la mantienen siempre en la brecha. Hoy a pesar de sus 87 años, continua con el deseo de reanimar la llama y dar a conocer a la juventud, las circunstancias que volcaron a todo un pueblo a la revolución y a una guerra cruel, que dejó España ensangrentada, por defender la libertad de los obreros y de la República, que fue azotada por el alzamiento fascista.

Como colofón a su intensa actividad, es miembro de la Asociación recientemente constituida Dones del 36.

Nuestra compañera Lola Iturbe Arizcuren, "Kiralina", como solía firmar sus colaboraciones en periódicos y revistas, nació el 2 de agosto de 1902 en Barcelona. Desde muy joven colaboró en el movimiento anarquista, asistiendo a los presos, participando en manifestaciones, reuniones y conferencias.

Mujer del pueblo, expresó sus más íntimas inquietudes con la pluma y la palabra. Fue secretaria del Sindicato del Vestido, lo que debió reunir más de una vez a las dos militantes en acción, Lola y Áurea Cuadrado.

A ella le debemos el libro ya citado *La mujer en la Revolución española*. En su documentado trabajo, demuestra gran erudición de la historia social y la evolución femenina. Resaltando que en todas las épocas hubo minorías que dejaron huellas por su actuación cultural, sindical y solidaria, hacia la conquista de la independencia femenina, destacando la gran sensibilidad en el comportamiento de estas luchadoras.

Las constantes detenciones, fugas y encarcelamientos de su compañero "Juanel", Juan M. Molina, así como los cambios forzosos de domicilio y de país, rodeada de sus hijos y acompañada de su madre imposibilitada, le acarrearón una vida de sacrificios, de escasez económica y padecimientos morales, sin por ello perder jamás la confianza en los ideales que había abrazado. Exiliada junto a su compañero, como tantas otras activistas, a comienzos del año 30, con la República volvían de nuevo a Barcelona los expatriados de Francia y Bélgica.

Lola arrastra infinidad de años en la brega. Con motivo de la campaña abstencionista, el 16 de noviembre de 1933 participó en el mitin celebrado en el Palacio de Artes Decorativas de Montjuic, donde tomaron la palabra, Francisco Ascaso, Domingo Germinal y Buenaventura Durruti, mitin que fue presidido por el compañero Gilabert. En la reseña del periódico *Tierra y Libertad*, del 24 del mismo mes, podía leerse:

«Lola Iturbe leyó unas cuartillas de las que publicamos el siguiente texto: "Mujeres de las Juventudes Anarquistas, en los momentos en que los partidos ultra reaccionarios presentan sus cuadros de mujeres

dispuestas a colaborar en su nefasta obra, debemos, nosotros, organizamos para prepararnos a defender gallardamente nuestras ideas. Y, sobre todo, no olvidemos a los trabajadores que han sucumbido a la muerte por las balas mercenarias de la policía social azañista. Recordemos también a los miles de camaradas encarcelados y a los cientos de apaleados y martirizados en los antros policíacos. Y, mayormente, acordémonos siempre que en la aldea de Casas Viejas, murió, achicharrada por la hoguera criminal, una mujer, casi una niña. El recuerdo de Manuel Lago, mártir de Andalucía; así como el de la madre y el niño asesinados en Arnedo, nos servirán de estímulo para despertar nuestras iras vengadoras el día de la justicia revolucionaria"».

Así hablaba Lola hace medio siglo.

El 20 de julio de 1936, junto a "Juanel" y a Mateo Santos, se improvisan redactores para la confección del primer número del diario *Solidaridad Obrera*, "la Soli", en la Casa CNT-FAI. Las primeras octavillas que las avionetas tiraban sobre Barcelona fueron redactadas por ella, «que siempre puso en sus escritos más alma y emoción que yo en los míos», —escribía su compañero "Juanel".

Con el fin de trabajar intensamente —16 y 17 horas al día—, se hacen cargo del periódico *Tierra y Libertad*, del que más tarde sería administradora, dejando su casa de Horta, con muebles, a un compañero, e instalándose en el piso donde se editaba el semanario, en la calle Unión. Su cama era una pila de periódicos atrasados y sobre ellos, Lola sufrió un aborto grave, algo muy paradójico, cuando se tiene en cuenta que "Juanel" era Subsecretario de Defensa.

Después de los sucesos de mayo de 1937, forma parte de la Oficina Jurídica de la CNT. Interviene en la obtención de la libertad de nuestros presos y del POUM, reclusos en las checas de los comunistas de la calle Puerta del Ángel. Más tarde centra sus actividades en los frentes de guerra, desde donde escribía.

Fue de ese modo que Emma Goldman, en visita al frente de Artesa de Segre, al saber que Lola se encontraba en aquel sector, por dos veces consecutivas tuvo un encuentro con ella.

En 1920, cuando estaban Valle y Barriobero en la Jurídica, Lola lleva una importante labor clandestina. En los años del terrorismo fue enlace permanente entre los compañeros. Efectuó multitud de acciones con Libertad Rodenas, María Rius y Rosario Dulcet. De manera que Lola conocía perfectamente la trayectoria social de nuestro país. En aquellos tiempos vivía la evolución social obrera y conocía los pormenores de la actuación de los militantes de la CNT, unida a la suya propia, por ser parte integrante del movimiento obrerista.

Su actividad fue fructuosa y humana hacia nuestros ideales y hacia los hombres que caían en las redes policíacas del Estado. Dejémosle la palabra:

«Acompañé y asistí en su celda, horas antes que fuera ajusticiado a "garrote vil", en la madrugada del 10 de noviembre de 1924, a Juan Montejo y a José Llácer». [\(53\)](#)

Antes, después y siempre, Lola realizó una actuación humana, plenamente altruista. En Francia, ella y "Juanel" pasaron muchos años. Los recuerdo cuando en el año 1943, vinieron a nuestro domicilio de Bram, sin miedo a lo que se exponían por la presencia de los alemanes, siempre con las giras de propaganda y acción en favor de nuestros ideales. Llegó cansada y enferma pero, sin desmayar, nos expuso sus propósitos.

Hacía poco que habíamos organizado una reunión departamental en casa. La cosa no era fácil. Los compañeros debían acudir de todo el departamento y tenían que andar con pies de plomo para pasar desapercibidos.

Nuestra casucha estaba a las afueras del pueblo, destartalada y solitaria, no lejos de la gendarmería. Eso evitaba que los que llegaban de lejos, tuvieran que ir preguntando. La preocupación de nuestro grupo era hacer la reunión de manera que nadie se diera cuenta de la afluencia de los compañeros y, a la vez, procurarnos comida para ese día.

Por mi parte, no disponía de ninguna olla para preparar comida para tanto personal. Se decidió pues, de común acuerdo, que se pondría la despensa de los alemanes a contribución. Todos los compañeros del grupo, Jesús incluido, estaban requisados por la intendencia alemana para fabricar pan en las panaderías de campaña militarizadas por los nazis. Con tiempo, los compañeros, lo primero que hicieron con la complicidad del cocinero, fue agenciarse una gran cazuela de aluminio; después fueron sacando, poco a poco, algunas patatas de la cocina. Los del grupo también fueron sacando el pan necesario, con gran cautela para no ser cogidos por la guardia alemana, cosa que desde hacía meses iban haciendo, con el fin de abastecer de pan a los voluntarios que se habían incorporado a la Resistencia francesa, la que luchaba contra la ocupación alemana, situados en los tupidos bosques de la Montagne Noire (Montaña Negra).

Como la reunión duró más de lo previsto, algunos delegados tuvieron que hacer noche en casa. No disponíamos más que de una cama y una camita para nuestro hijo Germinal de tres años de edad. De manera que, de nuevo, los compañeros procuraron sacar del campo militar, unos sacos de harina vacíos, para poder utilizarlos como mantas.

Tres de los compañeros durmieron en el duro suelo, otro de ellos durmió en nuestra cama. Dormimos medio vestidos, pues el frío era crudo y no teníamos con qué taparnos todos. Al alborar el día, los compañeros marcharon en el primer tren, con el sigilo de gatos que no tocan el suelo.

Siempre andábamos con el corazón sobresaltado, esperando ser denunciados en cualquier momento por las milicias fascistas de Pétain, que nos iban a la zaga desde hacía tiempo. Ya nos habían detenido a uno de los compañeros del grupo, Antonio Rodríguez, que fue enviado a Mathausen e internado en un campo de concentración nazi. Este compañero pasó también por el campo de Ravensbrück, donde se encontraba el compañero José Paniagua, cuñado de Libertad Rodenas. Rodríguez fue muy valiente, porque al llevárselo a Carcassonne, por más que lo torturaron no delató a ningún compañero del grupo.

Pasado un tiempo, ya al final de la guerra, cuando empezaba la desbandada de los alemanes, una mañana, muy temprano, estando en la cama, oí el paso de la tropa por la carretera. De pronto se pararon delante de nuestra casa. Me encontraba sola, ya que Jesús trabajaba de noche en los hornos de pan militares. De pronto se oyó un «¡¡Alt...!!» y fuertes ruidos de botas a la vez que unos pasos que se dirigían a nuestra solitaria morada. El oficial pegó un fuerte golpe en la puerta. El corazón me dio un salto. Miré a mi hijo, como para protegerlo con la mirada. Yo estaba a punto de dar a luz, mi segundo hijo nacería el 24 de agosto de 1944. Me levanté y abrí la ventana, pensando que venían a detenernos. El oficial, levantó la cabeza y preguntó en un mal francés, hacia donde debían ir para tomar la carretera de Fanjeaux.

¡¡Uf, qué alivio!!

Mis temores obedecían al hecho de que la milicia francesa nos vigilaba. Hacía algún tiempo que me había dado cuenta que los gendarmes (nuestros vecinos) no quitaban los ojos de nuestra casa durante horas, ya que entre la gendarmería y nuestro hogar, tan sólo nos separaba la huerta. Los muy listos, se habían parapetado detrás de los cipreses que bordeaban nuestra huerta, sin darse cuenta de que, desde la parte alta de la casa veíamos las botas a través de los troncos bajos y desnudos de los cipreses. Lo que motivó que advirtiéramos a los compañeros para que se abstuvieran de venir, yéndonos a reunir en los bosquecillos de los alrededores del pueblo.

Volviendo a la entrañable compañera, Lola y "Juanel" sufrieron durante muchos años la incompreensión de ciertos compañeros, como nos ha pasado a muchos de nosotros. Quizá no exactamente por los mismos motivos. Pero el caso es que al no saber captar los valores morales de cada uno, ciertos hombres, llamados militantes, nos han mortificado y han frenado el progreso que hubiera sido fructífero de cara a la juventud, una vez de regreso a España, liberada del franquismo.

Hemos vivido una época de inseguridad y desconfianza contra todo y contra todos, por lo tanto lo vivido, podría habernos abierto nuevas perspectivas, discutiendo siempre con altura de miras los errores del pasado. Todo menos lo

sucedido. Con ello no se logró hacerla vacilar ni en su fe hacia nuestras ideas manumisoras ni en su voluntad de estar siempre presente en la lucha.

En 1975, solicitada por el Ateneo Cervantes de Lyon, da una conferencia el 3 de noviembre en una exposición bibliográfica, organizada en la Maison de l'Europe, bajo el signo del año internacional de la mujer. Su conferencia fue un éxito y profesoras y profesores, solicitaron más información lo que hizo ampliamente. La asistencia quedó sorprendida de su erudición sobre el tema social.

Lucía Sánchez Saornil, fue el alma de la Federación Nacional de Mujeres Libres. Mujer sumamente enérgica y convincente; cuando hablaba, nosotras que éramos jóvenes, quedábamos impresionadas. En los primeros tiempos de la guerra, se desplazó a los frentes para hacer periodismo.

Integrada en el Consejo Nacional de SIA, hizo muchos viajes a Francia, para obtener las mercancías necesarias para las guarderías infantiles que estaban bajo el control del Consejo, a la vez que adquiría diversos productos para poder ofrecerlos a los combatientes. Entrando en contacto con las Agrupaciones de SIA que existían en el exterior de España. Rebelde, escritora, poeta, oradora, su voz era escuchada.

Cuando tuvimos que abandonar Barcelona, todo el secretariado del Consejo Nacional, se trasladó a Perpignan, donde Lucía desplegó un gran dinamismo, mientras las actividades lo permitieron. Provisionalmente, el secretariado estaba situado en el Boulevard des Albères, nº 16 y, era denominado Federación de Comités Españoles de Acción Antifascista, siendo la sede del Comité Nacional en Francia, donde también se encontraba Áurea Cuadrado, Cristina Kong, Mateo Baruta, Paulino Diez y Domingo Rojas, entre otros.

Poco tiempo después, como la afluencia de los refugiados aumentaba considerablemente en Perpignan, el secretariado tuvo que trasladarse a París, donde permaneció hasta mediados del 40. Un nuevo éxodo después de la entrada de los alemanes en Francia, hizo que se trasladaran a París.

A pesar de haber colaborado en SIA, con un artículo titulado España Expatriada, y empezar a alcanzar algunas relaciones, Lucía vivía «una angustia permanente» (...) Vegeto, —escribía— he perdido la fe en todo, absolutamente en todo, vivo mecánicamente»

¡Qué decepción fue la suya! Con la esperanza de conquistar un mundo nuevo, ¡la emancipación de la mujer española! «se nos ha sembrado a voleo por toda Francia», continuaba escribiendo.

Sin domicilio alguno, se hacía enviar la correspondencia a A. Germain -Boite Póstale 32. París XX y dentro del sobre su nombre. Vivió junto a Baruta y Cristina Kong asignados a unos kilómetros de París, donde habían alcanzado tener «un papelito, una terrible ficha, que debemos llevar encima, de no llevarla, seríamos internados en un campo de concentración».

En enero de 1940, se encontraba en Orleans y escribía: «Vivo en una capital francesa de tercer orden, muy repleta de evocaciones pretéritas, con sus iglesias innumerables, sus callecitas silenciosas, sus brumas y sus nieves, pero muy falta de vida —naturalmente, la nuestra—, poco favorable para reanimar un espíritu abatido como el mío»

En el ambiente de Orleans, apenas leía y escribía, por falta de tiempo y material. Tenía el proyecto de un libro, pero presentía que se iba a escribir mucho sobre nuestras cosas... y además «su libro iba a dejar descontento a todo el mundo», a la vez pensaba que solamente quedaría en proyecto. Al mismo tiempo que le espantaba pensar en lo que habían quedado nuestros sueños de liberación. Así fue, el libro no se escribió; fue lastimoso para la historia, en particular para la historia femenina. En efecto para todas fue un gran vuelco.

En Orleans, vivió en la calle Charles Peguít, nº 1. Absorbida y agobiada por la inmensa correspondencia que recibía, en la que le daban quejas, le pedían ayuda o bien consejos, después de tantas decepciones, cuando adquirió un poco de movilidad y de libertad; le dio la impresión de volver a renacer. Poder hacer algo para las compañeras, le dio un hálito de vida. Apaciguando su amargura, cuando se dirigían a ella en busca de soluciones, que no siempre podía dar, pero sí escribir una carta de fraterna solidaridad y compañerismo, y,

aunque esto la dejara preocupada, su existencia ya no contaba tanto. Su tiempo lo empleaba buscando soluciones a los refugiados de los campos de concentración. Esta tarea, en aquella libertad controlada, le dio cierta estabilidad, que le permitía hacer gestiones a través de la inmensa correspondencia, a fin de poder liberar a las compañeras de las dramáticas condiciones en que se hallaban. Una de sus grandes preocupaciones, fue la situación de Jacinta Escudero, que se encontraba gravemente enferma. Llevó a cabo muchos trámites para sacarla del campo de concentración, —de la que escribía—: «Jacinta es una gran luchadora, es inteligente y creo que debería hacerse todo lo posible por salvarla. Aquí la perderemos».

Sus cartas reflejaban una situación de incapacidad para resolver tantos problemas como se presentaban. Sufría por nuestra situación y se irritaba a causa de los que la tenían resuelta y se olvidaban de los demás:

«No trabajo —escribía— ni he trabajado nunca, ni por una situación económica, ni por una personalidad, sino por un sentimiento de amor hacia el infortunio, por una rebeldía innata, por una generosidad sin límites».

En su correspondencia rememoraba el final del 38, «conservo recuerdos imborrables, salí de la oficina pisando cadáveres recién derribados por las bombas, de las que me salvé milagrosamente». Sí, éramos muchos los que recordábamos aquellos instantes. Yo creo que en su sensibilidad, debía ver correr a toda velocidad una película que no la dejaba descansar y trituraba sus sentimientos.

En un nuevo cambio, Lucía se trasladó a Montauban viviendo en la calle Bombet. Para poder subsistir, se dedicaba al retoque de fotografías. Durante su estancia en Montauban tuvo una amplia actividad en la Asociación de los Cuáqueros, en cuya entidad fue secretaria, siempre ayudada por Mery. Este trabajo debió darle un poco de vida, mas decidió volver a España.

Los compañeros de Montauban quedaron muy inquietos ante tal resolución, pero a no tardar tuvieron noticias de ella, diciéndoles que todo iba bien. Pasó la frontera ayudada por una hermana de Mery. Los motivos que originaron tal decisión, los supe por María Elena Samada, en carta escrita en 1991. Alguien

de la policía francesa les advirtió que tenían órdenes de detenerlas para ser trasladadas a un campo de concentración nazi en Alemania, en particular a Lucía.

Llegada a Madrid, «cuando consiguió documentación, se vino a Valencia, porque al parecer iban detrás de su pista».

En su estancia en Valencia, alojada en casa de Elena Samada, se dedicó a pintar sobre seda, reprodujo cuadros, hacía flores y redecillas para el pelo, esa era su fuente de ingresos, sin por ello dejar de escribir, lo que fue la pasión de toda su vida. Mery que había podido pasar la frontera con pasaporte, gracias a un novio que había tenido, es la que salía a la venta de los artículos que hacían en casa.

Lucía había nacido en Madrid, el 13 de diciembre de 1895. Después de un gran padecimiento a causa de un cáncer, que «inmediatamente le invadió los pulmones, aunque fue una cosa rápida y ella era muy sufrida, no dejó de pasar un mes terrible» Mery, por aquel entonces trabajaba en el Consulado argentino y se desvivió por cuidarla, así como María Elena.

Lucía cerró los ojos el 2 de junio de 1970, en la bella ciudad de Valencia, donde sus amistades, la habían protegido y cuidado con gran afecto hasta el último instante.

Desde muy joven, había colaborado en la prensa libertaria: *Umbral*, *Tiempos Nuevos*, *Solidaridad Obrera*, etc., mas anteriormente ya había colaborado en tanto que poeta en revistas literarias, bajo el seudónimo de Luciano de San-Saor.

«En el año 1931, cuando la célebre huelga nacional de teléfonos, Lucía se afilió a la CNT. El entusiasmo que despertó esta huelga fue tal que en un solo día se afilió a la CNT todo el personal de la Central telefónica de Madrid. Cuando finalizó el conflicto, Lucía Sánchez fue trasladada a la Central telefónica de Valencia en calidad de represaliada [\(54\)](#). En 1933 formaba parte de la redacción del diario *CNT*.

He aquí uno de sus poemas:

DURRUTI

Durruti, hermano Durruti,
jamás se vio otra congoja
más amarga que tu muerte
sobre la tierra española.

Rostros curtidos del cierzo
quiebran,
su durez de roca,
como tallos quebradizos
hasta la tierra se doblan
hércules de firme acero.
Hombres de hierro sollozan!
tambores fúnebres baten
apisonando la fosa.
Durruti ha muerto, soldados;
que nadie mengüe su obra!

Libertad Ródenas, «una mujer de la CNT» Nacida en cuna libertaria por ser sus padres auténticos libertarios. A finales del siglo XIX, nacía en Chera (Valencia). Escapó de la zarpa del clérigo en el bautismo.

Como quiera que en su tierna infancia le fuera negado asistir a las escuelas del pueblo, por no seguir los hábitos de todo el mundo frecuenta en Barcelona, —donde sus padres se habían trasladado—, una escuela nocturna, después del trabajo e invierte cuanto puede, para formar una biblioteca, donde hay literatura, novelas y abundantes lecturas sobre el anarquismo.

Muy joven, interviene desde el público en un mitin que los socialistas habían organizado, para impugnar lo que decían, lo que provocó un revuelo de

comentarios, en especial por tratarse de una muchacha tan joven. El mitin se celebraba en la barriada de Gracia, en la calle Menéndez y Pelayo.

Es a partir de este instante que fue solicitada para mítines y conferencias, ya que eran pocas las mujeres que se dedicaban a la propaganda en la Confederación Nacional del Trabajo. Se desplaza por tierras levantinas, donde se celebraron numerosos actos, organizados por Eusebio Carbó. A partir de entonces no cesó en su labor de propaganda.

Al iniciarse una serie de mítines en Madrid y sus alrededores, es detenida antes de empezar y pasa una temporada en la cárcel de Guadalajara. Esto ocurría en plena vigencia de las llamadas garantías constitucionales.

Libertad solía hablar de su estancia en prisión, de los casos que allí había presenciado y que le oprimían el corazón.

Con Juan Peiró, —igualmente detenido junto a Libertad— fueron trasladados a Barcelona y escoltados ante Martínez Anido. Este, hipócritamente, mostró gran extrañeza ante tal detención.

Entre sus actividades propagandísticas, jamás olvidó a los presos, escuchando quejas, buscando abogados y médicos si el caso lo requería.

Su propaganda era directa, sentimental y emotiva, sentida en lo más hondo de sí misma. Sin dejar de arremeter con burla y sarcasmo cuando las autoridades la interrumpían en su alocución. Libertad también había pertenecido al grupo "Brisas Libertarias", organizado por Pilar Grangel.

Junto a la militante y bien conocida Rosario Dulcet, la Confederación Nacional del Trabajo, le encargó ocupar la tribuna del Ateneo de Madrid para dar a conocer los asesinatos de los compañeros, que estaban a la orden del día. De manera que de forma clara y concreta denunciaron la criminalidad autoritaria y las sevicias y brutalidades policíacas. Sabían a lo que se exponían, pero ninguna de ellas se intimidó. Despertando gran interés con sus peroraciones, la prensa libre y republicana elogió el valor de ambas mujeres. Siendo requerida varias veces a la Jefatura de Policía, defendía sus ideas con pasión.

En acaloradas discusiones con el general Arlegui, éste le había confesado:

«Aquí, en este mismo sillón que usted ocupa, han llorado...», dando nombres de militantes conocidos. Lo que ella silenció para no hacer el juego a la policía.

Se rumoreó que sus hermanos Volney y Progreso, presos en el Castillo de Montjuic, serían sacados de madrugada y asesinados por las mesnadas policíacas, como lo habían sido Boal, Feliu y otros tantos.

Por aquellos días fue conducida de nuevo a la Jefatura. Allí planteó el caso al general. Después de un forcejo incesante, durísimo, Arlegui le repitió que a sus familiares no les ocurriría nada.

Al cabo de un largo interrogatorio no quiso escucharla más y fue encarcelada sin remilgos, pues de escucharla la hubiera dejado una vez más en libertad.

Su vida fue un ejemplo de mujer libre y luchadora. En 1920 y 1921 se produjeron más de 200 muertes violentas, entre las que abundaron los anarcosindicalistas, entre ellos, Armando Rodenas, primo de Libertad. El solo hecho de pertenecer a la familia Rodenas era ya un delito.

Durante años vivieron en la calle Menéndez y Pelayo (Gracia), punto de náufragos y perseguidos.

Fue Libertad Rodenas quien buscó un refugio para la "Rubia", compañera de Nicolau, que era afanosamente buscada por la policía, a causa del atentado contra Dato. Era en el preciso momento en que daba a luz, lo que complicaba su situación. Después de muchas peripecias, escapó a la persecución policíaca.

Libertad hizo una gira de propaganda con José García Canela, quien más tarde fue asesinado en un bar de la plaza del Buensuceso.

Se dedicó a diversos menesteres. Trabajó en una fábrica de géneros de punto, para conocer personalmente cómo las trabajadoras eran explotadas por los capataces y patronos y, más tarde, hizo de modista en su casa.

En cierta ocasión, el asesino José Sierra, que había atentado contra otros confederales, fue a su casa y cuando Libertad abrió la puerta le encaró la pistola. Libertad quedó petrificada, pero firme, en el umbral. El individuo debió quedar impresionado y, bajando la escalera a la vez que enfundaba la pistola, exclamó: «¡Eres una mujer y, aún no estoy lo bastante embrutecido como para matarte»!

Es posible que mi padre conociera a Libertad Ródenas en su juventud, a partir de los conflictos y huelgas, cuando ella intervino en las agitaciones y el movimiento de mujeres, promovido con el fin de abaratar las subsistencias. Agitaciones que dieron lugar a grandes manifestaciones callejeras, que culminaron con la ocupación del Gobierno Civil por los manifestantes.

Cuando Libertad Ródenas fue madre, las actividades propagandísticas mermaron, sin que pudiera atender a los presos de la misma manera que hasta entonces lo había hecho. No obstante, hizo mucho.

Al proclamarse la República, se acentuó la propaganda, regresaron centenares de refugiados que residían en Francia, volviendo a ocupar su puesto en la lucha. En estos momentos, Libertad tomó parte activa, participando en mítines y conferencias. Colaboró en la prensa sindicalista antes y durante el período de la revolución.

En 1936 participa en los primeros episodios de la lucha en la calle, al organizarse la Columna Durruti, marcha hacia Aragón, uniéndose a los demás compañeros, con su hermano Progreso y su compañera Goya, atendiendo enfermos en los hospitales eventuales, en condiciones precarias, organizando expediciones de niños para ser trasladados a zonas menos peligrosas. Lo que me hace pensar, que era ella a quien mi padre me presentó, un día antes de marchar al frente. Empero solamente ha sido más tarde que, conociendo su actividad, he pensado intensamente en la manera cómo habló a los compañeros que se presentaron en su casa aquel día, cuyo recuerdo hizo mella en lo más hondo de mí.

Al rumorearse lo de la militarización de las Milicias Obreras, ella y sus familiares regresaron a Barcelona, vinculándose al grupo de Mujeres Libres. Siendo delegada para cuidar de los niños refugiados de Madrid, en cuya tarea

se hallaba perfectamente identificada, puesto que sentía especial afecto por la infancia.

Tuvo que presentar querellas y pleitos para obtener lo esencial para alimentar y dar cobijo a los pequeños pupilos que tenía a su cuidado, lo que la agotó mucho.

En nuestro terrible éxodo, sufrió los campos de concentración franceses, con el rosario de humillaciones y malos tratos que recibimos

Más tarde pudo embarcar rumbo a la República Dominicana, donde cogió el paludismo. Luego alcanzó La Habana, sin lograr, en manera alguna, encontrar residencia. Decidieron ella y los suyos, marchar a México. Peregrinación ésta sufrida por infinidad de militantes de la CNT.

Normalizó su vida junto a su compañero José Viadiu, pero sus recuerdos e inquietudes de hechos irremediables hervían en su corazón, en particular cuando discutía con alguno de esos, que, «nada ponen ni en la guerra ni en la paz, a quienes el paso de España derrotada a tierras extrañas, no tenía más finalidad que el alcanzar mejoras económicas, con dejación de todo cuanto habían dicho o practicado y que en otros tiempos, habían refutado con pasión».

Seguramente, más de una vez, se preguntaría: ¿Qué tengo que ver con esa gente? Toda su gran amargura tenía su raíz en las crueles circunstancias relacionadas con sus tres hijos evacuados a Rusia, durante la guerra. Dos de ellos murieron durante la segunda guerra mundial, luchando en Leningrado, al lado de los combatientes rusos contra el ejército nazi. Este choque moral fue terrible para ella y, su salud quedó virtualmente quebrantada. Antes de morir, después de haber hecho multitud de gestiones en las Embajadas rusas para encontrar a sus hijos, finalmente fue el hijo menor, que haciendo las mismas gestiones en Rusia a la búsqueda de los padres, encontró la dirección en una de las listas de una Embajada: Por fin pudo ver al menor de sus hijos, después de infinidad de años. Libertad murió en México el 19 de enero de 1970.

Pilar Grangel, militante anarquista y maestra racionalista, reemplaza a Áurea Cuadrado en la Maternidad de Barcelona, como directora didáctica. Su acción cultural y revolucionaria siempre fue orientada hacia la pedagogía racionalista. Era el ideal de su antorcha luminosa, lo que la guiaba en todas sus acciones libertarias y también culturales.

Sobre Pilar, el compañero Tomás Cano Ruiz, escritor y profesor de literatura, en una de sus cartas, escrita en el 77, me escribía:

«No sabes que, en Barcelona, fui el cantor de las mujeres, en la prensa o en la tribuna, de 1928 a 1933, seguido por las nietas de Saavedra y muy bellas cuan sensitivas e inteligentes chicas del Ateneo del Clot, del de Sants, etc. Pilar —que no era joven—, teniéndome como profesor en su Academia Pestalozzi, acudía con sus jovencitas y amigas para oír mis disertaciones»

Lo que da a entender que, ciertos idealistas, hombres y mujeres, tenían el deseo de hacer participar a la mujer, a las compañeras que frecuentaban los ateneos libertarios y que tenían ansias de superación, en todo cuanto pudiera ayudarlas a independizarse. También el doctor Félix Martí Ibáñez, llevó a cabo una gran labor de educación sexual para la juventud. Fue «Bajo su impulso que el 25 de diciembre de 1936, vio la luz el Decreto de la "Generalitat de Catalunya", en el que se establecía la despenalización de la interrupción artificial del embarazo», [\(55\)](#) evitando así las prácticas caseras clandestinas, que conducían a muchas mujeres a desastrosos resultados, como le pasara a mi madre. Pilar dio una conferencia en el local de Mujeres Libres, como más tarde presidió la conferencia que dio Etta Federn, del Movimiento Libertario Alemán. Estas actividades didácticas debieran haber sido mucho más amplias, para llegar a sacar a la mujer del pueblo de la ignorancia en que estaba sumida.

Anteriormente había constituido el grupo femenino "Brisas Libertarias" en el sindicato de profesiones liberales de Sants. Pilar también había organizado clases nocturnas, en particular para mujeres ávidas de aprender, entregando toda su vida a la pedagogía. Su colaboración en la revista Mujeres Libres, fue orientada desde el punto de vista de la enseñanza.

«La Agrupación Mujeres Libres, desde su nacimiento, tuvo bien definida su misión: capacitar a la mujer trabajadora para que en su próximo día pueda ocupar el sitio que le corresponde en todos los órdenes de la vida social. (...) Manos y cerebro sin distinción de sexo, a la Gran Obra, que será la salvación de la Humanidad», —escribía Pilar—, en nuestra revista. Ese era su pensamiento. Mujer dinámica y de carácter, colaboró sin tregua en el Movimiento Libertario, antes de la guerra, durante y en los largos años de exilio.

Pilar dejó la Maternidad para ocuparse de los niños y, meses antes de terminar la guerra, Juan Puig Elías, secretario del Ministerio de Instrucción Pública, la solicitaba para que tomase a su cargo un grupo de niños y niñas, "Infancia Evacuada", que debían ser trasladados bajo su responsabilidad a Francia. Después de muchos trastornos, pasó la frontera con los niños y llegó a Sète, departamento de l'Hérault a mediados de junio de 1938.

Pilar había nacido en Castellón de la Plana el 19 de octubre de 1893 y fallecía en Montpellier el 18 de marzo de 1987, a la edad de 94 años, llevándose a la tumba todos sus sueños.

Juan Puig Elías, a quien conocí en una de sus visitas al Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración de Catalunya, podía ser considerado como continuador de la obra de Francisco Ferrer i Guardia, tanto en el ejercicio de la Enseñanza, como en las ediciones infantiles. Su escuela racionalista Natura, su Colonia Escolar y su revista juvenil, *Floreal*, fueron prueba fehaciente de nuestra afirmación. Independientemente de esta fecunda obra e inseparable de ella, tiene su vida de luchador revolucionario, como militante libertario, realizada en la vida diaria de los sindicatos de la CNT, de España. Fue Presidente del Sindicato de Profesiones Liberales de Barcelona y Secretario General de la Federación Nacional de Sindicatos de Enseñanza, tanto en época de relativa libertad, como en las más acérrimas persecuciones, que fueron las de mayor duración.

«La revolución española, que permitió el ejercicio práctico de los fundamentos ideológicos de nuestro amigo, dio mayor relieve, si cabe, a la

personalidad de Puig Elías, como, con cariño era conocido. A través del Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU) de Cataluña, del que fue ideólogo y presidente, dirigió la enseñanza de dicha región, marcando gran progreso en la misma mediante la aplicación de métodos pedagógicos en consonancia con sus ideas. Posteriormente, designado por su organización, se hizo cargo de la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, lo que le permitió realizar una nueva tónica a la enseñanza, exenta de todo dogma o partidismo». [\(56\)](#)

En Francia, como secretario de cultura del Comité Nacional del Movimiento Libertario Español en el exilio, situado en Toulouse, desarrolló una labor que mereció las alabanzas de todos los sectores españoles exiliados. Cultura que los idealistas siempre hemos llevado en el corazón, para emancipar al pueblo. La instrucción y el saber afirman la personalidad del ser humano.

«Con la colaboración de un competente grupo de profesores, organizó unos cursos de enseñanza gratuita por correspondencia de las más variadas materias, abarcando desde la Sociología al Esperanto». [\(57\)](#)

De este grupo, a petición de Puig Elías, formé parte, responsabilizándome de la asignatura de taquigrafía, como queda dicho en el primer capítulo. Un equipo que, en el año 1947, hacia frente a 27 asignaturas y muchos profesores abarcaban más de una disciplina. Entre los que nos eran bien conocidos, estaba el geólogo Alberto Carsi, que tenía a su cuidado los cursillos de Ciencias Naturales; Felipe Alaiz, profesor de Literatura Española; Olga Ferrer, nieta de Ferrer i Guardia, en la Historia de la Pedagogía; el propio Puig Elías, profesor de Filosofía; nuestra compañera Amparo Poch, como profesora de Puericultura, etc.

También quiero dejar constancia en estas páginas y evocar a la compañera Jacinta Escudero, a la que siempre consideré como persona seria y responsable de sus actos.

Cuando la conocí, debía tener alrededor de 32 años, alta, de tez olivácea, siempre atenta con las jóvenes compañeras que acudían a ella para informarse

de cuanto concernía a la organización de nuestras Agrupaciones. El recuerdo de esta compañera, casi anónima, como tantas otras, siempre lo tuve presente por su serenidad.

Jacinta había llegado de Madrid y se había hecho cargo de la secretaría de la Federación Local de Mujeres Libres de Barcelona.

Sensible a todo y en particular en aquellas trágicas circunstancias de los últimos tiempos de la guerra, pensando constantemente en su madre, que había quedado en Madrid, donde había tantos desastres y no alcanzaba a tener noticia alguna.

En 1947, años después de haber pasado la frontera de nuestro errante éxodo, un día recibí una cariñosa carta, pero ya no tuve más noticias de ella. Sin embargo en 1963, supe que al final había embarcado hacia Argentina, donde Teresina Torrelles, después de mil peripecias en Francia, fue a aterrizar en el año 1948, junto con su hija Marisol de 15 años de edad. Allí, las dos compañeras volvieron a encontrarse en las reuniones de la CNT española, que ambas frecuentaban y en las de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina).

Hoy, después de tantos años, he podido leer algunas de sus cartas de cuando entró en Francia y es interesante dar a conocer, algunos de sus pasajes, para darse cuenta de la moral de esta compañera y de sus sufrimientos. El 30 de junio de 1939, Jacinta se encontraba en un refugio situado en Are et Semans. Rebelde ante las injusticias y siempre dispuesta a defender a sus compañeras, en carta del 24 de julio, escribía: «He estado cuatro días detenida, por haber pedido al director que interviniera ante los guardias, para que no pegaran a las compañeras, por esto nada más, estuve enchiquerada y soy objeto de burlas y vigilancia. (...) Tenemos detenidas tres compañeras y sujetas a proceso, después de haber sido brutalmente apaleadas, por haberse negado a ponerse unas cofias. (...) mis reservas van dando mucho de sí y no sé cuanto podré resistir, eso sí, ellos conocen demasiado que gracias a mi poca salud, no podré aguantar mucho —Jacinta sufría de una úlcera en el estómago—, pero no les daré la alegría de verme

claudicar, eso también lo saben, y hemos establecido un pugilato del que espero salir victoriosa».

El 16 de agosto llevaba ya 15 días en el Hospital Saint Jacques, Pavillon Pasteur, en Besançon, donde había sido trasladada debido a su estado de precaria salud.

Estando hospitalizada, toda su pasión, era pensar en la organización de grupos de Mujeres Libres, pero para ella fue una gran decepción el darse cuenta que muchas de las compañeras, inciertas en lo que nos esperaba, decidían seguir a sus compañeros o familiares y que se desentendían de tales proyectos. En realidad, ninguna de nosotras sabíamos cual sería nuestro destino al siguiente día.

El 19 de octubre estaba de vuelta al refugio de Are et Semans, donde habían concentrado todos los refugiados del Departamento. Jacinta a pesar de sus malas condiciones físicas aún pensaba estudiar, aprender, pero la visión de los últimos días de la guerra, no podía apartarla de su imaginación.

El 8 de noviembre del 39, muchas mujeres de las que estaban en el refugio fueron trasladadas al campo de concentración de Argelès-sur-Mer.

«Estamos, —escribía—, encantadas de la vida: Nuestros huesos en la arena, con bastante frío por cierto, ya podrás figurarte la hermosa perspectiva que nos espera para este invierno. Puedo asegurarte no obstante, que estamos dispuestas a todo y espero que podremos resistir unos cuantos meses todavía»

Jacinta a pesar de su estado físico lamentable, empeorando a cada instante, soñaba poder trasladarse a Londres, donde se había refugiado Suceso Portales y mantenía correspondencia con ella.

En aquellos instantes de incertidumbre, detrás de las alambradas, algo les dio vida, el compañero Félix Carrasquer, maestro racionalista, se encontraba en el campo de las mujeres debido a su ceguera, su presencia le dio cierto optimismo: «Ahora, —volvía a escribir—, se nos ha presentado una magnífica oportunidad para intentar hacer algo de lo que tanto ansiábamos. La preparación de nuestras compañeras. El compañero Carrasquer ha hecho un

proyecto de Escuela Nueva, que ha sido bien acogido por los maestros franceses, pero aún no se ha conseguido su publicación y esto hizo que algunos preguntaran la forma de poner en práctica el proyecto en esta época; como él ha ensayado con éxito el internado, le proporcionan una granja experimental. Para poner en marcha la misma, se precisan francos (...) ¿Cómo y de qué manera? (...) Félix —continuaba— me ha consultado, pues dado nuestro entusiasmo por la evolución de la pedagogía, creía que podíamos aunar esfuerzos, ya que éstos serían a beneficio de todos. ¿Habría una posibilidad? ¿Qué otra cosa nos queda más que la esperanza? Si no fuera por eso no habiéramos tenido fuerzas para muchas de las cosas que hemos aguantado».

De nuevo hospitalizada, «el estado de mi estómago, según diagnóstico es una úlcera cancerosa lo que tengo» El 12 de diciembre aún se encontraba en el campo de concentración. ¿Podría salir del campo? Pensaba poder contar todas las tragedias de viva voz, una vez en libertad.

«¿Podré algún día? Si consigo salir pronto de aquí, quizá, si sigo aquí mucho tiempo no, pierdo fuerzas, la memoria... presagio que mi residencia será un hospital, la mayor parte del tiempo me encuentro triste y esto no puede ser, ¡rectifico!»

Por su fuerza de voluntad, un nuevo latido emergía en ella, haciéndola resurgir del pozo en que todas estaban hundidas. Por fin pudo salir del campo.

«No podré escribir, —continuaba—, estoy cansada, un poco enferma; estos días son de prueba; pero, ¡qué bien se respira fuera del campo!! Vivo sola, completamente sola, en una casa vieja, destartalada y falta de lo más esencial y, ¡si vieras que acompañada me siento! Mis ideas, mis pensamientos, mis recuerdos no me dejan un momento y aquí no hay nadie, que me los espante con charlas insípidas y vacíos...»

Este pueblecito, donde había ido a parar, se trataba de Rivesaltes, en los Pirineos Orientales. Al verse libre de las alambradas del campo de concentración, su alegría era grande. Su mundo volvía a florecer:

«Desde mi ventana se divisa una bonita llanura cuajada de puntos verdes con motitas blancas, son los árboles frutales en flor, y yo que soy muy materialista, no admiro la belleza, espero el sazonado fruto que tanto me agrada». Esto era un decir, no era éste su modo de ver las cosas. «¿Te enteras? Aquí la naturaleza te enseña y canta a la vida, más, trabajo me cuesta adaptarme a la rutinaria vida del pueblo. ¡Yo cantarí fuerte, muy fuerte, pero las gentes de este pueblo no lo hacen; me bañaría en el río, me tomarían por loca; correría por la montaña, saltaría riscos, iría al cine, al café, mas soy mujer casada y no está mi marido para acompañarme. Esta es la Francia que vivo.... ¿Qué por qué estoy aquí? Te diré, porque estoy en muy malas condiciones físicas».

El deseo de vivir, la esperanza de un sueño en busca de la perfección, a pesar de todas las circunstancias, le levantaba la moral, pero alguna vez, el dolor dominaba su persona.

«Resulta difícil cuando el destino se ceba tan cruelmente contigo. Yo que estaba un poco enferma del estómago, al estallar la guerra de España, no me cuidé como lo venía haciendo y al llegar a Francia me dijeron que tenía una úlcera cancerosa. Mucho tiempo de mi exilio, lo he pasado en el hospital y el resto tumbada sobre la arena sin fuerzas para levantarme a comer los garbanzos, que me sentaban como un tiro y, ha llegado lo que tenía que llegar y que tanto me temí; una ligera lesión en el pulmón izquierdo. Espero poder curármela, ya que estoy segura que es reciente y no soy campo abonado a ello, pero mientras la tenga me impide desenvolverse como yo quisiera».

Jacinta tenía un hermano que de conocer su estado, hubiera ido a buscarla, pero ella no le contó nada. El hermano quería que se trasladara con ellos, pero tenía dos hijos de 7 y 13 años, para los que consideraba sería un peligro, y no estaba dispuesta a que su familia aceptara tales sacrificios. Pocas veces contó a nadie sus dolencias físicas, más pronto daba ánimos a todos. Tenía una moral de acero y estaba envuelta de una coraza de humanismo, por lo que no hubiera creado trastornos a nadie a causa de su precaria salud. Añadiendo en sus misivas:

«Ten la seguridad que soy fuerte y tengo grandes deseos de vivir» Y bromeando el 14 de mayo del 40, apuntaba después de haber escrito unas líneas que no tenían interés para ella:

«Me gustaría escribir mucho y no estas burradas que te pongo; tengo materia para hacer cartas que no carecerían de interés, pero me es difícil en estos momentos por los que atravieso, el no decir las cosas tal cual las pienso y esto no puede ser. De España tengo noticias pésimas. En este pueblecito, vivo sin vivir, si a esto se le puede llamar así, como una imbécil y para el final. (...) No tendría ninguna gracia que dejáramos la piel aquí, con los deseos que tenemos de volver a España ¿verdad? Yo me aferró a esta idea y observo que es la mejor medicina».

Sí, una gran parte nos aferrábamos a ello, pero cansadas de esperar. A los mayores, las arrugas se les amontonaron y los más jóvenes, algunos regresaron a nuestra tierra, pero otros, dejaron su descendencia en países lejanos...

En efecto, allí, en Argentina, las dos compañeras volvieron a encontrarse en las reuniones de la CNT española, que ambas frecuentaban y en las de la FORA.

La terrible enfermedad del cáncer se apoderó de ella. Teresina me contaba que, Jacinta vivía con su compañero y su hijo pequeño, y que cuando sufría aquellas terribles crisis que la atenazaban, todo su anhelo era pedirle al doctor que la curara, que le alargara la vida hasta ver a su hijo mozo.

Sufrió varias operaciones, la ablación de un pecho y su enfermedad se generalizó por todo el cuerpo. Su moral fue ejemplar, pues cuando tenía un poco de sosiego para poder ayudar al hogar, daba lecciones a los jóvenes que llevaban cierto retraso en los cursos.

En 1958, Teresina decidió trasladarse a Venezuela y, Jacinta, con cierta nostalgia, le repetía constantemente:

«Ahora que nos hemos encontrado, nos tenemos que dejar». Lo que demuestra la afinidad de estas dos luchadoras, compenetradas en los ideales y la solidaridad. La adversidad de la vida las marcó con hierro candente en la dura existencia que tuvieron que afrontar.

Pedro Torralba, en su libro [\(58\)](#), además de hacer mención a las mujeres asesinadas en su pueblo, entre las mártires y heroínas, da a conocer su actuación en los primeros tiempos de la revolución y seguidamente en la Columna Roja y Negra.

«En primer lugar, Matilde Sainz Alonso, joven santanderina, de veinte años de edad, que en los primeros días de la revuelta, con otros compañeros, fue a San Sebastián, donde peleó con valentía hasta que nuestros combatientes se vieron obligados a entrar en Francia. Matilde pasó después a Barcelona, ingresó en la Columna Roja y Negra, que se estaba organizando después de la campaña de las Baleares y con ella acudió al frente de Huesca. El valor de esta compañera hacía pareja con su buen humor y desbordante simpatía, con su bondad y fraternal sentimiento.

Otra de nuestras milicianas, singularmente valerosa y temeraria, fue Maxi Santamaría, de Pasajes. Tenía 18 años, pero era un paladín de las ideas libertarias que llevaba profundamente arraigadas. Había luchado en San Sebastián y en Irún, cruzó el Bidasoa para refugiarse en Francia y, sin pérdida de tiempo, vino a Barcelona. Ingresó en la Roja y Negra, formando parte de la sección de ametralladoras. Maxi estuvo siempre en las primeras líneas de combate hasta que fue obligada a marchar a la retaguardia, cuando todas las mujeres fueron retiradas de los frentes.

La más popular de nuestras compañeras, la que nunca nos abandonó, era la que nosotros llamábamos "Madre", la llamábamos así porque como tal se comportaba con nosotros y porque tenía más de 50 años. Era un poco afrancesada en sus costumbres y de Francia había venido a incorporarse a la lucha. Siempre iba vestida de miliciano y prestaba sus servicios en el hospital de campaña, limpiando a todos los sarnosos y demás afectados de enfermedades infecciosas. Limpiaba y curaba con cariño y abnegación, como lo hubiera hecho la mejor de nuestras madres. Cuando perdimos Aragón, ella quedó en tierras catalanas y creíamos que ya no la volveríamos a ver; pero sorteó todos los riesgos y todos los peligros, consiguió hacerse trasladar a la

Zona Centro y de allí a Andalucía, viéndola llegar, montada a caballo, cuando nosotros estábamos en El Viso (Córdoba).

Algunas mujeres más pertenecieron a nuestra columna, sobre todo en los primeros tiempos de lucha y, muchas de ellas perdieron sus vidas, mientras otras continuaron combatiendo hasta que fuimos militarizados. Entre las milicianas y nosotros no hubo ni desmanes ni desenfrenos; se hicieron respetar y las respetamos hasta que volvieron a sus hogares o bien quedaron agregadas a servicios de sanidad e intendencia, o en los hospitales, para cuidar y velar a los heridos y en las roperías y lavaderos instalados para las milicias».

[\(59\)](#)

Mercedes Comaposada Guillén —cuando se editó este libro por vez primera— era la única superviviente de aquella trilogía de mujeres excepcionales. Luchadoras que en el 34 organizarían en Madrid, un Centro de Estudios para la juventud, en donde más tarde dieron nacimiento al periódico *Mujeres Libres*, el que a partir de julio del 36, había de convertirse en la hermosa y valiosísima revista del mismo nombre. A estas entusiastas compañeras e iniciadoras del Movimiento Mujeres Libres, se les debe mucho, en cuanto a la emancipación de la juventud femenina, por su aporte desinteresado en favor de nuestros ideales y de nuestra independencia.

Mercedes, por su situación personal, llevó a cabo una labor admirable en cuanto a la preparación cultural y la orientación en la propaganda de nuestras jóvenes. Muchas son, las que recuerdan la influencia que ejerció sobre ellas. ¿Influencia? ¡No! Planificar con tacto y sabiduría la formación social, con buena base para poder encauzar la acción de cara a otras mujeres. Cada una de nosotras éramos como flores silvestres, puras de forma y colorido, a quienes nos faltaba algo más, para poder realizar nuestro anhelo de liberación femenina. Nos hacía falta una entidad social más amplia, con el fin de poder encaminar las actividades presentes con claridad y eficacia, respondiendo a las necesidades del momento, que eran muchas. Urgencias a las que aportábamos voluntad y pasión, acompañadas por el ímpetu y la vitalidad de nuestra juventud.

Los cursillos que daba abrían senderos y daban cierto reflejo de luz hacia lo que se había aprendido. Por mi parte fui poco asidua a los cursos y conferencias, que podían aportarme mucho. Mas la dispersión de mis diferentes actividades me tenía ocupada, y aunque sintiera la necesidad de "recibir", paradójicamente, no hacía más que "desprenderme" de lo poco que sabía.

Es cierto que estaba ocupadísima y que me era difícil, sino imposible, asistir a aquellas clases que daba en su casa. Pero lo que es cierto, es que la admiraba, como las demás compañeras. Un día nos pidió un trabajo, escrito, para poder apreciar nuestras posibilidades. Cuando se lo entregué y empezó a leerlo, me lo devolvió sin terminar, diciendo:

—¡Toma! Demasiadas florituras y además es demasiado largo.

Me afectó mucho y siempre lo he recordado. Para ella era natural y justo lo que decía, pero, sin darme cuenta alguna, aquel rechazo me desconcertó hasta el punto, que durante tiempo lo llevé en el corazón, frenando mi mano en la escritura.

Para completar el trabajo de cultura y sociología, junto a Lucía, Mercedes participó en una charla debate, en el Casal de la Dona Treballadora, a la única que pude asistir, junto a infinidad de compañeras de los sindicatos. El tema era La educación femenina. Estas charlas se divulgaron en los sindicatos y se ampliaron en las fábricas controladas por la CNT, y fuera de ellas, allí donde podía proyectarse una labor de cara a la mujer. Para tal tarea, había un grupo de compañeras dedicadas a ella.

Mercedes poseía una extensa cultura, que procuraba inculcar a las jóvenes. En su juventud fue examinada en Derecho, por el profesor Castillejos, Catedrático de la Facultad, quien en 1939, se exiliaría en Londres. También tuvo la suerte de ser examinada en Baeza, por el profesor y gran poeta Antonio Machado, muerto en Colliure, en su penoso exilio, el 22 de febrero de 1939.

Mercedes escribió varios libros, algunos sobre arte. A mi entender es poco conocida, prudente, excesivamente modesta, vivió su vida como las violetas, a la sombra.

Había nacido en Barcelona el 14 de agosto de 1901. Moriría en París el 11 de febrero de 1994.

La doctora Amparo Poch y Gascón, desde 1943, colabora en los primeros números de la revista *Mujeres Libres*, formando parte de la redacción, Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada. Es a partir de 1936, que Soledad Estorach, integra el cuerpo de redacción hasta el final de la guerra, con un total de 13 revistas publicadas de 1934 a 1939, la última quedaría en la imprenta.

Infatigable, de una personalidad sorprendente, espléndida y generosa, la voluntad y el optimismo le acompañaban en sus diversas actividades. Mas cuando se encontraba frente a sus enfermos, si éstos no seguían el tratamiento como debían, les hablaba con vigor y les reñía, como lo hubiera hecho una madre. En ese instante, el temperamento brusco y recio del aragonés flotaba con firmeza.

Doctora en medicina, en sociología y ciencias, colaboró en la prensa libertaria de España y del exilio, con temas científicos y médicos. Decía Federica Montseny, que cuando obtuvo el título de doctora en Zaragoza, fue una verdadera revelación por su juventud.

Daba interesantes charlas y conferencias, sobre temas de su competencia. Fue Presidenta de la Sociedad de objetores contra la guerra y fundadora del Grupo Ogino. En 1936, en Valencia, fue Subsecretaria del Departamento de Asistencia Social y colaboradora de Federica Montseny, Ministra de Sanidad.

Cuando llegó a Barcelona, entre otras cosas dirigió el Casal de la Dona Treballadora, donde dio un curso de enfermeras. En el mismo Casal, colaboró la doctora Bastar Martí, magnífica e inteligente, cuya dulzura y bondad hacía que las alumnas que escuchaban el curso de puericultura, la estimaran y la siguieran con atención.

Las muchachas que trabajaban por las mañanas en las fábricas (su jornada intensiva), dedicaban las tardes, de cuatro a siete, a las clases elementales y, de siete a nueve, a las lecciones de puericultura.

Cuando llegaron los niños refugiados de Madrid, se organizaron dos Granjas Escuela y Amparo dio la orientación teórica de dichas escuelas. SIA participó en la alimentación de estos niños y los Sindicatos de Campesinos y de la Madera colaboraron para llevar a buen término la realización de tan ambicioso programa.

Después de su paso a Francia, del 39 al 42, Amparo vivió un tiempo en Montpellier, en la calle Thérèse. Para poder hacer frente a la situación en que se encontraba, junto a la compañera Civera, sombrerera de oficio, estuvo trabajando con ella con el fin de poder ayudar a un grupo de compañeros que se encontraban sin medios económicos: Sabino Rodríguez, Francisco Sabaté, Joaquín Cid y Marín Civera, Presidente del Partido Sindicalista y que en su tiempo fuera director de la revista *Orto*. Estos compañeros fueron detenidos y trasladados a una Compañía de Trabajadores Extranjeros en Miramas, lo que hizo que Amparo se trasladara a Nimes. Después de la liberación de Francia, se fue a vivir a Toulouse, Rué Jonquières, n° 45.

Durante su estancia en Toulouse, ya en el año 52, colaboró en *Cénit*, revista de sociología, ciencia y literatura. Sus artículos de temas diferentes, pero de gran fondo, eran leídos con interés.

De manera humana y sensible, pero científicamente, la doctora Amparo Poch, ponía de relieve los estragos que la sífilis hacía en la juventud, dando una noción precisa de las causas de la enfermedad. «La sífilis —escribía— es la enemiga de la belleza». Haciendo resaltar de manera clara, la fealdad que producen las alteraciones que esta afección genera en el cuerpo humano.

En la primavera del 62, al final de la guerra de Argelia, fue solicitada por Marie Laffranque, escritora y conocida hispanista francesa, quien a iniciativa del grupo de no violentos, la instaba para que se desplazara, junto a otros médicos voluntarios, al centro de la kashba, y al barrio de Bad-El-Oued —donde se crió el escritor Albert Camus— con el fin de asistir a los heridos de aquella cruenta y salvaje guerra. Altruista, humana y solidaria con todos los

seres que sufren, Amparo, sin vacilar, dio su conformidad inmediata. La firma de la Paz, entre Argelia y Francia, hizo anular el viaje. Este mismo año escribía sobre el Valor del principio individualista:

«Hay una tendencia alarmante a supeditar cada vez más el individuo al grupo, de sumergir los derechos individuales en una cantidad creciente de deberes hacia la colectividad y de ahogar, en nombre de ésta, el espíritu crítico, el espíritu de independencia, el gusto al riesgo y el ánimo emprendedor». [\(60\)](#)

La doctora Poch había observado el comportamiento del hombre, dándose perfecta cuenta que, el ser humano debe ser responsable ante la sociedad, pero, no estar atado a ella, si quiere dejar libre su espíritu de creatividad y solidaridad individual y, añadía:

«No se ve, sin embargo, de qué manera una colectividad puede ser libre si está compuesta de individuos limitados por todas partes, ni qué potencia creadora alcanzará el pensamiento de la primera si los elementos reciben opiniones hechas, carecen de medios para tener ideas propias y no son dueños de sentir una oposición ni de manifestarla...». [\(61\)](#)

Efectivamente, siempre he entendido que el trabajo colectivo podía ser un factor beneficioso para cuantos en él participaran, convencidos de la labor a realizar. Pero hace falta libertad individual para lograr la confianza en sí mismo teniendo un principio de independencia, a fin de poder superarse, tomando responsabilidades, sin que ellas anulen a los demás, lo que debiera ofrecer seguridad para emprender proyectos realizables que pueden aportar el bienestar a toda la colectividad.

Anular al individuo con ideas programadas es anular el principio mismo de la existencia y del progreso. Esto me hace recordar cuándo iba a la escuela, donde nos enseñaban la tabla de multiplicar como una canción, la que aprendíamos de memoria todas y que cantábamos de maravilla. Pero un día que la maestra nos preguntó cuánto hacían 7x7, nadie supo contestar ni este número múltiplo ni otros que cantábamos a todo instante. La rutina había anulado el interés que representaba lo que estudiábamos.

En los artículos de nuestra compañera, la doctora Amparo, muchas de sus frases eran sentencias: «La ciencia prostituida al servicio de la muerte», «Ni patrias, ni honras, ni nada. No más víctimas de una mentira», etc. Cualquier tema que tratara tenía un valor ético, científico y filosófico. Y, continuaba:

«El alcohol paraliza la reflexión y los sentimientos elevados. Al desatar los centros nerviosos inferiores, liberándolos de la influencia inhibitoria y coordinadora del gran cerebro, exalta y fustiga la 'animalidad' torpe y obscena. Endurece las arterias, lesiona las neuronas, el hígado y los riñones. Deteriorados por la blastoforia, los gérmenes del alcohol producen una desdichada descendencia». [\(62\)](#)

Hoy nos escribiría ampliamente sobre la droga, el SIDA y las terribles destrucciones que provocan en el cuerpo humano.

Sus textos serán siempre de actualidad. Era un ser con una convicción profunda y convincente. Su sentir y su saber le ofrecían posibilidades de extenderse en diferentes materias que eran, constantemente, una advertencia a la juventud.

Siendo una mujer libre e independiente, plasmaba sus sentimientos sobre el valor individual de manera clara y concreta.

Con gran capacidad de trabajo, la doctora Salud Alegre, como solía firmar muchos de sus artículos, ayudó desinteresadamente a muchos compañeros y compañeras del exilio. Refugio de jóvenes que tenían problemas para interrumpir un embarazo no deseado, por las circunstancias pésimas que todos nos encontrábamos, orientó y cuidó a cuantas pudo. Fue la solicitud misma hasta los últimos días de su vida, para todos aquellos que acudían al dispensario de la Cruz Roja Republicana española, de la que fue responsable a partir del año 50, en la calle Pergaminière.

El escritor y amigo José Peirats, nos contaba que conoció a Amparo en 1947, en el secretariado de SIA de Toulouse. Por aquel entonces trabajaba en el dispensario situado en el «Grand Rond», junto a los doctores, José Pujol y Poré, este último dentista. Este dispensario estaba bajo el control del doctor Martí Feced, todos ellos exiliados de nuestra guerra.

Peirats me citó algunos casos concretos, entre los muchos que había solucionado en su acción solidaria y desinteresada. Solamente citaré dos de ellos, uno le concernía a él directamente.

La compañera Rogelia Alcácer, compañera y madre de conocidos militantes, se encontraba gravemente enferma. Amparo se interesó por ella y fue a visitarla al hospital de Caraman. Después de haberla reconocido, sabedora que los médicos querían que regresara a su hogar y conociendo los escasos medios de que disponía su anciano compañero, intervino para que fuese ingresada en el Hospital de Pourpan, ocupándose de ella al máximo, permitiendo a los hijos, que vivían en Barcelona, que conocieran la gravedad del mal que la madre sufría. El 13 de julio de 1965, fueron a Toulouse a buscarla, se la llevaron a Barcelona donde moriría el 10 de diciembre de 1965, al lado de los suyos.



1972. De izda. a dcha. Gracia Ventura (JJ LL), David nieta de P. Turróni, Pío Turróni, de la revista Volontá, la autora, Attilio Bortolotti y José Peirats

En Bram viví muy cerca de la familia Alcácer. ¡Cuántas veces con mi hijo Germinal que tenía apenas un año, habíamos ido a los bosquecillos de los alrededores del pueblo, a buscar ramas secas, para poder prender el fuego y cocinar lo que podíamos adquirir, que era bien poco!

Más tarde al enterarse de las dolencias que sufría, el propio José Peirats Valls, se desplazó a su casa para visitarle. Se imponía una operación, pero Peirats, en aquel entonces no disponía de medios económicos, y además no estaba afiliado a la Seguridad Social. Amparo le pidió que se procurara tan solo 5.000 francos —de aquellos tiempos— y se comprometió en hacer todo lo posible para que la operación se llevara a cabo, haciendo las gestiones necesarias para poder cubrir los gastos que al interesado le era imposible sufragar.

Cuando en 1966, Peirats sufría dolencias en la pierna izquierda, fue también ella quien se interesó por su caso. Lo trataba médicamente, junto al doctor Ficat. Después de haber estudiado los motivos de tales dolencias, se decide por otra operación, pero debido al estado de salud de nuestra compañera, ya no pudo asistir al quirófano. No obstante, por aquel entonces las cosas han cambiado, José Peirats ya estaba asegurado, pero como el coste de la operación era superior a lo que la Seguridad Social reembolsara, fue aún ella, quien por mediación de diferentes organismos, entre ellos la organización americana La Unitaria, consiguió completar lo que le faltaba.

Amparo sentía un gran aprecio por Peirats y su compañera Gracia, con quienes hubiera querido terminar sus días. Mas éstos vivían en una casa compuesta tan sólo de dos habitaciones. Poco más tarde fue hospitalizada en el Hospital de Pourpan durante un mes. Como continuara enferma, fue trasladada a una casa de reposo de Hyères. Su correspondencia era de una persona gravemente enferma.

Volvió a Toulouse e insistió en trabajar de nuevo en el dispensario, pero sus condiciones físicas no se lo permitían, en realidad su estado era gravísimo, aunque su voluntad de continuar trabajando era intensa. El 28 de marzo, su amigo Peirats, acudía al dispensario para saber de ella, pero la doctora Poch ya no estaba en él.

En sus últimos momentos, le había rogado a Peirats que le recogiera todos los artículos que había publicado en la revista *Estudios*, para su publicación. Peirats así lo hizo, entregándole todo cuanto alcanzó a recuperar.

El compañero Ramón Valencia y su esposa —que se ocuparon de Amparo hasta los últimos momentos— por mediación de nuestra amiga común Plácida Aranda, me han confiado un documento acompañado de una carta, redactados por el secretario del Consejo Nacional de SIA en Toulouse José Sanjuán, autorizándome a darlo a conocer, del que sacaré algunos extractos:

«A los compañeros F. Gil, Colominas, demás compañeros y amigos de la compañera y amiga doctora Amparo Poch:

Información que os doy de lo que conozco y he presenciado en el desenlace y pérdida de la buena amiga Amparo Poch.

A fines del mes de febrero me comunicaron que había llegado de Hyères y se había presentado en el dispensario para reemprender su trabajo de asistencia a sus enfermos... Días después me telefoneó Amparo diciéndome que ya estaba trabajando, me preguntó cómo me encontraba, ya que durante un gran lapso de tiempo fue mi doctora tratante, y me requirió que fuera a verla, lo que le prometí.

Trabajó en el dispensario, casi regularmente, dos semanas. Dejó de asistir al mismo, por encontrarse enferma, a mediados del mes de marzo.

El sábado día 30 de marzo, me telefoneó la compañera (familia Valencia), que con tanto cariño la había asistido y en ocasiones la había tenido en su casa durante el proceso de su enfermedad, diciéndome que Amparo se encontraba mal y que la vecina donde vivía había avisado al doctor; que hiciera por estar en casa de Amparo a las 7 de la tarde.

A tal hora me presenté, llamé a la puerta y me abrió la amiga Amparo. Me preguntó:

—¿Quién es usted? —Le respondí—: —¿no me conoces? — me contestó—: —¡No! —Le dije—: —Soy Sanjuan, —respondiéndome—: —Entre usted, siéntese usted.

Le pregunté por qué había venido de la casa de reposo de Hyères, contestándome que era porque estaba mal allí...

"No me he despedido de nadie, ni del cuerpo médico ni de la Dirección"

El doctor llamado por la vecina era el doctor Garriec. Llegó a las 8 de la noche, la auscultó. Le preguntó por qué no había ido al Dispensario y le contestó que se había levantado tarde. Al marcharse dijo que volvería, enterándome que al día siguiente, domingo, la visitó nuevamente.

Unos días después, ante el estado en que se encontraba, la vecina y la compañera que asiduamente la visitaban, opinaron que debía ser hospitalizada, opinión mía también. Hicieron gestiones acerca del doctor Garriec. (...) El doctor Terrada del Dispensario, amablemente la visitó. Después de auscultarla, de las preguntas que le hizo y lo que le dijo, consiguió convencerla y dio un certificado para que fuese hospitalizada.

El sábado día 6 de abril ingresó en el hospital de Pourpan, en el que prohibieron que la visitasen. La compañera que constantemente la ha asistido, se enteró que al día siguiente la había traslado al hospital de la Grave y, de inmediato fue a visitarla. En el curso de la semana siguiente me preguntaron si iría a visitarla, a lo que respondí afirmativamente y quedamos en el lunes día 15 de abril.

A las 11 horas de la mañana me personé en el hospital de la Grave, localicé el pabellón donde se encontraba la buena amiga Amparo, pedí verla y me lo concedieron encontrándome allí a su amiga y compañera.

(...) Salimos del hospital y comentamos nuestras impresiones ante lo que acabamos de presenciar —vimos la cosa mal—, quedamos que la compañera, ya que en todo proceso de la enfermedad había tenido relación con su familia, le pondría un telegrama diciéndole el estado en que se encontraba.

(...) Cuando se personaron en el hospital de la Grave, aproximadamente a las 2 de la tarde, acababa de fallecer, era el 15 de abril de 1986. Un nuevo telegrama a la familia dándole la fatal nueva. La familia contestó telegráficamente diciendo que le era imposible venir y, que seguía carta. Carta que posteriormente recibió la compañera (familia Valencia) dándole instrucciones y poderes.

De inmediato, esta familia que con tanto cariño y tan humanamente la había asistido, se encargó de realizar todas las gestiones para el sepelio, que se efectuó el jueves día 18 de abril a las 2 horas 30 minutos de la tarde.

Asistieron al acto del sepelio compañeros, amigos, sus enfermos (como ella decía) y organismos en número de unos 200 o más.

El Director del Dispensario, doctor Poré, le dedicó, con unas breves palabras, el recuerdo póstumo de la obra y la labor que había realizado en sus funciones de doctora, realzando sus sentimientos humanos y solidarios.

En nombre de SIA le di el saludo y recuerdo póstumo de todos y el agradecimiento por parte del organismo que representaba, a cuantos habían acompañado hasta su última morada a nuestra querida Amparo.

(...) Hemos perdido a la doctora, cuyas dotes de inteligencia había puesto al servicio de sus compatriotas, y una querida amiga de sentimientos humanos y solidarios que no tan fácil podremos olvidar.

José Sanjuan»

Todo lo mencionado más arriba venía a confirmar las informaciones que nuestro amigo José Peirats nos diera.

En los albores del otoño de 1986, habiéndome desplazado a Toulouse para visitar a nuestro amigo Ricardo Sanz García, hospitalizado desde hacía tiempo, nuestra amiga Plácida, con su gentileza habitual me acompañó al hospital Pourpan, donde pudimos verlo. Nuestro viejo amigo y compañero Ricardo Sanz, seis días después cerraba los ojos para siempre. Aprovechando el viaje, Plácida, conociendo el interés que tenía por ver a la familia Valencia, se propuso acompañarme, lo que acepté de inmediato.

Antonia y Ramón Valencia, nos recibieron muy atentos, recordándonos a nuestra querida Amparo y la amistad que les había unido a ella hasta los últimos instantes de su vida. Amparo había nacido en Zaragoza el 15 de octubre de 1902, en la calle Pignatelli. Y en el año 1928, al terminar sus estudios de medicina en Zaragoza, le fue entregado su diploma firmado por Alfonso XIII, rey de España.

Antes de que estuviera enferma, Amparo quiso hacer un testamento, dando a conocer sus últimas voluntades en el cual firmaron los compañeros José Sanjuan y Ramón Valencia. Cuando estuvo tan enferma, fue Antonia quien la acompañó en taxi hasta la casa de reposo de Hyères, para que no se encontrara sola durante el trayecto. A su regreso, el testamento había desaparecido.

Después de su muerte, en una reunión de conjunto un grupo de compañeros afines a la difunta, junto al Comité Nacional de SIA, repartieron entre los más necesitados lo que tenía en su casa. Los libros y otra documentación fueron depositados en el Comité Nacional de SIA.

Todos han guardado gran respeto por aquella compañera sencilla, con más de una cuerda en el arco de su sabiduría, y, para completar su sentimiento interior, ¡también era poeta! He aquí una de sus poesías:

LA CASA ROTA

En la ventana, repleta
de flores de color grana
y de hierbas olorosas,
tenía su alma la casa.

A la puerta juega un niño
llena de mugre la cara;
y en la cocina sombría
una mujer trajinaba
—olor de virtud sin baños
y de parsimonia rancia—.

El hombre lucha en el frente.
Una escopeta de caza
le sirvió de fiel amiga
en sus bélicas andanzas.

Estaba el cielo caliente;
había un sol de mañana;
y en vacación de verano
las nubes se deshinchaban.

Motor de avión resuena
por la extensión sosegada;
roncas abejas de muerte
que zumban sobre la casa,
y la bomba cae rodando,
despidiendo luz de plata.

Ay, que la casa está herida...
Le arrancaron las entrañas,
le machacaron los huesos,
le deshicieron la cara.

La cama donde ha pasado
hambre, amor y desgana,
está mostrando sus muelles
como potra reventada;
y las ropas retorcidas
como ramas desgranadas.

Los retratos del abuelo
Con su guerrera entorchada,
y la ampliación de la boda
de barro y error manchada...

Todo lo íntimo y lo triste,
todo lo escondido clama...
Ay, que la casa está herida...

La mujer que trajinaba
tiene de la mano al niño
y mira llorosa y cándida...

El hombre estaba en el frente
con su escopeta de caza. [\(63\)](#)

Teresa Torrelles Espina es una de las compañeras con la que he convivido durante años. Fue una activa militante sindicalista de Terrassa. En 1924, apenas cumplidas sus 16 primaveras, entra a formar parte de un grupo de jóvenes libertarios de Esparraguera, donde se fragua en las ideas ácratas. Dicho grupo también organizaba excursiones con el fin de entrar en contacto con otros grupos ya existentes, para debatir problemas y situaciones clandestinas, imposibles de llevar a cabo legalmente. Entre éstos figuraban los grupos "Natura" y "Sol y Vida", del Clot (Barcelona).

Solían hablar de temas sociales y sexuales, entre otros, sirviéndose como base de la Revista *Generación Consciente* —más tarde *Estudios*—, donde la excelente pluma del doctor Isaac Puente, les proporcionaba abundancia de argumentos, que estudiaban ampliamente.

En 1923 fue instaurada la dictadura proclamada por Primo de Rivera, clausurándose las organizaciones obreras al tiempo que los militantes activistas más destacados eran perseguidos. Al verse ilegalizados y acosados, con la finalidad de continuar su labor proselitista y revolucionaria, los compañeros de Terrassa en 1926, fundaban la Mutualidad Cultural y Cooperativista. Así nacía en la calle Baix Placea, un magnífico portavoz de cultura.

Con el aporte de libros por parte de los compañeros, se organizó una importante y selecta biblioteca, que prestaba sus libros para la expansión y divulgación de sus ideales. «Desfilando por allí la flor de la intelectualidad del momento. Sembradora de ideas, se convirtió en la fragua donde se moldearon innumerables idealistas, que se manifestaron al finalizar la dictadura, dando lugar a un pujante resurgir de la CNT egarense». [\(64\)](#)

A principios de 1928, Teresina, calificada de roja, abandona su casa y se traslada a Terrassa. A su llegada se adhiere a la Mutualidad y junto a otras mujeres aporta su esfuerzo y abnegación a dicha entidad. Siente la necesidad de crear un Grupo Femenino. Aprovechando la salida de un día de campo, las mujeres dan a conocer la idea que desde hacía tiempo germinaba en ellas. El compañero Fontaura, en esta ocasión, había sido invitado para que tomara la

palabra y las orientara en sus propósitos. En plena armonía campestre, después de debatir los pros y contras para su creación, ese mismo día quedaba constituida la Sección Femenina de Terrassa.

Las compañeras se sentían gozosas al disfrutar de una autonomía hasta entonces vedada, al poder tratar cuestiones que les atañían, sin necesidad de escuchar frases desagradables; que en los sindicatos, cuando tomaban parte en las discusiones, en tanto que trabajadoras, solían oír, como por ejemplo: «las mujeres a fregar los platos».

Este dinámico grupo organizó conferencias de temas ideológicos, culturales y sexuales, en los que participaron médicos de pensamiento libre. El fin perseguido era «dar la oportunidad a la mujer de abrir su mentalidad», tener noción de su cuerpo y de la maternidad consciente, ampliando sus concepciones sexuales, tópico tabú para la mujer en aquellos tiempos.

En la Mutualidad Cultural y Cooperativista habían creado una escuela y Teresina, abeja laboriosa siempre dispuesta a colaborar, hizo intervenir a la maestra racionalista Antonia Maymón, para que los alumnos recibieran una orientación libre y lógica en la enseñanza impartida.

Con motivo de la huelga general de 1930, los compañeros de Terrassa, deciden ayudar a los de Barcelona, facilitándoles armas. Teresina y Manuela Blasco se comprometieron a transportar el material bélico hasta la Ciudad Condal. Teresina iba vestida con un enorme abrigo, lo que le permitía ocultar las balas, revólveres y mechas debajo del mismo.

La cita era en la Plaza de la Universidad, pero a su llegada se encontraron con la plaza ocupada por la guardia civil montada a caballo y con el sable desenvainado en la mano.

Paseándose entre ellos, con su carga, oteaban la aparición de algún compañero, cuando fueron alcanzadas por Espartaco Puig, militante activo de Terrassa y uno de los fundadores de la Mutualidad Cultural, junto a Pablo Rodríguez, Valentín Noguera y Francisco Sabat. Espartaco Puig, al verlas, temiendo por las dos, fue inmediatamente a su encuentro y, cogiéndolas del brazo las hizo andar a toda prisa, dirigiéndose hacia las Ramblas, donde

encontraron al grupo de militantes que las esperaba, entre ellos Ángel Pestaña. Se dirigieron hacia el puerto, hasta un café situado al final de la gran arteria barcelonesa, donde se reunieron. Terminada la reunión, se trasladaron al bar La Tranquilidad, del Paralelo, para comer. Después de concretar quiénes debían responsabilizarse de las armas que acarreaban ellas, pasaron al wc despojándose de cuanto llevaban encima, y volvieron a su puesto de partida.

En 1931, después de proclamarse la República, en Terrassa se celebró un mitin en el campo de fútbol. Del grupo femenino, salió Irene Tiendas, quien subiendo a la tribuna pidió en voz alta que la República aprobara la Ley del Divorcio, cosa que a los hombres les pareció irracional. En aquella época, muy lejos estaban de pensar que la evolución les conduciría un día a poner esta petición en práctica.

Esta espontánea manifestación, siendo un tanto inconsiderada la opinión femenina, provocó hilaridad entre los asistentes como si se tratara de algo descabellado o de una quimérica utopía. Había que mantener y aceptar la falsedad y la hipocresía entre los seres, dentro de un contexto vacío del humano sentir.

Sin embargo, ya en el siglo pasado, Adela de Saint Amand, hacía una proclamación a las mujeres francesas sobre la necesidad de fundar una Sociedad de los Derechos de la Mujer. En dicha proclamación, en uno de sus párrafos, se expresaba de la siguiente manera:

«El hombre, extraño resultado de los prejuicios del siglo XVIII, sorprendido del lenguaje insólito de las mujeres, ríe y se burla, mas esta risa es ficticia, forzada, diplomática; es la de un niño que teme, que se atemoriza pero que, con lágrimas en los ojos, trata de cantar».

[\(65\)](#)

Estas mujeres, por mediación de su prensa, en su novena sesión de junio de 1848, en su orden del día, trataban específicamente sobre la Ley del Divorcio. De manera que lo que ocurría en Terrassa, en un período anticipado al nuestro, ya había tenido lugar un siglo antes en nuestro país vecino.

«Desde el triunfo de la revolución neolítica, el sexo femenino fue quedando relegado a las tareas consideradas como menos útiles por la sociedad, si bien cargaba con el peso de una de las tareas más importantes: la reproducción de la especie, pero ni controlaba el poder ni tenía capacidad de decisión sobre el grupo social en que estaba integrada». [\(66\)](#)

Es cierto que estaba considerada como menos útil, sin embargo, la mujer ha sido siempre —en la clase trabajadora se entiende—, el pilar del hogar. El alvéolo de la gran colmena social y su trabajo, el casero y la fábrica o el campo, en infinidad de ocasiones eran el sostén del hogar. He aquí por qué Mujeres Libres reivindicaba en su acción y su lucha permanente, la liberación de la mujer para que estuviera en el lugar que siempre le correspondió.

Debíamos luchar para salir de la incomprensión de las reglas impuestas por los hombres.



De izda. a dcha., de pie: Ricardo Sanz, Jesús Guillén, Pepita Estruch, José Peirats, Ildefonso González, Sara Berenguer y Araceli Lloret.
Agachados: Rafael Mari de Dios y Gracias Ventura.

Esto me hace recordar la terquedad y el empecinamiento de mi abuelo materno. Presta a dar a luz, mi abuela, que ya era madre de seis hijos, cuando la comadrona, después de haber hecho un reconocimiento y constatar que el

parto se presentaba mal, llamó a mi abuelo para que éste con toda urgencia fuera en busca de un doctor, pero él, se negó. No quería que a su mujer la viera ningún hombre. Como la cosa tenía cierta gravedad, la partera decidió llamar al médico, pero el marido, irascible y celoso, no quiso que entrara en la habitación de la parturienta. Como peligraba la vida de mi abuela, tuvieron que llamar a la guardia civil, y la abuela, dio a luz, con la asistencia del doctor y la presencia de una pareja de la guardia civil en la puerta de la habitación. El choque psicológico de mi abuela fue grande, la vida se le iba por momentos. Aquel mal parto le produjo una lesión en el perineo, causa de una incontinencia continua hasta su muerte.

En cierto modo, muchos de los hombres, se arrogaban todos los derechos, exigiendo la sexualidad cuando ellos querían. Sólo contaban sus libertades. Teniendo varios amores; mientras el adulterio de las mujeres era una cosa grave. El sacerdote y la autoridad despótica van emparejados para apropiarse de todo, incluso leyes y códigos, para poder tener a la mujer bajo sus garras. Si la mujer pretendía recobrar su libertad, eso provocaba risa con cierta sorna, pero en realidad, por dentro, algunos hombres sentían escapar la facilidad que les proporcionaban las costumbres y leyes establecidas para tener mujer y disponer de ella en todo tiempo: ropa limpia, comida a la hora, cama bien hecha y dispuesta para deshacerla en el instante en que a ellos les conviniera.

¡Cómo iban a aprobar el divorcio! ¡La libertad de la mujer! Qué complicación se les presentaba, acumulando preocupaciones para su conveniencia personal y su libertad. La de las mujeres no contaba en ninguno de los casos. Esas exigencias caseras, que hacen a la mujer esclava del hogar, pasaban por ser naturales. Sin embargo, con una buena predisposición y respeto entre ambos, todo es llevadero en la vida.

En el siglo XVIII, las feministas francesas ya llevaban hacía delante la emancipación de la mujer y la reivindicación de sus libertades.

En los sindicatos de Terrassa se debatía el problema de La Llei de Maternitat, donde Teresina toma parte activa para conseguir cuatro semanas de reposo antes del parto y cuatro después. Ley que se adoptó en España, en la época en que Largo Caballero era Ministro de Trabajo, en 1931-1933.

Anteriormente, eran solamente cuatro semanas, dos antes y dos después. Pero estas cuatro semanas eran concedidas solamente a aquellas mujeres que estaban casadas católicamente, las demás no tenían derecho alguno. Teresina, pedía las ocho semanas para las madres de toda condición, fuera cual fuera su estado civil.

Decidida a lograrlo fue a entrevistarse con el Gobernador Civil, Anguera de Sojo, reivindicando con insistencia que anulara la cláusula "casada por la iglesia". Añadiendo, que todas las madres tenían los mismos derechos y que, además, las madres solteras debían ser ayudadas por el Gobierno. Lo que desconcertó al Gobernador, quien la miraba sorprendido.

Bajo la constante insistencia de aquellas mujeres de Terrassa, se consiguió anular esta ley, tan poco ecuánime como inhumana.

Ya en 1910, una de las resoluciones tomadas en el Congreso constitutivo de la CNT, era:

«3 °. La ponencia determina que las mujeres dejen el trabajo un mes antes de llegar al parto, y lo integren un mes después de haber dado a luz»

No es extraño que en Egara (Terrassa), las mujeres tuvieran ese espíritu de rebeldía y de inquietudes hacia su liberación. Aún cuando la religión tenía la zarpa puesta sobre las familias y en particular sobre la mujer, éstas se manifestaban sin temor alguno.

Max Nettlau, en *La Première Internationale en Espagne* (1868-1888), escribía:

«Es la ciudad que, de forma permanente manda sus delegados para que representen a su Federación Local en todos los comicios nacionales. Asiste al decisivo Congreso de Córdoba (25 de diciembre de 1872 al 2 de enero de 1873), donde se coincide con los acuerdos de Saint Imier y marca la pauta que siempre inspirara a nuestro sindicalismo español; el sindicalismo finalista. En aquella oportunidad el delegado de Terrassa fue, —según *La Revista Social*, (31 enero 1873)— Vicente Asensi, ebanista, un internacionalista probado e integrante, también, de la tan discutida Alianza». [\(67\)](#)

Una de las principales instigadoras en Terrassa de "A trabajo igual, salario igual", fue Teresina, llevando una ruda lucha dentro del Sindicato.

Posiblemente las compañeras egarenses sabían que en 1916, en el Congreso de la Federación de Campesinos, celebrado en Valencia, «el Sindicato femenino de Guadasuar (Valencia) propuso y defendió la igualdad de salarios entre hombres y mujeres: A trabajo igual, salario igual». [\(68\)](#)

Teresina me contaba que fue en Terrassa donde, por primera vez, Federica Montseny subiera a la tribuna para tomar la palabra, estimulada por el ascendente de su madre y por Juan Puig Elías, el que también tomó parte en el acto.

En 1936-39, una de las primeras labores del Grupo Femenino de Terrassa fue, crear Comisiones de Control en los Hospitales de Sangre. Paquita Padilla fue comisionada por la municipalidad para este quehacer. En el centro de refugiados, fueron las compañeras que más tarde formaron parte del Comité Regional de Cataluña de Mujeres Libres.

En los primeros días de la revolución, la municipalidad creaba la Maternidad, inexistente hasta entonces, cuyo director era el doctor J. Paulis y Teresa fue delegada directa de la municipalidad en la misma.

Cuando su compañero Juan Graells se incorporó al frente, quedan sin representación diferentes actividades que él tenía, como la secretaría y administración del periódico confederal *Vida Nueva* y la de delegado municipal de la sección cultural. Teresina le reemplaza en dicha sección. Fue un acuerdo tomado por la Organización y puesto en práctica. Juan Graells no volvió más; como tantos otros combatientes, dejó la vida bajo el fuego de las mortíferas trincheras.

Palmira Rubio, también de Terrassa, mujer inteligente y de una clarividencia excepcional, formaba parte del grupo de los oradores, los que desde la tribuna daban a conocer de forma clara y concreta el enfoque de los trabajos de socialización. Lola Iturbe escribe:

«Podemos asegurar que no ha habido otra oradora cenetista mejor que ella» [\(69\)](#). Anarquista y de Mujeres Libres, desde 1937-38 fue redactora del *Bulletí CNT-FAI*. Palmira moriría en Méze, donde vivía refugiada con su familia, el 3 de febrero de 1992.

Desde Terrassa, se organizaron los envíos de camiones de ropa y de abastos para ayudar a Madrid, en el momento de la defensa de la capital.

En la colectividad campesina, Hortensia Vives llevaba la responsabilidad de las ventas y Rita Prunés dirigía el sector de avicultura. Militante que conocí de cerca, en un viaje que hice junto a Teresina en el año 1963, en Six Fours (Var). Esta compañera, enferma, nos recibió con gran cariño, pasando una extensa velada confeccionando manojos de anémonas, trabajo que constituía el ganapán diario de su compañero Juan Jové y el suyo.

Así, esta importante Sección Femenina de Terrassa se había integrado por completo en la realización de Mujeres Libres, como hicieron tantas otras localidades. Antes de terminar con esta población, tildada de roja, en *El Productor* del 14 y 31 de octubre, así como el 4 de noviembre de 1887, «aparece una lista interminable de las suscripciones para los mártires de Chicago, y Terrassa se encontraba en dicha lista». [\(70\)](#)

En 1911, después de la importante huelga del Arte Fabril, en una acción colectiva, las mujeres ya preparaban la comida para los huelguistas, en una gran comunidad de ideas y de compañerismo.

«En la famosa huelga del Ramo del Agua, en el año 1918, de 14 semanas de duración, ganada con eficaz lucha y tesonera resistencia, con la implantación de la jornada de ocho horas, después de la cual los sindicatos acordaron no trabajar más que 48 horas por semana, originándose conflictos en aquellos lugares donde trataban de hacer trabajar a los obreros horas extras, acudiendo grupos que paraban los motores después de la jornada, y en algunas ocasiones, se llegó a la presión por el sabotaje, para poder obtener el cumplimiento de los acuerdos». [\(71\)](#)

Teresina me contaba que los huelguistas, con el fin de boicotear el trabajo de los esquirols, habían requerido a los jovenzuelos que, cuando pasaran los

carros cargados con las piezas de ropa, simulando jugar, echaran botellas de gasolina para que estallaran contra el carruaje, arrojando una cerilla encendida para que prendiera fuego, dejándoles sin mercancía y sin transporte. ¿Nos hallaríamos ante una precursora de la bomba molotov?

Terrassa es un simple ejemplo de los pueblos donde las mujeres del mundo del trabajo llevaban a cabo la acción directa y se esforzaban para que los deseos, que surgían en ellas para poder liberarse, se cristalizaran.

Teresina había nacido en el pueblo de Nalec, el 27 de mayo de 1908. Murió en Montady el 18 de mayo de 1991.

También tuve el privilegio de conocer en el Casal de la Dona Treballadora a la "anarquista de ambos mundos", Emma Goldman. Era el último de sus viajes a España y su visita se situaba hacia el mes de octubre del 38.

Frecuentó nuestros locales, a la vez que visitó diversas realizaciones revolucionarias desplazándose a unidades del frente, donde en una de ellas se encontraba la compañera Lola Iturbe, de quien Emma diría: «talentosa y ardiente feminista».

Mujer de recia personalidad, rebelde; fue por su condición humanista y solidaria por lo que combatió sin cesar, para ayudar a sus compañeros de destierro y a cuantos sufrían del avasallamiento del capital organizado. Frecuentó diversos países de Europa y América y luchó desde que saliera de su país natal, Rusia, lid por la que continuó en la brecha para participar en favor de la liberación del fascismo en nuestra Península Ibérica.

Desde su juventud hasta el final de su existencia, lucha por la libertad y los derechos esenciales del ser humano, libre de toda opresión.

Fue en los albores de 1886, cuando Emma Goldman llegaba a América con su hermana Helena, para reunirse con su hermana mayor, Lana.

Independiente en sus acciones y sus sentimientos, mujer entregada al amor, como al ideal, vivió su vida al lado de otros agitadores, llevando a cabo una propaganda ideológica y antimilitarista, lo que le valió ser condenada y encarcelada varias veces.

Una de sus últimas acciones revolucionarias y de reivindicación por la causa de la libertad, fue una campaña de propaganda a través de correspondencia y de artículos, a favor del compañero Attilio Bortolotti, de origen italiano, encarcelado el 4 de octubre de 1939.

Este compañero, radicado hoy en el Canadá, continúa ayudando a la obra cultural e ideológica de los militantes anarquistas, participando a su vez, a pesar de sus años y su precaria salud, en cuantas manifestaciones sociales están a su alcance.

En 1964 en ocasión de un viaje a Europa, tuvimos la suerte de recibirlo en casa. Iba acompañado de Pío Turróni, compañero responsable de la revista anarquista italiana *Volonta*. Pasamos dos agradables días en compañía del escritor José Peirats y su compañera Gracia Ventura, quienes se habían unido al grupo, evocando presente y pasado de nuestra acción revolucionaria, en una prospección futura.

Gracia y yo, aprovechamos para informarle del trabajo realizado en nuestro boletín de *Mujeres Libres*, que editábamos en Montady y las dificultades económicas que teníamos para llevar nuestra labor adelante. Attilio Bortolotti, cooperó desinteresadamente en nuestra labor, con el fin de que pudiéramos adquirir materiales para continuar su edición. Al frente de nuestro boletín, estaba la compañera Suceso Portales Casamar, que en aquellos instantes se encontraba en Londres.

Attilio Bortolotti, a partir de 1922, se había entregado a la militancia anarquista en Windsor. Por lo que se cree que los motivos de su encarcelamiento serían, por habersele encontrado un baúl repleto de literatura anarquista, lo que produjo además la detención de otros tres compañeros, también oriundos de Italia. Sus compañeros fueron puestos en libertad bajo fianza. Pero no fue así para él y Marco Joachin también italiano, que había entrado ilegalmente en el país. Ambos fueron propuestos para ser deportados a Italia. «De llevarse a efecto esta amenaza, su condena a muerte en el país fascista, hubiera podido ser incuestionable». [\(72\)](#)

Emma asumió la campaña en favor de los encarcelados. A Marco Joachin, en vez de ser deportado a Italia, se le concedió un visado para México. En cuanto

a Bortolotti, fue contratando un superabogado, por mediación de un peculio sustancial, como finalmente se logró su puesta en libertad provisional en Toronto, el 14 de enero de 1940, mediante fianza. Bartolotti, salió de la cárcel gravemente enfermo y Emma tuvo que atenderle como enfermera.

El 14 de mayo de 1940, antes de medianoche, a sus 71 años, Emma, aquel espíritu radiante de fuerza y de luz para el pueblo perseguido y explotado, se apagaba.

El ingreso del cadáver fue autorizado en los Estados Unidos. «Sus últimas voluntades fueron respetadas; ser enterrada en Chicago, en el cementerio de Waldhein, cerca de la tumba donde reposan desde 1887, los mártires de Haymarket». [\(73\)](#)

No quiero cerrar este capítulo de mujeres a las cuales admiré, sin dejar constancia de la labor realizada por la compañera Valentina Sáez Izquierdo o Valentina del Olmo, apellido que llevó después de entrar en Francia, por ser el apellido del padre de sus hijos. Valentina había nacido en Quintanilla (Burgos) el 14 de febrero de 1903.

No conocí su trayectoria de luchadora antes del alzamiento fascista de julio del 36. Pero sobre ella, el conocido militante Santiago Arteaga, de Bilbao, al que le unía una gran amistad, me escribía:

«No sé si perteneció a algún sindicato, pero sí que tuvo una gran actividad en nuestros medios y, en especial, en el movimiento revolucionario de Zaragoza en 1934, formando parte del comité revolucionario junto al doctor Isaac Puente, compañero, que, como sabes, sería fusilado en el 36. A Valentina la salvaron nuestros compañeros, que la tuvieron escondida, hasta que pudieron llevarla a otro lugar, aunque para ello tuvieron que disfrazarla, tanto a ella como a sus hijos, con hábitos religiosos. En aquel tiempo sus hijos eran muy jóvenes, es decir, todavía niños».

Me decía su hija Pilarín que en 1936, fue perseguida por su actuación revolucionaria y, después de haber estado seis meses escondida, el 17 de enero de 1937, se evadía de la zona franquista con un grupo de compañeros,

del que formaba parte, entre otros, Martina Pérez, compañera de Alorda, y Castañeda. Desde Zaragoza fueron a Fuendetodos, en zona libre, a pie a través del monte, llevándose con ella a los tres hijos. Luego marcharon a Barcelona, donde se reintegraría en la lucha revolucionaria participando activamente en SIA.

El padre de sus hijos, empleado de ferrocarriles, no quiso formar parte de aquel grupo de evadidos, desvinculándose por completo de la decisión de su esposa.

Valentina formó parte de esas mujeres ejemplares y anónimas, cuyo sentido de la justicia y honradez, siempre estuvo unido a su actuación en las luchas sociales junto a los militantes de la CNT.

En el año 1945, después de la liberación de Francia, tuvimos ocasión de convivir con ella, cuando mi compañero fue nombrado secretario del Comité Regional nº 1 de la Región Languedoc-Rousillon y desde Bram, fuimos a Montpellier a albergarnos en su casa en la Av. Georges Clemenceau nº 40, que fue la sede del secretariado del Comité Regional del Movimiento Libertario Español, de forma provisional.

Valentina, que no nos conocía, nos abrió los brazos con fraterna y solidaria camaradería. Teníamos dos niños de corta edad, Germinal y Sarita, allí estuvimos hasta que pudimos encontrar casa.

En 1939, durante nuestro inolvidable éxodo, Valentina había pasado la frontera siempre con sus tres hijos al lado, Fernando, Jesús y Pilarín; a Jesús desde muy joven le habían dado el sobrenombre de "Malatesta", debido a su temperamento fuerte y rebelde. "Malatesta" murió en el año 1958 en un accidente de coche, cosa que marcó la gran sensibilidad que anidaba en el corazón de su madre.

Durante la estancia en el campo de concentración de Rivesaltes, Valentina estuvo trabajando en la cocina del campo, lo que le daba la oportunidad de recibir un trozo de pan y chocolate, que guardaba celosamente para sus hijos y que, de vez en cuando, compartía con el compañero Juan Expósito, maestro racionalista, ya muy anciano y enfermo.

Un día en que los gendarmes del campo cogieron fuera de la cocina a la compañera que trabajaba con ella, con aquel mísero trozo de pan y el chocolate que le daban, en recompensa al trabajo realizado y, que también ella destinaba a sus hijos, la despidieron de la cocina sin la menor consideración, alegando que «lo que se les daba en la cocina, tenían que comerlo allí mismo y no darlo a nadie». Cuando Valentina se enteró del hecho, fue a ver al responsable, para decirle que había cometido una injusticia y que, si mantenían aquel despido, ella entregaba el delantal, para solidarizarse con su compañera de cautiverio.

«Yo también me llevo lo que me dan, para mis hijos —declaró—, pues de no ser así, no estaría trabajando en la cocina».

Esta actitud de Valentina hizo que aceptaran la decisión de aquellas mujeres, pues si trabajaban en aquellas condiciones, era para aliviar un poco el hambre de sus hijos, sacándoselo de la boca, con la convicción y el amor de una madre llena de ternura.

Desde que la conocí, siempre vi en ella una compañera altruista, dispuesta a una intensa labor de solidaridad, ayudando a cuantos compañeros y compañeras enfermos visitaba, en particular para aquellos cuya soledad los llenaba de tristeza. Valentina fue muy amiga de Pilar Grangel; ambas vivieron muchos años en Montpellier, donde esta última aún vivía cuando escribí el libro. En 1981, encontrándome hospitalizada en aquella ciudad, donde sufrí la ablación del pecho derecho, estas dos compañeras venían a verme. Valentina, que ya se encontraba enferma, se desplazaba acompañada de su hija Pilarín y su yerno. Dándome ánimos y hablándome de mil cosas. Su simpatía y su dulzura eran siempre bálsamo para sus enfermos. Ignorando que ella misma era portadora de un cáncer en el estómago, que acabaría con su vida.

En agosto de 1983, acompañada de su hija y su yerno, compañero Manzanera, vinieron a nuestra casa para interesarse por mi salud y el 13 de noviembre de 1984, nos dejaba para siempre.

Valentina hacía poco tiempo que se había reunido con su hija, —en el pueblo de Fábregas—, que la cuidó con fervor y cariño mientras le quedó un hálito de vida, y para quien siempre fue, una madre y una amiga.

Como quiera que en Zaragoza, Valentina del Olmo, perteneció al mismo comité revolucionario que el doctor Isaac Puente, quiero dejar unos trazos de este idealista íntegro y humanista.

El doctor Isaac Puente nació en Las Carreras (Vizcaya) el día 6 de junio de 1897. Estudió medicina en la facultad de Valladolid y terminó la carrera con 21 años, en 1918.

Puede decirse que no ejerció profesionalmente como doctor más que en Maeztu (Alava), pues en Cirueña sólo ejerció unos meses. Fue el médico de los trabajadores de una empresa metalúrgica en Vitoria. Tenía un consultorio médico y gratuito por correspondencia, siendo sus principales pacientes catalanes y levantinos. La mayor parte de ellos trabajadores.

Fue asiduo colaborador en los periódicos libertarios de la Confederación Nacional del Trabajo y de varias revistas: *Estudios de Valencia* y *Generación Consciente*, de Alcoy. Escribió infinidad de artículos para revistas médico-científicas de España y América Latina. También colaboró en *Cultura Proletaria* de Nueva York; *Nervio* y *La Protesta* de Buenos Aires.

Publicó algunos folletos. En fin, se podría relatar una larga lista de sus innumerables colaboraciones, con artículos siempre tendentes a dar consejos a los obreros, sobre sociología o sobre medicina en general y otras enfermedades más específicas: la sífilis, la tuberculosis. También le interesaba la educación del niño, la teoría de la evolución y, en particular, temas sexuales, la embriología, la maternidad, la eugenesia, con la finalidad de poder ayudar a la mujer a liberarse del tabú que la aprisionaba.

El doctor Isaac Puente, poseía ese desprendimiento moral y material que alimentaba su espíritu humanitario, llevando a la práctica cotidiana, su condición de hombre ecuánime y profundo en su pensar y su sentir, en la irradiación de su inmensa bondad.

La familia, después de la sublevación militar triunfante en Vitoria, no tuvo ocasión de conservar nada, pues junto al doctor Isaac Puente, detenido en los primeros momentos del alzamiento, los fascistas se llevaron todo lo que

quisieron, entre otras cosas escritas, varios manuscritos que iban a ser publicados.

Antes del proceso de Zaragoza, en 1933 y unos quince días que estuvo preso al implantarse la República, después ya no conoció más la cárcel hasta 1936, en que fue detenido y fusilado. La Guardia Civil de Maeztu lo arrancó de su hogar el 24 de julio, siendo trasladado luego a la prisión de Vitoria, donde estuvo hasta primeros de septiembre en que fue asesinado. Sobre tan tristes sucesos, la hija mayor del doctor Isaac Puente escribía:

«A mi padre todo el mundo que lo conocía de cerca lo admiraba y lo quería. Su rectitud moral, su simpatía personal, despertaba un respeto admirable.

Sin embargo, otros, los menos, le odiaban por las ideas de librepensador y lo persiguieron con toda saña hasta su exterminación. ¿Su juicio? No hubo juicio. Era sólo lo que entonces llamaban "la saca". Sólo unos pocos, los que se unían en la "Hermandad Alavesa", seguidores de Oriol, fueron los dueños de las vidas de muchísimos. Se afirma que fueron centenares de miles de ellos, en toda España. Mi padre fue sólo uno de ellos.

¿Situación de familia? Mi padre no tenía nada y de lo poco que poseíamos familiarmente, nos precintaron la casa con muebles y enseres y, para que nos fueran devueltos, tuvimos que pagar 4.000 pesetas al Tribunal de Responsabilidades Políticas. También se incautaron del coche; total, que mi madre, con dos hijas de 15 y 16 años estudiando, tuvimos que ser recogidas por el padre de mi madre, junto a quien estuvimos hasta su muerte en 1940, año en que nos trasladamos a Madrid, ya que allí nos pareció resolveríamos mejor nuestra vida, pues en Vitoria se nos cerraron muchas puertas.

El lugar de su asesinato tampoco lo sabemos con exactitud. Nos dijeron algunos de los pocos amigos que nos quedaban, que fue en Pancorbo, y otros en Briviesca, dos pueblos de la provincia de Burgos.

Nuestra madre estuvo en ambos pueblos, pero en los dos negaron que estuviera allí enterrado.

En aquellas circunstancias, las cosas estaban muy serias y nadie se atrevía a decir nada, si algo sabía. No sabemos si alguna vez conseguiremos aclararlo». [\(74\)](#)

Lo asesinaron sin ninguna clase de proceso ni juicio. Estando detenido en la cárcel de Vitoria, cuando su familia le llevó la comida, como de costumbre, los oficiales le entregaron el colchón de Isaac —una forma muy corriente en la época de anunciarles la muerte—. El día que salieron para ser fusilados, le distinguieron porque era el único que llevaba gabardina. Al volver el pelotón y notar su falta, alguien preguntó por él, al cura. Este contestó:

—¡Hay hijo, son tantos los que desaparecen o mueren...!

El Gobierno civil se negó a dar un certificado de defunción a la familia, no aceptando así la responsabilidad del crimen. La explicación fue la siguiente:

«Lo dejamos en libertad el otro día. Si le han dado un tiro en la calle, nosotros no somos responsables de ello».

Sin embargo, testigos presenciales aseguran que lo vieron subir al camión que todos los días se llevaba a los condenados a muerte.

En el plan filantrópico y revolucionario, el doctor Isaac Puente era conocido en toda España, porque su obra personal, de todos los días, había calado hondamente entre los desamparados que recurrían a él en busca de un alivio a sus males físicos y morales.

El doctor Marañón, hombre de gran prestigio profesional en su época, citaba frecuentemente en sus escritos, al joven doctor Isaac Puente, para demostrar su capacidad personal, ya en aquel entonces, sobre biología.

No había en materia de estudio científico médico, ninguna convocatoria de la Academia Nacional o Internacional, donde no fueran debatidas las teorías del joven doctor Isaac Puente.

Quizá a esta constante llamada lucha de clases, en nuestro combate ininterrumpido contra la explotación del hombre por el hombre, el médico, otro combatiente contra el mal, de todos los males físicos que acechaban al ser humano, vio en la clase trabajadora a su más próximo aliado, al amigo común.

El doctor Puente, durante la República, adquirió una personalidad relevante como auténtico revolucionario. Rebelde consciente, no podía soportar la actuación ni el comportamiento de los gobernantes republicanos, los que de cara al pueblo trabajador procedían aún peor que lo habían hecho los del equipo militar acaudillados por Primo de Rivera.

Los hechos sangrientos de Casas Viejas, de Castilblanco, de Arnedo, de Fígols, de Sevilla y, en fin, de toda España, marcaron el ocaso de una República llamada de trabajadores, ganada por el pueblo al que sus gobernantes traicionaron ignominiosamente.

Se le conocía como el "Médico Rural", como él mismo se firmaba en sus artículos y, no solamente en Maeztu y Vitoria, sino en toda España. Su seudónimo había saltado las lejanas fronteras de habla española, donde llegaban los periódicos, las revistas y demás medios de cultura de avanzada proletaria. Fue leído y comprendido por los interesados en la lectura, sabiendo seleccionar lo bueno.

El doctor Puente, el "Médico Rural", cuando estuvo detenido en la cárcel, para que sus enfermos pudieran continuar las consultas médicas, hizo pasar un aviso a la revista *Estudios* de Valencia, en febrero del 1934, en la nº 26, que decía:

«Doctor Isaac Puente —médico— Cárcel de Zaragoza. A los lectores de *Estudios*, que acompañen al cupón, 2 pesetas por cada consulta».

Recientemente, el compañero Ángel Aransáez nos comentaba el testimonio de Juan Iglesias Garriga, ex Consejero del Gobierno Vasco en el exilio, quien estuvo en la cárcel con Isaac Puente y que, a la hora de la "saca", el doctor, levantándose dignamente, le dijo: «¡Ahora veréis cómo muere un anarquista!».

CAPÍTULO V

Capitulación de Barcelona y éxodo

El 23 de enero habíamos pasado todo el día en el secretariado con gran inquietud, esperando noticias a cada instante. Las tropas fascistas avanzaban hacia la capital catalana. Telefoneábamos continuamente al Comité Nacional de la CNT, donde los representantes de las diferentes ramas del Movimiento Libertario estaban reunidos. Tuvimos que desplazarnos para poder estar al corriente de la evolución de la situación, pues el teléfono estaba constantemente ocupado.

Los compañeros del comité, unos eran partidarios de defender Barcelona, calle a calle hasta el final y otros, dándose cuenta de nuestra inferioridad en hombres y en material bélico, insistían en que se abandonara la Ciudad Condal, antes de dejar más vidas en ella.

Como nuestra incertidumbre era grande, fue al atardecer, que reunidos Comité Regional y Federación Local, no consiguiendo información alguna, decidimos que una delegación de nuestro grupo Mujeres Libres, se trasladara al Comité Nacional y estuviera presente en dicha reunión, a fin de saber a qué atenernos. Las dos compañeras mandatadas eran Jacinta Escudero, secretaria de la Federación Local de Barcelona y Conchita Guillén, secretaria de propaganda, las cuales al darse cuenta de la situación, les dijeron:

—¡Dadnos armas! Nosotras lucharemos a vuestro lado hasta el último momento.

—¡Marchaos! Marchaos! —les dijeron con fuerza—, todo está perdido!

Esperábamos hora tras hora; después de las tres de la madrugada, recostadas en las mesas y sillas que disponíamos en el secretariado, esperando que nuestra delegación volviera. Ignorando la verdadera situación, como no tuviera noticia alguna ni medios de entrar en comunicación, decidí marchar a casa. Estaba convencida que la cosa no era tan grave como para tener que tomar decisiones aquella madrugada. Informé a mis compañeras, pensé en la inquietud de mi madre. En aquel amanecer, pasé por las Juventudes Libertarias, donde encontré un grupo de militantes que también esperaban saber a qué atenerse... Les puse al corriente de lo que sabía y marché, siempre andando, a mi domicilio. Serían alrededor de las cuatro de la mañana.

Apenas descansé, no era posible dormir, ya que la ansiedad de saber cuál iba a ser nuestra suerte era más fuerte que el sueño. Antes de las siete de la mañana me levanté precipitadamente con la intención de volver al Comité Regional. Mas, como teníamos proyectada una conferencia, siempre esperanzada en que, finalmente, habría un rechazo de las tropas franquistas antes de que pudieran entrar en Barcelona, ¡qué ingenua!, pasé por la redacción de *Solidaridad Obrera*, situada en el antiguo colegio de curas de la calle Consejo de Ciento, con la idea de recoger las octavillas que habían de ser repartidas en las diferentes Agrupaciones de Mujeres Libres de nuestras barriadas.

Antes de las ocho ya había recogido sendos paquetes, lo que al principio hice con ímpetu, pero a medida que hacia camino, los cordeles, con el peso del papel, se me clavaban en las manos.

Cuál fue mi sorpresa al pasar por el Paseo de Gracia, frente al Consejo Nacional de SIA y ver a dos o tres compañeras, de las que estaban empleadas, cargadas con paquetes de mercancías que estaban destinadas a los soldados.

—¡Sara! —me gritaron— ¿Qué haces aquí? ¡Ya se han marchado todos! Pero, ¿Adonde vas tan cargada?

—Al Comité Regional —les contesté.

—¡Tira lo que llevas! Esta madrugada todo el Consejo ha abandonado Barcelona en dirección a Figueres. Ayer noche nos dieron la autorización para

que en caso que tener que abandonar, nosotras recogiéramos cuanto pudiéramos para llevarlo a nuestras casas. ¡Los fascistas no están lejos!

¿Cómo podía ser? ¿Cómo teníamos que abandonar Barcelona, nuestra Barcelona por la que tanto habíamos luchado, sacrificando todas las horas de descanso posibles, y tres años de nuestra juventud, sin un solo día de fiesta ni descanso?

Seguí con los paquetes que parecían aumentar su peso. Creía no poder llegar hasta el local. Pero esa no era la mayor sorpresa. Incrédula a lo que había oído, anduve más aprisa y, cuando subía las escaleras que daban acceso a nuestras secretarías, vi a través de una ventana de las mismas escaleras, la que daba luz desde un patio interior, que iban cayendo, como bólidos, paquetes y más paquetes, y pude comprobar que salían de las ventanas de nuestro Comité Regional.

Cuando entré, la buena de Jacinta, me dijo:

—¿Adonde vas con esos paquetes? —a la vez que me los arrancaba de las manos, para seguir la misma suerte que los demás bultos—. Tenemos que abandonarlo todo ¡Todo!

—Pero ¿qué pasa?

¿Cómo? No podía creerlo. Pero sí, en pocas palabras me contó lo sucedido. Apenas había salido del Comité Regional, que las dos compañeras delegadas llegaban al secretariado para informarnos de que todo estaba perdido y que debíamos abandonar todas nuestras realizaciones y cuanto habíamos organizado.

Al tirar aquellos paquetes me pareció que tras ellos iba algo de mí misma y que mis manos iban de nuevo a recuperarlos. ¡No! Nada de eso. Tenía que despertar ante aquella realidad tan brutal como inesperada.

¿Qué solución tomar? Marchar, marchar, ¡sí! Pero, ¿cómo? ¿adónde? Teníamos que ser útiles hasta el último momento, sin descanso, sin fallo alguno, sin corte, o sea, irnos, sí, mas luchando juntas. ¿Pero, podíamos marchar juntas? ¿Volveríamos a Barcelona? ¡Nuestra Barcelona! Podíamos ir

de camilleras a la 26 División, a colaborar con ellos en lo que fuera menester. Estar unidas a aquellos combatientes que seguían en la lucha. De acuerdo con esta idea decidimos emprender el viaje.

Un numeroso grupo de compañeras de las barriadas se presentó a la Vía Layetana, para ver si disponíamos de algún vehículo para irnos. No disponíamos de nada; acaso ir a la Casa CNT-FAI y unirnos a los compañeros que hubieran conseguido alguna forma de transporte.

Alguien indicó que la 26 División se encontraba por la parte de Figueres. Decidí pues, volver a casa, a buscar el mono que mi madre me había hecho en los primeros meses de la revolución, para tomar parte en las maniobras de la aviación, de manera que pudiera ponérmelo en el frente, con el fin de estar más cómoda y quería a la vez, recoger algunas prendas.

—¡Date prisa! —me dijeron las compañeras— mientras continuaban tirando y rompiendo cuanto les parecía comprometedor y peligroso.

De nuevo me fui a la calle Calabria. Por el camino, a medida que iba avanzando, me parecía que la tierra corría hacia atrás. El trayecto se me hizo larguísimo, y es que, a pesar de que no hubiera mucha gente en las calles, oía alguna voz que decía: «Ya están llegando a la Diagonal». «Ya están cerca». Y yo, que iba hacia ellos. ¿Tendría tiempo de llegar? Pero... ¿cómo iba a marcharme sin decir nada a mi madre? ¡Sin pasar por las Juventudes Libertarias, a las que había prometido tener al corriente de los acontecimientos! Era cosa de horas, quizá de minutos. ¡Qué mala es la inquietud cargada de angustia y de inseguridad a la vez!

Pero firme y con la idea bien centrada de llegar hasta mi morada y pasar por las Juventudes Libertarias, seguí caminando.

Por fin llegué al piso, al tiempo que rugían las sirenas. No había nadie. Mi madre estaría seguramente en alguna cola para adquirir algún comestible y mi joven hermana en la escuela.

Recogí el mono, unas prendas interiores, dos pares de guantes, cogí el impermeable y la pistola con su cargador, que hacía dos años había camuflado en el fondo de una silla cuyo asiento estaba tapizado. Unos libros que pensé

podrían acarrear molestias a mi madre, los puse sobre la mesa con una nota que decía: «Madre, quema estos libros. Me marchó de camillera a la 26 División. Abrazos, salud».

Volví a pasar por nuestro local de las JJ LL Algunos de los compañeros que estaban cuando pasé de madrugada ya se habían marchado. Los conserjes esperaban, aún no sabían qué determinación tomar. La hija menor, Josefina Arias, que era de la Agrupación de Mujeres Libres, cuando supo cuál era mi intención, quiso venirse conmigo. Era muy joven, pero ante su insistencia los padres me la confiaron.

A toda prisa volvimos a emprender el camino a través de las calles, siempre acompañadas del rugido de las sirenas y de las explosiones constantes de las bombas ciegas. Pero nosotras dos, como si éstas no nos fueran destinadas, seguíamos caminando indiferentes a todo. Cuando llegamos al Comité Regional, algunas de las compañeras ya habían salido, habían encontrado un modo de locomoción. Empero... quedé sorprendida al ver el grupo importante de las diferentes barriadas de Barcelona, compañeras que habían ido llegando durante mi ausencia, siempre con la intención de unirse a nosotras. Ante el mismo problema del transporte, la compañera Jacinta, que es la única que había esperado a que yo llegara, con la intención de que me uniera a ella, les habló, con voz firme y segura, diciéndoles que sus responsabilidades eran mínimas y, que no sabiendo en realidad cuál iba a ser nuestro final, era preferible que regresaran a sus casas, sin hacer ostentación de ninguna clase, ya que nos les pasaría nada, pues, en realidad, nosotras íbamos a marchar a la aventura. Después de un momento de discusión, algunas de ellas decidieron volver a sus domicilios. Otras no quisieron retroceder.

—Que vengan con nosotras —dije varias veces.

Jacinta insistía en que se fueran, con razones bien fundadas. La realidad es que nos habíamos trazado un camino ciego, pero ésta era nuestra voluntad, por lo que no debíamos arrastrar a aquellas jóvenes, sino, por el contrario, hacerles comprender el momento trágico en que nos encontrábamos.

Como ya eran más de las dos de la tarde y no había manera que los compañeros pudieran recogernos a todas las que quedábamos, decidí marchar

a pie hasta Figueres, al encuentro de la 26 División. Pero... ¿quién nos informó que la 26 División se encontraba por aquel sector? No lo sé. La cosa es, que aquella información errónea la tomamos al vuelo. Ante aquel reducido grupo que no habían querido dejarnos, manifesté:

—La que quiera venir conmigo, que empiece a bajar la escalera.

Alguna compañera del Comité Regional, había llegado con la intención de que las que teníamos más responsabilidad pudiéramos salir juntas y, una vez más, insistieron para que me fuera con ellas, en particular la abnegada Jacinta. Alguien había prometido recogernos. Pero, ¿cómo dejar abandonadas aquellas jóvenes compañeras que tanto habían contribuido a nuestra labor de acción y propaganda? Aquellas compañeras, llenas de calor humano, que participaban en las visitas de los hospitales de guerra, en las conferencias, en las visitas a los frentes, en las fábricas, etc., merecían toda nuestra consideración. Marcharnos nosotras y dejarlas, era algo que ellas no comprenderían. Tampoco podíamos asegurarles que nuestra decisión era la buena.

—¡Compañeras! La que haya decidido formar parte de este grupo, ¡en marcha! Cuando franqueaba el umbral, Jacinta aún insistió. ¡Qué bondad la suya, y qué humana!

Apenas habíamos rebasado la Plaza de Tetuán, cuando de nuevo las "pavas" surcaban el aire. Los pájaros de la muerte, como solíamos llamar a los bombarderos enemigos. Mientras una escuadra acababa de confundirse entre el cielo y el mar, del lado del Prat de Llobregat, la otra entraba por el lado del puerto. Sin descanso, la aviación fascista hacía sus repetidos vuelos sobre la Ciudad Condal, para amedrentar y matar a la población civil. La brutalidad y el horror de los bombardeos tenían al pueblo consternado. El romanticismo ideológico, se perdía ante el dolor de los seres humanos. El ulular intenso de las sirenas desalentaba a todos los habitantes, en particular, a las madres, que corrían con desesperación hacia los refugios, anonadadas muchas de ellas, con los hijos en los brazos, desorientadas e incapaces, algunas, de saber a dónde iban.

Anduvimos varias horas y recordamos que nadie había comido ni teníamos qué comer. Sentíamos un vacío en el estómago, pues la noche anterior, en

vela, tampoco habíamos probado nada. En un momento determinado sentimos olor de carne asada. Avizoramos el panorama y por el humo nos fue fácil saber de dónde venía aquel agradable olor del asador. A la izquierda de nuestra carretera, un contingente de soldados había puesto un cordero entero delante de una enorme fogata. Allí nos dirigimos, pregunté por el responsable y le expliqué nuestro caso, pidiéndole si podían darnos de comer.

—Compañera —me dijo—, no tenemos platos.

—Pero nosotras tenemos dientes —repliqué.

Dio orden que nos cortaran un trozo de carne asada a cada una, que comimos sin perder tiempo y, después de darles las gracias, proseguimos nuestra ruta.

Durante nuestro trayecto pasó una compañía de soldados que llevaba consigo armamento y arrastraban algunos cañones tirados por una especie de máquina, que ahora no sabría definir. Algunas de las muchachas, cansadas por la caminata que ya llevábamos en curso, depositaron sus fardos en la parte trasera de aquella especie de carro, con el fin de andar más ligeras. íbamos aproximadamente al mismo paso. De pronto la compañía bifurcó hacia una carretera que se abría hacia la izquierda, seguramente en dirección de Mollet, llevándose los paquetes. El caso fue que nuestras compañeras se habían avanzado y las tres que cerrábamos la marcha, al ver la situación, una corrió para advertir a las demás y las otras dos fuimos a recuperar los fardos, por lo que nos alejábamos del grupo, al ir en sentido opuesto.

Habíamos acordado parar en el primer pueblo que encontráramos, lo más pronto posible y, sin saber, de hecho, con quién íbamos a toparnos. Durante el trayecto y antes de llegar a Granollers, que fue donde aterrizaríamos después de medianoche, pasaron compañeros en coche que, al verme andando por la carretera, se pararon para recogerme.

—Somos un grupo —les decía cada vez.

—No podemos llevarlas a todas, es imposible. Vente tú, Sara, nos encogeremos.

—Imposible dejarlas; o vamos todas en automóvil, o todas a pie.

Y de este modo seguimos el camino. Sin saber a qué pueblo habíamos llegado, siguiendo la carretera nos dimos cuenta que era Granollers. Vimos luz en uno de los locales que daban a la carretera y nos apercibimos que era un local de la CNT.

Allí nos fuimos directamente y, cuál no sería nuestra alegría al encontrarnos con dos compañeras de Mujeres Libres, Anita Nogués y Paulina Ballester. Estas dos compañeras habían sido delegadas al Pleno Regional que habíamos celebrado a finales de septiembre, donde las conocí. También habían frecuentado el secretariado regional varias veces. De pronto reconocí a otros militantes del Comité de Defensa Confederal, ya que, en el 2º aniversario de la muerte de Durruti, me había desplazado con otros compañeros para tomar la palabra en un mitin. De manera que me encontré con militantes que conocía y ello me reconfortó. Les informamos de como habíamos salido de Barcelona y, cómo habían salido otras compañeras y compañeros de la Casa CNT-FAI.

Estaban haciendo preparativos para abandonar el pueblo, pero tenían ciertas dificultades para poner en marcha un camión que habían podido encontrar. Disponían de un pequeño y viejo autobús, donde debían llevar a los ancianos y niños, pero era necesario el camión para poder recoger a los demás, nosotras incluidas. Al comunicar nuestro propósito a las compañeras, se unieron a la idea. Lo que nos abrió el corazón. Podríamos ir hasta Figueres, para incorporarnos como camilleras a la 26 División, al habernos indicado que no estaba lejana de este sector y, hacia allí nos dirigimos.

Antes de salir fui con la compañera Paulina Ballester a Abastos, para recoger algunas legumbres, y poder alimentar la caravana que habíamos formado. Los demás compañeros fueron en busca de un mecánico para que pusiera el camión en marcha.

Cuando llegamos al local de Abastos, allí se encontraba el compañero Espinal, el responsable. Estaba sentado detrás de una mesa escritorio, con la cabeza entre las manos, abatido, lívido. Paulina le dijo a lo que íbamos.

—¡Coged! ¡cogedlo todo! ¡Todo lo que necesitáis! ¡Tantos esfuerzos como hemos hecho y ahora que teníamos tan buena organización y los graneros llenos para el abastecimiento del pueblo, tener que abandonarlo! —exclamaría con una inmensa tristeza.

—¡Ven con nosotros! ¡Qué haces aquí solo! Nos vamos de un momento a otro —le dijo Paulina.

—¡No! ¡No! Me quedaré aquí. Me queda mucho que hacer. —Conteniendo su amargura, nos repetía—: Todas nuestras realizaciones van a desvanecerse como arrastradas por una gran tormenta.

Por más que insistimos las dos, se quedó allí sentado, tal como lo habíamos encontrado en el local de Abastos. ¿Cuál fue su fin? En el año 1982, supe por Paulina, que finalmente los compañeros consiguieron que se marchara. Recogimos pues, arroz, garbanzos, alubias... y, volvimos al Comité, donde aún no habían arreglado la avería del camión. Los compañeros pensaban que a no tardar, la carretera sería cortada por el Montseny o algo más lejos, y entonces nos quedaríamos cercados, pues se temía que las tropas enemigas no estaban lejanas.

Se había solicitado la intervención de dos mecánicos para poner en marcha el camión —el día anterior marchaba— no consiguiéndose nada. Lo cierto es, que los mecánicos hacían sabotaje, con el fin de aburrirnos y poder coger el camión para ellos. Se sacaron las pistolas y el camión se puso en marcha como por encanto.

¡Por fin llegaron! La avería no era grave: Con el frío de la noche, el motor estaba bloqueado. Por lo que al solicitar los mecánicos y darse cuenta de lo que era, dijeron que no había nada que hacer. A fin de que se abandonara.

—¡Aprisa! ¡Las familias en el autobús!

Las jóvenes subimos en el camión con algún compañero válido. íbamos sobre los sacos de legumbres. En el autobús habían llevado unos botes de leche condensada que nos había facilitado el militante Juan Vilalta, cuñado de Anita Nogués y presidente de la cooperativa agrícola, cuando se dio cuenta que había niños y ancianos, a la vez, que les daba un jamón.

En el camión se habían cargado los fusiles y alguna bomba de mano. Al amanecer el día salíamos de Granollers, camino hacia Figueres, dándonos cita en el local de SIA, que yo ya conocía, para ver, desde allí hacia dónde podríamos orientarnos.

En efecto, nuestras inquietudes se convirtieron en realidades. Aún no habíamos llegado al cruce tan temido, cuando las tropas nos pararon. No los fascistas, no, sino otras Unidades que no tuvieron en cuenta ni nuestras intenciones ni nuestra determinación. Después de discutir acaloradamente, nos quitaron el camión y las armas. Pudimos no obstante, recuperar las legumbres, pues se dieron cuenta que el autobús formaba parte del convoy y que había niños y ancianos.

En lo que concernía a los fusiles y bombas, alegaron que ellos tenían más falta que nosotros. ¿Más falta? No sé. ¡Al punto que nos encontrábamos todos! Lo cierto era, que en aquellos momentos eran superiores en número y que la mayoría de nosotros éramos mujeres. El chófer del autobús que se había dado cuenta de nuestra situación, esperó. Pudimos ponernos de acuerdo, para que llevara sus viajeros hasta Figueres para dejarlos en el local de SIA, y que luego volvería a recogernos. Mientras íbamos andando hasta que pudiera regresar, saliendo a nuestro encuentro. De nuevo las mujeres emprendimos el camino a pie. Ahora el grupo era superior al que salió de Barcelona. Las compañeras de Granollers se habían unido a nuestra idea. Hartas y cansadas de andar, cuando caía la tarde, al ver llegar el autobús, sentimos alegría.

—No hemos encontrado a nadie, los de SIA, se han ido —nos dijo el chófer al vernos—. Nadie sabe nada de la 26 División. Todos los secretariados han sido evacuados hacia la frontera.

Cuando pudimos reunirnos de nuevo, nadie estaba al corriente de nada. Reinaba la ignorancia absoluta. Bastaba sólo ver las carreteras y el azote constante de la aviación. Comprendimos que cada minuto que pasaba la situación degeneraba. El chófer decidió recoger a las familias, ancianos y niños, para llevarlos hasta La Jonquera. Prometiéndonos, como anteriormente lo hizo, venir a buscarnos, acto seguido.

No teníamos otra solución; detrás de nosotros, las tropas; varias compañías de soldados iban carretera adelante. Parecía como si una fuerza desconocida nos empujara a todos. Andar, andar hacia lo desconocido, en espera de volvernos a reunir. Ya de noche, a medida que avanzábamos, camiones, coches y otros vehículos militares nos dejaban atrás. Se oían tiros, cañonazos y el incesante ronroneo de la aviación.

Viendo que nadie venía a por nosotras, decidimos encaminarnos hacia una masía que vimos cerca de la carretera desierta. La noche era triste, gélida y la soledad de la carretera, en aquellos instantes nos afligía.

Nos dirigimos a la masía a pedir albergue en el pajar, para pasar aquella noche oscura. La mujer que nos recibió, nos dio un no categórico. Insistimos apasionadamente y las voces llegaron al interior de la casa, por lo que salió el dueño.

Como nos oyera discutir, se acercó y nos dijo que no era posible dormir en el pajar. El pajar o el corral, le dijimos, para nosotras es lo mismo. El caso era pasar la noche bajo techado. Finalmente, después de mucho discutir, el marido nos autorizó a pasar aquella fría noche en el establo, junto a las patas traseras de las vacas, o sea, en el estrecho pasillo que había para darles de comer y limpiarlas. Allí nos dejamos caer, en el suelo de la cuadra, sobre la paja empapada, en parte, de los orines vacunos que desprendían un fuerte olor. Mas llevábamos dos días y dos noches de marcha, sin dormir ni descansar.

Como todas teníamos un intenso frío en el cuerpo, di los dos pares de guantes, el impermeable, el jersey y me quité algo de lo que llevaba puesto, para proteger a las más jóvenes, en particular a María Arias, de quien me había hecho responsable. Tenía la convicción que todas sentían el frío más que yo. Por fin, comentando cuál sería nuestra trayectoria al siguiente día y la terquedad de aquellos payeses, entre el orín de las vacas emprendimos un corto viaje con Morfeo.

Al siguiente día, cuando apenas apuntaba el alba, ya estábamos todas de pie, fuera de aquellos suelos húmedos y mugrientos, para salir al patio, donde nos había parecido ver un abrevadero y podernos lavar un poco.

Quise hablar, me quedé sorprendida; tenía una extinción de voz y ni un solo sonido salía de mi garganta, ni flojo ni rauco.

Al rato de estar lavándonos, salieron unos señores de la casa acompañados de una mujer, todos de apariencia elegante.

Después de preguntarnos de dónde veníamos y a dónde íbamos, nos insinuaron que nuestro lugar estaba en Barcelona y que debíamos desandar todo el camino que habíamos hecho. Esto, cuando ya las tropas fascistas estaban entrando en Barcelona. Como se les dijera que queríamos unirnos a una unidad militar para ayudarles en lo que pudiéramos, entonces insistieron con vehemencia en su empeño. A toda costa querían que regresáramos a nuestro puesto de partida, que no nos pasaría nada. Yo sufría, pues no podía hablar y mis compañeras tenían todos los ojos puestos en mí.

La manera como estas personas se expresaban me causó mala impresión. Su forma de vestir. Sus atuendos no eran payeses. ¿Quién eran aquellas gentes que habían dormido en el interior de la casa y que, se desprendía claramente que no formaban parte de aquella familia? Que sólo debían estar de tránsito, como nosotras, pero, naturalmente, en otras condiciones, ello era evidente. ¿Acaso había otras gentes en el pajar? ¿Armamento? Después, más tarde todas las hipótesis se agolparon en mi cabeza; la negación rotunda de aquellos payeses me dio mucho que pensar. ¿Acaso eran agentes del fascismo? ¿Del comunismo? Estos últimos en todo caso, también tenían todas las de perder, al igual que nosotros.

En aquel pajar, muchas veces he pensado, que debía encontrarse material bélico, a no ser que fuera personal de la Quinta Columna, que tomara la decisión de refugiarse allí, por miedo de que pudiera pasar algo con la retirada de las tropas republicanas. La visita que aquellas personas nos hicieran tan temprano, con el tiempo me ha llevado a la convicción de que allí había material de guerra fascista. Pero entonces éramos todas muy jóvenes y la reflexión viene con el tiempo.

Nos marchamos sin tardar, cogiendo de nuevo la carretera, esperando la aparición del vetusto autobús.

Al poco rato, se desencadenó una lluvia torrencial. El granizo y el viento nos daba en la cara con violencia. Era muy temprano, la carretera estaba vacía. Nada, absolutamente nada para albergarnos. Seguíamos andando bajo la lluvia, pues no hubiéramos ganado nada en quedarnos paradas. Fue cuando vimos un cañaveral al borde de la carretera y se nos ocurrió ponernos bajo su resguardo. Apenas nos habíamos cobijado en él, cuando una violenta ráfaga de viento zarandeó las cañas fuertemente, sacudiendo sobre nosotras toda el agua de la tormenta que habían recogido. Las enormes gotas heladas caían como gotas de cristal sobre nuestros rostros y cabellos pegados en la frente. Nos calamos hasta los huesos, alejándonos de allí inmediatamente. Teníamos la impresión de que la tierra se escurría hacia atrás a medida que avanzábamos. Todo aquello era angustioso.

Sin techo, sin esperanzas y sin un horizonte que nos abriera sendero alguno. En nuestro trayecto no había un árbol, ni una caseta, nada. Decidimos caminar en medio de la carretera, bajo la lluvia, que en parte había paralizado el tránsito. Parecíamos náufragos en tierra firme. A medida que la mañana fue avanzado volvimos a ver tropas y camiones, gentes que llegaban, que nos alcanzaban y que nos pasaban delante a toda prisa. Todos llevábamos la misma dirección. Después de andar todo el día, cuando el crepúsculo asomaba, vimos el autobús que venía a nuestro encuentro. No le era fácil avanzar cuando todos íbamos en sentido opuesto. Estábamos ya a las puertas de La Jonquera. Hicimos con aquel vehículo, los pocos kilómetros que nos faltaban para llegar hasta el centro del pueblo.

El alcalde de La Jonquera había puesto a disposición de los grupos que llegaban, los locales del Ayuntamiento para albergarnos. Nosotras íbamos mojadas, heladas, cansadas y más que nada, perplejas al ver las condiciones en que nos encontrábamos todos. Sin conocer nuestro destino final, la preocupación se reflejaba en todos los semblantes.

Teníamos el estómago en los pies, llevábamos días sin probar nada, únicamente el asado que nos dieron los soldados.

El jamón que se confiara a los viajeros del autobús había desaparecido y solamente quedaban unos míseros restos adheridos al hueso, lo que no fue

óbice para que todas le echáramos los ojos encima. La leche, naturalmente, era para los niños y los más ancianos.

—¡Que nadie toque nada! —dijo una compañera—; nos repartiremos lo que queda.

Por suerte, los pasajeros del autobús habían podido cocer arroz durante el día. No sé en realidad, cómo se las arreglaron. Las legumbres, ¿cómo cocerlas? Ni cazuela, ni fuego, ni tiempo para poder esperar tan larga condimentación. De manera que se repeló exhaustivamente el hueso del jamón, para que nos alcanzara un miserable trocito para cada una.

Como la noche ya había echado su manto, nos sentamos sobre las heladas baldosas de la sala del Ayuntamiento, acurrucadas unas al lado de las otras, para así pasar aquellas tenebrosas horas. Yo me senté en un rincón de la sala. La ropa se nos secó sobre el cuerpo. Así pasamos aquellas largas horas de espera; dando alguna cabezada de vez en cuando sobre nuestras propias compañeras.

A la siguiente mañana, vi unos insectos diminutos que corrían por mis brazos y, cuando me di cuenta, iba llena de piojos. Piojos blancos, que no había visto en mi vida. Ni blancos ni de semejante tamaño. Al parecer, la noche anterior las tropas habían ocupado la Alcaldía, al dormir en las mismas condiciones que nosotros, dejaron parte de sus compañeros de viaje. El rincón donde me encontraba parecía que se habían dado cita en mayor número de piojos, ya que de todas, a mí me tocó la mayor parte.

Como no teníamos donde asearnos, fuimos a lavarnos al río. El agua estaba heladísima. Corría cauce abajo, entre gruesas rocas. No era fácil acceder al borde del río, pero logramos asearnos un poco.

Pasamos el día en La Jonquera, viendo pasar coches y personal, sin saber tomar una determinación. Nadie de los que por allí había, conocía el paradero de la 26 División. Completamente desorientadas, errábamos por el pueblo en busca de alguna solución, o por lo menos alguna información que nos encaminara hacia un lugar donde pudiéramos ser de alguna utilidad.

En la calle o plazuela donde estaba el Ayuntamiento, los coches y tropas pasaban constantemente. Algunos compañeros, salidos de Barcelona algunas horas después que nosotras, al verme en la plazuela, y reconocirme volvieron a llamarme, para que me uniera a ellos, en dirección a Francia. Siempre fue la misma respuesta, que salió de mis labios.

—Somos un grupo, o todas o ninguna.

—En aquellos instantes, menos que nunca, no debíamos separarnos.

—Todo está perdido —me dijeron— Ven con nosotros.

—¡No! no puedo, no debo abandonar a mis compañeras.

Por la tarde, dándonos cuenta de la verdadera situación, precisamos la decisión que debíamos tomar aquella misma noche. Entre el grupo hubo la idea de pasar a través la montaña de los Pirineos, al resguardo de la oscuridad. Otros pensábamos que debíamos seguir por la carretera hasta llegar al puesto fronterizo, ya que con un niño de pocos meses en brazos, no podíamos aventurarnos por el monte, sin conocer en absoluto aquellos lugares. El niño, Germinal, era hijo de una de nuestras compañeras. Sus padres, se habían hecho cargo de él, mientras hicieron camino con el autocar. La madre quiso recuperar a su hijo y unirse a nosotras, es decir seguir la carretera. Algunos, en aquel momento, no decidieron nada y se quedaron en la Alcaldía. Nuestro grupo se componía de 21 compañeras, más el pequeño Germinal que nos propusimos llevar en brazos un rato cada una de nosotras, brazos que habían de servirle de cuna. La noche era negrísima, negra como todo lo que se presentaba ante nosotras. Decidimos andar en fila india por el borde de la carretera. De vez en cuando hacíamos un alto y nos llamábamos las unas a las otras, para cerciorarnos que no faltaba ninguna. Paso a paso, arrastrando el miedo como si nos impidiera caminar, íbamos acercándonos hacia la frontera. Y, mientras unos morían por los caminos, consumidos por las bombas y el frío, la Naturaleza dejaba semilla. Antes de morir, ¡gozar de la vida! Pasión por la vida, afrontando la muerte con el deseo violento de escapar a ella. El crepúsculo había dejado paso a la noche que había tendido un manto sin dejar aparecer ni una sola estrella en el cielo cubierto, que nos acompañara en nuestro peregrinar. Anduvimos toda la noche. De vez en cuando nos

parábamos unos minutos, el tiempo justo para llamarnos y tranquilizarnos al comprobar que no faltaba nadie, ya que no veíamos nada en absoluto. Solamente nos hacía compañía el ruido de nuestros pasos y el retumbar lejano del cañón. En un momento determinado decidimos hacer alto para cambiar el niño de brazos y reemprender el camino, oímos un ruido sordo. Algo que rodaba por el suelo. Como apenas distinguíamos nuestras siluetas, volvimos a llamarnos. Entre dos compañeras se hallaba un bulto en el suelo. Allí estaba la explicación: ¡Pepita! Pepita Rodríguez no contestaba. ¿Qué había pasado? Pepita había depositado el bulto que llevaba en las manos, en el suelo, se sentó encima y quedó dormida en el acto. Tanto era el cansancio que arrastrábamos.

Marchábamos muy arrimadas al borde de la carretera y nuestra buena amiga, al caerse, cayó al fondo de la cuneta. Como no contestara a nuestras llamadas, pronto deducimos lo que ocurría. A la altura de su fardo y a tientas, una de nosotras se dejó resbalar al fondo. Allí estaba Pepita, ¡dormida! La zarandeamos, le preguntamos si se había hecho daño y medio dormida nos dijo que no. Por fin con nuestra ayuda se puso de pie y empujándola pudo subir a la carretera. Una vez de pie y, después de haber subido nosotras, le confiamos de nuevo el paquete.

—¡Compañeras! ¡Pepita ya está en marcha!

Y, en la oscuridad, seguimos carretera adelante.

Cuando el alba aparecía nos dimos cuenta que íbamos hacinándonos unos tras otros. Durante muchas horas estuvimos detenidas sin poder dar un paso, a la vez que comentábamos lo ocurrido. La única que no se había enterado de nada era Pepita. Morfeo se la había llevado en sus alas y los tumbos que dio, debieron parecerle oscilaciones del aire, para luego quedarse detenida en un sueño profundo, entre los hierbajos.

Ninguna de aquellas mujeres, jóvenes y sin experiencia, como yo misma, a pesar de tantas peripecias y fatigas, faltas de sueño y hambrientas, nadie, absolutamente nadie, mientras anduvimos en grupo, se quejó de su suerte.

Creo que la única cosa que llevábamos aprisionada en el corazón, en aquellos instantes, era que nada podíamos hacer por la causa de la libertad. Ayudar, empuñar un arma al lado de los compañeros. Arrancar un herido de la muerte.

A medida que el día iba clareando, vimos destacarse sombras por todas partes. Cada vez los grupos eran más tupidos. Hombres, mujeres, niños y soldados heridos, ya nos habían pasado adelante y avanzaban lentamente. Poco a poco fue llenándose la carretera y nosotras frenando nuestros pasos. Ya no podíamos ni avanzar ni retroceder. Éramos cautivas de la multitud. Así pasamos todo el día. Se oían gritos, corrían lágrimas, dolor; fotógrafos que disparaban sus objetivos sobre la muchedumbre, desde lo alto de los camiones inmovilizados en la carretera. Heridos, muchos heridos, el triste precio de la guerra.

La noche volvía a nuestro encuentro. La avalancha oscura de seres humanos que tras nosotras iba llegando, nos empujaba. El ruido de la metralla y el grito de los demás nos hacía estremecer.

El caso es, que el horror de los bombardeos y los estruendos de las bombas, también habían llenado las calles de Barcelona, pero... si no nos caían encima aplastándonos, podíamos continuar andando, trabajando, ayudando a los heridos que pudiera haber, pero allí... nada, nada, solo amontonarnos en los flancos de las montañas escarpadas de los Pirineos, donde en un momento dado, me desprendí del revólver que aún llevaba encima.

Delante, detrás, a nuestro alrededor, todo era gente y más gente, murmurando unos a otros: «¡La aviación nos va aplastar!» «¡Van a llegar los fascistas y no habremos pasado la frontera!». Si dábamos un paso adelante, no era para avanzar, sino para apiñarnos más y más.

Desde el otro lado de los Pirineos se hacían gestiones para que abrieran el paso de la frontera.

«Cuando se inicio el éxodo de más de medio millón de seres alocados y perseguidos por la aviación fascista hasta la frontera, y para cuya contingencia no había tomado el gobierno francés ninguna medida que pusiera a salvo las

vidas de aquellos infelices que se hacinaban en Le Perthus y Portbou, los compañeros de Perpignan pasamos por la frontera de Portbou a más de seis mil niños de las Colonias escolares de SIA, en una noche, bajo el frío riguroso. La compañera Áurea Cuadrado tenía a su cargo la responsabilidad de los niños, en tanto que secretaria de Asistencia Social de SIA». [\(75\)](#)

El día 27 de enero abrían los puestos fronterizos. Cuando nos pusimos en marcha, poco a poco a paso de hormiga, fuimos avanzando siempre juntas para pasar en el crepúsculo de un día lleno de tristezas y de grises nubes, por debajo de los brazos tendidos de los senegaleses. Por debajo de una cadena de brazos humanos que nos retenían y sólo se levantaba, cuando los gendarmes nos habían cacheado. Después de haber registrado lo poco que llevábamos, algunos gendarmes se adueñaban caprichosamente de lo que les venía en gana.

Cuando pusieron las manos en mi mochila, ávidos, fueron a buscar un objeto duro, que se encontraba en el fondo. Quedaron con la sorpresa de encontrar un hueso de jamón pelado, que había guardado, por si teníamos ocasión de hacerlo hervir para hacer un caldo, recordando a nuestro bebé, que había escurrido los pechos de su madre.

Así pasamos el puesto de frontera de Le Perthus, todo el grupo. La única que comprendía alguna palabra en francés era yo, por haber recibido algunas nociones de Sol Ferrer.

Era de noche, estuvimos deambulando un momento y nos sentamos en el borde de la acera de una plazoleta. Hacía apenas unos minutos que estábamos sentadas, cuando oímos una voz familiar.

—¡Sara! ¡Sara! ¿Qué haces aquí?

Era Lucía Sánchez Saornil. Junto a ella se adelantaba Mery. Qué agradable sorpresa, en aquellos precisos momentos, cuando todo era más negro que la misma noche ya que no sabíamos cuál sería nuestro destino ni a dónde iríamos a parar.



1987. Universitat de Barcelona. Homenaje a la dona en la Guerra Civil

Les contamos cómo habíamos pasado la frontera y nos informaron que habían venido a recoger un grupo de compañeros y compañeras que habían pasado la frontera y se encontraban en un camión para el transporte de caballerías, que iba hasta los topes, pero que volverían a recogernos. Lucía nos indicó que nos escondiéramos en una entrada, sin movernos. Como estaba anocheciendo nos fue fácil protegernos. Nos habían advertido de no merodear por el lugar, pues los gendarmes hacían viaje tras viaje, para recoger al personal que llegaba y los trasladaban a las playas, o hacía el interior de Francia. Playas que a no tardar se convertirían en campos de concentración.

Las horas de espera se nos hicieron largas y ya bastante entrada la noche, vimos llegar el camión. Un ¡ah!... nos salió del pecho.

Llegadas a Perpignan, el camión se detuvo en una callejuela estrecha, bajamos y nos hicieron entrar en un restaurante para comer un poco.

¡Cuánta luz! Habíamos perdido la noción de un lugar público alumbrado. El restaurante era sencillo. ¿La comida? Solamente recuerdo una sopa, servida muy caliente, que nos pareció el mejor de los manjares. Algo más nos fue servido, que no podría decir. Lo que sí recuerdo es el postre, un plátano.

Después de haber comido, subimos de nuevo al camión y nos condujeron a un antiguo hospital militar desafectado. El panorama no era nada halagüeño.

Una gran nave, de paredes vetustas y todo a lo largo de los laterales, en el suelo, paja tendida, donde dormían otras personas, mujeres y niños. Nuestra llegada alborotó un poco la quietud y el sueño de los primeros huéspedes, que seguramente llevarían tantos o más días en las mismas condiciones que nosotras. Nos echamos sobre la paja. Por fin podíamos dormir sin ningún temor.

Según me dijeron mis compañeras de viaje, al siguiente día, cuando apenas hacía un cuarto de hora que nos habíamos echado sobre la paja, llegó el secretario del Consejo Nacional de SIA, compañero Baruta y, me dijeron que venía a buscarme. Al parecer me llamó repetidas veces zarandeándome. Despertó a los que dormían a mi entorno, pero yo no abrí los ojos. La responsabilidad que había contraído voluntariamente con todas mis compañeras, durante los días de nuestro éxodo, me había tenido intranquila y desvelada. Ahora, era diferente. Todas podíamos descansar sin inquietud, sin miedo a los bombardeos o alguna trampa fascista, en nuestro largo y penoso caminar. Y dormí, dormí... con tranquilidad y sosiego. La tierra hubiera podido abrirse en dos y hundirme en sus profundidades, hubiera desaparecido tranquila, confiada, de... que ¡todas estábamos a salvo, incluido el pequeño Germinal!, por quien tanto calor pusimos en nuestros brazos para que su viaje de expatriación fuera el más muelle.

Un día un compañero de Londres, al que le confiaran parte de la documentación de SIA, sacando el polvo de las cajas y clasificando papeles, encontró la lista de las veintiuna compañeras que pasamos la frontera y llegamos juntas a Perpignan. Nombres que doy a continuación y que no hubiera podido recordarlos todos:

Pepita Rodríguez (Barcelona)

Anita Nogués (Granollers)

Sara Berenguer (Barcelona)

Josefina Arias (Barcelona)

Julita Colaborans (Granollers)

Emilia Membrives (Granollers)

Margarita Viñals (Granollers)

Josefa Nogués (Granollers)

Francisca Camps (Granollers)

M.L. Codo (Granollers)

Anita Gutiérrez (Barcelona)

Luisa Gutiérrez (Barcelona)

Aurora Villalba (Barcelona)

María Esteban (Barcelona)

María Figueres (Granollers)

Anita Sugrañes (Barcelona)

Paulina Ballester (Granollers)

Vicenta Sabaté (Barcelona)

Felicita Díaz (Barcelona)

Marta Grao (Barcelona)

Dora Díaz (Barcelona)

Y nuestro lindo Germinal, que no estaba registrado en la lista. O sea, trece compañeras que salimos del Comité Regional de Cataluña, y ocho de Granollers, la mayoría, si no todas, pertenecientes a Mujeres Libres.

Baruta había venido con la intención de que me fuera junto a otros compañeros de SIA, que habían sido albergados en casas de compañeros o bien en algún hotel. Mejor fue así; que no me despertara, que no lo hubiera oído. Así me quedé con mis compañeras.

A la mañana siguiente vinieron a buscarme, para ayudarles en la secretaría de SIA de Perpignan, a fin de participar en aquel alud de trabajo que se nos

presentaba. Detrás de la máquina de escribir, vi pasar infinidad de militantes, a los que se les extendía un recibo que firmaban, después de habérseles entregado unos francos para poder desplazarse a distintos puntos de Francia, Algunos de ellos, a casa de familiares o amigos, los que tenían la suerte de tenerlos. Estos exiliados eran responsables de comités, abogados, periodistas, escritores, viejos militantes, maestros, etc. Los que tenían amigos en París, estaban persuadidos que podrían solucionar su situación, escapando de la red militar y la policía francesa, evitando los campos de concentración. Aquellas playas de Argelés-sur-Mer, Saint Cyprien, Barcarés y otros lugares por el estilo, donde el techo era el cielo y el candil las estrellas. Sin mantas, sin comida, hasta que todo empezó a organizarse. Mientras ¡cuántos murieron! Otros, marcharon mar adentro, con la maleta en la mano. Al fondo del piélago, donde quizá las náyades les harían compañía. Las enfermedades, cólicos, diarreas y otros males se multiplicaron. El calvario había asumido otro disfraz, otra forma de consumir la mente humana, moral y físicamente.

Con el paso de la frontera francesa, habíamos dejado la ilusión de un futuro lleno de promesas, la libertad, nuestra habla, nuestros paseos y jardines. Todo un ambiente que jamás volveríamos a ver. La fuente de mi calle, donde tantas veces me paré para refrescar mi garganta, y en la que el agua resbalaba por las mejillas para unirse a las largas trenzas que se balanceaban sobre mi pecho.

Un episodio de la vida, por demás, de emociones intensas, de desvelo, de inseguridad, pero, asido de una gran voluntad, cerraba el primer capítulo de mi juventud.

Ni fuentes ni farolas de aquella nuestra Barcelona, volví a ver de nuevo durante cuarenta años de exilio.

En los últimos tiempos, la guerra engendró una violencia inaudita. Fue una gran salvajada. Los aviones bombardeaban Barcelona y el resto de Cataluña sin cesar. La muerte no respetaba ni ancianos ni niños.



1998. Sara y su familia al ser nombrada por el gobierno francés
«Chevalier de la Légion d'Honneur»

Después de nuestra derrota, los compañeros que tuvieron medios para ayudar, continuaron haciéndolo, y a nuestro abnegado compañero Paulino Díez, encargado por el Comité Nacional de la CNT, le fue confiada la delegación del Comité de Perpignan, situado en el Boulevard des Albères, para atender a los militantes que se encontraban en los campos de concentración de las playas del Mediterráneo y otros compañeros que, por su estado físico deficiente, necesitaban, imperiosamente una ayuda. Para poder desempeñar esta misión, obtuvo un permiso de residencia, por mediación del conocido humanista francés Louis Lecoin, compañero anarquista que llevó a cabo una importante campaña en favor de la España proletaria en efervescencia. Activista y ferviente orador, Lecoin, al igual que Díez, fue encarcelado varias veces, durante doce años, por delitos de opinión. En su biografía, Díez escribía:

«Estaría muy contento si después de esta lectura, estuvierais persuadidos de que la guerra, este crimen inexplicable contra los pueblos, no es, ni excusable ni tolerable y que, de una vez para siempre, hay que desterrarla de nuestro comportamiento, de nuestro camino, de nuestra vida y de nuestro pensamiento». [\(76\)](#)

¡Cuánta razón le asistía!

Misión penosa, cuando se veían tantas miserias de toda clase. Su acción solidaria se amplió cuando las Sociedades Hispanas Confederadas, de Nueva York, le encargaron «el reparto de seis toneladas de ropa, zapatos, jabón, chocolate, cepillos y pasta para los dientes y otras cosas más, para ser distribuidos en los campos de concentración. Así que empezamos a repartir el contenido del cargamento, la infantería militar de los campos se opuso y procedió a incautarse, no sin mi protesta». [\(77\)](#)

Paulino Diez tuvo que entregar lo enviado por las Sociedades Hispanas Confederadas mediante recibo firmado, que remitió a los donantes, poniéndoles al corriente de lo ocurrido. Sin alcanzar a averiguar si se había repartido.

Esto me hace recordar, cuando Jesús estuvo internado en el campo de concentración de Agde, en una de las visitas que le hiciera me entregó un paquete con ropa para lavar, en el que había dos camisas, una de él y otra de nuestro primo Daniel que se encontraban en la misma barraca. Al pasar por la puerta de control, los gendarmes me quitaron el paquete para ver lo que había dentro y al ver dos camisas me dijeron que el que me las había entregado las había robado. Mis protestas fueron vehementes y me hicieron ir a la casilla del mando del campo, diciéndome que quedaba detenida. Por más que les expliqué que era ropa para lavar de los dos primos y que no éramos ladrones, no me hicieron caso alguno. Ya al atardecer, dijeron que me dejaban libre. Ignoraba que también habían arrestado a Jesús, a él y a otros muchos más exiliados, a los que también les acusaron de haber robado camisas, las mismas que ellos habían distribuido unos días antes. Jesús y otros exiliados pasaron algunas semanas encarcelados por robo. Más tarde supimos que unos camiones de mercancías destinadas a los refugiados del campo de concentración de Agde, habían desaparecido... en el curso del trayecto, y tenían que encontrar unos culpables.

Volviendo a mi relato, la estancia en los campos de concentración fue una locura. Una marea violenta se llevó de la playa, personas y equipajes, sorprendidos ante el temporal.

Muertos y más muertos, la guerra, el éxodo, los campos de concentración, todo fue una catástrofe humana, de las que continúan por el mundo entero.

Nuestra compañera Pepita Estruch nos hizo un relato de su éxodo. Fue evacuada de Copons con sus padres y hermanos, haciendo el trayecto hasta llegar a la frontera en diferentes etapas.

«Teníamos a los fascistas pisándonos los talones y una noche camino hacia la frontera, el 5º Batallón que se encontraba en nuestro trayecto no ayudó; haciendo camino, mi padre y yo, subimos a un montículo, desde donde se oían gritos que decían: ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! Los vecinos de la ciudad parecían esperar a las tropas contentos. Sus voces y gritos llegaban hasta nosotros. Cuando al rato al entrar las tropas franquistas, todo se transformó en gritos de horror, lloros, lamentos, como si los habitantes de aquel pueblo estuviesen siendo represaliados; bajamos de aquel montecillo a toda prisa. El Batallón nos acompañó hasta La Bisbal en sus camiones y luego retrocedieron con el fin de retener las tropas franquistas, dando tiempo a que pudiéramos alcanzar la frontera. Mientras nosotros, habíamos emprendido de nuevo el camino a pie, en el trayecto el 5º Batallón nos volvió a encontrar, nos subimos en los camiones y atravesamos Figueres, donde hubo un gran bombardeo, allí mataron a los dos hijos del compañero Bergantiños que se encontraba luchando e hirieron gravemente a su compañera, ese día era el 9 de febrero. La aviación que había pasado por allí, había dejado las casas humeantes y derribadas por los repetidos y terribles bombardeos. Entre la población y las tropas republicanas, las madres corrían alocadas con sus hijos muertos en los brazos. Los heridos no podían ser atendidos; la consternación era tan grande que parecía el Apocalipsis. ¡El fin del mundo!

En las calles y en la carretera, estaban esparcidas un sinfín de cosas heteróclitas, maletas, ropas, legumbres de todas clases, restos desmembrados de materiales diversos y... ¡los muertos!

Escapamos a toda prisa para dirigirnos al puesto fronterizo. Las tropas que nos habían conducido hasta La Bisbal el día 8 de febrero, nos encontraban de nuevo por la carretera y, gracias a que aún conservaban los camiones, pudimos alcanzar la frontera en la madrugada del 10 de febrero del 39.

Nuestro viaje fue hecho por etapas, y nuestro recorrido por la montaña fue más doloroso, cuando una mujer encinta dio a luz acostada en la nieve y no fue posible mantener en vida a su hijo». (78)

Si la guerra fue en sí fratricida, el poder de mando de los comunistas también sembró la muerte entre los hombres de la CNT. Lo que permitió, como consecuencia, el empuje de los fascistas con más holgura, pues en vez de parapetarnos todos, frente al fascismo, fueron liquidando a los hombres que no comulgaban con su religión, cuantas veces se les ofreció la ocasión.

El fascismo sacó de sus entrañas la ferocidad de los trogloditas de la prehistoria. Es así, que tan pronto cayó Barcelona en sus manos, una patrulla se desplazó a mi casa con el fin de detenerme y fusilarme. Como no me encontraron, amenazaron a mi madre, exigiéndole que les indicara dónde me encontraba. Registraron toda la casa, le robaron la mercancía con la que ella se ganaba la vida. Echaron todo al aire y como no se pudieron salir con la suya, cogieron las fotografías que ella conservaba, diciéndole con sorna e instintos bestiales:

—¡Qué rato más agradable pasaríamos con ella!

—¡Díganos donde está!

Poco o nada podía decir mi madre. Ella lo ignoraba. Volvieron una y otra vez a molestar a mi madre a ver si conseguían detenerme.

Otras inquietudes, siempre ligadas con nuestra tierra ibérica, llenaron nuestra existencia en el futuro.

EPÍLOGO

Testimonio de Pepita Estruch Pons, en el verano de 1985, en Montadry

Para los que pasamos la frontera, nos pareció que la guerra había terminado, la guerra bélica en cierto modo sí, pero empezó otra con diferente antifaz.

Sin embargo en el suelo ibérico, aún continuó hasta abril de 1939. Luego fue la guerra sórdida y secreta, la imposición feroz del vencedor sobre el vencido y España se vio sembrada de cadáveres y sangre. El terror entró en el corazón del Pueblo, de aquellos a quienes les arrebataban lo más querido: padres, hijos, compañeros, hermanos, el mejor de los amigos.

En principio la historia no la escribe quien la vive y si bien en su entorno ocurren mil eventos que no ha conocido, cuando uno relata sus vivencias, son sólo un diminuto eslabón de esa larga y sangrienta historia de España. Rompiéndose la cadena al alba de la revolución, cuyos eslabones debían servir al progreso y a la evolución del Pueblo.

Pero la guerra no termina nunca. Para el Universo, es como la lepra, difícil de extirpar, que roe los pueblos hasta el mismo corazón. El egoísmo del poder, el orgullo pegado al cinismo, promueve esas guerras atroces, arrancando de cuajo raíces y orígenes de cada población, enlodando a su vez, con el dinero, las necesidades perentorias de los débiles y de las gentes sin escrúpulos.

¡Guerras, exilios, muertes!

Es manifiesto que cierto progreso material, es el origen mismo de las guerras. Hay que exportar, vender cañones, aviones y... las almas de todos a cuantos se les ha impuesto la guerra: la guerra y la muerte. Exigiendo todo aquello que puede enriquecer un país en detrimento de otro.

La belleza de la vida se destruye con la horrenda concepción de ciertos hombres, que basan su vida en la materialidad. Lo que significa la locura humana. Los poderosos, sentados en lo alto de su poltrona, ven pasar las mareas humanas, los despojos de una sociedad sin concierto, a la que le

chuparon el sudor y la sangre. Un pueblo trabajador, mal nutrido y desesperado, que en nada les atañe, después de haberle sorbido su savia.

Ciertos seres humanos se olvidan que la vida tiene un ciclo y que no es necesario perderla miserablemente por caprichos y ambiciones de un poder que no busca más que proteger sus intereses creados y los que piensan usurpar, apropiándose de la voluntad de los pueblos, cuya ignorancia y falta de información, a veces, aunque rebeldes, no consiguen liberarse del fuero ignominioso del poder, que va tejiendo hilos imperceptibles, allí donde pueden sustraer la dignidad del ser humano.

También la incultura de ciertos pueblos, es como una nube que ciega la luz y arrastra multitudes a una revuelta sin freno, que los conduce a la lucha, con la consiguiente represión y muerte, sin que de antemano hayan estudiado las consecuencias prácticas del resultado de su acción. Cuán más noble y racional sería una cultura para todos, un reparto equitativo a cada uno según sus posibilidades y saber.

Los millones de muertos, millares de hierros empotrados entre sí y millones de armamento bélico, destrucción en masa de pueblos enteros, son superiores a lo que podría costar o mantener un sistema de equilibrio normal donde todos y cada uno pudiera vivir con decencia y deseos de crear belleza. Diferentes artes y culturas, que enaltecieran las inspiraciones de sus creadores y despertaran en cada ser, esa sensación de comprender y admirar cuanta sublimidad hay en la naturaleza que nos rodea y en el espíritu de los hombres, de aquellos que tienen un ideal digno de ser vivido, comprendido y respetado por la humanidad entera. Para que aquellos que no saben, aprendan, y para que los de buena fe, comprendan y no se dejen seducir con falacias que no han de servir más que para conducirlos a su propia tumba.

La naturaleza, ya se encarga de destruir el sistema evolutivo de la tierra, con sus violentas marejadas, cuando la tierra tiembla y pueblos enteros se hunden, los tifones, el aire con sus huracanes y los incendios que devastan inmensos bosques. Esto, no podemos evitarlo, el saber del hombre no ha alcanzando a penetrar estas ciencias. Por el contrario, las maldades, el predominio, los que empujan a los estragos de las guerras, esas apisonadoras de la humanidad,

esas destructoras de toda sensibilidad y sentimiento que se desarrollan con tales aberraciones, esas ¡espeluznantes guerras! ¡Esas sí que el ingenio del hombre podría impedir! ofreciendo a la Humanidad entera, con su arte, creatividad y sensibilidad, la explosión de una Nueva Primavera. Un renuevo. La exaltación que produce la floración de los árboles con la vida que renace.

Los años pasan, la tierra se pudre con los cadáveres que podrían ser evitados y la locura y el egocentrismo del hombre, impide la realización de una vida plena.

Ya sé que los idealistas somos soñadores, pero también somos equitativos yendo a la búsqueda de la justicia social. Hagamos que esta constancia, perdure en el curso de nuestra existencia, a la vez que podamos transmitir a los demás, la savia de la generosidad, esa emoción humana y viva, que ha de redimir al ser humano.

Montady, septiembre de 2004

SARA BERENGUER

La sonrisa fértil

Quiero advertir al lector/a que este libro es el testimonio de una joven obrera, a la que el levantamiento militar del 18 de julio de 1936 convierte en activa militante. Voluntariosa y obstinada, se entrega con entusiasmo a «ser útil a la revolución».

Con la revolución social nacida del fracaso de la sublevación militar, en las dos terceras partes del país, en la zona republicana estalla un sentimiento apasionado de lucha, de todo un pueblo, en defensa de sus fundamentales derechos cívicos, mas exaltado por el fantasma del fascismo que se está adueñando de Europa. En la primera línea forman legiones de adolescentes de ambos sexos. Jóvenes cuya edad cronológica no se corresponde con la madurez y el sentido de la responsabilidad que, de la noche a la mañana, se manifiesta en los comités y grupos de acción surgidos de la clase trabajadora, tratando de acelerar un proceso histórico, sin posibilidad de ensayos previos. Sara Berenguer pertenece a esa generación de adultos precoces.

Sara nació en la barcelonesa barriada del Poble Sec, al levantar el vuelo el año 1919, en el seno de una familia obrera de extracción libertaria. Su vida escolar fue muy corta. La mayor de cinco hermanos, empezó a trabajar a los 13 años. Una tarima de carnicería fue su primer puesto de observación de la nada halagüeña existencia de la mujer obrera. Empezaba su trabajo a las seis de la mañana y a tan temprana hora tenía que sacar los pesados fardos con las piezas de carne del frigorífico y transportarlos a la parada, puesto de venta. Por aquellos largos y sombríos pasillos de las cámaras frigoríficas que se encontraban al exterior del mercado, tuvo que aprender a zafarse de los

brutales instintos de los hombres, de manos procaces dispuestas a sobar sus incipientes y frágiles formas de adolescente. Estos sobresaltos le produjeron tal temor, asco e indignación, que abandonó el trabajo. Era el choque con la violencia del mundo laboral. Y allí empezó a crecer su rebeldía ante las injusticias que no lograrían deteriorar su cálida humanidad.

Con la proclamación de la Segunda República, en abril de 1931, se inició un gran despliegue cultural, en el que se hallaba inserto el proceso de liberación de la mujer española. Respaldada por sus leyes, se propició la apertura a puestos de la Administración y su irrupción en otros ámbitos, antes vedados, lo que facilitaría la eclosión de una conciencia igualitaria, tanto a nivel individual como colectivo. La experiencia se encontraba en plena realización cuando estalló la guerra y ésa fue una de las claves de la apasionada entrega de la mujer en todos los frentes de la contienda que asolaba el país. La mujer, como siempre, se lo jugaba todo. Así que comprendió que no solamente debía luchar por defender sus ideas, sino también para evitar el retroceso a una sociedad de anquilosados resortes y manifiestas discriminaciones. Quizá no todas las mujeres, pero la mayoría de ellas lo tenía muy claro. Para muestra, la escalofriante expresión que de la virilidad se ofrecía en el bando franquista.

Cada hombre, siete mujeres,
para cada alférez, cincuenta,
porque para eso cada alférez
es siete hombres y una estrella.

Sara, de la mano de su padre, se incorporó al Comité Revolucionario de Les Corts, su barriada ahora, integrado por militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT. Lo que más la admira, de entrada, es la increíble actividad que bulle en la sede de los partidos y organizaciones obreras. Aquel entusiasmo es contagioso. Así, Sara, a sus 17 años, atiende a determinadas tareas sanitarias; cose toda suerte de prendas y distintivos destinados a los milicianos de las columnas confederales que se disponen a salir hacia Aragón, a enfrentarse con las tropas fascistas y, más tarde trabaja en la secretaría del

comité revolucionario de la barriada. En horas libres también será maestra de escuela primaria y estará presente en las luchas de mayo de 1937. Asiste a cursos nocturnos para perfeccionar su mecanografía y más tarde estenografía. Es alumna y maestra a la vez, arrastrada por la dinámica revolucionaria, en la que cada cual enseña lo que sabe y aprende de los demás. Más tarde asumirá un puesto en el Comité Regional de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración de la CNT. Como delegada de SIA (Solidaridad Internacional Antifascista) se desplazará a los frentes de guerra, visitará los hospitales y, a finales del 38, es secretaria del Comité Regional de Mujeres Libres... ¿Le viene a Sara, desde entonces, esa actividad tan amplia y concentrada, tan rigurosa en sus gestos y detalles? Su juvenil entusiasmo no la ciega hasta el punto de reconocer las dificultades de ser mujer. Cuando, por su acreditado valor, le proponen aprender a pilotar un avión, la idea la seduce. Surge entonces la negativa de su madre —su padre que la hubiera apoyado, se encuentra en el frente—. Consigue, finalmente, convencerla para que le confeccione un mono de aviadora, pero no así su novio, un maestro de escuela, que la coloca en la disyuntiva de elegir entre él o la aviación. Ante semejante ultimátum, Sara da prueba de su independencia de criterio y, decide volar. Un compañero, que no puede evitar oír la conversación, le dice:

—Individuas como tú son las que nos hacen falta.

Al oír aquellas palabras —escribe Sara— quedé muy sorprendida, lo de individua me sonaba mal. Sin embargo, creí comprender que su expresión tenía carácter de valor. ¡Qué complicado era ser mujer!»

Con esta anécdota definiría yo el temperamento de Sara: mujer con la sabiduría de la discreción, sabiendo acumular silencios y miradas, pero imponiéndose sin gestos hirientes. Restituyendo la armonía, sin transigir en lo esencial, sin el desplante, gratuito, de: «ahí queda eso» o «lo toma o lo deja».

A Sara la conocí como militante antifranquista; sabía de sus arriesgadas misiones clandestinas, en plena ocupación alemana en Francia (1940-1944), con la policía francesa —colaboradora de los alemanes— pisándole los talones. Fueron tiempos de miserias, sin haber tenido siquiera tiempo de quitarse el hambre de los 32 meses de guerra española, cuando se vio

embarcada en otra. La solidaridad sería el arma que salvaría a tanta gente nuestra de la desesperación. Con su compañero Jesús, indocumentado, perseguido, apenas comprendiendo algo de francés, compartiendo a veces un jergón y una manta con otros compañeros, y la convicción de estar defendiendo la libertad perdida en España. Pero allí, en Francia era peor, porque el estigma de «rouge» español (rojo) les seguía por todas partes y los devolvió a menudo a los campos de concentración o a los de castigo.



1998. Montady

La Sara que yo conozco, una tarde de verano de 1972, era una mujer todavía muy bella, de piel blanca, transparente, rosada y tersa, de mirada azul, limpia, dulce, alentadora. Con una sonrisa tierna, espontánea, sosegada, envolvente y de voz serena, de finos matices. Se afirmaba su leyenda: una persona que nunca te decepcionará. ¿Cómo ha podido esta mujer evitar que una vida tan agitada y adversa erosionase lo más mínimo su integridad, sin dejar de manifestarse, y tomar partido en defensa de sus ideas y de las causas humanas justas? ¿Cómo ha podido conservar su apacible y confiada humanidad ante tantas iras desatadas?

Sara desgrana su vida, rica de encuentros y de intensos contactos en "La Plaine des Astres" (La Llanura de los Astros), a pocos kilómetros de Béziers, en el corazón del Mediodía francés. Su hogar ha sido siempre el de la solidaridad, no siempre con eco perceptible. Y Sara reencarnación de una moderna diosa, símbolo de fertilidad, colabora en toda clase de tareas; desde la Colonia Española —la casa de los refugiados, que en 1939 abandonaron España—: imparte cursos de taquigrafía por correspondencia, ayuda a encontrar trabajo a los demás, a solventar la documentación de unos y otros, ante la burocracia de los consulados españoles. Al tiempo que ejerce de secretaria y administradora de su compañero artesano y, cuida de sus cuatro hijos. Y cuando se reorganizan las Mujeres Libres en el exilio, primero en Londres y luego en "La Llanura de los Astros", Sara participa activamente, hasta el año 1974.

En la vida de Sara hay una faceta primordial, mientras colabora en tantas tareas y, sobre todo, en el seno de la organización libertaria, construye una obra poética íntima. Escribe en su idioma catalán, en español y en francés, en las tres lenguas ha recibido premios literarios. En sus poemas se presiente la relación contemplativa con la Naturaleza, su discurrir vital y el de las personas que la rodean.

En sus obras da testimonio de detalles nimios, en apariencia insignificantes, que solamente ella es capaz de captar en su genuina dimensión, con una sensibilidad que echa raíces en sus inquietudes sociales. Sara, sin pretensiones, se retrata así, al frente de uno de sus libros:

Ya ven la poetisa que soy,
sin regla ni disciplina,
pero a mí sólo me anima
demostrarme tal cual soy.
La libertad de expresión
es la fuente cristalina
que brota en el corazón.

Su poesía es la prolongación sensual que Sara mantiene con su jardín. Por la mañana se la ve, recién levantada, entre escarchas, por los parterres, descubriendo el milagro cotidiano de la Naturaleza: el anuncio de la primavera con las primeras violetas. Las olorosas azucenas. Las mimosas. La apoteosis de las rosas. Se extasía ante el esplendor de los almendros florecidos, los cerezos, los manzanos. Sara va de la casa al jardín, entra, sale, contempla, arranca hierbas, corta tallos secos, desprende hojas mustias, remueve la tierra, planta esquejes, riega... en un mudo e ininterrumpido diálogo con la Naturaleza, que luego llevará a sus poemas.

Llega con los brazos desbordados de flores, entusiasmada porque acaba de descubrir alguna maravilla. Conservo la imagen de Sara con los ojos brillantes, radiante, anunciando: «Los trigales están ya llenos de amapolas».

En su momento, las frutas y hortalizas del huerto se irán convirtiendo en confituras y conservas y toda la casa se impregnará de estimulantes aromas agrídulces durante unos días. Y Sara más tarde, como siempre, irá regalándolas a sus amigos.

Con frecuencia, entra absorta del jardín directamente a su despacho, se sienta en silencio y anota sus impresiones, para retener la imagen recién aprehendida. Exultante por el renovado fulgor de la primavera, pero con la espina clavada por la doliente infancia, escribe:

Qué bella sería la primavera,
cuando se aleja el invierno!
si todos los niños del mundo
tuviesen sobre la mesa
¡leche blanca y pan tierno!

Sara nos mira desde el fondo del jardín, sonrío, y recordamos el terrible trance de su enfermedad que mutiló su cuerpo. La vimos entonces desafiar estoicamente el peligro. Y, enfundada en aquel mono azul de aviadora que le hizo su madre, cuando quería volar, Sara sobrevoló el abismo. Rescató su vida y su sonrisa alentadora, para ella y para nosotros. ¡Qué fértil puede ser una sonrisa!

Antonina Rodrigo

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a cuantas personas me han ayudado y alentado, facilitándome datos, fotografías, periódicos y revistas para escribir este libro. Pero sin la constante estimulación de la escritora Antonina Rodrigo, la primera edición de este libro estaría por escribir. Quiero mencionar especialmente a mi nieta Lina Claire y a mi yerno Henri quienes me enseñaron a utilizar el ordenador y se ocuparon de la digitalización de fotos y del correo electrónico.

Al Instituto de Historia de la Ciudad, Casa del Arcediano de Barcelona, Centro de Documentación Histórico Social de Barcelona y Archivo Familia Camilo Bemeri (Italia).

A Marina y Mariano Aguayo, Modesto Ainsa, Plácida Aranda, Federico Arcos (Canadá), Angel Aransáez, Rafael Arnal, Santiago Arteaga, Attilio Bartolotti (Canadá), Francisco Botey, Tomás Cano Ruíz, Pepita Estruch Pons, Mercedes Comaposada Guillén, Florencio Conejero, Félix Carrasquer, Vicente Cruz Prats, Aurelio Chessa, (Italia), Amada de Nó, Paulino Diez, Joaquina Dorado Pita, Soledad Estorach Esterri, Antonia Fontanillas, Víctor García (Venezuela), Vicente Granero, Conchita Guillén Bertolín, Julia Hermosilla, Lola Iturbe Arizcuren, Marie Laffranque, Antonio Maestre Díaz, Rafael Maestre, Pilar Manzanera del Olmo, Ana Martínez, Pilar Molina, Fabián Moro, José Paniagua, José Peirats Valls, Joaquín Pérez (Inglaterra), Concha Pérez, Francisco Piqueras, Eduardo Pons Prades, Suceso Portales Casamar, Agustín Roa Ventura,

Domingo Rojas, Line Claire Roques, Valentina Sáez, Manolo Salas, Ricardo Sanz García, Sergi Tarín, Teresina Torrellas Espina, Antonio Turón Turón, Antonia y Ramón Valencia, Gracia Ventura Fortea y, en particular, a mi compañero Jesús Guillén Bertolín, fallecido el día 20 de agosto de 1999.



SARA BERENGUER LAOSA, nació el 1 de enero de 1919 en Barcelona, Cataluña, (España) y falleció el 8 de junio de 2010 en Montadin, Occitania, (Francia).

Fue una militante anarcosindicalista y feminista libertaria catalana, activa en el movimiento de las Mujeres Libres

Nació en una modesta familia de clase trabajadora. Su padre era albañil y activista libertario. Dejó la escuela a los 12 años, y a los trece empezó a trabajar en una carnicería, pero se rebeló debido a la explotación y el machismo, y fue posteriormente despedida de otros trabajos.

Trabajó de costurera en una fábrica y, después, continuó siéndolo por su cuenta hasta julio de 1936. Cuando estalló la guerra civil española tenía 16 años. Su padre murió luchando en el frente.

Ella participó en el Comité revolucionario del barrio de Les Corts hasta junio de 1937, en el Comité revolucionario del sindicato de la madera junto a

Antonio Santamaría, para quién hizo tareas de mecanógrafa y contabilidad. Así un día fue nombrada responsable de la distribución de las armas.

Paralelamente, ejerció cargos de responsabilidad en el comité local de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) y en el secretariado del Ateneo Libertario donde ejerció de maestra de niños de la calle. Conoció a Sol Ferrer, la hija de Francesc Ferrer y Guardia, de quién aprendió francés.

Durando los hechos de mayo de 1937 participó en los enfrentamientos armados contra los comunistas, defendiendo el Casal (casa de las mujeres obreras) dirigido por la militante libertaria Amparo Poch y Gascón. A comienzo de 1937 fue nombrada miembro del comité central de la Solidaridad Internacional Antifascista (SIA) con Ángel Aransaez e hizo numerosas visitas al frente.

En octubre de 1938 se unió al movimiento Mujeres Libres y ocupó el secretariado regional de la asociación. Luchó contra la ignorancia y se implicó en “educar social y culturalmente las mujeres para que pudieran construir y defenderse a sí mismas como seres humanos libres y conscientes”.

En enero del 1939, durante la Retirada, el éxodo en Francia, continuó su trabajo de SIA en Perpiñán y Beziers, donde trató de rescatar los prisioneros de los campos, incluyendo a su compañero Jesús Guillén Bertolín.

Durante la ocupación nazi fue miembro del grupo de la CNT de Bram y sirvió de enlace con la Resistencia francesa en el Aude, Arieja, Hérault y el alta Garona.

Después de la Liberación, con su compañero Jesús, continuó su trabajo en la CNT en el exilio.

El año 1947 fue responsable de los cursos de taquigrafía organizados por la CNT para los refugiados y participó activamente en los grupos de teatro organizados por el movimiento libertario. Mantuvo contactos estrechos con grupos de activistas anarquistas, incluyendo a Octavio Alberola Suriñach y Cipriano Mera. En 1965, participó en las actividades de grupo, que publicó el diario “Frente Libertario”.

De 1972 a 1976, retornó con Suceso Portales a la redacción y la publicación de la revista “Mujeres Libres” (47 números de 1964 a 1976).

De toda la vida.

Su casa, cerca de Besiers, sigue siendo un lugar de encuentro de los libertarios. Fue allá donde se rodó gran parte de la película “De toda la vida” en 1986, con Pepita Carpeña, Dolores Prat, Federica Montseny, Suceso Portales, Mercè Comaposada y Guillén y Conxa Pérez.

NOTAS

- [1](#) Confluencia de tres calles: París, Marqués de Sentmenat y Entenga.
- [2](#) SANZ, R. *Los que fuimos a Madrid*, Toulouse, Imprimerie Dulaurier, 1969, p. 58.
- [3](#) *El País*, Madrid, 22 de agosto de 1982.
- [4](#) PEIRATS, J. *Los anarquistas en la guerra civil española*, Ediciones Júcar, Madrid, 1976, p. 101.
- [5](#) SANZ, R. *Los que fuimos a Madrid*, op. cit., pp. 71-72.
- [6](#) Ibídem, p. 73.
- [7](#) Carta del compañero Miguel López del 4 de octubre de 1983.
- [8](#) BORRÁS, JOSÉ. *Aragón en la revolución española*, Barcelona, Creaciones Gráficas, 1983, p. 240.
- [9](#) *Diccionario Popular Universal*, Tomo III, Barcelona, 1887, p. 68.
- [10](#) DIEZ, P. *Un anarcosindicalista de acción*, Caracas, Editexto, 1976, p. 184.
- [11](#) SANZ, R. *El sindicalismo y la política*, Toulouse, Imprimerie Dulaurier, 1966, p. 104.
- [12](#) CARRASQUER, F. *Una experiencia de educación autogestionada*, Barcelona, Gráficas Fernando, 1981, p. 42.
- [13](#) Hoy Centro Cívico Can Deu. Diario *AVUI*, Barcelona, 6-07-1992.
- [14](#) «Su origen se remonta a la época de los Celtíberos y, parece que su nombre primitivo era Belia, o Bellia (...) Este pueblo fue arrancado del poder de los moros en 1117. (...) El 18 de junio de 1809, sufrió un gran desastre, cuando las tropas españolas al mando de Joaquín Blake, cedieron ante las fuerzas de Luis Gabriel Suchet, Jefe del Ejército francés de Aragón». Ver: *Diccionario Popular Universal*, vol. 2, Barcelona, p. 280.

- [15](#) PROUDHOUMMEAUX, André et Dori. *Catalogne Libre*, París, *Le Combat Syndicaliste*, 1970.
- [16](#) VICENTI, Renat; BRIGNOLI, G. Luigz. *Francisco Ferrer y Guardia. Un revolucionario que no hay que olvidar*, Casa Editrice Vulcano, 1993. Bergamo (Italia) p.20-21
- [17](#) Se dio el nombre de magnolio a éste árbol, en memoria del distinguido botánico Pedro Magnoll, nacido en Montpellier. *Diccionario Popular Universal*, v. 5, Barcelona, 1888, p. 623.
- [18](#) PEIRATS, José. *La CNT en la Revolución Española*, v. 2, París, Ruedo Ibérico, 1971, p. 139.
- [19](#) Ibídem, p. 143.
- [20](#) Cruce de las calles París, Carretera de Sarria y Urgel. En una esquina estaba el café Ven y Ven y en la otra la Escuela Industrial.
- [21](#) Rodríguez Salas, el provocador de los sangrientos hechos de mayo en Barcelona, embarcaría en el mismo paquebote que el escritor José Peirats. Ver: PEIRATS, José. *Estampas del Exilio en América*, París, CNT, 1950, p. 30
- [22](#) PEIRATS, José. *La CNT en la Revolución Española*, op. cit., pp. 145-146.
- [23](#) ÁLVAREZ, Ramón. *Historia negra de una crisis libertaria*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1982, p. 45.
- [24](#) HOY, Comité Regional de la Edificación Madera y Decoración, nº 1, Barcelona, 1937, p. 13.
- [25](#) PEIRATS, José. *Los anarquistas en la guerra civil española*. Madrid, Ediciones Júcar, 1976, p. 73.
- [26](#) *Tiempos Nuevos*, Barcelona, 1-01-1937.
- [27](#) FEBRER, Joaquín. *José Comas y Solá*, Barcelona, Oficinas de Propaganda CNT-FAI-JJ.LL., 1937, p. 15.
- [28](#) CARSI, Alberto. *José Comas y Solá*, Barcelona, Oficinas de Propaganda CNT-FAI-JJ.LL., 1937, p. 15.
- [29](#) SENDER, Ramón J. *Ensayos sobre el infringimiento cristiano*, México, Editores Mexicanos Unidos, p. 160.
- [30](#) VALLINA, Doctor Pedro. *Mis Memorias*, México, Ed. Tierra y Libertad.

1968, p. 298.

[31](#) En recuerdo a este pedagogo, me permito ofrecer una pequeña semblanza: Pestalozzi fue un pedagogo nacido en Zurich en 1746. Estudió lenguas, derecho e historia y, más tarde, se dedicó a la economía rural, para entregarse finalmente a la educación. «Popularizó, corrigiéndolas, las ideas pedagógicas de Rousseau. Pensaba que la solución de la cuestión social debía hallarse en la renovación de la educación, desarrollando las facultades humanas. Abrió varias escuelas en Suiza, su país natal y, por último creo el Instituto Pestalozzi». Este Instituto fue célebre por sus métodos de educación y observación de la Naturaleza, basados en la libertad y en la bondad. En su tiempo fueron conceptos muy avanzados, como lo fueron los del maestro racionalista Francisco Ferrer i Guardia. Pestalozzi se consagró en particular a la educación de los niños pobres. COMPAYNE, Gabriel. *Pestalozzi et l'éducation Elementaire*. 5ª ed., París, Ed. Paul Delaplaine, 1918.

[32](#) Noticiero que se proyectaba en los cines.

[33](#) *La Vanguardia*, Barcelona, 19-07-1938.

[35](#) PAULIS, Dr. J. *Universo*, nº. 5, Toulouse, Ed. Mondiales, p. 40.

[36](#) PAULIS, Dr. J. op. cit., p. 41.

[37](#) GARCÍA, Víctor. Prólogo de: PAULINO DÍEZ, *Un anarcosindicalista de acción*, Caracas, Imp. Editexto, 1967, p. 8.

[38](#) DÍEZ, Paulino, op. cit. p. 38.

[39](#) *Ibíd*em, p. 193.

[40](#) DÍEZ, Paulino. *Un anarcosindicalista de acción*, op. cit. p. 195.

[41](#) Palabras de Lucía Sánchez Saornil, en el Pleno.

[42](#) Actividades de la Federación Nacional Mujeres Libres [1936-1938], pp. 21-22.

[43](#) *Mujeres Libres*, nº 5 65 días de la revolución, Madrid, [1936]

[44](#) BERENGUER, Sara, et al. *Mujeres Libres. Luchadoras libertarias*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1999.

[45](#) Palabras de Soledad Estorach en el verano de 1978, en Montady.

[46](#) Carta de Soledad estorach. París, verano de 1970.

- [47](#) SANZ, Ricardo. *La política y el sindicalismo*. 2ª ed., Barcelona, Ed. Petronio 1978, p. 109.
- [48](#) ALBISTUR, Maité; ARMOGATHE, Daniel. *Le Grief des femmes. Anthologie des textes féministes du moyen age a la seconde república*, Poitiers, France, Edit. Hier et Demain. 1978, p. 147
- [49](#) Ibídem, p.277.
- [50](#) Ibídem, p. 291.
- [51](#) ITURBE, Lola. *La mujer en la lucha Social. La Guerra Civil de España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1974.
- [52](#) En Cuba también se creó SIA, cuyos secretarios eran Paulino Diez y Áurea Cuadrado. Participó en dicha labor, ayudando considerablemente a los refugiados en diversos países de América. Su tarea fue constante en todas las circunstancias.
- [53](#) LLARCH, Juan. *Cipriano Mera, un anarquista en la guerra de España*, Barcelona, Ed. Euros, 1976, p. 47.
- [54](#) ITURBE, Lola. *La mujer en la lucha social...* op. cit., p. 101.
- [55](#) Revista *Ideas*. nº. 21, pp. 15-17.
- [56](#) PUIG ELÍAS, José. *El hombre, el medio, la sociedad*, Porto Alegre (Brasil), Pórtico de los Editores, 1970, pp. 3-4.
- [57](#) Ibídem, p. 5.
- [58](#) TORRALBA, Pedro. *De Ayerbe a la "Roja y Negra". 127 Brigada Mixta de la 28 División*, Barcelona, Gráficas Fernando, 1980.
- [59](#) Ibídem, pp. 112 y 113.
- [60](#) POCH, Amparo. *Universo*, Toulouse.
- [61](#) Ibídem.
- [62](#) Ibídem.
- [63](#) *Mujeres Libres*. 1938
- [64](#) SABAT, Francisco. *Los anarcosindicalistas tarrasenses en el exilio*, Barcelona, Gráficas Fernando, 1979, p. 22.

- [65](#) ALBISTUR, Maite; ARMOGATHE, Daniel. *Le Grief des femmes*, op. cit., p. 251.
- [66](#) *Mujer y sociedad de España. 1700-1975*, p. 243.
- [67](#) GARCIA, Victor, Prólogo de: SABAT, Francisco. *Los anarcosindicalistas tarraenses en el exilio*, op. cit., p. 6.
- [68](#) ITURBE, Lola. *La mujer en la lucha social...* op. cit., p. 39.
- [69](#) ITURBE, Lola. *La mujer en la lucha social...* op. cit., p. 41.
- [70](#) GARCÍA, Víctor, Prólogo de: SABAT, Francisco. *Los anarcosindicalistas tarraenses en el exilio*, op. cit., p. 11.
- [71](#) SABAT, Francisco. *Los anarcosindicalistas tarraenses en el exilio*, op. cit p. 20.
- [72](#) PEIRATS, José. *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos*, Madrid, Campo Abierto, 1978, p. 302.
- [73](#) Ibídem, p. 309.
- [74](#) Carta de la hija mayor del Dr. Isaac Puente a Ricardo Sanz, cuando éste tenía la intención de que escribiéramos sobre Isaac Puente.
- [75](#) DÍEZ, Paulino. *Un anarcosindicalista de acción*, op. cit., p. 197.
- [76](#) DÍEZ, Paulino. *Un anarcosindicalista de acción*, op. cit.
- [77](#) Ibídem, p. 199.